Inaugurando un nuevo género en su obra, que bordea la ficción, Paulo Freire revela en este su nuevo libro, repleto de memorias y reflexiones, que la base de cualquier teoría y la llave del conocimiento se encuentran en la experiencia personal y en la capacidad de aprender a partir de impresiones obtenidas del universo vivido.

El proyecto de este libro fue inspirado por el deseo de su sobrina Cristina de conocer mejor a su tío, en la época en que estaba exiliado. Es una suerte para el lector, pues tiene ahora la oportunidad única de acompañar el trayecto de la vida y el hilo del pensamiento del gran maestro Paulo Freire.

En un diálogo constante entre pasado y presente, el autor liga experiencias del pasado a la situación actual de la sociedad brasileña. Hace también una severa crítica al dogmatismo político, rechazando tanto el reaccionarismo autoritario de derecha cuanto a los mecanicistas que tantas veces actúan en la izquierda.

En *Cartas a Cristina* el autor vuelve vivas las sensaciones e impresiones vividas y explícitos los contrastes político-sociales en Brasil. Cuenta cómo, siendo niño, fue atrapado robando una papaya y analiza esa situación resaltando el humillante contraste entre el hambre del niño Paulo y el discurso autoritario del propietario de la fruta. Más adelante, Freire compara la sensación de ser atrapado con una papaya en las manos con la de ser apresado, muchos años después, por la dictadura militar, creando así una expresión que ciertamente será entendida por el lector que ya haya pasado por situaciones en las cuales en mayor o menor grado se haya sentido "sorprendido con la papaya en las manos".

El libro se completa con las notas brillantemente escritas, a partir de exhaustivas investigaciones, por la mujer del autor, la historiadora Ana Maria Freire.

Del autor Siglo XXI ha publicado también: *La educación como práctica de la libertad*; *Pedagogía del oprimido*; *¿Extensión o comunicación?*; *Cartas a Guinea-Bissau. Apuntes de una experiencia pedagógica en proceso*; *La importancia de leer y el proceso de liberación*; *Pedagogía de la esperanza*; *Cartas a quien pretende enseñar*, y *Política y educación*.

968-23-2025-9

9 789682 320255

siglo veintiuno editores

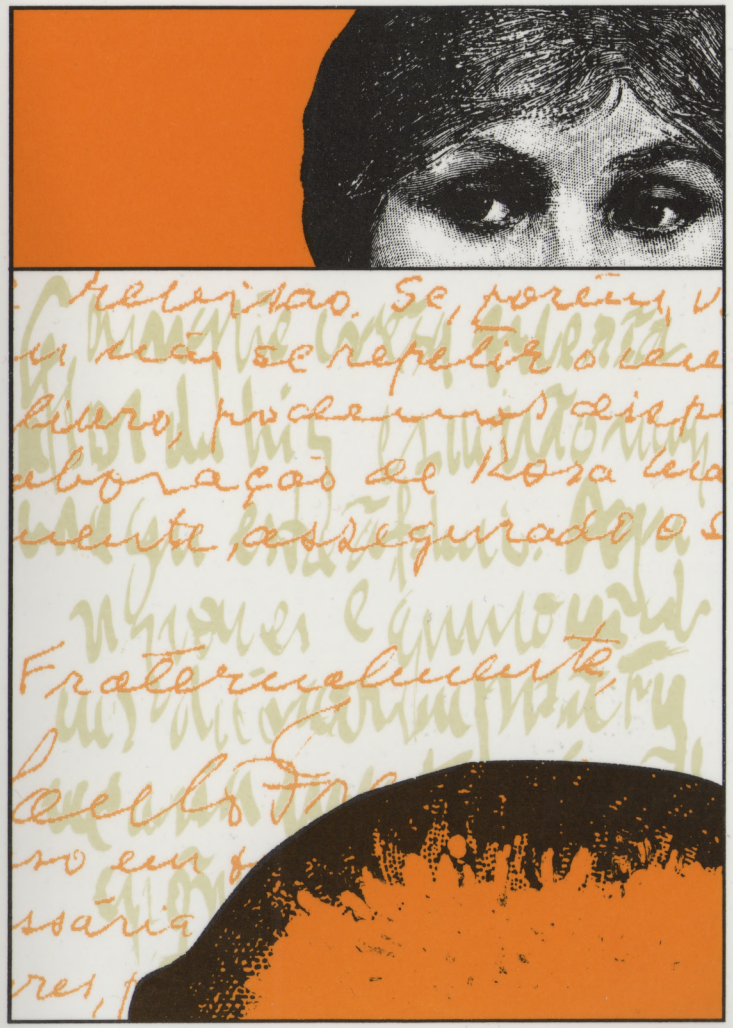
Cartas a Cristina. Reflexiones sobre mi vida y mi trabajo — Paulo Freire

Cartas a Cristina

Reflexiones sobre mi vida y mi trabajo

Paulo Freire

siglo veintiuno editores



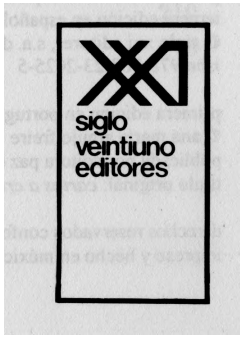
traducción de
STELLA MASTRÁNGELO *y*
CLAUDIO TAVARES MASTRÁNGELO

CARTAS A CRISTINA

Reflexiones sobre mi vida y mi trabajo

por

PAULO FREIRE



siglo xxi editores, s.a. de c.v.
CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310, MÉXICO, D. F.

siglo xxi editores, s.a.
TUCUMÁN 1621, 7º N, C1050AAG, BUENOS AIRES, ARGENTINA

siglo xxi de españa editores, s.a.
MENÉNDEZ PIDAL 3 BIS, 28036, MADRID, ESPAÑA

portada de maría luisa martínez passarge

primera edición en español, 1996
tercera edición en español, 2008
© siglo xxi editores, s.a. de c.v.
isbn 978-968-23-2025-5

primera edición en portugués, 1994
© ana maría araújo freire
publicada por editora paz e terra, s.a., são paulo, brasil
título original: *cartas a cristina*

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico/printed and made in mexico

ÍNDICE

PREFACIO, *por* ADRIANO S. NOGUEIRA 11
INTRODUCCIÓN 17
PRIMERAS PALABRAS 21
PRIMERA CARTA 31
SEGUNDA CARTA 38
TERCERA CARTA 42
CUARTA CARTA 53
QUINTA CARTA 57
SEXTA CARTA 66
SÉPTIMA CARTA 75
OCTAVA CARTA 85
NOVENA CARTA 89
DÉCIMA CARTA 92
UNDÉCIMA CARTA 97
DUODÉCIMA CARTA 126
DECIMOTERCERA CARTA 163
DECIMOCUARTA CARTA 164
DECIMOQUINTA CARTA 178
DECIMOSEXTA CARTA 185
DECIMOSÉPTIMA CARTA 192
DECIMOCTAVA CARTA 198
CARTA DE CRISTINA 210
NOTAS, *por* ANA MARIA ARAÚJO FREIRE 213

A Arnaldo Orfila Reynal,
cuyo testimonio de amor a la cultura,
expresado en su incansable dedicación a la
causa del libro, y su amor a la libertad,
lo hacen acreedor de nuestra respeto y
de nuestra admiración

A Ana Maria, mi mujer, no sólo con mi
agradecimiento por las notas con las que
por segunda vez mejora un libro mío,
sino también con mi admiración
por la manera seria y rigurosa
con que siempre trabaja

PREFACIO

A Paulo Freire, profesor y amigo

En realidad, aunque haya sido instigado por el texto de Paulo, es con usted lector, lectora, con quien quiero conversar. *Cartas a Cristina* es un texto del recuerdo, sobre la memoria. Al comienzo, ya en las "primeras palabras", dice: "Me gustaría [le dijo Cristina a Paulo cierto día] que me fueses escribiendo cartas contando algo de tu propia vida, de tu infancia, y que poco a poco me fueses relatando las idas y venidas por las que te fuiste transformando en el Educador que hoy eres."

No en vano comienzo hablando de la memoria. Pido a los lectores y las lectoras que lo tengan presente. Vamos a averiguar, a lo largo del libro, qué es lo que hace Paulo Freire con el trabajo sobre la memoria. Los griegos la llamaban Mnemosyne. Me parece importante recordar el significado de este trabajo con Mnemosyne:

Mnemosyne, o Mnemosina, viene del verbo griego *mimnéskein,* "recordar". Mnemosina personifica la memoria. Profundamente amada por Zeus, ella concibió a las musas. Buscando un nombre para sus hijas, las musas, Mnemosina derivó de *men-dh,* que en griego clásico quiere decir: fijar el espíritu sobre una idea, fijarlo como arte-creación. El vocablo que dio nombre a las hijas de la Memoria (musa) está relacionado, por lo tanto, con el verbo *manthánein,* que significa aprender, aprender mediante el ejercicio del espíritu poyético.

¿Y por qué la divinidad suprema habría amado tan profundamente a Mnemosina? ¿Por qué la pasión por la memoria? ¿Por qué hijas tan especiales?

Luego de la victoria sobre los titanes, los elementales, los dioses pidieron a Zeus que crease divinidades memoriales. Le pidieron divinidades cuyo canto celebrase la victoria de los olímpicos sobre los elementos. En nueve noches, en el lecho de Mnemosyne, fueron concebidas las musas, aquellas cuya lengua preside el Pensamiento en todas sus formas: la sabiduría, la elocuencia, la persuasión, la poesía, la historia, la matemática, la astronomía, la música y la danza.

El trabajo de Paulo es una especie de trayecto, un pasamanos con ayuda del cual hacemos viajes de pensamiento, "idas y venidas" dice el texto. A mí me quedó muy claro lo siguiente: no se trata de un recordar ensimismado, cosa que los antiguos hacen a fuerza de saber que todo día es ocasión de rescatar los significados que los individuos hemos ido perdiendo en el devenir de las determinaciones. Recordar es más que esto -y por ello la vejez es sabia-, es un trayecto de idas y venidas. No se trata de un retroceso interminable; el texto no es una corriente de recuerdos de Paulo Freire que surgiera como embudo de la espiral del tiempo. No se trata de estrechar, sino de abarcar y ensanchar la comprensión de los eslabones. Este trabajo de memoria trasmite al lector y a la lectora cierto bienestar de participar, corno si fuese un viento suave de verano que ampliara y ensanchara las relaciones del lector y la lectora con su propio país. El Brasil distante, lugar de hace mucho tiempo (de los años treinta o cuarenta), no se presenta corno una estepa remota, envuelta en la neblina, recorrida únicamente por los vuelos de la voluntad de los ancianos. Y éstos, aquellos con cuya memoria se configuran los hechos de aquel Brasil ancestral, no son una esencia humana surgida del tiempo y de la circunstancia. Son Seres Humanos, siempre muy concretos.

Me atrevo a decir: ésta es *la primerísima opción, la marca de Paulo Freire.* Decir Seres Humanos es decir proceso, que exige el trabajo interactivo del autoconocimiento. Pero ¿cómo es que Paulo delimita este trabajo? Tomar distancia es un acto intelectual que formaliza la experiencia, humanizando su tiempo. Paulo, yo diría, va siendo poseído por la Musa de la Sabiduría...

[Asomarme al pasado...] es un acto de curiosidad necesario. Al hacerlo tomo distancia de [mi infancia], la objetivo, buscando la razón de ser de los hechos en los que me vi envuelto y de sus relaciones con la realidad social en la que participé.

Recordar es, así, perfilar el tiempo. Es traerlo a sus responsabilidades humanas. Se trata de asumir el tiempo como medida humana, como Historia. Cada uno de los pasos dados modifica el futuro y, simultáneamente, reexplica el pasado. Es una postura frente al presente, sin lugar a dudas...

Los "ojos" con los que "reveo" ya no son los "ojos" con los que "vi". Nadie habla de lo que ya pasó a no ser desde y en la perspectiva de lo que está pasando.

Afincada en el presente histórico: *he aquí una segunah opción de Paulo.* El mundo, la vida y las ciudades, siendo humancs, son mudables, son el lugar epistemológico de las transformaciones. Que el lector y la lectora corroboren la concepción de esta opción...

Jamás, ni siquiera cuando aún me resultaba imposible comprender el origen de nuestras dificultades, me he sentido inclinado a pensar que la vida era lo que era y que lo mejor que se podía hacer frente a lo; obstáculos era simplemente aceptarlos [...] desde la más tierna edad ya Tensaba que el mundo tenía que ser transformado.

Pienso que vale la pena averiguar cómo se fue dando este proceso. La pregunta sería: ¿cómo fue que se incorporó al modo de pensar de Paulo el soplo y el cántico de la Musa de la Historia? (aquella que según Aristóteles preside el movimiento, el cambio y la contingencia).

Entre nosotros, estimado lector, estimada lectora, el desafio de la lectura de este libro es averiguar de qué modo se constituyó en él, en Paulo, el Educador. El modo como él constituye la objetividad es estimulante. El trato con el objeto muestra un camino. Quizá el trayecto pedagógico de aprender a través del ejercicio del espíritu poyético. Bajo el enfoque de la narrativa -que en el fondo es su concepción en la lectura- un determinado objeto nunca es naturaleza muerta, algo impuesto por lo cotidiano. El objeto y la objetividad son ocasión de lectura y relectura. Bajo el trabajo de la curiosidad los objetivos aparecen, desnudados en su trama de interacciones. Esto lo observé muy especialmente en dos casos: el piano alemán de la sala de visitas y la corbata del capitán Temístocles. Haciendo como un juego teórico (el distanciamiento reflexivo) el enfoque discrimina estos objetos, los describe analíticamente y, hablando de las interacciones del objeto, nos deja entrever el "ejercicio del espíritu poyético", construyendo la amplitud histórica de las significaciones. El lector o la lectora podrán leer:

Dándose a mi curiosidad, el objeto es conocido por mí. Sin embargo, mi curiosidad frente al mundo, al "no yo", puede ser tanto puramente espontánea, desarmada, ingenua, que aprehende al objeto sin alcanzar la posible razón de ser del mismo, o puede, transformándose en virtud de un proceso en lo que llamo curiosidad epistemológica, aprehender no sólo el objeto en sí sino la relación entre los objetos, percibiendo la razón de ser de los mismos.

Paulo se da cuenta (y nos cuenta) de la complejidad de esta epistemología. Yo diría que es un modo de habérselas con la curiosidad, un modo de tratar la corporalidad de la epistemología. A veces se le ocurre cierta conversación unilateral, subjetivísima, en alguna inflexión de su corporalidad...

...el hábito que hasta el día de hoy me acompaña de entregarme de vez en cuando a un profundo recogimiento sobre mí mismo, casi como si estuviese aislado del resto [...] Recogido [...] me gusta pensar, *encontrarme* en el juego aparente de *perderme...*

A partir de ahí desarrolla aquella objetividad que he mencionado. Sale de sí, al mundo. Relacionando, tejiendo, proponiendo hilos de inteligibilidad. Buscando la razón de ser de los fenómenos y de los objetos.

En el texto ese movimiento de búsqueda podría decirse que es *una tercera opción de Paulo.* Se trata de la lectura de la realidad. Pero... ¿qué es lo que la exige? ¿Por qué esa preocupación de Paulo por la lectura? Observen, el lector y la lectora, que estamos descubriendo en Paulo Freire al Educador. Paulo "llegó" a la Educación por el vigor coherente de una convicción: el ser humano extrae de sí y de sus interacciones una sobrehumanidad (lo que él denomina vocación de ser más). Y educar *(exducere)* es extraer, o, utilizando términos "freireanos", es ayudar a parir. El ser humano es partero de su propia sobrehumanidad educándose para ella. En la concepción de Paulo la educación constituye un cierto tipo de anticipación: la práctica educativa anticipa el "ser más" del ser humano (sus términos son: el gusto vivo por la libertad). La lectura del mundo antecede a la lectura de la palabra. ¿Por qué? Porque la concientización redacta la toma de conciencia, en el sentido mismo de *redigere:* volver a digerir.

El lector y la lectora podrán profundizar en esta coherencia. La posibilidad intelectiva de abstraerse, y de ese modo concebirse a sí mismo y a los objetos, alcanza (constituye) la razón de ser de los fenómenos y de los objetos. Esta objetividad necesaria es una interacción permanente, es un acto humano de asumirse y reconocerse dentro de la mutabilidad del mundo. TODO ESTO demanda la lectura, estimado lector, estimada lectora. Epistemológicamente coherente, Paulo propone una tercera opción vital. Yo me atrevería a decir: la tercera gran opción freireana *es una determinada concepción de la lectura.* Por medio de la lectura una racionalidad reflexiva

toma algo de la materia bruta del mundo y lo lee. Leer es un entendimiento participativo. Leer y pronunciar la palabra es reconocerse dentro del engendrarse de la realidad.

¿Y cómo es que Paulo Freire lee la realidad? Voy a citar un caso tomado del libro. Hablando de la alfabetización y el aprendizaje, sitúa (objetiva) a un niño de la periferia de Recife. Elabora un perfil de ese niño. Al hacerlo, traza parámetros de reconocimiento y de interpretación.

No precisaba consultar estudios científicos acerca de la relación entre la desnutrición y las dificultades de aprendizaje. Yo tenía un conocimiento de primera mano, existencial, de esa relación.

Podía verme en aquel perfil raquítico, en los ojos grandes, a veces tristes, en los brazos alargados, en las piernas flacuchas de muchos de ellos. En ellos reencontraba también a algunos de mis compañeros de infancia [...] Toinho Morango, Baixa, Dourado, Reginaldo.

La lectura "freireana" de la realidad es geográfica, es política, es estética, es ortopédica, es psicosociológica, es filológica y es afectiva (él utiliza el término optimista). ESTAMOS FRENTE A UN MODO DE LECTURA QUE ARTICULA elementos de la realidad que cierta tradición occidental insiste en separar, dicotomizando. En esta lectura SE ARTICULAN subjetividad/objetividad, corporalidad/abstracción, poesía/ciencia. Esta lectura se sitúa tal y como antaño podría haberse situado un griego poseído por Mnemosyne y que, "cantado" por las musas, desarrollara el aprendizaje mediante movimientos poyéticos del espíritu. Es como el habla interdisciplinaria de las musas, literalmente "realizando" con la memoria un modo de aprehender (de asistir al parto de) la realidad.

Repitiendo lo que ya he dicho, el desafío es acompañar el surgimiento de una conciencia de Educador.

En este febrero
lluvioso del verano de 1994
ADRIANO S. NOGUEIRA

INTRODUCCIÓN

Escribir, para mí, es tanto un placer profundamente experimentado como un deber irrecusable, una tarea política que es preciso cumplir.

La alegría de escribir permea todo mi tiempo. Cuando escribo, cuando leo, cuando leo y releo lo que he escrito, cuando recibo las primeras pruebas impresas, cuando me llega de la editorial, aún tibio, el primer ejemplar del libro ya editado.

En mi experiencia personal, escribir, leer, releer las páginas escritas, como también leer textos, ensayos, capítulos de libros que tratan el mismo tema sobre el que estoy escribiendo o temas afines, es un procedimiento habitual. Nunca vivo un tiempo de puro escribir, porque para mí el tiempo de la escritura es el tiempo de lectura y de relectura. Todos los días, antes de comenzar a escribir, tengo que releer las últimas veinte o treinta páginas del texto en que trabajo, y de espacio en espacio me obligo a leer todo el texto ya escrito. Nunca hago una cosa solamente. Vivo intensamente la relación indicotomizable escritura-lectura. Leer lo que acabo de escribir me permite escribir mejor lo ya escrito y me estimula y anima a escribir lo aún no escrito.

Leer críticamente lo que escribo, en el preciso momento en que estoy en el proceso de escribir, me "habla" de lo acertado o no de lo que escribí, de la claridad o no de que fui capaz. En última instancia, leyendo y releyendo lo que estoy escribiendo es como me vuelvo más apto para escribir mejor. Aprendemos a escribir cuando, leyendo con rigor lo que escribimos, descubrimos que somos capaces de reescribir lo escrito, mejorándolo, o mantenerlo porque nos satisface. Pero, como dije antes, escribir no es sólo una cuestión de satisfacción personal. No escribo solamente porque me da placer escribir, sino también porque me siento políticamente comprometido, porque me gustaría poder convencer a otras personas, sin mentirles, de que vale la pena intentar el sueño o los sueños de que hablo, sobre los que escribo y por los que lucho. La naturaleza política del acto de escribir, por su parte, impone compromisos éticos que debo asumir y cumplir. No le puedo men-

tir a los lectores y lectoras, ocultando verdades deliberadamente, no puedo hacer afirmaciones sabiendo que no son verídicas; no puedo dar la impresión de que poseo conocimientos sobre esto o sobre aquello si no es así. No puedo citar una simple *frase, sugiriendo* a los lectores que leí la obra completa del autor citado. Me faltará autoridad para continuar escribiendo o hablando de Cristo si discrimino a mi vecino porque es negro, igual que no podré insistir en mis decires progresistas si, además de discriminar a mi vecino por ser negro, también lo discrimino porque es obrero, y a su mujer porque es negra, obrera y mujer.

Que no se diga que estoy dejando el ejercicio de escribir a los puros ángeles. No, escriben hombres y mujeres sometidos a límites que deben ser lo más conocidos posible por ellos y ellas mismos. Límites epistemológicos, económicos, sociales, raciales, de clase, etc. Una exigencia ética fundamental ante la cual siempre debo estar atento es la que me impone el conocimiento de mis propios límites. Y es que no puedo asumir plenamente el magisterio *sin enseñar, o enseñando mal, desorientando, falseando.* En realidad, no puedo enseñar lo que no sé. No enseño lúcidamente cuando apenas sé lo que enseño, sino cuando conozco el alcance de mi ignorancia, cuando sé lo que sé y lo que no sé.

Sólo cuando sé cabalmente que no sé o lo que no sé, hablo de lo no sabido no como si lo supiese, sino como una ausencia de conocimiento superable. Y así es como parto mejor para conocer lo aún no sabido.

Difícilmente cumplo con esta exigencia sin humildad. Si no soy humilde, me niego a reconocer mi incompetencia, que es el mejor camino para superarla. Y la incompetencia que escondo y disimulo acaba por, desnudándose, desenmascararme.

Lo que se espera de quien escribe con responsabilidad es la búsqueda permanente, insaciable, de la *pureza* que rechaza la hipocresía *puritana o* la *desfachatez* del *desvergonzado. Lo* que se espera de quien enseña, hablando o escribiendo, en última instancia *testimoniando,* es que sea rigurosamente coherente, que no se pierda en la enorme distancia entre lo que hace y lo que dice.

Cumpliendo ahora la vieja promesa de escribir *Cartas a Cristina,* en que hablo de mi infancia, mi adolescencia, mi juventud y mi madurez, de lo que hice con la ayuda de otros y el desafío de la propia realidad, tendría que percibir -a mi modo de ver-, como condición *sine qua non* para escribir, que debo ser leal tanto a lo

que viví como al tiempo histórico en que escribo sobre lo vivido. Y es que cuando escribimos no nos podemos eximir de la condición de seres históricos que somos. De seres insertados en las tramas sociales en que participamos como objetos y sujetos. Cuando hoy, tomando distancia, recuerdo los momentos que viví ayer, debo ser, al describir la trama, lo más fiel que pueda a lo sucedido, pero por el otro lado debo ser fiel al momento en que reconozco y describo el momento vivido. Los "ojos" con los que "reveo" ya no son los "ojos" con los que "vi". Nadie habla de lo que ya pasó a no ser *desde y en* la perspectiva de lo que *está pasando. Lo* que no me parece válido es pretender que lo que pasó de cierta manera debería haber pasado como posiblemente pasaría en las condiciones diferentes de hoy. Por último, el pasado se comprende, no se cambia.

En este sentido. al referirme, por ejemplo, en diferentes momentos de estas cartas, a las tradiciones autoritarias de la sociedad brasileña, al todopoderosismo de los señores sobre tierras y personas, también está implícito -cuando no explícito- el reconocimiento de que hoy vivimos una de las situaciones históricas más significativas de nuestra vida política en lo que toca al aprendizaje democrático.

En la historia, hemos llegado a ser capaces de *vedar* a un presidente' que, elegido por el pueblo por primera vez después de treinta años de régimen popular arbitrario, traicionó a su propio pueblo. Si las cosas no se dieron con el rigor que se esperaba, si todavía no se ha llegado a las últimas consecuencias, debemos convenir en que vivimos un proceso. Lo que nos cabe hacer, reconociendo la naturaleza del proceso, la resistencia a la seriedad y a la decencia que entre nosotros ha caracterizado al poder dominante, es fortalecer las instituciones democráticas.

Lo que debe preocuparnos es mejorar la democracia y no apedrearla, suprimirla, como si fuera la razón de la desvergüenza ¡mperante. Debemos preocuparnos por fortalecer el Congreso. Los que actúan contra él, los que lo acorralan, son los enemigos de la libertad. Hay tantas probabilidades de que en el Congreso' haya hombres y mujeres corruptos como de que los haya decentes. Pero también hay corruptos en otras instituciones. Considerando que somos seres finitos, sujetos a la tentación, lo que debemos hacer es perfeccionar las instituciones, reduciendo las facilidades para las prácticas antiéticas.

Dondequiera que hoy en el mundo se esté poniendo al desnudo la corrupción, castigando con mayor eficacia a los culpables, es obra de la democracia y no de dictaduras. Lo que debemos hacer, repito, es mejorar la democracia, hacerla más eficaz, reduciendo, por ejemplo, la distancia entre el elector y el elegido. El voto distrital acorta la distancia, posibilita que el elector fiscalice realmente al candidato que votó y, haciendo menos dispendioso el pleito, posibilita su mayor seriedad. No es con regímenes de excepción como le enseñaremos democracia a nadie; no es con una prensa amordazada como aprenderemos a ser prensa libre; no es en el *mutismo* corno aprenderemos a *hablar,* ni es en la licencia como aprenderemos a ser éticos.

Hay algo que se ha dado entre nosotros casi accidentalmente, y que debería ir haciéndose costumbre por lo evidente de su necesidad: la unidad pragmática de las izquierdas. No se explica que continuemos separados en nombre de divergencias a veces adverbiales, ayudando de esa forma a la derecha singular, que se fortalece frente a la fragilidad provocada por el antidiálogo de las izquierdas entre sí.

Una de las exigencias de la posmodernidad progresista es que no estemos demasiado seguros de nuestras certezas, al contrario de la exageración de certezas de la modernidad. También se impone el diálogo entre los diferentes, para que así podarnos *contradecir,* con posibilidades de victoria, a los antagónicos. Lo que no podemos hacer es transformar una divergencia adjetiva en sustantiva; promover un desacuerdo conciliable al rango de obstáculo infranqueable; tratarnos entre las *izquierdas* como si estuviésemos entre la izquierda y la derecha: haciendo *pactos* entre nosotros, en lugar de profundizar en el diálogo necesario.

Es evidente que mis nietos y mis nietas verán y vivirán un tiempo más creador, menos malvado y perverso que el que yo vi y viví, pero tuve y tengo la alegría de escribir y estar escribiendo sobre lo que, ocurriendo ahora, anuncia lo que vendrá.

Es con ese espíritu enraizado en el ahora con el que vuelvo a pensar lo que viví. Por tal motivo estas cartas, que no esconden *nostalgias,* en ningún momento son nostálgicas.

PRIMERAS PALABRAS

Mi experiencia del exilio no debe de haber sido ni la más ni la menos rica en cartas a amigos y amigas. Mucho más constante e incluso intensa fue mi correspondencia con estudiantes o maestros que, al pasar por Santiago o al ser informados en sus países sobre lo que yo había hecho en el Brasil y continuaba haciendo, de manera adecuada, en Chile, me escribían, ya para continuar el diálogo antes iniciado, ya para iniciar pláticas, algunas de las cuales prosiguen hasta hoy. Ese proceso me acompañó en mis andanzas de exiliado. De Chile a Estados Unidos, de Estados Unidos a Suiza, donde viví diez años.

No importa por qué razón despertamos un día en tierra extraña. El hecho de experimentarlo trabaja, con el tiempo, para que nuevas situaciones nos re-pongan en el Mundo. Lo mismo ocurre con quien se quedó en su tierra de origen. La historia no se va a detener por ellos y ellas, a la espera de que el tiempo de nuestra ausencia pase y al final podamos volver a decirles en el primer encuentro, que no sería un reencuentro: "como te iba diciendo".

Las cosas cambiaron y nosotros también. A estas alturas estoy seguro de que debo advertir a lectores y lectoras que ya han leído anteriores reflexiones sobre el exilio en uno u otro de mis libros, que no me estoy desdiciendo. De ninguna manera. En los "bastidores" de estas necesarias "re-posiciones" en el mundo, en el mundo de los que cambiaron de mundo y en el original de los que se quedaron, porque pudieron o porque hicieron posible, con valor, el acto de quedarse, existe todo el dramatismo, de que tanto he hablado, del desarraigo. Existe la plena necesidad, vivida con angustia, de aprender la gran lección histórico-cultural y política de, ocupándonos en el contexto prestado, hacer del nuestro, que no abandonarnos pero del que estamos lejos, nuestra *pre-ocupación.**

Cuando las razones que nos empujan de nuestro contexto hacia otro contexto diferente son de naturaleza visiblemente política, la

* Véase Paulo Freire, *Pedagogía de la esperanza, un reencuentro con la "Pedagogía del oprimido",* México, Siglo XXI, 1994.

posible correspondencia entre los que parten y los que se quedan corre indiscutiblemente el riesgo de crearle problemas a ambas partes. Uno de ellos es el miedo, bastante concreto, a la persecución, tanto del exiliado y su familia como del que se quedó en el país. Podría escribir largas páginas, en un estilo de "aunque usted no lo crea", sobre persecuciones sufridas por exiliados y sus familias y por brasileños y brasileñas que aquí se quedaron y a quienes algún amigo menos cauteloso escribió cartas insensatas o *demasiado bien escritas* que no pudieron ser correctamente comprendidas por los maestros de la censura.

Nunca olvido, por ejemplo, la posibilidad que tuvimos cierta tarde en Santiago, ofrecida por un sociólogo radioaficionado que trabajaba en Naciones Unidas, de conversar, por intermediación de otro radioaficionado de Recife, con nuestros familiares. Fuimos absolutamente cautelosos. Palabras medidas. Conversación puramente afectiva.

A continuación, el mismo amigo se ofreció para que el político paulista Plínio Sampaio, exiliado como yo, hablase con su familia en São Paulo por intermediación de otro radioaficionado, casualmente amigo de Plínio. Yo estaba al lado de Plínio y recuerdo como si fuese ahora que en cierto momento le habló al amigo de la nostalgia que tenía de las serenatas que hacían o en que participaban juntos, y añadió que estaba seguro de que pronto -esas seguridades de los nostálgicos- estarían juntos cantando y oyendo cantar.

A la escucha estaba uno de esos genios de los "servicios de inteligencia". Imagino la alegría con que comunicó a su no menos genial jefe que Plínio Sampaio se preparaba para regresar y organizar la guerrilla en São Paulo.

Sería la primera guerrilla de tocadores de serenata, a la que ciertamente no faltarían Sílvio Caldas y Nelson Gonçalves. Resultado: al amigo de Plínio le cancelaron su licencia para operar como radioaficionado, suspendiéndole así su entretenimiento de fin de semana. No sólo su entretenimiento, sino principalmente su posibilidad de ayudar y de servir a otros -sueño de los radioaficionados-, además de haber quedado, de aquella tarde en adelante, bajo la mira irracional de los agentes de la represión.

Por todo esto siempre fui muy parsimonioso en relación con el horizonte de amigos o amigas a quienes escribía en el Brasil en los tiempos del exilio, así corno bastante discreto en cuanto a lo

que escribía. Temía crear dificultades a mis amigos por causa de alguna frase mal pensada.

Además de mi madre, que murió antes de que yo pudiese volver a verla y a quien escribía casi semanalmente, aunque fuese sólo una postal, de mis hermanos y mi hermana, una prima, mis cuñados y dos sobrinas, una de ellas Cristina, había corno máximo una docena de amigos y amigas a quienes escribía de vez en cuando.

Estoy convencido, inclusive, de que nosotros, hombres *y* mujeres que vivimos la trágica negación de nuestra libertad, desde el derecho al pasaporte hasta el más legítimo derecho de *volver a casa,* pasando por la prerrogativa de escribir despreocupadamente cartas a nuestros amigos, deberíamos decir constantemente a los jóvenes de hoy, muchos de los cuales ni siquiera habían llegado al mundo para aquel entonces, que todo eso es verdad. Que todo eso y mucho, muchísimo más que eso, sucedió.

La inhibición que se nos impuso para limitar nuestro derecho de escribir cartas, las fantasías diabólicas y estúpidas alimentadas por los órganos de la represión por causa de tal o cual *sustantivo,* de esta *exclamación* o de aquella *interrogación,* o por causa de esos inocentes tres puntitos casi siempre injustificados, las supuestas reticencias, todo eso era sólo un *segundo* en el tiempo inmenso en el que el arbitrio militar se movía encarcelando, torturando hasta matar, haciendo desaparecer personas, ensangrentando cuerpos que después de las célebres "sesiones de la verdad" volvían a sus celdas casi sin vida. Cuerpos entorpecidos pero llenos de dignidad, en macabro desfile por el corredor, desnudw y manchados, ante las celdas en que sus compañeros y/o compañeras esperaban que les llegara el momento. Es preciso decir, volver a decir, mil veces decir que todo esto sucedió. Decirlo con mucha fuerza para que nunca más,[3] en este país, tengamos que decir otra vez que estas cosas sucedieron.

Un día, en una tarde del invierno ginebrino, recibí una breve carta de mi madre. Triste, más que triste ofendida, me decía que no comprendía la razón por la que yo había dejado de escribirle. Un poco ingenuamente me preguntaba si había dicho algo equivocado en alguna de sus cartas pasadas. Lo último que hubiera pensado era que, por mald^±d, solamente por maldad, algún burócrata del golpe interceptara mis cartas o las postales que le enviaba todas las semanas. Cartas de puro cariño, de pura esperanza, de alegría de niño. Cartas en las que jamás, ni siquiera metafórica-

mente, se hacía referencia a la política brasileña. Era pura maldad.

Entonces le escribí seis cartas, dirigiéndolas a amigos en África, en los Estados Unidos, en Canadá, en Alemania, pidiéndoles que se las enviasen a su dirección de Campos, en el estado de Río de Janeiro. Obviamente, a cada uno le expliqué la razón de mi pedido. Algún tiempo después ella me escribió felicísima, contándome de la alegría de estar recibiendo cartas mías de tan diferentes lugares del mundo.

Entonces debe de haber comprendido la maldad que había provocado mi silencio, roto por la solidaridad de mis amigos, a quienes escribí agradeciendo, en mi nombre y en el de ella, su gesto fraternalmente amoroso.

Hubo un tiempo en que la represión se intensificó y la correspondencia necesariamente disminuyó, se hizo escasa. Fue el periodo inaugurado por el AI-5 (Acto Institucional número 5, del 13 de diciembre de 1968). [4] Mi madre y los miembros de mi familia apenas me escribían.

En aquel periodo hubo personas de las que supe que estuvieron en Ginebra, no importa por qué motivo, que evitaron visitarnos. Tal vez por miedo de que al volver a Brasil los llamaran para preguntarles qué habían oído de mí, si estaba pensando en regresar para organizar una guerrilla. El poder arbitrario logra imponerse entre otras razones porque, introyectado como *miedo,* pasa a habitar el cuerpo de las personas y a controlarlas así a través de ellas mismas. De ellas mismas o tal vez, dicho con más rigor, a través de ellas como seres duales y ambiguos: ellas y el opresor *que habita* en ellas. Pero también hubo, y fueron la mayoría, personas que nos buscaron. Y los que nos buscaban no fueron solamente los y las que concordaban políticamente con nosotros, con nuestra posición; hubo también quienes, siendo de otra línea, nos traían su solidaridad. Para no cometer ninguna injusticia provocada por las fallas de nuestra memoria, omito los nombres de los y de las que nos confortaron con su presencia amigable en nuestra casa. Estoy seguro de que las y los que pasaron por nuestra casa, dando testimonio de su afecto, se acordarán si leen este libro. A ellas y a ellos vaya una vez más nuestro agradecimiento, después de tanto tiempo.

Una de aquellas visitas nos provocó inmenso dolor. Era una joven pareja con una hijita de tres o cuatro años. Acababan de llegar a Ginebra y se dirigían a París.

El joven era un médico sin mayores compromisos políticos, pero absolutamente solidario con su mujer. Ella sí estaba involucrada en actividades contra la dictadura. Semi o casi destruida, "hecha trizas" emocionalmente, se salía a veces de lo concreto convencida de estar viviendo en el momento lo que narraba, a veces con mucha vehemencia, y de repente se encogía sobre sí misma hasta casi desaparecer en la silla frente a nosotros. En ocasiones decía cosas cuya inteligencia sólo sospechábamos. Retazos de discursos apenas imaginados ayer en la celda sobre sus terribles experiencias, o pronunciados en ella en una situación de máximo riesgo.

Católica, trabajaba en uno de los movimientos clandestinos,' única oportunidad que los militares golpistas dejaban a los jóvenes en aquella época. En realidad, el golpe cerró no sólo las *puertas* sino hasta las entreaberturas políticas a quienes lo rechazaban, con excepción del partido de oposición que él mismo creó para hablar de democracia y que irónicamente, o más que irónica, dialécticamente, la historia transformó en un verdadero partido de oposición."

Cayó prisionera, y a ello siguió inmediatamente la tortura, [7] por cuyas más diferentes y caprichosas formas de hacer sufrir tuvo que pasar. Nos habló por más de tres horas. La escuchamos como era nuestro deber de compañeros escucharla. La escuchamos sin decir o siquiera insinuar un basta, convencidos de que nuestro sufrimiento de atentos oyentes jamás se compararía con el de ella, que sufriera el dolor en su cuerpo desgarrado por los azotes y cuya memoria, revivida entonces, ella reincorporaba al cuerpo que *sufría y agonizaba* de nuevo.

Fue la persona en quien, en toda mi experiencia de vida hasta hoy, he sentido más la necesidad de hablar de su propio padecimiento, de su humillación, de la negación de su ser, del *cero a la izquierda* al que había sido reducida, junto con una profunda tristeza: la de que tales cosas scan posibles. Que haya personas capaces de hacerlas. Ella hablaba casi siempre corno si estuviese discurriendo sobre una obra de ficción. Y lo trágico para nosotros, aquella tarde en nuestro departamento de Ginebra, era saber que en el Brasil de aquellos días la ficción era tratar a los presos con dignidad y respeto.

De repente lloró discretamente. Se rehizo un poco y entonces hizo la afirmación fundamental: "Un día, Paulo -me dijo tranquila y mansamente, a pesar de la tensión que debe de haber causado

en ella la experiencia de la que acababa de empezar a hablar- yo ya estaba en la posición regular para comenzar la sesión del *pau-de-arara.* Hablé y dije muy calmada: estoy pensando ahora en cómo los ve Dios a ustedes en este momento. Armados, monstruosos, robustos, prontos para continuar la destrucción de mi cuerpo frágil, pequeño, indefenso."

Visiblemente ambiguos, como quien más bien no cree en Dios, pero por las dudas es mejor creer aunque sea un poco, los hombres permanecieron una fracción de tiempo indecisos y después comenzaron a desatarla, entre rezongos, y uno de ellos que hablaba en nombre del grupo hasta se arriesgó a decir: "Está bien, por hoy te vas a salvar, pero que Dios cambió, eso sí, cambió. Es incomprensible que pueda ayudar a subversivos como tú y a los padres y monjas como esos que andan por ahí."

Ya de pie, para abrazarnos, ella dijo la frase que probablemente más me marcó: "Es terrible, Paulo, pero la única vez que aquellos hombres dieron señal de ser humanos fue cuando los movió el miedo. No los conmovió la fragilidad de mi cuerpo. Sólo el miedo de la posibilidad del infierno, inaugurado por *un pau-de-arara sui generis, los hizo* retroceder de la maldad sin límites a la que me sometían."

Lo más importante, sin embargo, de aquella tarde fue que la joven pareja, a pesar del inenarrable sufrimiento que había experimentado y continuaba experimentando, no reveló siquiera una vez, ni siquiera como recelo, la intención de hundirse en una visión negativa, fatalista de la historia. De una historia sólo de maldad, de ruindad, sin justicia. Ambos se daban cuenta de que la maldad existía y existe. Habían sido y continuaban siendo objeto de ella, pero se negaban a aceptar que no se puede hacer nada más que cruzarse de brazos y, dócilmente, bajar la cabeza a la espera del cuchillo.

Fue en esa época, a comienzos de los años setenta, cuando comencé a recibir las cartas de Cristina, adolescente, curiosa no sólo de cómo vivíamos en Suiza, sino también de la renombrada belleza del país, del perfil de su democracia, de la proclamada educación de su pueblo, de los niveles de su civilización. Algo de verdad, algo de mito. Belleza real: montes, lagos, campos, paisajes, ciudades postales. Fealdad de los prejuicios contra la mujer, contra los negros, contra los árabes, contra los homosexuales, contra los trabajadores inmigrantes.

Respecto a la puntualidad, virtud; servilismo al horario, burocratización mental, enajenación.

De casi todo eso le hablaba a Cristina, como es posible hacerlo a una adolescente. Pero también le hablaba de otras cosas. De mi nostalgia de Brasil, que venía desde el comienzo del exilio, principalmente en Chile, aprendiendo a limitarla, a no permitir que se transformase en melancolía. Le hablaba de mi trabajo en el Consejo Mundial de Iglesias, de algunos de mis viajes, de nuestra vida cotidiana en Ginebra.

Antes de Cristina, en mi primera época de exiliado, la de Chile, después de dos meses en Bolivia, tuve otra corresponsal, Natercinha, prima de Cristina. Con ella compartí el asombro y la alegría del niño en que me transformé nuevamente no sólo cuando vi por vez primera la nieve que caía en Santiago, en las proximidades de la cordillera donde vivíamos, sino también cuando salí a la calle a "aniñarme" haciendo bolas de nieve y exponiéndome por entero a la blancura que caía en forma de copos sobre el pasto, sobre mi cuerpo tropical.

El tiempo pasaba. Las cartas de Cristina continuaban llegando. Sus indagaciones aumentaban. Se acercaba el momento de que ingresara a la universidad, y fue por ese tiempo cuando, una tarde de verano, me llegó una carta suya con la inédita pero tal vez previsible curiosidad: "Hasta entonces -decía- sólo conocía a mi tío por los testimonios de mi mamá, de mi papá y de mi abuelita." Ahora comenzaba una tímida intimidad con el otro Paulo Freire, el educador. Y estalla la solicitud, cuya respuesta he comenzado hace tanto tiempo y sólo ahora empiezo a concluir. "Me gustaría -me decía- que me fueses escribiendo cartas contando algo de tu propia vida, de tu infancia, y que poco a poco me fueras relatando las idas y venidas por las que te fuiste transformando en el educador que hoy eres."

Todavía me acuerdo cuánto me cimbró la lectura de aquella carta, y empecé a pensar en la manera de responderle. En el fondo, lo que tenía frente a mí, en mi mesa de trabajo, en la carta inteligente de mi sobrina, era la propuesta de un proyecto no sólo viable sino también interesante. Interesante sobre todo, pensaba yo, si al escribir las cartas solicitadas me explayase en el análisis de asuntos sobre cuya comprensión pusiese a prueba mi posición. Fue entonces cuando me surgió la idea de, en el futuro, juntar mis cartas y publicarlas en forma de libro. Libro al que no podrían faltar re-

ferencias variadas a los momentos de mi práctica a lo largo de los años.

Me dediqué entonces a recolectar datos, a poner en orden viejas fichas, con observaciones que hiciera en diferentes momentos de mi práctica. Empecé también a conversar con amigos sobre el proyecto, recogiendo sus impresiones, sus críticas. Mesas de cafés de Ginebra, París o Nueva York posibilitaron algunas de esas conversaciones, en las que el libro fue tomando forma incluso antes de llegar al papel, y en las que fui percibiendo la necesidad de dejar claro desde un principio que, por un lado, las experiencias de las que hablaría no me pertenecían con exclusividad, y por el otro que, aun cuando mi intención fuese la de escribir un conjunto de textos autobiográficos, no podría dejar de hacer, evitando cualquier ruptura entre el hombre de hoy y el niño de ayer, referencia a ciertos acontecimientos de mi infancia, de mi adolescencia y de mi juventud. Porque esos momentos, por lo menos en algunos aspectos, están profundamente ligados a las opciones que iluminan el trabajo que he venido realizando como educador. Sería una ingenuidad pretender olvidarlos o separarlos de las actividades más recientes, fijando rígidas fronteras entre éstas y aquéllas. En efecto, un corte que separase en dos al niño del adulto que se viene dedicando, desde el comienzo de su juventud, a un trabajo de educación en nada podría ayudar a la comprensión del hombre de hoy que, tratando de preservar al niño que un día fue, también busca ser el niño que no pudo ser.

Realmente creo que es interesante llamar la atención, no sólo de Cristina sino también de los probables lectores del libro que estas cartas constituirán, sobre el hecho de que, al poner en el papel las memorias de los sucesos, es posible que la propia distancia que hoy me separa de ellos interfiera, alterando la exacta manera en que se dieron en la narración que hago de ellos. De cualquier manera, sin embargo, todas las veces que me refiero, tanto en estas cartas como en la *Pedagogía de la esperanza,* a antiguas tramas en las que me he visto envuelto, hago un serio esfuerzo por mantenerme lo más fiel posible a los hechos relatados. En este tipo de trabajo no podría, por ejemplo, escribir sobre la mudanza de nuestra familia, en 1932, de Recife a Jaboatão, si nos hubiésemos mudado de un barrio a otro en la propia ciudad de Recife. Pero es probable que al describir la mudanza aumente algunos pormenores que se habrán incorporado a la memoria de lo sucedido a lo largo

de mi vida y que hoy se me presentan como concretos, como recuerdos incontestables.

En este sentido es imposible escapar de la ficción en cualquier experiencia de recordar. Eso, o algo muy parecido, fue lo que escuché de Piaget en su última entrevista para la teleVisión suiza de Ginebra, antes de mi regreso del exilio en 1980. Él hablaba precisamente de ciertas traiciones a las que la memoria de los hechos está siempre sujeta cuando nosotros, distantes de los hechos, los invocamos.

Hablando de Jaboatão, difícilmente podría olvidar la existencia (le las dos bandas de música -la Parroquial y la de la Red Ferroviaria Federal- y sus retretas, pero al hacerlo puedo haber introducido algún elemento que se incorporó a mi recuerdo por alguna razón y que hoy tengo como indiscutiblemente recordado y no como insertado en mi recuerdo.

Al referirme al señor Armada y a lo que representaba para los niños que vivían el peligro de llegar a matricularse en su escuela, no sé, tal vez haya fantaseado en algún momento. El señor Armada existió de veras, sin embargo, así como su fama de maestro de escuela autoritario y duro.

Insistiendo en la presencia de esos riesgos me gustaría decir finalmente que no me inhiben, pero que me siento en la obligación (le subrayarlos, lo que no haría si las cartas a Cristina fuesen una obra de ficción, partiendo de la existencia de la propia Cristina. Cristina Freire Bruno, mi sobrina, psicoterapeuta en Campos, estado de Rio de Janeiro, ante quien hoy cumplo mi promesa hecha hace mucho tiempo.

Más vale tarde que nunca.

São Paulo, febrero de 1994
PAULO FREIRE

PRIMERA CARTA

Volverme sobre mi infancia remota es un acto de curiosidad necesario.

Cuanto más me vuelvo sobre mi infancia distante, tanto más descubro que siempre tengo algo que aprender de ella. De ella y de mi dificil adolescencia. Y es que no hago este retorno como quien se mece sentimentalmente en una nostalgia lloricona o corno quien trata de presentar la infancia y la adolescencia poco fáciles como una especie de salvoconducto revolucionario. Ésta sería, por lo demás, una pretensión ridícula.

En mi caso, sin embargo, las dificultades que tuve que enfrentar con mi familia en la infancia y en la adolescencia forjaron en mi ser, no una postura cómoda frente al desafío, sino, todo lo contrario, una apertura de curiosidad y de esperanza al mundo. Jamás, ni siquiera cuando aún me resultaba imposible comprender el origen de nuestras dificultades, me he sentido inclinado a pensar que la vida era lo que era y que lo mejor que se podía hacer frente a los obstáculos era simplemente aceptarlos tal como eran. Al contrario, desde la más tierna edad ya pensaba que el mundo tenía que ser transformado. Que en el mundo había algo equivocado que no podía ni debía continuar. Tal vez éste fuese uno de los aspectos positivos de lo negativo del contexto real en que mi familia se movía: el que, al verme sometido a ciertos rigores que otros niños no sufrían, fuese capaz de admitir, por la comparación de situaciones contrastantes, que el mundo tenía algo equivocado que necesitaba reparación. Aspecto positivo que hoy vería en dos momentos significativos:

1] el de, experimentándome en la carencia, no haber caído en el fatalismo;

2] el de, nacido en una familia de formación cristiana, no haberme orientado a aceptar la situación como expresión de la voluntad de Dios, comprendiendo, por el contrario, que había algo equivocado en el mundo que precisaba reparación.

Mi posición desde entonces ha sido la del optimismo crítico,

vale decir, la de la esperanza que no existe fuera de la acometida. Tal vez me venga de aquella fase, la de la infancia remota, el hábito que hasta el día de hoy me acompaña de entregarme de vez en cuando a un profundo recogimiento sobre mí mismo, casi como si estuviese aislado del resto, de las personas y las cosas que me rodean. Recogido sobre mí mismo, me gusta pensar, *encontrarme* en el juego aparente de *perderme.* Casi siempre me recojo así, en indagaciones, en el sitio más apropiado, mi espacio de trabajo. Pero también lo hago en otros espacios y tiempos.

Así, volverme de vez en cuando a mi infancia remota es para mí un acto de curiosidad necesario. Al hacerlo tomo distancia de ella, la objetivo, buscando la razón de ser de los hechos en los que me vi envuelto y de sus relaciones con la realidad social en la que participé. En este sentido la continuidad entre el niño de ayer y el hombre de hoy se hace más clara, gracias al esfuerzo reflexivo que hace el hombre de hoy para comprender las formas en que el niño de ayer, en sus relaciones en el seno de su familia, en su escuela o en las calles, vivió su realidad. Pero por otro lado la atribulada experiencia del niño de ayer y la actividad educativa, y por lo tanto política, del hombre de hoy, no podrán ser comprendidas si se toman como expresiones de una existencia aislada. Sería imposible negar su dimensión particular, pero ésta no es suficiente para explicar el significado más profundo de mi quehacer. Tanto de niño como de hombre me experimenté socialmente y en la historia de una sociedad dependiente, participando desde muy temprano en su terrible dramatismo. Es bueno subrayar desde luego que es en éste en quien se encuentra la razón objetiva que explica el creciente radicalismo de mis opciones. Estarían equivocados, corno por lo demás siempre lo están, aquellas o aquellos que quisiesen ver en este radicalismo -que por cierto jamás se transformó en sectarismo- la expresión traumática de un niño que se hubiese sentido no amado o desesperadamente solo.

De esta forma, mi rechazo radical de la sociedad de clases, por ser necesariamente violenta, sería, para esos posibles analistas, el modo en que estaría expresándose hoy el "desencuentro" afectivo que habría yo vivido en mi infancia.

Sin embargo, en realidad no fui un niño desesperadamente solo, ni tampoco un niño no amado. Jamás me sentí ni siquiera amenazado por la duda sobre el cariño que se tenían mis padres, como tampoco de su amor por nosotros, por mis hermanos, por mi

hermana y por mí. Y debe de haber sido esa seguridad la que nos ayudó a enfrentar razonablemente el problema real que nos afligió durante gran parte de mi infancia y adolescencia: el del hambre. Hambre real, concreta, sin fecha señalada para partir, aunque no tan rigurosa y agresiva como otras hambres que conocía. De cualquier manera, no era el hambre de quien se opera de las amígdalas ni la de quien hace dieta por elegancia. Nuestra hambre, por el contrario, era la que llegaba sin pedir permiso, la que se instalaba y se acomodaba y se iba quedando, sin fecha para partir. Hambre que de no ser amenizada, como lo fue la nuestra, va transformando el cuerpo de las personas, haciendo de él muchas veces una escultura de aristas, angulosa. Va afinando las piernas, los brazos, los dedos. Va escarbando las órbitas en las que los ojos casi se pierden. Como era el hambre más dura de muchos compañeros nuestros, y continúa siendo el hambre de millones de brasileños y brasileñas que por ella mueren anualmente.

Cuántas veces fui vencido por ella sin tener con qué resistir a su fuerza, a sus "ardides", mientras trataba de hacer mis tareas escolares. A veces me hacía dormir de bruces sobre la mesa de estudio, como si estuviese narcotizado. Y cuando reaccionando frente al sueño que trataba de dominarme abría grandes los ojos y los fijaba con dificultad en el texto de historia o de ciencias naturales -"lecciones" de mi escuela primaria-, era como si las palabras fueran trozos de comida.

En otras ocasiones me era posible, con mucho esfuerzo, leerlas una por una, pero no siempre conseguía comprender el significado del texto que conformaban.

Muy lejos estaba yo, en aquella época, de participar en una experiencia educativa en la que educandos y educadores, en tanto lectores y lectoras, se supiesen también *productores* de la inteligencia de los textos. Experiencia educativa en la cual la comprensión de los textos no estuviese depositada por su autor o autora, a la espera (le que los lectores la descubriesen. Entender un texto era principalmente memorizarlo mecánicamente, y la capacidad de memorizarlo era apreciada como señal de inteligencia. Cuanto más me sentía, entonces, incapaz de hacerlo, tanto más sufría por lo que ene parecía mi tosquedad insuperable.

Fue necesario que viviese muchos momentos como aquél, pero principalmente que comenzase a comer mejor y más seguido, a partir de cierto tiempo, para que finalmente percibiese que mi

tosquedad no era tan grande como pensaba. Por lo menos no era tan grande como el hambre que yo tenía.

Años más tarde, como director de la división de educación de una institución privada en Recife, me sería fácil comprender cuán difícil les resultaba a los niños proletarios, sometidos al rigor de un hambre mayor y más sistemática que la que padeciera yo y sin ninguna de las ventajas de que yo había disfrutado como niño de la clase media, alcanzar un índice razonable de aprendizaje.

No precisaba consultar estudios científicos acerca de la relación entre la desnutrición y las dificultades de aprendizaje. Yo tenía un conocimiento de primera mano, existencial, de esa relación.

Podía verme en aquel perfil raquítico, en los ojos grandes, a veces tristes, en los brazos alargados, en las piernas flacuchas de muchos de ellos. En ellos reencontraba también a algunos de mis compañeros de infancia que, si aún están vivos, posiblemente no leerán el libro que surge de estas cartas que escribo ni sabrán que ahora me refiero a ellos con respeto y nostalgia. Toinho Morango, Baixa, Dourado, Reginaldo.

Sin embargo, al referirme a la relación entre las condiciones desfavorables concretas y las dificultades de aprendizaje debo dejar clara mi posición frente a la cuestión. En primer lugar, de ninguna manera acepto que esas condiciones sean capaces de crear, en quien las experimenta, una especie de *naturaleza* incompaffile con la capacidad de escolarización. Lo que ha estado sucediendo es que generalmente la escuela autoritaria y elitista que existe no considera, ni en la organización de sus planes de estudio ni en la manera de tratar sus contenidos programáticos, los saberes que se vienen generando en la cotidianeidad dramática de las clases sociales sometidas y explotadas. Se pasa por alto que las condiciones difíciles, por más aplastantes que sean, generan en los y las que las viven saberes sin los cuales no les sería posible sobrevivir. En el fondo, saberes y cultura de las clases populares dominadas, que experimentan diferentes niveles de explotación y de conciencia de la propia explotación. Saberes que en última instancia son expresiones de su resistencia.

Estoy convencido de que las dificultades referidas disminuirían si la escuela tomase en consideración la cultura de los oprimidos, su lenguaje, su forma eficiente de hacer cuentas, su saber fragmentado del mundo desde el cual, finalmente, transitarían hasta el saber más sistematizado, que corresponde a la escuela trabajar.

Obviamente no es ésta tarea que deba ser cumplida per la escuela de la clase dominante, pero sí es tarea que han de realizar en la escuela de la clase dominante, entre nosotros, ahora, educadores y educadoras progresistas que viven la coherencia entre su discurso y su práctica.

Muchas veces, en mis constantes visitas a las escuelas, cuando conversaba con unos y con otros, y no sólo con las maestras, imaginaba de un modo bastante realista cuánto les estaría costando aprender sus lecciones, desafiados por el hambre cuantitativa y cualitativa que los consumía.

En una de aquellas visitas una maestra me habló, muy preocupada, de uno de ellos. Discretamente hizo que dirigiese mi atención hacia una figurita menuda que, en un rincón de la sala, parecía estar ausente, distante de todo lo que sucedía a su alrededor. "Parte de la mañana -dijo-- se la pasa durmiendo. Sería una violencia despertarlo. ¿No lo cree usted? ¿Qué hago con él?"

Más tarde supimos que Pedrito era el tercer hijo de una familia numerosa. Su padre, trabajador de una fábrica local, no ganaba lo suficiente para ofrecer a su familia el mínimo de condiciones materiales que requerían. Vivían en promiscuidad en un *mocambos* precario. Pedrito no sólo casi no comía nada sino que además tenía que trabajar para ayudar a su familia a subsistir. Vendía frutas por las calles, cargaba las compras del mercado popular de su barrio.

En última instancia, la escuela era para él como una especie de paréntesis, un espacio-tiempo donde descansaba de su cansancio diario. Pedrito no era una excepción, y había situaciones peores que la de él. Todavía más dramáticas.

Al mirarlos, al conversar con ellos y con ellas, recordaba lo que había representado también para mí estudiar con hambre. Me acordaba del tiempo que perdía diciendo y repitiendo, con los ojos cerrados y el cuaderno en las manos: Inglaterra, capital Londres, Francia, capital París, Inglaterra, capital Londres. "Repítelo, repítelo que te lo aprendes" era la sugerencia más o menos generalizada en la época de mi niñez. Sin embargo, ¿cómo aprender si la única geografía posible era la de mi propia hambre? La geografía de las huertas ajenas, de las huertas de mangos, de guanábanos, de caobas, de pitangas, geografía que Temístocles -mi hermano inmediatamente mayor- y yo sabíamos, ésa sí, de memoria, palmo a palmo. Conocíamos sus secretos y teníamos en la memoria los caminos más fáciles, que nos llevaban a las mejores frutas.

Conocíamos los lugares más seguros donde, cuidadosamente, entre hojas secas, acogedoras, tibias, escondíamos los plátanos todavía "en vez"" que así "arropados" maduraban "resguardados" de otras hambres, así como, y principalmente, del "derecho de propiedad" de los dueños de las huertas.

Uno de esos dueños de huerta me descubrió un día, de mañana temprano, tratando de robar de su huerta una papaya preciosa. Apareció frente a mí inesperadamente, sin dejarme oportunidad de huir. Debo haber palidecido. La sorpresa me desconcertó. No sabía qué hacer con mis manos trémulas, de las cuales mecánicamente se cayó la papaya. No sabía qué hacer con todo mi cuerpo -si permanecía erguido, si me relajaba frente a la figura ceñuda y rígida, toda ella expresión de una dura censura de mi acto.

Arrebatándome la fruta, tan necesaria para mí en aquel instante, de un modo significativamente posesivo, el hombre me echó un sermón moralista que nada tenía que ver con mi hambre.

Sin decir una palabra -sí, no, disculpe o hasta luego-, dejé la huerta y me fui andando, ensimismado, disminuido, achatado, hacia mi casa, metido en lo más hondo de mí mismo. Lo que en aquel instante deseaba era un lugar donde ni yo mismo pudiese verme.

Muchos años después, en circunstancias distintas, experimenté una vez más la extraña sensación de no saber qué hacer con mis manos, con todo mi cuerpo: "Capitán, otro pajarito para la jaula", dijo sarcásticamente, en el "cuerpo de guardia" de un cuartel del ejército en Recife, el policía que me traía preso desde mi casa, luego del golpe de estado del 1 de abril de 1964. Los dos, el policía y el capitán, con una sonrisa irónica de desprecio, me miraban a mí, de pie, frente a ellos, nuevamente sin saber qué hacer con mis manos, con todo mi cuerpo.

Pero una cosa yo sabía bien: aquella vez no había hurtado ninguna papaya.

Ya no me acuerdo de lo que me habrán "enseñado" en la escuela el día de aquella mañana en que fui descubierto con la papaya del vecino en las manos. Lo que sí sé es que si en la escuela me costó resolver algunos problemas de aritmética, no tuve ninguna dificultad en aprender el tiempo necesario para que madurasen los plátanos, en función del momento de madurez en el que se encontraban cuando los "arropábamos" en nuestros escondites secretos.

Nuestra geografía inmediata era para nosotros, sin lugar a dudas,

no sólo una geografía demasiado concreta, si puedo decirlo así, sino una que tenía especial significación. En ella se interpenetraban dos mundos, dos mundos que vivíamos intensamente. El mundo de los juegos en el que, siendo niños, jugábamos fútbol, nadábamos en el río, volábamos papalotes, [1] Q y el mundo en el que, siendo niños, éramos sin embargo hombres precoces, preocupados por nuestra hambre y por el hambre de los nuestros.

En los dos mundos tuvimos compañeros, pero algunos de ellos jamás supieron, existencialmente, lo que significaba pasar un día entero con un pedazo de pan, con una taza de café, con un poco de frijoles con arroz; o buscar por las huertas ajenas alguna fruta disponible. E incluso cuando algunos de ellos participaban con nosotros en las acometidas a las huertas ajenas, lo hacían por motivos diferentes: por solidaridad o por el gusto de la aventura. En nuestro caso había algo más vital: el hambre que aplacar. Esto no significa sin embargo que no hubiese también en nosotros gusto por la aventura, al lado de la necesidad que nos impulsaba. En el fondo vivíamos, como ya lo he señalado, una ambigüedad radical: éramos niños que se habían anticipado a ser gente grande. Nuestra niñez quedaba siempre comprimida entre el juego y el "trabajo", entre la libertad y la necesidad.

A los once años yo tenía conciencia de las precarias condiciones financieras de mi familia, pero no tenía manera de ayudarla desempeñando un trabajo cualquiera. Así como mi padre jamás pudo prescindir de su corbata, que más que expresión de la moda masculina era una representación de clase, tampoco podía permitir que yo, por ejemplo, trabajase en el mercado semanal cargando paquetes, o fuese sirviente de alguna casa.

En las sociedades altamente desarrolladas los miembros de la clase media pueden, principalmente en momentos difíciles, realizar tareas consideradas subalternas sin que eso signifique una amenaza o una pérdida real de *status*.

SEGUNDA CARTA

> El piano en nuestra casa era como la corbata al cuello de mi padre. Ni la casa se deshizo del piano ni mi padre de la corbata, a pesar de las dificultades que enfrentamos.

Nacidos, así, en una familia de clase media que sufriera el impacto de la crisis económica de 1929, éramos "niños conectivos": participando del mundo de los que comían, aunque comiésemos peco, también participábamos del mundo de los que no comían, aurque comiésemos más que ellos -el mundo de los niños y las niñas de los arroyos, de los mocambos, de los cerros." Al primer guapo estábamos ligados por nuestra posición de clase, al segundo por nuestra hambre, aunque nuestras dificultades fuesen memores que las de ellos, bastante menores.

En el constante esfuerzo de reverme recuerdo cromo, :a pesar del hambre que nos solidarizaba con los niños y con las niñas de las callejuelas, no obstante la solidaridad que nos unía, tanto en los juegos como en la búsqueda de la supervivencia, 'pilchas veces éramos para ellos como niños de otro mundo, que s("ıl(ı .ncci(lentalmente estaban en el suyo. Esas fronteras de clase que <•1 Iionbre de hoy percibe con claridad al volverse sobre su pasad(), y cll,e el niño de ayer no entendía, eran expresadas inclusive en▶ 1(▶nn a más clara por los padres de nuestros compañeros de aquel r ı t or ces. Inmersos en la cotidianeidad enajenante, sin alcanzas ı^»l:render la razón de ser de los hechos en los que se ene)1 t . I)an involucrados, la mayoría eran hombres y mujeres "exisi :u i,iInlunte cansados" e "históricamente anestesiados".

No resisto la tentación de hacer un paréntesis y llanta! la atención sobre la relación entre los niveles profundos de 1.1 violencia de clase, de la explotación de clase, del cansancio existencial, de la anestesia histórica, del fatalismo frente a un 'pulid() (olisiderado inmutable, y la ausencia de conciencia de clase (lit e• 1/ /1/ m i i n a dos y violentados. Por eso, en la medida en que coiniel1/.111 .1 (~prometerse con la lucha política, aprendiendo a vivir I3, aria

en sus diferentes aspectos, movilizándose, organizándose para la transformación de la sociedad, se van asumiendo como '`clase para sí" y superan el fatalismo que los "anestesiaba" históricamente. Por causa de ese fatalismo era por lo que los padres de nuestros compañeros nos miraban como si nos estuviesen agradeciendo el ser amigos de sus hijos. Para ellos, nuestro compañerismo con sus hijos era una especie de favor que nosotros y nuestros padres les hacíamos. En última instancia, éramos hijos del capitán Temístocles, vivíamos en una casa diferente a la de ellos, en otra zona de la ciudad, que no era la de los mocambos.

En nuestra casa había un piano alemán en el que nuestra tía Lourdes tocaba Chopin, Beethoven, Mozart. El piano era suficiente para distinguirnos, corno clase, de Dourado, de Regina]do, de Baixa, de Toinho Morango, de Gerson Macaco, algunos de los amigos de aquella época. El piano en nuestra casa era como la corbata al cuello de mi padre. Ni la casa se deshizo del piano ni rui padre de la corbata, a pesar de las dificultades que enfrentamos. El piano y la corbata finalmente eran símbolos que nos ayudaban a mantenernos en la clase social a la que pertenecíamos. Implicaban cierto estilo de vida, cierta forma de ser, cierto lenguaje, hasta cierto modo de andar o de inclinar moderadamente el cuerpo al quitarse el sombrero para saludar a alguien, corno veía hacer a mi padre. Todo esto eran expresiones de clase. Todo esto lo defendía la familia corno condición indispensable para su propia subsistencia. Ni el piano era solamente un instrumento para el deleite artístico de Lourdes, ni la corbata de mi padre era solamente una exigencia de la moda masculina, puesto que ambos, el deleite artístico y la moda, tenían su distinción de clase. Perderlos también podría haber significado perder la "solidaridad" de los miembros de la misma clase y marchar, paso a paso, hasta el mocambo de las callejuelas o de los morros, de donde difícilmente habríamos regresado, Por eso mismo, conservarlos fue necesario para que mi familia superase la crisis manteniendo su posición de clase.

El piano de Lourdes y la corbata de mi padre convert'an nuestra hambre en un accidente. Con ellos podríamos endeudarnos, aunque con dificultad; sin ellos sería casi imposible. Con ellos nuestros hurtos, si fuesen descubiertos, serían considerados como simples travesuras; cuando más serían entendidos como motivo de disgusto para nuestros padres. Sin ellos, nuestros hurtos habrían sido delincuencia infantil.

El piano de Lourdes y la corbata de mi padre hacían el mismo juego de clase que las jacarandas y los platos de loza fina que aún hoy hacen en el Nordeste brasileño entre los aristócratas decadentes. Tal vez hoy con menos eficacia de la que tenían la corbata de mi padre y el piano de Lourdes en los años treinta.

Es importante señalar el tema de la clase social porque, en discursos elocuentes y sumamente astutos, los dominantes insisten en que lo que vale es el valor de trabajar, la disciplina, las ganas de crecer, de subir. Por lo tanto, vence el que trabaja con ahínco, sin protestar; el que es disciplinado, y por disciplinado debe entenderse no crearle dificultades al patrón.

Por eso he insistido en destacar nuestro origen, nuestra posición de clase, fundamental para explicar las propias *mañas*[12] que la familia desarrolló para superar la crisis.

Jamás me olvido de uno de nuestros "delitos". Era una mañana de domingo, tal vez fueran las diez, tal vez las once, no importa. Habíamos entretenido el estómago apenas con un poco de café y una discreta rebanada de pan sin mantequilla, insuficientes para que alguien pasase el día, aunque hubiera comido el día anterior, lo cual no era nuestro caso.

Ya no me acuerdo de lo que estábamos haciendo, si conversábamos o jugábamos. Recuerdo solamente que estábamos juntos, mis dos hermanos mayores y yo, sentados al borde de un patio que había en la parte posterior de la casa en que vivíamos. Algunos canteros, rosas, violetas, margaritas. También lechugas, coles, tomates, plantados con realismo por mi madre. Las lechugas, las coles y los tomates mejoraban nuestra escasa dieta. Las rosas, las violetas y las margaritas le embellecían la casa en jarrones del siglo pasado, reliquias de la familia. De éstas, mi hermana Stela guarda hasta hoy una linda palangana de loza en la que todos nosotros tomamos nuestro primer baño, o uno de nuestros primeros baños, al llegar al mundo, así como nuestros hijos e hijas. Lamentablemente, por motivos ajenos a nuestra voluntad, la tradición familiar se rompió con nuestros nietos y nietas.

En cierto momento nos llamó la atención la presencia de una gallina que debería pertenecer a alguno de nuestros vecinos más próximos.

Buscando grillos en el pasto verde que cubría el suelo, corría a derecha e izquierda, iba y venía, evidentemente acompañando los saltos que los grillos daban para salvarse. En una de esas idas y

venidas se aproximó demasiado a nosotros. En un segundo, como si no sólo nos hubiésemos puesto de acuerdo para la acción sino que la hubiésemos preparado, teníamos a la incauta gallina en nuestras manos, entre estertores.

En seguida llegó mi madre. Ni una pregunta. Los cuatro nos miramos unos a otros y miramos a la gallina ya muerta en las manos de alguno de nosotros.

Hoy, a tantos años de aquella mañana, imagino el conflicto que debe de haber vivido mi madre, cristiana católica, mientras nos miraba silenciosa y atónita. Su alternativa debe de haber estado entre reprendernos severamente y devolver de inmediato el cuerpo aún caliente de la gallina a nuestro vecino, ofreciendo mil disculpas, o preparar con ella un singular almuerzo.

Triunfó el sentido común. Dentro del mismo silencio, llevándose consigo a la gallina, mi madre caminó por el patio, entró en la cocina y "se perdió" en un trabajo que hacía ya mucho tiempo que no realizaba.

Horas más tarde nuestro almuerzo de aquel domingo transcurrió en un tiempo sin palabras. Es posible que sintiésemos cierto sabor de remordimiento entre los condimentos que sazonaban la gallina de nuestro vecino. Allí, sobre nuestros platos, aumentando nuestra hambre, creo que también fue para nosotros una "presencia" acusadora de lo que debe de habernos parecido un pecado o un delito contra la propiedad privada.

Al otro día, al percatarse del desfalco en su gallinero, nuestro vecino ha de haber maldecido al ladrón que, para él, sólo podría haber sido algún "gentuza", algún "ladrón de gallinas"." Nunca se le hubiera ocurrido que cerca, muy cerca de él, se encontraban los autores del hurto.

El piano de Lourdes y la corbata de mi padre eran incompatibles con tal conjetura.

TERCERA CARTA

> En realidad yo no era un niño que hablase de mi mundo particular en forma altanera, con traje, corbata y cuello duro, repitiendo palabras del universo de los adultos.

Esto sucedió en Jaboatão, una pequeña ciudad a dieciocho kilómetros de Recife, adonde fuimos, en 1932, como quien busca salvación.

Hasta marzo de aquel año habíamos vivido en Recife en una casa mediana, la misma casa en la que nací, rodeada de árboles, algunos de los cuales eran como personas para mí, tal era la intimidad que tenía con ellos.

La vieja casa, sus cuartos, su corredor, sus salas, su terraza estrecha, el jardín arbolado en medio del que se encontraba, todo ello constituyó el mundo de mis primeras experiencias. En él aprendí a caminar y a hablar. En él escuché las primeras historias de "aparecidos" -ánimas que jalaban las piernas de las personas, que apagaban las velas con soplidos helados, que revelaban los escondites de vasijas llenas de plata, razón de su sufrimiento en cal "otro mundo".

Muchas de esas historias me hicieron temblar de miedo, una vez acostado para dormir. Con los ojos cerrados, el corazón golpeando, encogido al máximo bajo la sábana, esperaba a cada momento la llegada de algún alma en pena, hablando gangosamente. Por lo general las almas del "otro mundo" comenzaban .a hacer sus apariciones a partir de la medianoche, y siempi l' Alaban gangosamente, por lo menos en las historias que yo escuchaba. lhaba.

Muchas veces pasé la noche abrazado a mi miedo, **bajo la sábana,** escuchando al gran reloj del comedor romper el silero c oil sus golpes sonoros. En tales oportunidades se establecía ennl t (. (.1 reloj grande y yo una relación especial. Reforzando miss ct ios.1111 ì t cc los condicionamientos de mi miedo, su tictac ritmado t, II l ' i(çtt me decía, sobre el fondo de silencio, que él era una p> esc.II(1.1 h spierta, marcando el tiempo que yo precisaba que "c ol i pum.". Y un

extraño cariño por el reloj grande me tomaba por completo. Unas ganas de decirle al reloj grande: "Muchas gracias, por estar ahí, vivo, despierto, casi velando por mí."

Hoy, tan lejos de aquellas noches y de aquella sensación, al escribir sobre lo que sentía re-vivo el mágico afecto que sentía por el reloj grande. Escucho el reloj grande y de pronto tengo, en la memoria de mi cuerpo, la claridad indecisa de la lamparilla subrayando la oscuridad de la casa, la geografía de la casa, el cuarto en el que dormía, la distancia que había entre éste y la sala donde sonaba cómodamente el reloj grande.

Un mes más difícil lo hizo callar en nuestro comedor. Lo vi salir cargado por su comprador, y hoy al hablar de él me doy cuenta de cómo, en el momento de la venta, si por un lado proporcionó algún alivio a la familia, que seguramente resolvió una situación más difícil, por el otro su ausencia me dejó a solas con mi miedo.

No dije nada de esto a mi padre ni a mi madre. No quería exponer mi mágico cariño por el reloj grande. Pero principalmente no quería exponer la razón de ser de mi mágico cariño por el reloj.

Demoré un buen tiempo hasta acostumbrarme a la ausencia del reloj grande que me ayudaba a disminuir mis miedos, que me parecía que velaba por mí en el silencio de las noches interminables.

No sé bien la historia del reloj grande, sólo sé que cuando yo nací ya estaba allí, ocupando un lugar especial de la pared privilegiada del comedor, desde hacía mucho tiempo. Había llegado a las manos de la familia a fines del siglo pasado y todos sentían por él un afecto singular.

Para mis padres no debe de haber sido fácil deshacerse de él. Todavía me acuerdo de la tristeza disimulada con la que mi padre lo miró por última vez. Era como si el reloj fuese una persona. Mi padre casi le habló, casi le pidió disculpas por la ingratitud que estaban cometiendo. Yo me daba cuenta, por la forma en que miraba al señor que cargaba el reloj grande, de que eso era exactamente lo que le diría si los relojes hablasen.

Las primeras señales de la mañana que llegaban ahuyentando a las ánimas -el sol filtrándose por la ventana de mi cuarto y los pajaritos madrugadores- me devolvían la completa tranquilidad. Sin embargo, mi miedo no era mayor que yo. Comenzaba a aprender que, aunque fuese una manifestación de la vida, era necesario que pusiera límites a mi miedo. En el fondo estaba experimentando

los primeros intentos de educar a mi miedo, sin lo cual no nos forjamos valor.

Creo que en casa se sospechaba su existencia, por más oculto que yo lo guardase. Principalmente mi padre. De vez en cuando presentía sus pasos encaminándose hasta mi cama. Ayudado por la discreta llama de una veladora trataba de saber si yo ya dormía. Algunas veces le hablaba y le decía que estaba bien, otras, tragándome el miedo, fingía dormir. En cualquier caso su preocupación me alentaba.

Aquí me gustaría subrayar la importancia que tenía para mí el saberme objeto del cuidado de mis padres. Vale decir, saberme querido por ellos. Lamentablemente no siempre somos capaces de expresar con naturalidad y madurez nuestro necesario afecto hacia nuestros hijos e hijas a través de diferentes formas y procedimientos, entre ellos el cuidado preciso, ni de más ni de menos. A veces, por mil razones, no sabemos demostrar a nuestros hijos que los amamos. Tenemos un miedo misterioso de decirles que los amamos. Finalmente, siempre que escondernos dentro de nosotros, por un pudor lamentable, la expresión de nuestro afecto, de nuestro amor, acabarnos trabajando en contra de ellos.

Sin embargo, corno ya he señalado, poco a poco fui aprendiendo a superar los temores fáciles. A los ocho años ya dormía más o menos tranquilamente. Si antes cualquier ruido era tomado como señal de algo extraordinario, para entonces, aunque todavía admitiese la posibilidad de una "visita" del otro mundo, buscaba razones plausibles para el miedo. ¿Por qué aceptar de antemano que algo anormal estaba ocurriendo? ¿Por qué no pensar en las hojas de las palmas agitándose al soplo del viento? Al día siguiente trataba de identificar algunos ruidos que a la luz del sol se perdían difusos en un tiempo sin recelos, pero que por la noche eran tan sospechosos.

Afinando la percepción durante esos momentos comencé a captar, muchas veces deslumbrado, un sinnúmero de ruidos antes imperceptibles dentro de la totalidad sonora de los días. Este ejercicio me fortalecía para enfrentar la aprensión que me consumía por las noches. En última instancia, el desafío de mi miedo y la decisión de no someterme fácilmente me condujeron, en tierna edad, a transformar mi cama, dentro del silencio de mi cuarto, en una especie de contexto teórico *sui generis.* Desde éste hacía mis primeras "reflexiones críticas" sobre mi contexto concreto que, en

aquella época, se reducía al jardín de mi casa y a los trescientos metros que la separaban de la escuelita primaria en la que me iniciaba.

Así me ejercitaba desde temprano en la búsqueda de la razón de ser de los hechos, aunque en aquella época no pudiese comprender el real y profundo significado de tal proceso.

En un momento dado aquella búsqueda fue coma un juego, y yo pasé a conocer íntimamente los mínimos detalles de la totalidad del jardín grande de mi casa. Los tocones de los plátanos, el majestuoso árbol de *cajú,* con sus ramas enroscándose sensualmente sobre el suelo, sus raíces salientes curvándose sobre la tierra como ampliaciones de las venas de una mano vieja, las palmas, los mangos de diferentes especies. El árbol de pan, el viento soplando fuerte, haciendo gemir las ramas de los árboles, el canto de los pajaritos, el *sanhaçú,* el benteveo, el *sabiá,* el "mira-al-camino-quién-viene". Todo se iba dando a mi deslumbrada curiosidad de niño.

El conocimiento que fui adquiriendo de ese mundo: las sombras ondulantes, como si fuesen cuerpos en movimiento, que las hojas de los plátanos proyectaban multiplicadas durante las noches de luna llena, el conocimiento de todo aquello pasó a asegurarme una tranquilidad que otros niños de mi edad, o mayores que yo, no tenían. Y cuanto más me esforzaba por comprender durante el día cómo se daban las cosas en aquel mundo limitado, tratando de detectar los más variados tipos de ruidos y sus causas, tanto más me iba liberando por las noches de los "fantasmas" que me amenazaban. Sin embargo, el empeño por conocerlo no acabó con mi espontaneidad de niño, colocando en su lugar una deformación racionalista. En realidad yo no era un niño que hablase de su mundo particular en forma altanera, con traje, corbata y cuello duro, repitiendo palabras del universo de los adultos. Yo lo vivía intensamente. Con todo, en las experiencias en él y con él fui aprendiendo a emerger de su cotidianeidad sin que eso significase el fin de su encanto para mí. Simplemente me movía en él con seguridad, fuese noche o día.

Mi padre tuvo un papel importante en mi búsqueda. Afectuoso, inteligente, abierto, jamás se negó a escucharnos en nuestras curiosidades. Él y mi madre hacían una pareja armoniosa, cuya unidad sin embargo no significaba ni la nivelación de ella a él ni la de él a ella. El testimonio que nos dieron siempre fue de comprensión, jamás de intolerancia. Católica ella, espiritista él, se respetaron en

sus opciones. Con ellos aprendí el diálogo desde muy temprano. Nunca me sentí temeroso de preguntar y no me acuerdo de haber sido castigado, o simplemente amonestado, por discrepar.

Con ellos aprendí a leer mis primeras palabras, escribiéndolas con palitos en el suelo, a la sombra de los mangos. Palabras y frases relacionadas con mi experiencia, no con la de ellos. En vez de un engorroso abecedario o, lo que es peor, de un libro de texto de aquellos en que los niños debían recorrer las letras del alfabeto, como si aprendiesen a hablar diciendo letras, tuve como primera escuela el propio jardín de mi casa, mi primer mundo. El suelo protegido por la copa de los árboles fue mi pizarra *sui generis,* y las astillas mis gises. Así, cuando a los seis años llegué a la escuelita de Eunice, mi primera maestra formal, yo ya leía y escribía.

Nunca olvidaré la alegría con que me entregaba a lo que ella llamaba "formar oraciones". Primero me pedía que alinease tantas palabras como supiese y quisiese escribir sobre una hoja de papel. Luego que fuese formando oraciones con ellas, oraciones cuyo significado pasábamos a discutir. Así fue como, poco a poco, fui construyendo mi intimidad con los verbos, con sus tiempos, sus modos, que ella me iba enseñando en función de las dificultades que surgían. Su preocupación fundamental no era hacerme memorizar definiciones gramaticales, sino estimular el desarrollo de mi expresividad oral y escrita.

En última instancia no había ninguna ruptura entre la orientación de mis padres, en casa, y la de Eunice en su escuelita particular. Tanto en casa como en la escuelita yo era invitado a conocer, en vez de verme reducido a la condición de "depósito vacío" que había que llenar con conocimientos.

No había ruptura entre la forma en que la pasaba en casa y mis ejercicios en la escuela. Motivo por el cual ésta no representaba una amenaza a mi curiosidad sino un estímulo. Si el tiempo que pasaba jugando y buscando, libre, en mi jardín no era igual al que vivía en la escuela, tampoco se contraponía al punto de hacerme sentir mal de sólo pensar en ella. Un tiempo se filtraba en el otro y yo me sentía bien en ambos. Finalmente la escuela, aunque mantenía su especificidad, no abría un paréntesis en mi alegría de vivir. Alegría de vivir que me ha venido marcando toda la vida. Inclusive de niño, en los tiempos más difíciles en Jaboatão. Hombre hecho en los tiempos de nuestro exilio. Alegría de vivir que tiene que ver con mi optimismo que, siendo crítico, no es paralizante, y por

lo tanto me empuja siempre a comprometerme en formas de acción compatibles con mi opción política.

Desdichadamente, aquella coincidencia antes referida entre mi alegría de vivir en el jardín de mi casa y las experiencias de la escuela no fue la tónica que predominó durante los años de mi escolarización.

Además de Eunice, la maestra con quien aprendi a "formar oraciones", sólo Áurea, todavía en Recife, y Cecilia, ya en Jaboatão, me marcaron realmente. El resto de las escuelas primarias por las que pasé fueron mediocres y molestas, aunque no guardo ningún mal recuerdo de sus maestras como personas.

Al referirme a la escuelita particular de Eunice difícilmente podría olvidar a Adelino, su tío abuelo, a quien veía todas las mañanas cuando iba a "formar oraciones".

"Jaú, jaú, te meto el cuchillo en la panza", canturreaba, siempre semisonriente, afectuoso, cuando me acercaba a él, entre tímido y curioso, sin entender el sentido de la canción.

Rotundo, totalmente cercado por una barriga enorme, bigotazo ostentoso que lo anunciaba de lejos, ojos pequeños y vivos, Adelino era un personaje de Eça de Queirós. Era un viejo impresionante en su anonimato de funcionario público retirado. En sus momentos de rabia las palabras llamadas feas salían de su boca redondeadas, aunque contundentes, casi acariciadas por su frondoso bigote. Los recuerdos de mi infancia están llenos de instantes de su presencia, en los que el valor personal, la sinceridad en la relación de amistad, la apertura al otro, en los que cierto gusto quijotesco de estar en el mundo, gusto quijotesco en cuerpo de Sancho, hablaban de él, cómo era y cómo se movía en el mundo. Lo perfilaban.

Nunca me olvido de uno de esos instantes. Era de noche. Llovía mucho. La lluvia caía agujereando el suelo, haciendo la geografía que le daba la gana -islas, lagos, riachuelos. Los relámpagos y los truenos se sucedían, llenando el mundo de barullo y claridad. Entre ellos y el canturreo de Adelino: "Jaú, Jaú, te meto el cuchillo en la panza", sólo había una diferencia: de la canción no tenía yo miedo.

Adelino se había anticipado a la tempestad, lo que no había sucedido con Martins, entonces funcionario de la oficina de identificación de la policía civil de Pernambuco. En ciertos aspectos Martins era lo opuesto de Adelino. Bajo, también gordo, aunque no tanto, risueño en el momento preciso, amante de los habanos

que fumaba hasta el fin, tenía en la rutina burocrática el sentido mismo de su existencia. Sin ella, sin sus papeles, sin sus horarios a los que sumaba el chaleco del que jamás se separaba, la vida ya no sería vida. Sería, tal vez, un pasaje incómodo por el mundo.

Martins era un personaje de Machado de Assis. Es probable que muchas veces, después de llegar del trabajo fatigado pero "plenificado", silencioso en su mecedora, observando los dibujos arbitrarios del humo de su habano, haya pensado en los papeles que habían pasado por su escritorio y que él, después de estudiarlos con apasionada meticulosidad, habría enviado al sector A, o al B, no sólo como quien resolvía el problema de los interesados sino también como quien salvase al mundo mismo.

Recién casado lo visité por última vez en su humilde casa, en un barrio de Recife, con mi primera mujer, Elza, para que ella lo conociese. Adelino había muerto antes.

Quebrantado más por los males que lo consumían que por la edad, conservaba la misma serenidad en la mirada, a pesar de que ya no podía fumar su bienamado habano. Nos recibió en la "sala de visitas", en cuyas paredes se veían viejas fotografías de familia, algunas ya opacadas por los años, amarillentas.

Ésta era una constante en las salas de visita de las familias de la clase media "mediana" que se fue extendiendo a las de renta más baja. Fotografías a todo color llenando los espacios de la sala, y abajo siempre el Corazón de Jesús. Una de esas fotografías que raramente faltaba era la del compromiso o la del casamiento de la pareja, a las que le seguían las de la "primera comunión" de los hijos.

Habló de su tiempo, para él mejor que el tiempo de nuestra visita, habló de mi padre, de mi madre, de mis tíos y de mis tías. De Rodovalho, principalmente, "amigo -decía él- de todas las horas". Habló de Adelino con una sonrisa que combinó con una mirada que se perdía en la distancia, una sonrisa de suave nostalgia. Habló de "algunas de sus hazañas", de su valentía, de su lealtad.

En aquella noche de lluvia cerrada, con Zé Paiva, que era el marido de una de mis tías, y mi padre, Martins y Adelino armaron una mesa de póquer.

A un lado, ni muy lejos ni muy cerca de la mesa, mi madre y una de mis tías bordaban y conversaban. Junto a ellas estaba mi hermana Stela.

Alrededor de la mesa mis hermanos mayores y yo observábamos

el ir y venir de las barajas. La animación del juego disminuía, al menos en mí, los temores provocados por el estruendo de los truenos y por la :laridad de los relámpagos que tanto me gustan hoy.

Las cartas iban, las cartas venían. Las palabras llenaban los intervalos de esas idas y venidas.

Adelino comenzó a perder. Una, dos, tres veces. Si tenía un par, alguien tenía dos pares; si tenía una tercia, alguien tenía una corrida.

De repente, ojps chispeantes, manos encrespadas, arrojó sobre la mesa un monten de cartas, mandándolas, con expresión machistamente ofensiva para las mujeres, "a la puta que las parió".

El silencio quc se hizo, pesado, insoportable, lo dejó desorientado. Se puso de pie, desconfiado, controlado pero un poco fuera de sí... ya no sabía dónde poner las manos. Luego, todavía visiblemente desequilibrado, se acomodó los pantalones hasta cierto límite en el que la barriga aceptaba mejor el cinturón. Miró a su alrededor. Sus ojps brillaban con un brillo diferente. Ojos de niño arrepentido de alguna travesura. Habló tímidamente, a pesar de toda la fuerza de su carácter. Y es que, a la altura de la cultura de su contexto, se sabía en un error grave: no debió haber maldecido las cartas de esa manera frente a las señoras y a las niñas. Sabía que era una falta imperdonable. No le quedaba más que asumir humildemente su debilidad. "Perdón", dijo. "Está perdonado", dijo mi padre.

A continuación, sin que mediase ninguna otra palabra, se dirigió a la puerta que s° le abrió dócilmente.

Llovía tupido. La lluvia agujereaba el suelo, haciendo la geografía que se le daba la gana -islas, lagos, riachuelos. Adelino caminó solo. La lluvia moó su cuerpo, su alma, su rabia, su arrepentimiento.

En casa el jueg) había terminado. Intentamos una plática aguada e incolora pero no pudimos continuarla. Las palabras de Adelino, que en un momento habían llenado toda la sala, la hicieron vaciarse, y un silencio pesado se apoderó de todo, cayó sobre todos, se acostó sobre la mesa, se recargó en las paredes y subrayó el estruendo de los truenos.

Años después, mi abuela Adozinda le devolvería a mi tía Esther, que fue mi segur da madre, un libro de José Lins do Rego por las mismas razones por las que Adelino abandonó la mesa de juego en aquella noche de tormenta.

Recordando ahora lo que sucedió con Adelino en aquella noche distante y que envolvió a todos los que estaban en la sala, pienso sobre todo hasta qué punto una formación más libre, más crítica, corno fue la mía, necesariamente también se veía limitada por la censura rígida y moralista de toda forma de expresión menos pura y de todo lo que tuviese que ver, aunque fuera de lejos, con el sexo. Ésta ha de ser una de las contradicciones que experimenté en mi formación. Por un lado estimulado a crecer, por el otro cercenado en mi criticidad por la represión puritana que sin embargo reconozco que no fue de las peores. Había familias entre nuestras relaciones que eran mucho más rígidas que la nuestra, mucho más atormentadas por la sombra angustiante y perseguidora del pecado, que siempre estaba en todo y en todos. Creo que en este sentido la influencia de mi padre también fue decisiva.

De cualquier manera, cuando a los siete años, "saltando a la cuerda" con mis hermanos al caer la tarde me quebré la pierna a la altura del muslo, me enseñaron a decir, en una expresión muy modosita: "me fracturé el fémur". Muslo no sonaba bien. Era parte de la "geografía" del pecado. Con la generación de mi madre las exigencias habían sido mayores. Ella se había detenido en el tobillo. En aquella época hablar de la belleza de las piernas de alguna mujer en una reunión íntima, en una "sala respetable", era una imprudencia que podría costar caro a quien la cometiese,

En tales circunstancias, tuve que aprender desde muy temprano que había terrenos en los que nuestra curiosidad de niños no podía ejercerse libremente. Nuestras indagaciones sobre el problema sexual fueron concentrándose poco a poco en nosotros mismos, en nuestros hermanos y compañeros mayores.

Si hubo quien ingenuamente estableciese una coincidencia radical entre saber y virtud, la generación madura de mis tiempos de niño, por el contrario, veía en la ignorancia de las cuestiones sexuales y en su comprensión distorsionada el mejor camino para llegar a la virtud. El niño sería tanto más puro cuanto más creyese, o pareciese creer, por poner un ejemplo, que llegábamos al mundo traídos por serviciales cigüeñas.

En el momento en que estoy escribiendo me acuerdo del testimonio que me dio un gran amigo, un teólogo alemán de una generación más joven que la mía. Vale la pena citarlo como un ejemplo más del puritanismo, de la represión sexual, tan vieja y universal como castradora, contra la cual urge luchar cada Nez más.

Hablábamos a la mesa de un bar de Lima, hace años, precisamente sobre la represión sexual, sobre los tabúes inhibidores de los que difícilmente habrá escapado un hombre o una mujer de mi generación, cuando me relató lo que le platicara un compañero suyo del seminario teológico protestante cuando eran estudiantes.

Lleno de dudas sobre si estaría correcto o no el comportamiento de su padre, el joven compañero de mi amigo le repitió el diálogo que oyera cierta noche desde su cuarto, contiguo al de sus padres.

"No, no, hoy no", suplicaba la madre, mientras el padre decía categórico: "Tengo un mandato de Dios que cumplir, el de traer más pastores al mundo."

En las relaciones de aquella pareja no había forma de admitir el placer, el juego sexual -éste era puro ardid del pecado. Lo que había en el encuentro sexual era apenas el cumplimiento "burocrático" de un deber: el de traer pastores al mundo.

Las generaciones jóvenes de las ciudades, que se han ido abriendo, ya no pueden convivir con semejante comprensión de la sexualidad. De la sexualidad que, sin agotarse en el acto del amor, no prescinde de éste como expresión plena de un derecho: el legítimo derecho al placer.

Las generaciones jóvenes de esas ciudades y de esas culturas, al abrirse, ya no pueden aceptar la dicotomía insustentable y enfermiza entre *cuerpo* y *alma.* Ya no pueden convivir con la convicción (le que el cuerpo es la fuente de la imperfección, de los deseos pecaminosos, y de que el alma, amenazada en su pureza, perdido el rumbo por la tentación del cuerpo malvado, se extravía trastornada.

A mí no me asombra ni me asusta que las generaciones jóvenes se excedan a veces no sólo en la comprensión de su sexualidad sino en su práctica misma. No hay rebeldía necesaria que no se exceda en el discurso y en la acción, de vez en cuando, al tiempo que critica y busca superar la desactualización y las distorsiones puritanas. A veces se exagera para rectificar la exageración.

El papel del educador, en esos casos, no consiste en aceptar en paz las exageraciones de la rebeldía sin críticas, ni tampoco en tan sólo negar las denuncias rebeldes, cosa que lo colocaría al lado de los tradicionalistas reaccionarios. El papel del educador crítico consiste en, comprendiendo el fenómeno, declararse favorable al objetivo de la crítica rebelde pero subrayar su error táctico. Y no pegar el acierto estratégico de quien erró en la táctica. Negar *la*

crítica en función del error táctico es una forma de oponerse al sueño estratégico, dando la falsa impresión de estar con él. Por otro lado, aceptar el error táctico sin combate, sin protesta, es hacerse cómplice del error y trabajar contra la utopía. El educador progresista coherente tiene que estar atento a las relaciones, siempre tensas, entre la táctica y la estrategia. Es absolutamente fundamental el aprendizaje de ambas, sin el cual, resbalando hacia incoherencias, sacrificamos el sueño estratégico.

CUARTA CARTA

> Más que cualquier otra cosa, me sentía como si me estuviesen expulsando, echando de mi propia seguridad.

Dejar Recife en 1932, la casa relativamente grande en la que nací -mi primer mundo-, y partir hacia Jaboatão fue una experiencia traumática, con todo y la curiosidad que la propia mudanza pudiera provocar. Dejábamos Recife por las dificultades que la familia había comenzado a enfrentar hacía dos o tres años, como consecuencia de la situación de Rodovalho, uno de mis tíos maternos, que estaba a dos pasos de la quiebra. Y las dificultades se habrían anticipado si no hubiese sido por la ayuda que él nos venía dando desde el momento en que mi padre quedara inactivo por razones de salud. El hecho es que en aquella mañana de abril la mudanza me arrancaba de mis rincones preferidos, me separaba de mis árboles más íntimos, del canario que todas las mañanas cantaba tempranito sobre la cumbrera cíe la casa, de los compañeros con los que jugaba. Albino F. Vital era uno de ellos. Amigo fraterno hasta el día de hoy. Científico más conocido fuera de Brasil que entre nosotros, en su campo: la fitopatología. Pedro y Sergio, hijos del "señor" Zuza, maestro de una banda de música que nunca pasó de la etapa de los ensayos. Una niña grande, bonita, a la que todos los días, durante el recorrido de la casa a la escuela, el Grupo Escolar Mathias de Albuquerque, soñaba con decirle, aún más, planeaba decirle: "Eres linda y me gustas mucho", pero como el valor no era suficiente me iba contentando con el gusto de querer decir y no decir. Y el gusto de querer decir era tan fuerte que en cierto momento era como si ya lo hubiese hecho. El silencio en que muchas veces hacíamos casi todo el trayecto de la casa al Grupo (ella era mi vecina) yo lo vivía como si fuese el tiempo de una larga conversación, en la que ella me decía y me repetía que yo también le gustaba.

En los idos años de 1932 aquella niña grandota tendría la misma

importancia para mí que Tereza para Bandeira.*

La mudanza me arrancaba de un momento nuevo en mi escolaridad: cortaba la experiencia que me estimulaba desde hacía poco tiempo, casi tres meses, en el Grupo Escolar Mathias de Albuquerque, con Áurea, una de las maestras que ya he mencionado, de fuerte presencia en mi memoria, Áurea Bahia.

Más que cualquier otra cosa, me sentía como si me estuviesen expulsando, echando de mi propia seguridad. Sentía que me envolvía un miedo diferente, no experimentado hasta entonces. Era como si estuviese muriendo un poco. Hoy lo sé. En realidad, en aquel momento vivía la segunda experiencia de exilio semiconsciente. La primera fue mi llegada al mundo, apenas dejé la seguridad del útero de mi madre.

Los dos camiones que mi padre había contratado para el transporte de nuestras cosas habían llegado temprano. Los cargadores comenzaron en seguida su tarea, a la que asistía yo callado desde un rincón del estrecho patio de la vieja casa, sin obstaculizar su ir y venir apresurado. Uno a uno vi salir los muebles.

En aquella época ya existía todo un proceso de organización del trabajo, de creación popular, con técnicas rudimentarias que, seguidas al pie de la letra por los cargadores, los *calungas*[14] de camión como se les llamaba, los hacían más eficaces. Técnicas de organización de las que el chofer igualmente entendía. Desde el lugar en el que el camión debía parar, en relación con la puerta más adecuada para la salida de los muebles, hasta la posición de éstos dentro de aquél. Vale decir, cuáles eran los muebles que deberían salir en primer lugar, puesto que su posición en la carrocería del vehículo era de gran importancia para el mejor aprovechamiento del espacio disponible y el equilibrio del peso.

Antes de aquella mudanza había presenciado otra de menor importancia, de una casa a otra en el mismo barrio. En relación con las técnicas de trabajo lo que más me impresionó fue la manera en que los cargadores transportaron el piano en la cabeza, protegidos por unas roscas de paño bonitas, bien hechas y de lindos colores, y cómo cantando, y siendo todos de la misma altura, ritmaban su cuerpo de tal manera que dividían el peso entre ellos, cuatro hombres fuertes, los cuerpos sudorosos.

* Manuel Bandeira, *Poesias,* Río de Janeiro, Livraria José Olímpio Editora, 1955, p. 206.

Parecía haber una relación entre el ritmo de los cuerpos, la velocidad con que se movían, la distribución del peso del objeto entre los cuerpos, provocada por la cadencia y por la velocidad del movimiento, todo sellado por la musicalidad de la canción.

Uno a uno vi salir los muebles. El piano alemán de Lourdes, las sillas de bejuco, la vieja mesa extensible del siglo pasado, el mortero en el que molíamos el café tostado en la casa, los tachos de cobre en los que se hacía la *canjica* que se servía en las fiestas de San Juan.

Las "manos"" de maíz verde se compraban la víspera. Tomábamos parte en el tratamiento de los elotes, quitándoles las hojas y dejándolos listos para rallarlos. La masa de maíz tierno raspado se mezclaba con una primera porción de leche de coco y todo se llevaba al fuego en los tachos de cobre, antes rigurosamente lavados, comenzando el paciente trabajo de revolver la masa. Si bien todo el proceso de la producción de la *canjica* [gachas] me agradaba, me impresionaba particularmente el momento en que poco a poco la masa líquida se iba haciendo más sólida hasta que, al parecer (le repente, era más sólida que líquida. Era la señal de que la *canjica* estaba lista.

Había otro momento que me es imposible olvidar: aquel en que, cuchara en mano, disputábamos lo que quedaba en los tachos después de vertida la *canjica* en los platones y las fuentes de la vieja vajilla de mi abuela.

Por la noche algunos de esos platones, adornados con dibujos fechos con canela en polvo sobre la *canjica,* se obsequiaban a los vecinos más próximos, que también nos obsequiaban de los suyos. En el fondo, por debajo de la cortesía había, por parte de cada familia, una especie de competencia linaria, una competencia time no se expresaba oralmente sobre cuál sería la mejor *canjica* de la calle.

Es claro que con la intensificación de la crisis disminuyó la producción cle la *canjica* de junio. Disminuyó, pero de hecho nunca faltó.

Todo se llevaba a cabo bajo la rigurosa pero siempre afectuosa dirección de Dadá. Dadá había "criado" a mi madre y en aquella época "criaba" a mi hermana Stela. Su cariño por ella y sus cuidados eran tales que a menudo la despertaba para ver si dormía.

Tres años después de nuestra llegada a Jaboatão Dadá moriría *de* tuberculosis en nuestra casa, y no en la indigencia de ningún

hospital, a pesar de la crisis. Moría rodeada del cariño de todos. Me acuerdo de una conversación seria, equilibrada, nada patética, que tuvo mi madre con nosotros para explicar que tendríamos necesidad de esforzarnos al máximo para asegurarle el mínimo de condiciones materiales en su lucha por la vida. Esto exigía que nosotros entendiéramos la necesaria disminución de un poco de lo que comíamos en favor de ella, asumiendo conscientemente una parte del compromiso que la familia tenía con ella, demostrándole así, en sus últimos momentos en este mundo, el amor que le teníamos.

No sé si Dadá supo que moría. Tal vez sólo pensase que estaba vieja y cansada.

En una tarde tranquila, en el mismo cuarto en el que un año antes había muerto mi padre y para el cual la trasladara mi madre, Dadá partió.

Uno a uno vi salir los muebles. Pero no era simplemente la casa la que se iba vaciando. Era yo también, allí parado, callado, en el rincón del patio de donde sólo me moví para subir a uno de los dos camiones junto con mi padre, también callado. Ya dentro del camión, que comenzaba a andar lentamente, él miró por última vez el jardín que mi madre tantas veces defendiera de la agresividad de las hormigas. Apenas miró, y estuvo sin decir una palabra casi todo el trayecto entre Recife y Jaboatão, que en aquella época era todo un viaje.

QUINTA CARTA

> Hasta el día de hoy, ni le señalo dos veces a una persona el error que ha cometido ni soporto que lo hagan conmigo.

Nacido en Río Grande do Norte, mi padre emigró hacia Recife muy joven, a principios de siglo, trayendo consigo únicamente su certificado de estudios en humanidades y el gusto por la aventura. Parece ser que al gusto por la aventura él sumaba también su disgusto por la convivencia forzada con un padrastro que, siendo autoritario, nada tenía que ver con su forma abierta de ser.

Poco tiempo después "sentó plaza" en el ejército, de donde, ya sargento, pasó a la policía militar de Pernambuco como teniente, en el momento en que un nuevo gobierno de aquel estado intentaba reformar esa corporación.

Se retiró siendo capitán, tres años después de que yo naciera, debido a una dilatación de la vena aorta, misma que le causaría la muerte en 1934.

Uno de los testimonios que tuvimos de él, muy significativo en nuestra formación, la de sus hijos e hija, y del que en casa se Hablaba sin hipocresías, fue el de su total ausencia en ciertos hechos que involucraron a algunos oficiales de la policía militar de Pernambuco durante la década de 1910. Participación de militares disfrazados de "marginales", en realidad delincuentes, asesinos; el "grupo del pañuelo", [17] como eran conocidos, que agredían y torturaban a periodistas de la oposición. Fue preciso que en uno de esos actos de violencia, tan comunes todavía hoy -nuestra historia reciente está repleta de torturados y desaparecidos-, asesinaran a un periodista famoso para que se pusiese fin a esa vergonzosa violencia.

Por lo general cuando se planeaba un acto de este tipo con algún periodista de la oposición mi padre era enviado a cumplir ítIguna misión fuera de Recife.

El hecho de no contar con él -en realidad ni siquiera llegaron a abordarlo buscando su connivencia- llevaba a la cúpula respon-

sable de estos actos truculentos a alejarlo de Recife cada vez iue programaba otro atentado.

Recuerdo qué bien nos hacía a nosotros, a pesar de nuestra tierna edad, saber que nuestro padre no había metido las manos en un quehacer tan sucio.

Valía mucho más, como realmente valió para todos nosotros, la experiencia de las dificultades que tuvimos; a mí me valió mucho más sorprender a mi padre en su cuarto, afligido, llorando a escondidas de los hijos y de la hija, sentado en la cama al ladc de su mujer, nuestra madre, por su impotencia frente a los obstáculos que debía vencer para ofrecer el mínimo bienestar a su familia. Valió mucho, realmente mucho, el abrazo que me dio, sentir su rostro mojado en el mío, cuando yo, más que adivinar, sabía la razón por la que lloraba.

Valió mucho más lo que sufrimos, además de tener hoy la sensación -que no tiene precio- de hablarnos a nosotros mismos sobre nuestro padre sin arrogancia, es verdad, sin fariseísmos, sino con alegría legítima, como un hombre serio y honrado.

Su permanencia forzada en casa lo aproximó intensamente a todos nosotros. Por regla general aprovechaba todas las oportunidades, cualesquiera que fuesen, estando con alguno de sus hijos o con la hija, para una plática accesible. Sin embargo, nunca hacía disertaciones eruditas ni forzaba un asunto si éste no nos interesaba. Preguntaba, desafiaba, al mismo tiempo que nos iba introduciendo en diferentes temas.

Nosotros lo teníamos a nuestra disposición en todo momento, inclusive en aquellos en los que se dedicaba a sus lecturas o a los trabajos de carpintería en su improvisado y precario taller.

En varias ocasiones trató de valerse de sus habilidades manrales para sumar cualquier cosa que pudiese conseguir con su trapajo de carpintero a sus parcas entradas de capitán retirado. Hacía jaulas artísticas, perezosos, tamborcitos, juegos de *backgammor,* de damas, de dominó. El fracaso se repetía y él regalaba su produc:ión entre parientes y amigos.

Un día, aprovechando la venida semanal de un amigo que Traía a Recife en su camión mercaderías del interior, de una cirdad llamada Belo Jardim, de la que mi tío Monteiro fue elegido intendente después de la revolución de 1930, mi padre pensó "importar" calabazas, piloncillo, artesanías, muñecos de barro, cestas parí las compras, para venderlas en una pequeña tienda de abarrotes que

quedaba en la misma calle en que vivíamos y en la que yo naciera. Y con qué sacrificio consiguió el escaso dinero para la inversión. Fracaso mayor.

Me acuerdo del último diálogo de mi padre con el dueño de la tienda. Respetuoso pero decidido, el hombre devolvió las mercaderías dejadas la semana anterior y rechazó, obviamente, recibir las nuevas, parte de las cuales pretendíamos entregar.

Volvimos a casa cabizbajos y ahora, en este momento en que escribo, tan lejos de aquel ocaso, no puedo dejar de pensar, con emoción revivida, por un lado en el dolor que lo embargaba al ver una vez más un sueño suyo deshecho, y por el otro en el dolor, la tristeza, la amargura con que posiblemente fue, durante el trayecto a casa, "bordando" el discurso que daría a mi madre. Discurso sufrido sobre su nuevo fracaso.

Durante mi infancia atribulada, conviviendo con el dolor moral de mis padres, experimentado en las más diversas situaciones y casi siempre "rellenado" con un lenguaje irrespetuoso, principalmente, claro, cuando el sujeto paciente era mi madre, aprendí a ser o a hacerme intensamente sensible al deber de respetar a quien se encuentra en situación de debilidad. En situaciones semejantes a mí me duele decir del otro, incluso para mí mismo: es un mentiroso, es un estafador.

Cuando por ejemplo mi madre, dócil y tímidamente, pidiendo disculpas al carnicero por no haber pagado la ínfima cantidad de carne comprada la semana anterior y solicitando más crédito para otros trescientos gramos, prometía que pagaría las dos deudas, en realidad ella no mentía ni intentaba estafar. Ella necesitaba creer que realmente pagaría. Y lo necesitaba primero por una razón muy concreta: el hambre real de la familia, y luego por una razón ética, la ética de la mujer católica de clase media. Y cuando el carnicero burlón, machista, le faltaba el respeto con su discurso de mofa, sus palabras la pisoteaban, la destrozaban, la enmudecían. Tímida y aplastada la veo ahora, en este preciso instante, frágil, con los ojos húmedos, saliendo de aquella carnicería para ir a otra, donde casi siempre se sumaban otras ofensas a las ya recibidas.

No estoy ahora pretendiendo, como tampoco pretendía en aquella época, que el carnicero financiase nuestra crisis a su costa. No era ni es eso. Lo que me indignaba era la falta de respeto de quien ocupaba en posición de poder frente a quien no lo tenía. Era el tono humillante, ofensivo, escarnecedor con que el carnicero le

hablaba a mi madre. El tono de censura, de reprobación en su discurso, que el carnicero dilataba sin necesidad y de forma que todos en la carnicería lo oyesen, me hacía tanto mal que ahora tengo que esforzarme para describir la experiencia.

Hasta el día de hoy, ni le señalo dos veces a una persona el error que ha cometido ni soporto que lo hagan conmigo.

Sin embargo, en este punto no puedo dejar de hacer un comentario sobre la cultura machista que nos marca. Sólo ésta puede explicar, por un lado, que mi madre siempre tomase sobre sí el difícil enfrentamiento con los acreedores, y por el otro que mi padre, tan justo y tan bueno, aceptase saberla expuesta como se exponía (aunque ella no le contase lo que oía en las carnicerías y en las tiendas de abarrotes) y no asumiese la responsabilidad de vérselas con los acreedores. Era como si la autoridad del hombre debiese permanecer resguardada, en el fondo falsamente resguardada, protegida, mientras la mujer se entregaba a las ofensas.

Si en aquella época, ahuyentada tanto de carnicerías como de "puestos" y tiendas de abarrotes por no pagar las deudas, nuestra familia hubiese perdido la fuerza o hubiese llegado a los grados más profundos de carencia, con el resultado de experimentar lo que mi tía Natércia, dulce persona, acostumbraba llamar "pobreza abierta", difícilmente nos habríamos recuperado. Fue necesario que a pesar de todo continuásemos en el estado que Natércia denominaba "pobreza cerrada". Lo imposible era caer en la mendicidad, haciendo pública la necesidad, dejándola desnuda e indefensa.

Así se entiende mejor la razón por la cual la familia no se deshacía del piano alemán de Lourdes ni de la corbata al cuello de mi padre.

Volvamos un poco a su presencia en casa. Invariablemente, cuando no estábamos en la escuela, nos invitaba a ayudarlo, actividad en la que mi hermano Temístocles era el más eficiente de todos.

Fue de mi padre de quien escuchamos, por primera vez, críticas a la separación del trabajo manual y el intelectual. También fue en las pláticas informales con él, a la sombra de los árboles que estábamos dejando esa mañana, donde recibí las primeras informaciones sobre la política brasileña de entonces.

Alejado del cuartel y sin ninguna forma de participación sistemática de carácter partidario, él se sentía, sin embargo, profundamente identificado con el movimiento de oposición al gobierno

de Washington Luis, que llevó a Getulio Vargas a la presidencia de la república en 1930. [18] En nuestras pláticas con él, así como escuchando atentamente las suyas con nuestro ya mencionado tío João Monteiro -periodista de oposición que con su valentía y pureza pasaba dos días en casa y tres en la cárcel- tuve mi primer "curso" de realidad brasileña.

Recuerdo cómo en sus conversaciones, en sus comentarios, se referían a la falta de respeto por las libertades, a la arrogancia de los dominadores, al silencio al que sometían al pueblo, a la falta de respeto por los asuntos públicos, a la corrupción, que él llamaba "latrocinio desenfrenado".

Él nos enseñaba la democracia no sólo con el testimonio que nos daba -su respeto hacia nosotros, hacia nuestros derechos, la forma como establecía los límites necesarios a nuestra libertad, así corno su autoridad- sino por la crítica sensata y justa que hacía de los desmanes de los poderosos. Y aquellas lecciones de democracia tenían además algunas partes prácticas. Una de ellas era la posibilidad concreta de mostrarnos la negación de la libertad vivida por João Monteiro.

Cabellos sueltos y prematuramente blancos, con la paz de quien cumple con su de)er, altivo sin jamás ser arrogante, lo veíamos atravesando el jardín de nuestra casa -vivía al lado, pero nuestro jardín iba de una calle a la otra- acompañado por el agente que lo llevaba a su visita casi semanal a la "heladera". Así llamaban a la celda donde lo 'guardaban" por los crímenes de reivindicar la libertad y criticar los desmanes de los poderosos. Ese mote venía de la práctica "generosa" de la policía que, para "defender" la democracia de la acción de los "agitadores subversivos" de aquel entonces, a cada rato bañaba la celda con agua helada.

João Monteiro fue víctima del espíritu del "Grupo del Pañuelo" que mató a Chacon, tal como lo serían, en otro tiempo histórico, Herzog, Rubens Paiva, Mirian Verbena'" y miles de brasileños y brasileñas cobardemente asesinados durante el golpe militar de 1964.

De tanto pasar 11s fines de semana en el "confort" que le reservaba el violento inspector general de la policía civil de Pernambuco, Ramos de Freitas, joão Monteiro fue atacado por la tuberculosis, de la que acabó par fallecer en 1935 cuando, lleno de esperanza, buscaba mejores aires en el interior del estado.

Yo vivía en Jaboatão y recuerdo que fui a la estación del ferro-

carril para verlo -aquélla fue la última vez- durante la habitual parada de cinco minutos que hacía el tren de São Caetano, como era conocido.

Estaba quebrantado. Los hombros caídos. El habla ronca y difícil. Me miró, sonrió. "Dios te bendiga. Ven a visitarme", dijo mientras el tren comenzaba a andar.

En 1928 escuchaba a mi padre y a mi tío Monteiro hablando sobre el autoritarismo, sobre la fuerza del poder de los poderosos, sobre el "¿sabe con quién está usted hablando?", sobre el arbitrio, sobre los desmanes, sobre los fraudes, sobre la falta de respeto al pueblo, sobre su explotación, sobre el silencio que le era impuesto, sobre la impunidad de los gobernantes y sus secuaces, sobre la práctica según la cual: a los amigos, todo; a los enemigos, la ley.

En 1928 escuchaba decir a mi padre y a mi tío Monteiro que no sólo era necesario cambiar el estado de cosas en que vivíamos sino que había que hacerlo con urgencia. El país estaba siendo destruido, despojado, humillado. Y entonces, la frase célebre: "Brasil está al borde del abismo."

No habla, y cuando habla es reprimido.

Saludando en 1638 al marqués de Montalvão, virrey de Brasil, en el Hospital de la Misericordia de Bahía, Vieira hablaba, en el más político de sus sermones, del silencio impuesto por la corte como el peor de todos los males que nos afligía. Cito:

> Bien sabemos los que conocemos la lengua latina que esta palabra, *in fans,* infante, quiere decir el que no habla. En ese estado estaba el Bautista niño cuando lo visitó nuestra Señora, y en ese estado estuvo Brasil muchos años, lo que fue, a mi ver, la mayor ocasión de sus males. Como el paciente no puede hablar, toda otra conjetura dificulta la medicina. Por eso Cristo ningún enfermo curó con más dificultad ni ninguno le tomó más tiempo curar que un endemoniado mudo: el peor accidente que sufrió Brasil, en su enfermedad, fue el de que le quitaran el habla; muchas veces quiso quejarse justamente, muchas veces quiso pedir el remedio de sus males, pero siempre le ahogó las palabras en la garganta el respeto, o la violencia; si alguna vez llegó un gemido a los oídos de quien debiera remediarlos, llegaron también las voces del poder y vencieron los clamores de la razón... Brasil se pierde, señor [digámoslo en una palabra], porque algunos ministros de Su Majestad no vienen aquí a buscar nuestro bien, sino nuestros bienes.

Jugando con el significado de la palabra "tomar", que significa a veces contraer responsabilidades, tomar las riendas de algo, y

otras robar, apoderarse de lo ajeno, dice también Vieira al marqués de Montalvão y a ,us acompañantes:

> El rey los manda [refiriéndose a los ministros] a tomar Pernambuco, y ellos se contentan con tomar. Este tomar lo ajeno, o sea lo del rey, lo de los pueblos, es el origen de la enfermedad [de Brasil], y los varios modos y artes de tomar sere los síntomas que, siendo por su naturaleza muy peligrosa, la hacen, ior movimientos, más mortal. Y si no, pregunto, para que las causas de los síntomas se conozcan mejor: ¿toma en esta tierra el ministro de Justicia? Sí, toma. ¿Toma el ministro de Hacienda? Sí, toma. ¿Toma el ministro de la república? Sí, toma. ¿Toma el ministro de la Milicia? Sí, toma. ¿T)ma el ministro del estado? Sí, toma.*

En 1879 Joaquin Nabuco dice, en un discurso sobre un proyecto de reforma constitucional:

> Señores, el proyecto que hoy se discute aparece en este registro bajo los más tristes auspicios Es un proyecto que ha sido debatido en el consejo de ministros, resuelto en conferencia ministerial, razón por la que yo dije, y el noble diputado por el estado de Piauí (el señor Doria) recogió mi expresión, que el auo de cuerpo de delito de la iniciativa parlamentaria estaba sobre la mesa de puño y letra del ministro de Justicia. Es un proyecto que ha sido discutid) con audiencia del emperador, que ha sido objeto de transacciones entre el ministerio que determinó incluso la retirada de dos de los más ilust-es de sus miembros, y que solamente después de haber pasado por todos esos trámites y depuraciones llegó a esta casa, donde el mismo día :ue cubierto cora la firma de una gran mayoría.**

En este pleito, ;egún dice Paulo Cavalcanti refiriéndose a la disputa entre el inlustrial João Cleofas y el general Cordeiro de Farias por el gobierno de Pernambuco en 1954, en el que los comunistas apoyaban al primero, el Frente de Recife compareció dividido entre el voto a Farias y el voto en blanco:

> Dos días antes el trano de la calle Imperial, en la plaza Sérgio Loreto,

* P. Antonio Vieira *Obras completas. Sermões,* vol. ttt, t. vti, VIII y ix, Portugal, Lello e Irmão Editores,1959, pp. 342-343. Es interesante leer el análisis de este mismo sermón en E.L. Berlink, *Fatores adversos na formação brasileira,* São Paulo, Impressora tt'sis, 1959, ri ed., pp. 86-87

* * Joaquim *Nabuco,Publicação comemorativa do 1 9 Centenário do Nascimento do antigo deputado por Perntmbuco. Iniciativa da mesa da Câmara dos Deputados,* Rio de Janeiro, 1950, p. 64.

en que se localizaban la redacción y las oficinas de la *Folha do Povo,* órgano de los comunistas pernambucanos, quedó sin luz. Las reclamaciones al servicio competente de la Pernambuco Transways no surtían efecto. Se decía que la causa del apagón era un defecto técnico no identificado. El suministro de electricidad sólo se restableció el día siguiente de las elecciones.

Entre la víspera y el día de la votación se falsificó una edición de la *Folha do Povo,* una réplica absolutamente igual al original, con los títulos y clisés habituales. En los titulares de la edición se leía, con grandes caracteres: "Los comunistas deben votar en blanco." Y seguía un supuesto manifiesto de Prestes recomendando no votar por el industrial Cleofas. La distribución de esa edición falsificada del periódico prácticamente cubrió todos los barrios de la ciudad. Patrullas de la policía se encargaban de dejar los ejemplares en las puertas de las secciones electorales, centenares de inspectores fueron movilizados para el servicio [...] Pero a pesar de ese recurso a bajos expedientes de policialismo, el general Cordeiro de Farias perdió las elecciones en la capital, la "Ciudad Cruel", apareciendo nuevamente en sus momentos de invencibilidad.*

El autoritarismo continúa, la falta de respeto a la cosa pública, el latrocinio, los escándalos palaciegos, los PC "colloridos" o "descolloridos"[20] continúan devastando el país. La impunidad descarada. Se roba, se mata, se viola, se secuestra, y no pasa nada o casi nada. Se asesina cobardemente a una multitud de presos,[21] se echa la culpa a los muertos y todavía se discute la semántica de la palabra asesinato.

El golpe es la virtud; la jugada sucia es el modelo; la desvergüenza es el testimonio a seguir.

Sin embargo, a pesar de la la fuerza de la repetición, de la ¡mpunidad, o de la casi impunidad, nada de eso debe constituirse en razón para la apatía, para el fatalismo. Al contrario, todo eso nos debe empujar hacia la lucha esperanzada y sin tregua.

Es increíble cómo las clases dominantes en este país, inclusive sus sectores capitalistamente más modernizados, repiten siempre procedimientos y hábitos que tienen el sabor rancio del estilo colonial.

La arrogancia con que tratan a las clases populares, el poco caso que les hacen, la voracidad con que las explotan, su autoritarismo, el discurso en que descaradamente dicen lo contrario de lo que

* Paulo Cavalcanti, *0 caso eu conto como o caso foi - Da coluna Prestes à queda de Arraes. Memórias,* Recife, Editora Guararapes Limitada, 1979, pp. 284-285.

hacen, los pretextos más insostenibles para justificar las medidas de excepción con que, a través del tiempo, vienen acallando o tratando de acallar al pueblo brasileño.

Mi padre y mi pío Monteiro estarían hoy, corno estuvieron ayer, en contra de la o?resión de las clases trabajadoras, en defensa de los débiles, contra la arrogancia de los poderosos, estupefactos frente a su insensibilidad, luchando al lado de miles de brasileños y brasileñas que repiten, a lo largo de nuestra historia, su rechazo frente al arbitrio. Hoy estarían contra los que consideran que las huelgas de los trabajadores son la expresión del gusto subversivo de los eternos insatisfechos que buscan desestabilizar al gobierno, que según ellos el democráticamente amante de los trabajadores.

Cuántas veces, la sombra de los árboles de la casa en que nací y que dejé para ir vivir en Jaboatão, los escuché hablando, aunque a veces no lo entendiese todo, sobre la necesidad de cambio para el país.

En aquella macana lluviosa de abril, en la cabina del camión, hundido en el silencio, mi padre era un hombre diferente. Su silencio, sin embargo, que en otra circunstancia podría haberme afectado, en aquéla no me hacía mal. Su silencio coincidía con el mío. Ambos tenías la misma razón de ser, aunque en niveles diferentes. No sólo ro le pregunté nada, mientras el camión se arrastraba lento y pere'oso, sino que también me gustó que él no me preguntase nada.

El chofer, al lato, respetó nuestro pacto. Tampoco preguntó nada. Nada dijo ano ser un "muchas gran ,.s" cuando aceptó el cigarrillo que mi medre le ofreció.

SEXTA CARTA

Hoy, mirando hacia atrás desde mis setenta y dos años, hacia tan lejos, percibo claramente cómo las cuestiones ligadas al lenguaje, a su comprensión, siempre estuvieron presentes en uní.

Jaboatão, ciudad pequeña, intensamente parroquial en la época en que llegamos, es la sede del municipio del mismo nombre. Forma parte de lo que hoy se llama Gran Recife, pero ya en 1932 comenzaba a sufrir la expansión del centro mayor que naturalmente tendía a transformarla en una especie de suburbio.

Ingenios de azúcar, reducidos al papel de simples proveedores de caña a dos o tres plantas medianas; una fábrica de papel perteneciente, en aquella época, a un grupo alemán; algunas pequeñas y primitivas industrias de piedra picada; los talleres mecánicos de la antigua Great Western, hoy Red Ferroviaria Federal; un comercio al menudeo no muy extenso y dos o tres almacenes de mayoreo, en los que se abastecían los "barracones" de los ingenios" y de las plantas, constituían las principales fuentes de trabajo para la población rural y urbana del municipio, a la que se sumaba una incipiente burocracia municipal y estatal.

Algunas escuelitas primarias, obviamente precarias en todos los sentidos, se perdían, como salpicadas, por la zona rural. En el centro urbano se les sumaban unas pocas que, aunque regidas por maestras diplomadas y poseedoras de mayores recursos, eran sin embargo mediocres y rutinarias.

Dos educadoras notables: Cecília Brandão y Odete Antunes, eran la excepción a la debilidad educacional de la pequeña ciudad; la primera ya ha sido mencionada en una de estas cartas y me ayudó con paciencia y eficacia a superar las lagunas de mi escolaridad. Ambas, a veces en la enseñanza pública y a veces en la particular, a lo largo de su vida dieron una indiscutible contribución a las generaciones que pasaron por ellas. Creo que las dos merecerían que se estudiara su vida y su práctica como educadoras.

Mujer realmente extraordinaria, Cecília era una mezcla de tradición y modernidad. En sus sesenta años combinaba los vestidos

largos, de largas mangas y cuellos cerrados, con la curiosidad acerca de la ciencia y de los problemas del mundo. A los setenta y pico de años se graduó en derecho en la facultad de Recife, respetada y querida por sus colegas y profesores. Latinista, gramática -sin ser gramatiquera-, pianista, enamorada tanto de los *chorinhos* brasileños como de las creaciones de Beethoven o Mozart.

Muchas veces, cuando nos visitaba en las tardes de sol, tocaba en el pianD alemán de Lourdes. Daba pequeños conciertos para la familia a los que yo siempre asistía.

Ella sabía muy bien las dificultades que enfrentábamos, y no pocas veces nos ayudó de una manera o de otra. Fue en una de aquellas visitas cuando, antes de comenzar a tocar, le expresó a mi madre la gran alegría que tendría si yo fuera su alumno; y de modo delicado, pero sin subterfugios, dejó claro que no pretendía ninguna remuneración monetaria por su trabajo. Quería solamente ayudarme, enseñarme, revisar conmigo las cosas que yo ya sabía y trabajar las que aún no sabía.

Cecília Brandão y Aluízio Pessoa de Araujo* tienen mucho que ver con mi formación. Sin Cecília difícilmente podría haber llegado al Colegio Oswaldo Cruz. Sin Aluízio difícilmente podría haberme experimentado en la vida de la forma como lo he hecho. Fue Cecília quien despertó en mí el gusto casi incontenible por el lenguaje, gusto que me acompaña hasta hoy, y que en un primer momento abarcó el placer por los estudios gramaticales sin caer jamás en las gramaticalidades; gusto que sería reforzado y profundizado a continuación, ya en el Colegio Oswaldo Cruz,** bajo la influencia del maestro José Pessoa da Silva, en aquel entonces joven estudiante de derecho en la facultad de Recife.

Hoy, mirando hacia atrás desde mis setenta y dos años, hacia tan lejos, percibo claramente cómo las cuestiones ligadas al lenguaje, a su comprensión, siempre estuvieron presentes en mí. Por ejemplo, es interesante notar que la primera influencia decisiva que recibí en ese campo, y que hoy percibo fácilmente, fue la de Eunice Vasconcelos, ya mencionada en una de mis cartas. Eunice, mi primera maestra profesional, la que me enseñó a "formar frases", abre un camino al que luego llegan Cecília, José Pessoa y Moacir de Albuquerque.

* Paulo Freire, *Pedagogía de la esperanza, op. cit.*

** Véase nota de Ana Maria Araujo Freire en *Pedagogía de la esperanza..., op. cit.*

Fue José Pessoa, en la época en que yo era alumno del Colegio Oswaldo Cruz, quien sugirió a Aluízio,[23] su director, que me utilizara como maestro de portugués.

Pessoa ponía sus libros a mi disposición para que yo los leyese y me presentaba a famosos maestros de Recife, entre ellos a José Lourenço de Lima y a José Brasileiro, con quien aprendí mucho en pláticas sosegadas y fraternas.

Moacir de Albuquerque, brillante y apasionado por lo que hacía, enamorado no sólo de la literatura que enseñaba -si es que se puede enseñar literatura- sino del propio acto de enseñar, agudizó en mí algo que Pessoa había insinuado en sus clases. Aguzó en mí el gusto y la necesidad de perseguir el momento estético, la belleza del lenguaje.

No sólo en su clase sino en su casa, cuando de vez en cuando me invitaba a comer o a cenar, me llamaba la atención sobre el tratamiento primoroso del discurso. Entonces se refería a Gilberto Freyre, a Machado de Assis, a Eça de Queiroz -de quien se dijera que había "deshuesado la lengua portuguesa"-, a Graciliano Ramos, a Bandeira, a Drummond, a Lins do Rego -a quien fui presentado años después en Río de Janeiro por mi amigo Odilon Ribeiro Coutinho, hoy escritor, que deleitaría a Moacir de Albuquerque si viviese. Escritor y conversador como pocos, ya hable o escriba de los "misterios mojados", "gordos", de Lins do Rego o de la elegancia "seca" pero sin aristas de Graciliano o de los contornos sensuales de Freyre. Hable de lo que hable. De Picasso, de Matisse, de Lula Cardoso Aires, de Brenand o de Rego Monteiro, poco importa; Odilon jamás habla por hablar o escribe sólo para mostrar que escribe.

Gilberto Freyre me hablaba con admiración, en una plática a la orilla del mar en la isla de Itamaracá -la primera y la última desde mi regreso del exilio-, del estilo bohemio de Odilon para tratar el lenguaje. Del habla y la escritura de Odilon.

Pero permítanme volver a revivir Jaboatão y a algunas de sus personas; algunas de las tramas en las que participé. Y no es posible hacerlo sin hablar de sus ríos, uno de éstos, el que más me mojó, el Duas Unas, que vino de lejos serpenteando la ciudad, llene de rincones bonitos, de pequeñas casi ensenadas que nosotros llamábamos "tinas", rodeadas de ingaes que doraban con su polen las aguas en que los niños se bañaban, nadaban, pescaban y veían, con el corazón agitado, mujeres desnudas dándose su baño. El río

Duas Unas, que se encontraba con otro, el río Jahoatão, en las fronteras de la misma fábrica de papel que los destruyó a ambos, con la contribución eficaz de las plantas de azúcar que en ellos depositaban sus *caldas.* Fábrica de papel y plantas que los contaminaron y los desfiguraron,[24] "orinando" en ellos, corno diría Gilberto Freyre.

Cuando llegamos a Jaboatão los ríos todavía no estaban degradados en nombre de una concepción perversa del desarrollo y en función del poder de quienes tienen poder. Los ríos aún estaban vivos. Nos bañábamos en ellos sin miedo; por el contrario, sus aguas claras y tibias, raramente frías, nos acariciaban. Guardaban, eso sí, una gran amenaza aún desconocida por las poblaciones de sus costas: la esquistosomosis. Pero eran vírgenes de la suciedad que ha acabado con tantos ríos brasileños, vírgenes de esas orlas de espuma blanca o blanquecina que se va juntando en las orillas de los ríos condenados.

En ellos había vida: peces, camarones, langostinos, pájaros. Y en ellos experimentábamos también intensos momentos vivenciales.

Fue principalmente en función del río Duas Unas, pues vivíamos casi a sus orillas, corno mis hermanos y yo cambiamos de forma de pensar -por supuesto que no repentinamente- con la mudanza de un *jardín* arbolado en el centro de la ciudad para el nuevo contexto sociológico -el de pobladores de la orilla del río.

Cambiarnos de forma de pensar en la medida en que el nuevo entorno desafiaba nuestro cuerpo, nuestra sexualidad, con nuevos estímulos. Antes, en Recife, vivíamos entre árboles frondosos y entre nuestros mayores. En Jaboatão, en la orilla del río, teníamos la posibilidad de ver cuerpos desnudos de mujeres bañándose naturalmente.

Salirnos del jardín de una casa para convivir, con todo lo que eso implica, con el "camino" de agua de un río, recibiendo su invitación para exponernos en ese "camino". Rápidamente nos tornamos, principalmente mi hermano Temístocles y yo, "exploradores" de ese "camino" del río.

La crisis, que la simple mudanza de Recife para Jaboatão no superaría como por arte de magia, rápidamente nos enseñó a fabricar nuestras resorteras y nuestras cañas de pescar con anzuelos hechos de alfileres. El "camino del agua", ,el río mismo que nos llamaba y nos atraía, ofrecía en sus márgenes pájaros -gallinas de agua, *sabiás, sanhaçus, frei vicentes*- y en sus aguas peces de pequeño

porte *-gundelos, piabas, carás,* camarones, *aratanhas, pitus, aruás.*

Ubaldino Figueroa, Dino, hoy próspero y honrado comerciante en Jaboatão y uno de los mejores amigos que hicimos, cuya amistad sigue siendo hoy tan fraterna como en 1932, fue quien nos introdujo en aquella deliciosa aventura de cortar fronteras de jardines que marginaban el "camino del agua" del Duas Unas.

Pescábamos en sus aguas, "cazábamos" en los jardines bañados por sus aguas. Jugábamos futbol en canchas a veces improvisadas y a veces institucionalizadas, localizadas en los terrenos de las orillas del río.

Había una, la más famosa, situada en la parte más bonita del trayecto. A esa altura el río corre doscientos metros en línea recta, en aquel entonces con sus márgenes cubiertas de ingaes y arbustos verdes y redondos. Su nombre era "Vovó" [abuelita].

Disputábamos animadísimas partidas de futbol, y luego hacíamos natación. Nado libre, nado popular, sin estilo ni reglas.

Aquel bonito tramo del río era un punto de atracción para los niños, así como para los adultos, de diferentes partes de la ciudad. El agua fresca y el verdor de las orillas, la posibilidad de practicar la natación, tanto el nado clásico como el nado común, todo eso hacía que aquel lugar se transformase en algo así como un "club" popular o una pequeña playa.

Siempre era posible hacer nuevas amistades. Historias de aparecidos, gemidos de dolor, risas burlonas, hasta ruido de carros de bueyes poblando la oscuridad de las noches de las tierras de los viejos ingenios que cercaban la ciudad de Jaboatão.

Una de las posibilidades que tienen los oprimidos en las culturas de dominación, y en los momentos pretecnológicos, que opera en el nivel de lo imaginario, es atribuir sufrimientos y padecimientos, como castigo divino, al alma de los agentes de la opresión. Jefes de campo malvados de los que al poco tiempo de morir comienza a decirse que su alma en pena acostumbra "aparecer" lamentándose en las noches de luna menguante, llorando o casi "aullando" de arrepentimiento por su maldad. Para el oprimido, en este nivel de comprensión de la historia, más que imaginar, el hecho de "saber" que el alma del perverso capataz llora y se lamenta, penando por sus malas acciones, capataz que en vida contó siempre con la protección del "amo", es una certeza que lo consuela.

Es posible que algunas de las historias de aparecidos" que escuché durante mi infancia -principalmente las de Jaboatão, más

que las de Recife-, no sólo las de las almas de los crueles malhechores que están pagando por su fiereza, sino también las de las almas de ancianos negros que bendicen a los mansos y pacientes, hayan tenido su influjo en mí, sin que me diese cuenta, en el aspecto de mi comprensión de la *lucha* en la historia. Del derecho y el deber de pelear que los oprimidos se deben imponer a sí mismos para superar la opresión. Lo ideal es cuando la movilización, la organización, la lucha de los oprimidos comienzan a cambiar la calidad de su cultura y de la historia, y los fantasmas pasan a ser sustituidos por la presencia viva de los oprimidos, de las clases populares en la transformación del mundo. Lo ideal es cuando, ejerciendo su derecho de creer en Dios, en su bondad, en su justicia y en su presencia en la historia, los oprimidos, como clase y corno individuos, tomando la historia en sus manos reconocen que hacerla, y ser hechos por ella, es tarea de mujeres y de hombres, es problema de ellos y ellas. Lo ideal es castigar a los perversos, a los asesinos de los líderes populares, de campesinos y de pueblos de las selvas, aquí y ahora. Castigarlos en la historia, eficazmente, con justicia. Lo ideal será cuando, superando nuestra debilidad y nuestra impotencia, ya no precisemos contentarnos con el castigo de las almas de los injustos, "haciéndolas" vagar con llantos penitentes. Precisamente porque es el cuerpo consciente, *vivo,* de los crueles el que es necesario que llore, que sea castigado en la cárcel, en la sociedad que se reinventa para humanizarse.

Una cierta mañana soleada de domingo, en un momento de descanso de nuestro ejercicio de natación, Temístocles, Dino y yo calentábamos el cuerpo al sol cuando un niño de nuestra edad se nos aproximó y se incorporó a nuestra plática. Venía de una zona más hacia el fondo de la ciudad, bastante poblada, que si bien no era rural era casi rural.

Su nombre es Entre Ríos. Hace muchos años que no visito Entre Ríos. Debe de haber cambiado tanto como cambió el río Duas Unas, tanto como cambió mi propio cuerpo.

Ya no recuerdo el nombre del niño y hasta lamento que no hayamos creado y estrechado nuestra amistad. Pero su recuerdo mora en nosotros por una experiencia que había tenido y que nos participó. Su experiencia en la escuela, su pavor del truculento maestro, cuyo perfil nos mostraba moviendo todo el cuerpo, las manos, los brazos que abría al máximo para sugerir lo rotundo del maestro. "Señor" Armada era su nombre. Las proezas del "señor"

Armada, su modo de proceder como capataz siendo maestro, su autoritarismo, sus métodos violentos, todo los describía muy bien el recién llegado.

Hoy, al recordar el caso, siento que la narración del niño era una forma de la que se servía para extroyectar el miedo, para poder enfrentar con menos dificultad al "señor" Armada, como amenaza, al día siguiente. Era como si él necesitase intimar más con el peligro. Hablar del "señor" Armada como él lo hacía era un modo mágico de minimizar el riesgo. Y lo hizo tan bien que provocó en ncsotros, en Temístocles, en Dino y en mí, unas ganas incontrolables de ir a las proximidades de aquel dominio. Y fue exactamente lo que hicimos dos días después, ayudados por las indicaciones 'que nos diera nuestro amigo.

El "señor" Armada era un hombre alto, un hombre del pueblo, de pocas letras, gordo como Adelino, bastante más joven que éste pero ciertamente sin los momentos de ternura con los que Adelino puntuaba sus instantes ásperos.

Según nos dijo nuestro informante, ningún niño vivía en paz con sólo pensar que un día podría ser matriculado en su célebre escuela; una escuela particular, en la minúscula sala de su casa, con más niños que espacio.

"Vamos Pedrito, apúrate muchacho. Si continúas así un día más te mando a la escuela del `señor' Armada." Éste debía ser el discurso con el que las madres y los padres trataban de estimular a sus Pedritos y a sus Carmencitas.

Sólo de conocer las historias sobre el maestro yo reaccionaba duramente contra él. Mientras escuchaba, por ejemplo, las historias que nos contaba nuestro amigo en la orilla del río, yo soñaba con verlo impedido de tener una escuela y puesto de rodillas_ sobre granos de maíz, tal como él hacía con los niños.

Mucho antes de llegar al "feudo" del "señor" Armada sabíamos ya que nos estábamos aproximando. Una cantilena con aires de letanía decía: una b con a hace ba, una b con e hace be, um b con i hace bi, una b con o hace bo, una b con u hace bu. Ba, be, bi, bo, bu. Ba, be, bi, bo, bu.

Ba ba, be be, bi bi, bo bo, bu bu. Ba, be, bi, bo, bu.

Nos detuvimos a unos treinta metros de la escuelita, a la sombra de un oití, sin saber exactamente qué hacer. Hubo un silen:io, de repente otra cantilena recomenzó la cadencia sonora: 1 y 1, 2; 1 y 2, 3; 1 y 3, 4; 1 y 4, 5; 1 y 5, 6; 1 y 6, 7; 1 y 7, 8; 1 y 8, 9; 1 y 9, 10.

Oíamos la voz fuerte del "señor" Armada, 4 y 2, 6; 4 y 2, 6.

De pronto escuchamos un barullo inusitado y vimos pasar a un niño muy delgadito, rápido como una flecha, casi volando, y atrás de él, el rostro iracundo, los ojos rabiosos y los brazos en alto, al "señor" Armada con todos sus kilos corriendo en desventaja. El niño pasó junto a nosotros como si fuese una bala, por lo menos treinta o cuarenta pasos adelante del "señor" Armada, hasta que, como si su propia rabia lo hubiese atropellado, el "señor" Armada tropezó y cayó al suelo cuan largo era. El pantalón de mezclilla del maestro se abrió a la altura de la rodilla, que sangraba, lastimada en el choque entre el cuerpo pesado y el suelo seco y duro. El "señor" Armada bramaba al niño que no escaparía de su rabia, de su castigo, de su violencia. Medio sentado, mirando en dirección a la escuelita ya vacía de niños que, en la calle y muertos de miedo, lo miraban, tirado y airado, al tiempo que maldecía, amenazando a toda la creación.

El "señor" Armada se había caído a cuatro pasos de nosotros. Pudimos verlo en plena rabia. Rabia por el niño que lo provocara, rabia por la humillación de ver su cuerpo pesado tirado en el suelo, rabia por el dolor de la rodilla herida, rabia por el éxito momentáneo del niño que se había escapado.

Pude ver todas esas rabias en su cara, en la ira de sus ojos.

Los vecinos llegaron rápido, atentos, y ayudaron al "señor" Armada a levantarse mientras los niños, ya poseídos por un miedo mucho mayor, regresaban silenciosos al interior de la escuelita.

Tal vez el tropezón que se llevó el señor Armada, su corpachón golpeándose en el suelo, su esfuerzo para sentarse, que no logró más que a medias, casi vencido por el accidente; tal vez todo esto, o la memoria de todo esto revivida diariamente habría acabado por convencer a los niños de que el "señor" Armada también era vulnerable. El carcelero había tropezado, tambaleado, caído.

Tal vez esto explique la rebeldía casi sistematizada que asumieron los niños de la zona a partir de la caída de Armada. El mismo Miño nos dijo, en otro encuentro en la orilla del río, que desde entonces lo molestaban cada vez que andaba por las calles de su barrio. Siempre había un niño que, escondido en la esquina de una calle o detrás de un árbol, le gritaba:

- ¿El "señor" Armada se cayó?
- Se cayó.
- ¿El "señor" Armada lloró?

-Lloró.

Cuanto más se burlaba del opresor la voz tierna del oprimido, por supuesto con el cuerpo del oprimido escondido, inalcanzable, tanto más se volvía capaz, la voz tierna, de hacer perder la calma al más fuerte. En cierto momento, el fuerte se va haciendo más débil. El "señor" Armada comenzó a tener miedo de andar por las calles, a pesar de su poder y, principalmente, de su fama.

Hasta es posible, aunque no puedo afirmarlo, que haya suavizado su aspereza en las clases.

El "señor" Armada, sin embargo, no era una excepción ni una extravagancia cultural. Había otros tantos Armadas cuya férrea disciplina impuesta a los alumnos era incluso requerida por los padres y por las madres, convencidos de que un tratamiento duro era lo que haría de ellos gente seria.

Años después en Recife, cuando trabajaba en el Servicio Social de la Industria, Sesi,* pasé unos quince días visitando diariamente cerros y arroyos de las zonas populares. Entré en todas las escuelitas populares que encontré para conversar con maestros y maestras. El autoritarismo prevalecía. Encontré varias palmatorias en las que, con un cortaplumas, habían grabado "calma, corazones".

La tradición autoritaria brasileña, la memoria esclavócrata, la experiencia de la exacerbación del poder que coarta a las clases sociales entre nosotros, todo esto explicaba al "señor" Armada. En realidad, el "señor" Armada no podría existir aislado, como si fuese una incómoda excepción.

El "señor" Armada no impugnaba, sino, al contrario, confirmaba nuestras tradiciones autoritarias.

Hoy, sesenta años después de las aventuras del "señor" Armada, la "pedagogía de los golpes" aún es defendida y practicada por una enorme cantidad de familias, sin importar la clase social a la que pertenezcan, como una pedagogía eficaz. Contra ésta se levanta otra, no tan negativa, la de la *permisividad,* según la cual los niños hacen lo que se les antoja.

Negando ambas, la del golpe y la del espontaneísmo, esperamos que se afirme una práctica democrática en la que ni la autoridad se exacerbe, ahogando la libertad, ni ésta, hipertrofiada, anule a la autoridad, pero en la que, *limitando* la libertad, la autoridad igualmente se limite.

* Paulo Freire, *Pedagogía de la esperanza..., op. cit.*

SÉPTIMA CARTA

Muchas veces nos quedamos con Temístocles rondando el cine, esperando que el portero, gordo y bonachón, nos dejase entrar a los últimos diez minutos de la película.

Jaboatão, 1932. Ni una sola escuela secundaria. Los y las que tenían recursos para frecuentar la secundaria debían desplazarse diariamente a Recife en un tren perezoso, que hacía el trayecto de dieciocho kilómetros en cuarenta y cinco minutos.

El centro de la ciudad estaba habitado preponderantemente por una clase media de funcionarios públicos, municipales, estaduales y algunos federales, por algunos comerciantes, por empleados de las oficinas de las empresas que ya he referido, por profesionistas liberales y por alguno que otro de los potentados de la ciudad, los dueños de las plantas y de los ingenios.

Un solo cine. Inferior al cine de barrio, nada bueno, cerca del cual nací en Recife y en el que aplaudía, como gran parte de los niños de mi generación, a Tom Mix y su caballo blanco, a Buch ,Dones y a Rin Tin Tin.

Muchas veces nos quedamos con Temístocles rondando el cine, esperando que el portero, gordo y bonachón, nos dejase entrar a los últimos diez minutos de la película. Siempre con expresión simpática, luego de consultar su grueso reloj de cadenita, nos llamaba y nos hacía entrar. Lo hizo varias veces, no sólo con nosotros sino también con otros niños. Un día tuvo que dejar de hacerlo, y nos lo comunicó con tristeza, casi con vergüenza, como si estuviese pidiendo disculpas. El patrón se había enterado de su prodigalidad y lo había amenazado con despedirlo.

A partir de aquella noche, sólo de tiempo en tiempo veíamos la cara simpática de nuestro amigo el portero. Era señal de que habían sobrado algunas monedas en casa.

Dos bandas de música, una de los empleados de los escritorios de la entonces Great Western, hoy Red Ferroviaria Federal; la otra organizada y dirigida por un personaje extraordinario, como artista

y como sacerdote, el padre Cromácio Leão, se turnaban, principalmente durante las noches domingueras de verano. Eran las célebres retretas que atraían hasta la plaza principal de la modesta ciudad a niños y niñas, mujeres y hombres, ancianos y jóvenes, que acudían para aplaudir a su banda favorita.

Las bandas de música de las ciudades de la provincia, donde quiera que fuese, siempre tenían el importante papel, entre otros, de llevar a las personas a la calle, de hacer que se encontraran, que se vieran, que se hablaran.

Había una época en el año en que las dos bandas se enfrentaban, se median, se experimentaban, una frente a la otra en sus quioscos adornados. Era en enero, cuando se festejaba -y se continúa festejando- a Santo Amaro, el patrono de la ciudad. Tiempo, más que cualquier otro, de ropa nueva, de zapatos nuevos. Nunca me olvido de los colores fuertes, de los tonos predominantemente rojizos que caracterizaban los vestidos de las campesinas que venían a homenajear a su santo y, seguramente, a pedirle que les diera un año mejor.

La mayor adversaria de la Banda Parroquial -dice Van Hoeven Veloso- era la Banda Ferroviaria. Entre las dos hubo encuentros musicales de lo más reñidos. Cierta vez, una conmemoración cívica terminó en una retreta con las dos bandas en la plaza Dantas Barreto. Apenas comenzó la retreta comenzó también la disputa musical. Finalmente, ninguna de las dos quería descender primero de su quiosco. Ya era muy tarde en la noche, y el resultado fue que el juez de paz y el jefe de policía tuvieron que intervenir, terminando la retreta de la siguiente forma: bajaba del quiosco un músico de la Ferroviaria, luego uno de la Parroquial, y así hasta que bajara el último. Y todavía hubo una dificultad que superar: ¿cuál sería el músico que bajaría primero? ¿De cuál de las bandas?*

Desde temprano me incliné por la Banda del Padre, corno también era conocida. Él, que como mi padre era de Rio Grande del Norte, nos vino a visitar cuando llegamos a Jaboatão. Ccnversó largamente con la familia en aquel primer encuentro y una amistad franca se creó entre nosotros. Muchas veces fui a su casa, amin niño o ya joven, y él me recibía siempre con la misma atención. Nada forzado, nada protocolar, nada catequizador. Siempre muy humano y apasionado al hablar de la música en general, al hablar de su banda o del excelente orfeón parroquial que había creado.

* Veloso Van Hoeven Ferreira, Jaboatdo *dos meus avós,* Biblioteca Pernambucana de História Municipal, Recife, 1982, p. 184.

En el momento en que escribo vuelvo a vernos, a él y a mí, en una de aquellas visitas. Eran como las tres de la tarde del día de su cumpleaños. Fui a darle un abrazo en nombre de la familia. Me recibió con manifiesta alegría, ofreciéndome en seguida una deliciosa porción de "pastel de rollo", hecho seguramente por alguna devota "hija de María". Pastel de rollo como hasta hoy sólo saben hacer en Recife y sus alrededores.

Quiso saber cómo iba en la escuela, si continuaba gustándome ,Jaboatão, si había ido a la última retreta en que había tocado su banda.

En cierto momento paró de hablar e inclinó la cabeza en dirección a la ventana. Se puso de pie, atento a los acordes de un piano que entraban en la casa sin pedir permiso. Silencioso aún, y visiblemente malhumorado, caminó de arriba abajo por la sala evitando las sillas. Luego, parándose frente a mí, me miró profundamente y dijo: "Paulo, Beethoven, Bach, Chopin, todos los grandes músicos están en el cielo. Pero esta joven -señalando hacia una de las casas de enfrente- corre el riesgo de irse al infierno. Nadie puede hacer lo que ella hace impunemente."

Luego, ya sentado, me miró de nuevo. Sonrió con una sonrisa amena y, menos enfático, ensayó una autocrítica: "Tal vez yo sea demasiado exigente. De cualquier modo..." No completó la frase, como si estuviese arrepentido de haber comenzado a suavizar la crítica, mientras la joven continuaba rompiendo el silencio de la calle en aquella tarde calurosa y pesada.

Además de maestro y compositor también era fuerte latinista, con quien Cecilia se perfeccionó, y profundo conocedor de la lengua portuguesa, en cuyos estudios más serios tuve una guía ejemplar durante mi juventud y cuando era alumno del colegio Oswaldo Cruz. Entre mis veinte y mis veintiún años, ya residiendo de nuevo en Recife, fueron varias las veces que lo visité y que con él conversé largamente, con alegría adolescente, sobre mis estudios demorados, metódicos, sobre las veladas gramaticales de Ernesto (arneiro Ribeiro, sobre la Réplica y la Tréplica de Rui Barbosa. Sobre mi "convivencia" con gramáticos portugueses y brasileños.

Al recordar ahora no sólo aquellas visitas sino también mis lectiras y mi actividad como maestro de lengua portuguesa, también recuerdo cómo, bajo la influencia de Pessoa da Silva, pero princi-

palmeaste de Moacir de Albuquerque, la lectura de Machado de Assis, Eça de Queiroz, Lins de Rego, Graciliano Ramos, Gilberto Freyre, Manuel Bandeira, Drummond, acabó por enseñarme que no puede haber antagonismo entre "escribir correctamente" y escribir sabroso; que escribir sabroso es, en última instancia, escribir correctamente.*

Por eso, a partir de determinado momento de mi experiencia intelectual ya no me bastaba que me dijeran que no era posible comenzar una oración con un pronombre objetivo. *Me* dijeron esto. O que el pronombre *le,* por ser pronombre *dativo,* no podría ser *objeto* de un verbo transitivo directo. Por eso el error de los "yo *le* amo". En realidad, para mí decir *me* afirmaron es mucho más sonoro que decir dijéronme, y yo *le* amo es mucho más amoroso que yo *lo* o *la* amo.

Estoy seguro de que tanto el padre Cromácio como Cecília jamás escribirían *me* dijeron o yo *le* amo. Sin embargo, eso jamás disminuiría, como nunca ocurrió, la admiración y el respeto que siento por él y por ella.

Retretas de Jaboatão. Fiestas de Navidad y de Año Nuevo. Fiestas de Santo Amaro. El tren de las siete de la mañana, el trayecto de la estación central al Colegio Oswaldo Cruz, pasando por el Pedro Augusto y por el Nossa Senhora do Carmo, donde se quedaba una parte de mi alegría.

Novias de la juventud. En el tiempo en que sufría por la imposibilidad de conversar con una o con otra, jamás pensé que tantos años después aún guardaría la nostalgia sosegada y tranquila que guardo hasta hoy. Aún más, la seguridad que tengo de la alegría que me daría volver a verlas.

Tren de las siete de la mañana, estudiantes felices o preocupados por las pruebas parciales -Dulce, Teo, Selma, Iracy, Carneir) Leão, Toscano. En medio de ellos y tal vez sin que ellos me percibiesen, pobre, flaco, desaliñado, feo, muchas veces me sentí inhibido. Si yo tenía un dolor de muelas, hacía todo lo posible para ocultarlo. Hablar del dolor de muelas podría provocar la sugerencia de uno de ellos de que fuera al dentista, y yo no podría. **Y** corno no iba al dentista la situación empeoraba. Los dolores se hacían reás frecuentes a medida que las caries se hacían más profundas. Mi inhibición crecía y tomaba nuevas formas con el deterioro de otro

* Paulo Freire, *Pedagogía de la esperanza..., op. cit.*

diente. Cambiaba forzadamente la manera de reír y me cambiaba la expresión.

En mi lucha contra la inhibición explicable tuve, en la seriedad de mis estudios de portugués, la fuerte ayuda que precisaba. No es que ninguno de ellos o de ellas haya revelado o insinuado, por palabras o gestos, el más mínimo maltrato hacia mí. No era necesario. Bastaba con que yo mismo me sintiese inseguro. No eran ellas o ellos quienes me agredían, era la difícil realidad en la que me encontraba. Es por todo eso por lo que resolver sus dificultades sobre la sintaxis del pronombre se, sus dificultades con el uso del *infinitivo personal,* hablarles sobre el empleo de la tilde me daba la seguridad que me faltaba.

El conocimiento de la sintaxis del pronombre *se* suavizaba lo que me parecía ser mi angulosa fealdad.

En aquel entonces era alumno del Colegio Oswaldo Cruz,* una de las mejores instituciones de enseñanza del Recife de la época. El doctor Aluízio Araújo, su director, luego de conversar con mi madre, después de una semana de peregrinación por las secundarias recifenses buscando alguien que aceptase a su hijo como alumno gratuito, le dio el tan esperado sí.

Ella salía de Jaboatão todas las mañanas bien temprano con la esperanza de traer consigo, al regresar por la tarde, la razón de ser de la ansiosa alegría suya y mía: el haber conseguido la matrícula gratuita para mis estudios secundarios.

Todavía me acuerdo de su rostro, de su sonrisa suave, cuando me contó, en el camino entre la estación del tren y nuestra casa -sabía la hora de su llegada y fui a esperarla-, de la conversación que había tenido con el doctor Aluízio y de su instantánea decisión de ofrecerme la oportunidad de estudiar. Solamente hizo una exigencia: que yo realmente me aplicara a los estudios.

Muy pronto me sentiría ligado al colegio, a sus patios, a sus salones, a los árboles de mango a cuya sombra nos recreábamos, a algunos compañeros a los que por una razón u otra empecé a admirar. Frígio Cavalcanti, Maria Lúcia, Jaime Gamboa, Paulo do Couto Malta, Albino Vital, Euler Maia; a algunos profesores, como Amaro Quintas, Moacir de Albuquerque, Valdemar Valente, Pessoa da Silva, Julio de Melo, José Cardoso, pero principalmente a Aluízio

* Paulo Freire, *Pedagogía de la esperanza..., op. cit., y* notas de Ana Maria A. Freire.

y a Genove, su esposa y colaboradora.

Aprendí bastante en la relación con mis profesores, en la relación con mis colegas y después en la que mantuve con mis alumnos de portugués, pero aprendí mucho de la bondad simple y siempre disponible de Genove y Aluízio. No obstante jamás haber omitido mi gratitud hacia ellos, es posible, sin embargo, que él haya muerto sin imaginar la dimensión de lo bien que él y ella me enseñaron a quererles.

Como personas, Aluízio y Genove ocupaban en mi vida un lugar tan importante como la casa en que nací y la ciudad de Jaboatão. Por eso no pasa una única vez que, estando en Recife por algunos días, no hable con Genove y no visite Jaboatão, experimentándome en algunas de sus calles, de sus plazas, un poco perdido en el tiempo. En estas ocasiones siempre recurro a Dino que, estimulando mi memoria, me vuelve a situar en el pasado.

Morro da Saúde, la casa en que viví y en que mi padre murió.* Estuve allí hace algún tiempo. Quise mostrársela a Maria de Fátima, una de mis hijas. La miré callado. Momentos diferentes, vividos allí y fuera de allí, pero referidos a aquel lugar, invadieron mi memoria.

De pronto tuve nítidamente ante mí la figura suave, cautelosa, de Fraterno, un carpintero competente con quien mi padre hizo amistad en los primeros meses que siguieron a nuestra llegada a Jaboatão. El vivía en una casita al pie del *morro* de Saúde, en su parte posterior que daba a la orilla del río Duas Unas. De vez en cuando íbamos hasta su casa. Tomando un cafecito que Júlia, la esposa de Fraterno, inmediatamente le ofrecía, mi padre conversaba con él sobre lo que estaba haciendo o pretendiendo hacer en su deficiente taller de carpintería. Fraterno no sólo brindaba su rigurosa opinión técnica sino que ponía sus herramientas a disposición de mi padre.

A la derecha de la casa de Fraterno había una casi casa de veraneo, propiedad de un arrogante señor, con aires de poderoso.

"Capitán -dijo Fraterno a mi padre en una de nuestras visitas-, tuve un problema con el vecino de ahí, ese dueño del mundo, por causa de mi puerquito. El condenado se soltó y anduvo hozando en el jardín de este señor. Él me llamó con enojo grande, de hombre poderoso, y me dijo que la próxima vez iba a matar a mi

* Paulo Freire, *Pedagogía de la esperanza..., op. cit.*

puerquito y que quería ver qué haría yo." Fraterno hablaba con una sonrisa cuidadosa, que debía ser la misma que esbozara frente al poderoso; esa sonrisa desconfiada de quien es débil pero no debe entregarse de inmediato. "Lo miré -dijo Fraterno casi como experimentando de nuevo la emoción original, como quien no tenía miedo pero tenía, y dijo serio-: Usted no va a matar a mi puerquito, eso yo se lo aseguro."

Al lado de mi padre, yo acompañaba excitado la historia de Fraterno, apostándole a él en aquella disputa que ya percibía ser tan desigual.

-¿Por qué no mato a su puerquito, señor atrevido? -preguntó aun más irritado el poderoso señor, sintiéndose desafiado por nuestro pacato amigo.

-Porque -respondió Fraterno- yo voy a amarrar a mi puerquito.

A partir de aquel día, y por algún tiempo, pasamos a aplicar en casa la historia del puerquito, con humor, en las más diversas situaciones.

Algún tiempo después de la muerte de mi padre, Fraterno se mudó. Se fue a vivir a una región alejada de la nuestra. Nos perdimos de vista durante mucho tiempo.

Años después Fraterno me buscó, ya tornado por los años pero con el mismo afecto que siempre nos tuvo, para entregarme, con la misma sonrisa que con diferentes tonalidades utilizaba en las más diversas ocasiones, una carta secreta de una novia prohibida que yo tenía. La misma del tren de las siete.

En aquel entonces él trabajaba de carpintero en su casa y, conversando con la niña, acabó por descubrir el secreto. Ella le habló de la prohibición, de los obstáculos a su amor y, atando cabos, Fraterno me identificó corno el personaje de un romance reprimido. Aun corriendo el riesgo de perder el empleo tan necesario, se ofreció a ayudarnos, a ella y a mí, a romper el silencio que nos estaba siendo impuesto.

Mientras miraba la casa en la que viví, y en la que murió mi padre, me parecía verlo frente a mí, generoso corno siempre, con una carta en la mano, una carta que rompía el silencio de un mes.

Jaboatão, calle Treze de Maio y Barão de Lucena, mis paseos en diferentes tiempos por esas calles. Novias de fin de adolescencia, por quienes hoy guardo aquella nostalgia tierna, sosegada, de la que ya he hablado, mezclada con la nostalgia del futbol del Portela, de los baños en el río, de las retretas dominicales. Raras habrán

sido las que me perdí en los nueve años que viví en Jaboatão, y para mí tenía un encanto especial acompañar a la banda desde su sede hasta la plaza y desde ésta hasta la sede. Así fue como fui aprendiendo' todos los *dobrados* que tocaba la banda y los repetía silbando en el camino de regreso a casa.

Hoy, pasados tantos años, todavía tengo en la memoria trozos de algunos *dobrados* que de vez en cuando silbo en la intimidad de mi cuarto de trabajo.

Mientras que las bandas se turnaban para ofrecer sus conciertos, principalmente a la población urbana, dos clubes de futbol, que disputaban partidos con clubes de otras ciudades, daban sentido a las tardes domingueras. Apasionados por el futbol, que mis hermanos y yo comenzamos a jugar a tierna edad en el jardín de nuestra casa de Recife, perdernos un partido por falta de unos tostones para pagar la entrada era un verdadero suplicio.

En cierta ocasión hubo uno importante. Un club famoso de una ciudad vecina vendría a Jaboatão para una revancha. Temístocles y yo pasamos una semana entera pensando cómo podríamos asistir al partido, que asumía aires de duelo. En la noche del sábado aún no teníamos ninguna esperanza. En la mañana del domingo ya teníamos la seguridad de no poder entrar a la cancha legalmente, es decir, pagando las entradas. Sólo nos restaba una posibilidad: superar la vigilancia de los guardias y entrar como "gorrones".

El partido principal comenzaría a las cuatro de la tarde y sería precedido por otro -el *preliminar,* como se llamaba- entre clubes locales, que comenzaba a las dos.

Al mediodía ya estábamos en plena operación de "invasión". Conseguimos, con cierta facilidad, entrar a la cancha por la parte posterior del terreno en que se encontraba y por donde pasaba el río Duas Unas. A aquella hora no había nadie. Emocionados y optimistas, pasamos largo rato silenciosos, en cuclillas, escondidos entre las ramas de unos arbustos. Nuestra intención era, una vez iniciado el partido, salir discretamente de nuestro escondite y perdernos entre la masa de los espectadores.

Nuestra fiesta acabó una hora antes de esto. No imaginamos que la situación precaria del "estadio" multiplicaría la vigilancia y la eficiencia de los vigilantes. Uno de ellos nos encontró, escondidos entre los arbustos que nos parecían tan seguros.

Frustrados, dejamos la cancha y fuimos a incorporarnDs, allá afuera, al grupo de los otros niños que no tenían tostones, como

nosotros, para los que asistir al juego se reducía a escuchar los gritos frenéticos de la asistencia, allá adentro.

También nos perdimos otros juegos como aquél, hasta que hicimos amistad con Lamenha, joven ídolo del futbol local, defensor del principal club de la ciudad. Prestigiado por la excelencia de su técnica de jugador eximio, nos introducía a la cancha sin dificultad. Al contrario, el portón se le abría a él y a quien con él estuviese. Su mano en nuestros hombros valía mucho más que la entrada que no podíamos pagar.

Los primeros meses en Jaboatão transcurrieron con normalidad. No aumentaron ni disminuyeron sustancialmente las dificultades que comenzáramos a enfrentar en Recife, por causa de las cuales nos mudamos a Jaboatão.

Los alrededores de la casa en que vivíamos, el campo que tenía enfrente, donde jugábamos futbol y remontábamos cometas; el río que pasaba cerca, en el que nadábamos y en el que después más que nadar pescábamos para comer; las casas de campo a su alrededor, con sus árboles, sus sombras, sus frutas -alrededores acogedores que en poco tiempo fueron superados. Jaboatão se nos iba entregando como un nuevo mundo, mucho más vasto que el que experimentáramos hasta entonces, el del jardín de nuestra casa de Recife. Un mundo lleno del verde de la caña de azúcar, del aroma de su jugo, del aroma del piloncillo de sus ingenios. Un mundo lleno de los gemidos de los carros de bueyes, jalados por mansos animales, tal vez más "fatalistas" que mansos, si es que se puede decir así. El carrero fustigando, por costumbre, como por costumbre decían cosas a Mimo, Pintado, Fandango, que marchaban siempre lentos, rumiando, con ojos de resignación. Pero también un mundo en el que la explotación y la miseria de los campesinos se nos iban revelando en su dramático realismo. Es allí donde se encuentran las más remotas razones de mi radicalidad.

Amistades y camaraderías se fueron creando en el futbol del campo, Dino, Armindo, Itararé, Júlio, Van-van, el hoy historiador del Jaboatão de nuestros abuelos: Baé, João Romão, Reginaldo, Dourado; en la escuela del estado que frecuentábamos, en los arroyos y en los cerros a los que nuestras incursiones nos iban llevando.

En poco tiempo éramos los "niños conectivos" a los que antes me he referido, con amigos entre los que comían y los que casi nada comían.

Con uno de ellos, Dino, niño de clase media como yo, varias veces mencionado antes en estas cartas, acostumbraba conversar en la orilla del río sobre nuestras dificultades, a la sombra de los árboles, mientras pescábamos. El fue quien un día me mostró un platillo delicioso, pero principalmente accesible a nuestras :posibilidades, que se volvió una constante en nuestras dietas: el revuelto de papaya. "Es preciso -decía él con aplomo- que la papaya esté *en vez.* Ni madura ni verde. *En vez",* repetía para que yo :no me equivocase.

Los papayos de los vecinos estaban a nuestro alcance, y los huevos de las gallinas andariegas, poniendo aquí y allí, no nos faltaban.

Hoy, tan distante de mi infancia, percibo hasta qué punto me marcaron las retretas de Jaboatão, el futbol en el campo, las incursiones a los arroyos y a los cerros, en las que me enfrentaba a situaciones más dramáticas que la mía. Cuánto me marcó el río en el que nadaba y pescaba, y en el que, tal como Manuel Bandeira, "un día vi a una muchacha desnudita bañándose. Me quedé parado, el corazón palpitante. Ella se rió. Fue mi primer alumbramiento".*

* Manuel Bandeira, *Poesias, op. cit.*, p. 192.

OCTAVA CARTA

La esperanza deshecha.

Era un sábado lluvioso, como muchos otros sábados de Jaboatão, humorísticamente llamada en la época de mi infancia "bacinica del cielo", tal era la magnitud de su índice pluviométrico. Mi madre y yo regresábamos a casa con las magras compras que, Dios sabe cómo, ella había conseguido hacer en el tradicional mercado semanal.

Veníamos por la calle Barão de Lucena cuando, en una esquina, mi madre fue atraída por una placa de madera colocada en un primer piso que decía: Secundaria Jaboatãonense, y que anunciaba el horario de trabajo de la casa.

El lunes bien temprano, como a las ocho, llegó mi madre acompañada por mí para hablar con el director. Su sueño era conseguir el cargo de secretaria de la secundaria. Presumo el fin de semana que debe de haber vivido. Los castillos, las fantasías con que ella y mi padre se habrían entusiasmado. Tudinha Freire, secretaria de la primera secundaria de Jaboatão. Supongo que en sus devaneos ella se imaginaba entrando en las mismas carnicerías en las que era maltratada, pero recibiendo el trato que merecía. -Buen día, señora Tudinha, ¿cuánto va a querer hoy?

Su experiencia de la necesidad, de las limitaciones, de la falta de las cosas, le aguzaba o le hipertrofiaba las expectativas. Fue así, con semejante ánimo, con semejante esperanza, como llegó a la secundaria para hablar con su director.

Joven, posiblemente estudiante de derecho en la tradicional facultad de Recife, el director de la secundaria debe de haber llegado a Jaboatão con sueños mucho mayores y más golosos que los de mi madre. En los cuarenta y cinco minutos que el perezoso tren demoraba entre Recife *y* Jaboatão él debía imaginarse, dentro de algún tiempo, tal vez en su madurez, como rector de la Uuïversidad de Jaboatão, que él crearía a partir de su secundaria. Debía pensar que en breve su secundaria sería la mejor experiencia pedagógica de toda la región. Atraería a los estudiantes del *agreste y*

del *sertão* del estado que en la época convergían en los famosos colegios de Recife. En pleno 1933 él ya veía su secundaria liderando el primer congreso regional de educación, debatiendo temas tan actuales ayer como hoy.

Expulsión escolar, ingenua o astutamente llamada *evasión Escolar.* Déficit de la educación brasileña, cuantitativo y cualitativo. El centralismo de la educación nacional, etcétera.

Como rector de la futura universidad de Jaboatão, seguramente se veía despachando en su gabinete, en días normales, cDri los directores de las diferentes facultades, de ingeniería, de medicina, de educación. Debe de haberse visto protocolariamente vestido, con toga de rector, presidiendo las solemnidades de graduación, rodeado de autoridades.

Magnífico rector para acá, magnífico rector para allá.

-Buen día, señora -dijo a mi madre.

- Buen día, señor -respondió ella.

Nos mandó que nos sentáramos, preguntando de inmediato en qué nos podría ser útil.

- Supe el sábado pasado -dijo mi madre-, por la placa frente a la casa, de la existencia de la secundaria. Entonces pensé en buscarlo para saber si habría posibilidad de trabajar aquí como secretaria, aunque no tengo experiencia en estos quehaceres.

El director no lo dijo, pero bien podría haber dicho que él tampoco tenía ninguna experiencia sobre cómo comenzar algo nuevo en una comunidad. Había llegado a Jaboatão sin conocer a nadie y, sin consultar a nadie, rentó una casa y fijó el carte en el que daba por existente su secundaria. No había entrado en contacto con las autoridades locales, no había tratado de conocer a las educadoras ni a los educadores reconocidos de la comunidad, como Cecília Brandão, Odete Antunes, Clodoaldo de Oliveira; para ver, en una charla con ellas y con él, si su sueño era viable o no. No sé ni si estaba enterado de las exigencias legales del Ministerio de Educación para el reconocimiento de su secundaria. Todo lo que sabía era que en Jaboatão no había casas de enseñanza de este nivel, y eso le bastaba.

- No sé si usted sabe, señora, pero hace apenas una semana que abrí la secundaria para ver si es posible crearla o no. Primera debo saber si tendré alumnos; luego si tendré profesores. En el caso de que haya unos y otros, pienso hacer un contrato con una secundaria de Recife, ya regularizada frente al Ministerio, de la que la nuestra

será apenas una extensión. Los alumnos serán oficialmente alumnos de la otra, la de Recife, donde harán sus pruebas. Aquí solamente estudiarán. Una vez superada esa fase experimental, y sólo entonces, me ocuparé de oficializar la nuestra. Sin embargo, hasta ahora tan sólo han venido a verme tres profesores y ningún candidato a alumno. Será un enorme placer tenerla como secretaria, pero debo decirle que durante esta etapa de experiencia no tengo medios para pagarle. Si las cosas funcionan bien, entonces discutiremos su salario.

Las palabras del director han de haber calado hondo en los sueños de mi madre. Tuvo que pensar rápidamente para responder. Sin embargo, era preciso arriesgarse. Tal vez fuese mejor trabajar sin salario durante parte de sus días, a la espera de lo que vendría. Tal vez fuese mejor *jugar* que *no jugar.* Quién sabe si repentinamente no comenzaban a llegar alumnos y alumnas, profesores y profesoras que hicieran viable la secundaria. Para quien no tiene nada, o tiene muy poco, cualquier posibilidad de llegar a tener algo merece ser vivida.

-Entiendo. Acepto su propuesta -dijo mi madre, ya con aires de secretaria, aunque fuese gratuita.

Acordaron los horarios, las tareas. Mi madre regresó el mismo día por la tarde. De ahí en adelante fue casi un mes de tensión, entre el sueño de superar las dificultades y la imposibilidad de hacerlo. A cierta altura de aquel mes mi madre ya se contentaba con un mínimo con el que pudiese disminuí Y las angustias de mi padre y las suyas propias frente a las necesidades de la familia. También es posible que el joven director ya se contentase con una secundaria humilde de provincia, que no organizara congresos de educación ni creciese hasta convertirse en una universidad.

El horario de trabajo de mi madre durante la etapa inicial del proyecto de la secundaria era de nueve a doce y de dos y media a cinco por la tarde.

Un día llegó a casa como a las diez de la mañana. Traía en el cuerpo, expresado en la cara sufrida, el dolor del sueño roto, de la esperanza deshecha.

El director había cerrado la secundaria.

P.D. Hoy 5 de agosto de 1993 perdí a uno de mis mejores amigos, Albino Fernandes Vital.

A tierna edad, cuando debíamos tener cinco o seis años, comenzamos una amistad jamás alterada a lo largo de tantos años. Fundamos nuestro afecto en un césped blando y acogedor que alfombraba el frente de su casa, pequeña, humilde, casi vecina a la casa donde yo nací, en la calle do Encanamento, en Recife. Fuimos compañeros en la escuela primaria y en la secundaria, en el Oswaldo Cruz, del que ya he hablado en algunas cartas. Nos separamos en los estudios cuando él se dedicó a la agronomía, en cuya disciplina destacó como un notable investigador en el campo de la fitopatología, y en la que es más reconocido en el extranjero que entre nosotros. "Nadie es profeta en su tierra...", dice el saber popular.

Albino fue un hombre extraordinario. Durante todos estos años jamás lo escuché hacer un comentario poco elogioso sobre nadie. Así como jamás lo escuché elogiar a nadie que realmente no lo mereciese.

Hoy estamos, tanto Jandira, su dedicada esposa, como todas y todos los que tuvimos el privilegio de convivir con él, quebrantados por el peso del vacío que nos invadió en la madrugada que inauguró el primer día sin él en el mundo.

NOVENA CARTA

> Alguien me sacó de mi cuarto y me llevó a otra parte de la casa desde donde oí, cada vez más débiles, los gemidos con que mi padre se despedía del mundo.

Treinta y uno de octubre de 1934. La puesta del sol de un domingo de cielo azul. Ya hacía cuatro días que mi padre, con un aneurisma abdominal que se venía rompiendo, sufría intensamente y se aproximaba a la muerte en forma inapelable. Hasta nosotros, los más jóvenes, presentíamos el final contra el que nada podíamos.

Mi madre difícilmente se apartaba del cuarto en el que él se encontraba. Sentada junto a su cabecera, acariciaba su frente y sacaba uno u otro tema, llena de fe y de esperanza. Esperanza de que él se restableciera pronto, para continuar poblando sus días de encanto y de ternura. Esperanza que aquel domingo era reforzada por la notable mejoría que había experimentado mi padre. La sabiduría popular ha dado nombre a esta muestra de bienestar que normalmente tienen los enfermos terminales: *visita de la salud*. Es la última experiencia de vida, en la que el enfermo como que se despide de la esperanza, de la alegría de sentir las cosas, de ver y oír a los suyos y a sus amigos. Siente todo eso, disfruta todo eso, y no como si supiese que está por dejarlo todo. Al contrario, nadie experimenta la *visita de la salud* como un anuncio de muerte, sino como una señal de vida. Hasta los que la observan en quienes la padecen.

Me acuerdo de la alegría fantástica, indescriptible, que viví durante aquel domingo de octubre de 1934. Cada vez que iba al cuarto me sentía alentado. Acostado en la cama, sereno, sin dolor, mi padre sonreía y jugaba conmigo. A su lado estaba mi madre, cariñosa, tierna, diciendo cosas que exteriorizaban su casi paz frente a la mejora de él. Fue traicionada, como todos nosotros, por la falsedad de la *visita de la salud*.

Cuando regresé al cuarto, entre las cinco y las cinco y media de la tarde, vi a mi padre que, al esforzarse para sentarse en la cama,

gritó de dolor, con la cara retorcida, y cayó hacia atrás agonizante. Nunca antes había visto morir a nadie, pero estaba seguro de que mi padre se estaba muriendo. Una sensación de pánico mezclada con una nostalgia anticipada, un enorme vacío, un dolor indescriptible tomaron mi ser y me sentí perdido. Alguien me sacó de mi cuarto y me llevó a otra parte de la casa desde donde oí, cada vez más débiles, los gemidos finales con los que mi padre se despedía del mundo. Esos últimos momentos de su vida, las contorsiones de su cara, los gemidos de dolor, todo esto está fijado en mí, en la memoria de mi cuerpo, con la nitidez con que el pez fosilizado se fija en la piedra.

Los dos o tres días siguientes al entierro de mi padre envolvieron a las mujeres de la familia en un quehacer típico de las sociedades cerradas, de cuño rural, poco rozadas aún por los avances tecnológicos. Se entregaron a una tarea que en el fondo revelaba un cierto culto, un cierto gusto por la muerte: la de teñir de negro todas las ropas, en señal de luto.

El mayor rigor era impuesto a la viuda, cuyo *luto cerrado,* como se le llamaba, sólo podía romperse después de transcurridos dos años de la muerte del marido.

Mi madre siempre se resistió a abandonar la severidad del *luto cerrado,* hasta que, bajo la influencia de mi hermana Stela, consintió, años después de la muerte de mi padre, en dejar de lado el rigor del *luto cerrado,* admitiendo un *luto abierto* que la acompañó hasta sus últimos días en los años setenta.

No siempre es fácil *sepultar* a nuestros muertos. Sin embargo, solamente en la medida en que asumimos su ausencia, por más doloroso que nos resulte hacerlo, la presencia de la ausencia, el dolor de la falta va menguando, mientras que por otro lado nos vamos volviendo más capaces de volver a ser plenamente nosotros mismos. Sólo así podremos tener, con salud -biofilicamente-, en la ausencia sentida, una presencia que no nos impida amar.

En una sana y difícil experiencia de luto, luto del que nadie puede escapar, no podemos limitarnos a poner una palada de tierra sobre la ausencia, como tampoco, y también simplistamente, pretender que nuestra vida se reduzca al pasado.

La experiencia del luto, que es resultado de la muerte, sólo es válida cuando se expresa en la lucha por la *vida.* Vivir el luto con madurez es asumir la tensión entre la desesperación provocada por la pérdida y la esperanza en la reinvención de nosotros mismos.

Nadie que sufre una pérdida sustancial continúa siendp el mismo de antes. La reinvención es una exigencia de la vida.

Creo que es importante que sepamos que nadie nace preparado para, el día de mañana, cruzar biofílicamente la experiencia del luto. Ésta, a pesar de su especificidad, es apenas una entre muchas otras por las que pasamos, unas más duras y otras más amenas, a lo largo de nuestra existencia.

Lo que quiero decir es que en la sucesión de los aprendizajes en los que participamos se va acentuando en nosotros el amor a la vida o el amor a la muerte. La manera en que nos relacionamos, desde la más tierna edad, con los animales, con las plantas, con las flores, con los juguetes, con los demás. El modo en que pensamos el mundo, en que actuamos sobre él; la *maldad* con que tratamos los objetos, destruyéndolos o despreciándolos. El testimonio que damos a los hijos de la falta de respeto para con los más débiles, el desdén por la vida.

Así enseñamos y aprendemos a amar la vida o a negarla.

Además del vacío afectivo que nos dejó la muerte de mi padre, su desaparición también significó el agravamiento de nuestra situación. Por un lado la ausencia del jefe de la familia, por el otro la disminución drástica de la magra jubilación que mi padre recibía, reducida a *pensión* que mi madre pasó a recibir como su viuda. Realmente algo insignificante.

Sólo entre 1935 y 1936 hubo una mejoría real con la participación efectiva de mi hermano mayor, Armando, que consiguió un trabajo en la Prefectura Municipal de Recife; de Stela, que recibió su diploma de maestra y comenzó a trabajar, y de Temístocles, que caminaba todo el día por Recife haciendo mandados para un escritorio comercial.

Me siento feliz de poder publicar en estas cartas a Cristina el muchas gracias a ella y a ellos.

Con su trabajo, con su dedicación, me dieron una ayuda inestimable para que un día yo pudiese hacer las cosas que he hecho con la colaboración de muchos.

DÉCIMA CARTA

Los saberes indecisos que se gestaron en las experiencias de Jaboatão se entregaron a la posibilidad de una reflexión más crítica y más trabajada, propiciada por el regreso a Recife.

Vivimos nueve años en Jaboatão. De abril de 1932 a mayo de 1941, cuando regresamos a Recife. Nuestro regreso se dio en una situación indiscutiblemente superior a la que nos obligó a trasladarnos a Jaboatão, nueve años antes, pensando que la magia de la simple "movilidad horizontal" resolvería nuestros problemas y dificultades.

La participación y la solidaridad, que nunca faltaron, de los tres hijos y de la hija Stela mantenían a la familia en condiciDnes de enfrentar los gastos normales de la casa. La menor colaboración era la mía, que provenía de las clases de lengua portuguesa que daba en el Colegio Oswaldo Cruz y luego en otros, y de lo que me pagaban mis alumnos particulares.

Con una parte de lo que ganábamos cada uno de nosotros atendía sus necesidades individuales. La mayor parte se la entregábamos a mi madre, con lo que ella administraba la casa. Cuando había gastos extraordinarios los dividíamos entre todos.

De 1941 a 1944, cuando me casé por primera vez, viví una etapa intensamente dedicada a las lecturas, tan críticas como me era posible, de gramáticos brasileños y portugueses.

Parte de la porción que me correspondía de lo que yo ganaba la destinaba a la adquisición de libros y viejas revistas especializadas.

Las revistas y los libros siempre ponían entre paréntesis la adquisición de ropa. Solamente cuando ya no era posible posponer la compra de ropa para un después distante me compraba alguna prenda ordinaria. En aquel periodo de alumbramiento en que me encontraba, apasionado, realmente embrujado por la docencia en el Colegio Oswaldo Cruz, raramente destiné una suma de dinero considerable a comprar ropa, como lo hice cierta vez. Irstigado por el competente sastre de un tío mío, acepté que me confeccionase un traje de lino blanco, pagando en mensualidades que aún recuerdo. La verdad es que no andaba sucio, pero andaba mal vestido.

Uno de mis atuendos permanentes -aunque no predilecto- era un traje de paño tropical marrón con rayas blancas, que por el uso excesivo ya se había vuelto casi verde, quemado por el sDl. Un traje caliente hasta para las temperaturas más suaves. Imagínense lo que sería en los 28 y 30 grados del verano recifense.

Un día, al final de una clase, al mediodía, un alma viva e inteligente, de esas inteligencias que de vez en cuando san sopladas por ingenuidades casi angelicales, me preguntó de pronto, como si no pudiese dejar la pregunta para otro día:

- Paulo, ¿usted no tiene calor con esa ropa?

- Sí tengo -dije yo-. Pero es que no tengo otra.

Luego de la clase, cayendo en sí, vino hasta mí un tanto turbada y me pidió innecesarias disculpas.

Fui yo quien por poco no me disculpo por la escasa o ninguna importancia que daba a mi forma de vestir. Sin embargo, para mí eran más valiosos las revistas y los libros que compraba y con cuya lectura, desafiante, iba aprendiendo a estudiar y me capacitaba mejor para hacer más eficaz mi práctica docente, más que con ropas elegantes y en mayor cantidad. Ya habría tiempo de adquirirlas, cuando revistas esenciales y libros indispensables no compitieran con ellas. O, mejor aún, cuando ropas y libros pudiesen ser adquiridos sin que yo tuviese que contar hasta diez antes de elegir qué comprar.

En el itinerario de algunas de mis tardes en Recife yo tenía, como puntos obligatorios de escala, dos o más librerías que satisfacían el gusto por la lectura y el deleite por la convivencia con los libros de un buen número de intelectuales del Recife de aquella época, y varias librerías de viejo que ofrecían preciosidades fuera de impresión.

La Librería Emperatriz, del viejo Berenstein, donde trabajaba uno de los mayores libreros de Recife: Melkzedec, después propietario de una excelente librería de viejo, la Editora Nacional, con Mousinho, pero principalmente con Aluízio -tan sensible como los maestros Berenstein y Melkzedec.

Allí nos encontrábamos en nuestras peregrinaciones los intelectuales más jóvenes, aprendices de los más maduros, todos curiosos, deambulando entre los estantes, examinando el índice de algún

libro, leyendo su presentación, intercambiando ideas los unos con los otros.

La Editora Nacional disponía de un amplio espacio con una larga mesa con sillas a su alrededor en la que, luego de un paseo por los estantes, nos sentábamos y conversábamos libremente, como si estuviésemos participando en un seminario académico.

En el fondo de la casa también había un espacio donde se abrían las grandes cajas en las que venían los libros importados. Hasta el día de hoy tengo en mi cuerpo el placer con que presenciaba la apertura de las cajas, invitado por Aluízio en la Editora Nacional y por Melkzedec en la Emperatriz. [27] Así como la emoción con la que iba hojeando uno a uno los libros que iban saliendo, antes de ser expuestos a otras curiosidades en los estantes.

Odilon Ribeiro Coutinho, Waldemar Valente, Amaro Quintas, José Lourenço de Lima fueron algunos de los compañeros del ejercicio de la curiosidad infantil con que ritualmente nos colocábamos alrededor de la caja que comenzaba a ser abierta.

¿Qué libros saldrían? ¿Qué sorpresas iríamos a tener? ¿Qué reimpresiones llegarían a nuestras manos? ¿Qué textos recién publicados desafiarían nuestra capacidad de lectura? Esas interrogaciones ansiosas eran parte de la emoción general con que me ponía, olvidándome de todo, a esperar que el olor de los libros nos envolviese. Primero, el olor del libro. En seguida, manos y ojos curiosos entregándose amorosamente al primer encuentro, más que el simple contacto, con ellos y que proseguiría en casa, en mi rincón especial de estudio, con alguno de ellos.

Esto a veces sucedía en una misma tarde en la Editora Nacional y en la Librería Emperatriz, separadas por dos o tres casas la una de la otra...

La apertura de los cajones provocaba sorpresas, atracciones y alegrías que se convertían en desafíos. Desafíos a mi capacidad de adquisición, no siempre a la altura de los precios, y desafíos placenteros a mi capacidad de lectura.

En aquella época me dedicaba principalmente, mas no exclusivamente, a los estudios gramaticales permeados de lecturas de filosofía del lenguaje y de ensayos introductorios a la lingüística que acababan remitiéndome a la educación.

En realidad, mi pasión jamás se centró en la gramática por la gramática en sí; por eso jamás he corrido el riesgo de caer en el disgusto del *gramaticismo.* Mi pasión siempre se movió en dirección

a los misterios del lenguaje, hacia la búsqueda, no angustiante pero sí bastante inquieta, del momento de su belleza. Por eso me entregaba con placer, sin hora marcada para terminar, a la lectura de Gilberto Frevre, Machado de Assis, Eça de Queiroz, Lins do Rego, Graciliano Ramos, Drummond, Manuel Bandera.

No tengo por qué no repetir en esta carta que la afirmación según la cual la preocupación por el momento estético de la lengua puede no preocupar al científico pero debe preocupar al artista, es falsa. Escribir bonito es deber de quien escribe, sin importar qué ni sobre qué. Por eso me parece fundamentalmente importante, y siempre hablo sobre esto a quien trabaja una tesis de maestría o una tesis doctoral, que se obligue -tarea que habrá de cumplirse rigurosamente- a la lectura de autores de buen gusto. Lectura tan necesaria como las que tratan su tema específico.

Ejemplos de cómo jugar con tal o cual palabra y no con cualquier otra en cierto momento de la escritura, de cómo manejar las palabras en las relaciones que traban entre sí en la organización del discurso, ejemplos que se van haciendo modelos o casi modelos, sin que ello signifique que cada sujeto que escribe su texto no deba esforzarse por ser ella o él mismo, aunque marcado o con influencia de algún modela.

No sé si ya os habéis dado cuenta de que por lo general, cuando se interroga a alguien sobre su preparación profesional, el interrogado al responder tiende a comenzar por enumerar sus actividades escolares, resaltando su formación académica, su tiempo de experiencia en la profesión. Difícilmente se toma en consideración, por no rigurosa, la experiencia existencial mayor. La influencia, a veces casi imperceptible, que recibimos de tal o cual persona con que convivimos, o de tal o cual profesor o profesora, a quien jamás le faltó coherencia, así como de la competencia juiciosa de personas humildes y serias.

En el fondo, la experiencia profesional se da en el cuerpo de la existencia mayor. Se gesta en ella, recibe su influencia y en cierto momento se vuelve influyentemente sobre ella.

Interrogado sobre mi formación como educador, como sujeto que piensa la práctica educativa, jamás pondría de lado, como tiempo inexpresivo de mi vida, el que pasé caminando, casi vagando, por una parte de Recife, de librería en librería, ganando intimidad con los libros, como tampoco aquel en que visitaba sus arroyos y sus cerros, discutiendo sus problemas con los grupos

populares. O como el otro en que viví durante diez años con la tensión entre la teoría y la práctica y aprendí a manejarme con ella: el tiempo del Sesi. Ni el tiempo de mis estudios sistemáticos, sin importar de qué grado, como estudiante o como profesor.

Los saberes indecisos que se gestaron en las vivencias de Jaboatão se entregaron a la posibilidad de una reflexión más crítica y más trabajada, propiciada por el regreso a Recife.

UNDÉCIMA CARTA

> El error de la izquierda es perderse en discursos agresivos, dogmáticos, en análisis y propuestas mecanicistas; es perderse en una comprensión fatalista de la historia, finalmente antihistórica, en la que el futuro, desproblematizado, se vuelve inexorable.

En 1947 llegué al Servicio Social de la Industria, el Sesi,* Departamento Regional de Pernambuco, donde permanecería por diez años, envuelto en una práctica político-pedagógica de la mayor importancia para mí.

En una primera instancia debo subrayar que mi llegada al Sesi posibilitó mi reencuentro, realmente determinante, con la clase trabajadora. Reencuentro del que el primer encuentro habría tenido lugar en mi infancia y adolescencia, en Jaboatão, en mi convivencia con niños campesinos y urbanos, hijos de trabajadores rurales y citadinos.

Formé parte del primer equipo del Sesi que organizó su presidente, el ingeniero Cid Sampaio, con el que discutió sus ideas centrales sobre cómo pensaba que debería funcionar la institución, tanto en el campo asistencial como en el de la educación. En el fondo, lo que discutía con todo el equipo era su visión de la asistencia, su política de acción, en realidad liberal, pero más adelantada que la del promedio de sus compañeros de trabajo.

Hoy me doy cuenta de lo acertado que estuve al reconocer que apoyarlo en su campaña para el gobierno del estado de Pernambuco, en 1958, era un acto progresista; del mismo modo que, cuatro años más tarde, el acto progresista sería apoyar a Miguel Arraes, casi inmediatamente arrestado e impedido de ejercer sus derechos políticos por el golpe militar del 1 de abril de 1964, cuando se encontraba en pleno ejercicio de su mandato de gobernador del estado.

* Véase Paulo Freire, *Pedagogía de la esperanza..., op. cit.*

A pesar de toda la importancia que reconozco que tuvo mi paso por el Sesi para mi formación política y pedagógica, en esta carta voy a referirme solamente a los puntos que me parecen primordiales. Hasta es posible que más adelante, si no me faltan tiempo, disposición y gusto, me entregue a un análisis amplio de aquel periodo que, en la *Pedagogía de la esperanza,* llamé el *tiempo fundante.*

Los puntos primordiales a cuyo análisis me dedicaré son de orden político-pedagógico, a los que necesariamente se unen implicaciones de naturaleza ética, ideológica, histórica, sociológica, etcétera.

Desde el punto de vista de los intereses de la clase dominante, que en un momento inteligente de sus cúpulas tuvo la idea de crear el Sesi como institución patronal, sería fundamental que éste dejara de ser asistencial y pasase a ser asistencialista. Esto implicaba que la tarea pedagógica, acompañando a la práctica asistencial, no se hiciese jamás de manera problematizante. Por lo tanto nada que, girando en torno a la asistencia médica, deportiva, escolar o jurídica, pudiese proponer a los *asistidos* discusiones capaces de develar verdades o realidades, con lo que los *asistidos* podrían ir haciéndose más críticos en su comprensión de los hechos.

Desde la perspectiva de la clase dominante, el Sesi, en cuanto asistencial, debía ser asistencialista. Por eso mismo, cualquier práctica que provocara, o que implicase, una presencia democráticamente responsable por parte de los *sesianos* en el comando de los núcleos o centros sociales; que significase un mínimo de injerencia de los trabajadores en el propio proceso de la prestación de servicios de asistencia, tendía a ser rechazada por peligrosa o subversiva. En el fondo, sería ingenuo pensar que el Sesi era una expresión de la enorme bondad de la clase dominante que, sensibilizada por las necesidades de sus trabajadores, lo habría creado para ayudarlos.

Al contrario, el Sesi expresaba un momento inteligente de la cúpula patronal en sus relaciones contradictorias con la clase obrera.

Era un intento de suavizar los conflictos de clase y un esfuerzo en el sentido de obstaculizar la formación de una conciencia militante, política, entre los trabajadores. Por eso las prácticas estimulantes de un saber crítico tarde o temprano eran vistas con restricciones.

Tengo vivo en la memoria el relato de una experiencia, en Ginebra, hecho por una de las personas que participaron en ella. Un grupo de señoras religiosas se organizó a partir de los trabajos

pedagógicos con niños y adolescentes, hijos e hijas de trabajadores inmigrantes.

Cierto día, la cúpula directiva de aquel grupo visitó a algunos industriales a quienes hablaron sobre el proyecto y solicitaron alguna ayuda para la continuación y ampliación de las actividades.

Dos meses después de recibir un financiamiento para uno de los proyectos, el de educación sexual, en el que participaban entre quince y veinte jóvenes, las señoras responsables de éste recibieron la visita del industrial patrocinador.

Entonces le hicieron un relato minucioso, felices por los resultados obtenidos. Todo se resumía en que los jóvenes discutían libremente con las educadoras sus preocupaciones sobre la sexualidad. En la medida en que comprobaban que eran libres para hacerlo, dialogaban cada vez más sin sentirse inhibidos.

Al final de la reunión habló el industrial, según nos dijo la relatora. Secamente y sin rodeos, sin medias palabras, anunció la cancelación de su ayuda y dijo categóricamente: "Si estos jóvenes hoy discuten libremente las cuestiones ligadas al sexo, ¿qué harán mañana frente a las cuestiones ligadas a la justicia social? Quiero obreros dóciles, no inquietos e indagadores."

Ése fue el discurso de un industrial moderno de la Suiza de los años setenta... Discurso que se encuentra imbuido en las prácticas aisistencialistas.

Fue precisamente en el Sesi, como una especie de contradicción suya, donde fui aprendiendo, aunque todavía hablaba poco de clases sociales, que éstas existen en una relación contradictoria. Que experimentan conflictos de intereses, que están permeadas por ideologías diferentes, antagónicas.

La dominante, sorda a la necesidad de una lectura crítica del mundo, insiste en la capacitación puramente técnica de la clase trabajadora, con la que ésta se reproduce como tal; la de los dominados, o ideología progresista, que no separa la formación técnica de la formación política, la lectura del mundo de la lectura del discurso. La que desvela y desoculta.

En este sentido, y desde el punto de vista dominante, cuanto más se proclame la mentira de la neutralidad de la práctica educativa, del trabajo asistencial, cuanto más se consiga suavizar la resistencia a esta mentira, tanto mejor será para la consecución de sus fines.

Entre paréntesis: no resisto contener un comentario significati-

vo. Tal vez las clases dominantes nunca se sintieron tan libres como hoy para su práctica manipuladora. La posmodernidad reaccionaria viene teniendo cierto éxito en su propaganda ideológica al proclamar la desaparición de las ideologías, el surgimiento de una nueva historia sin clases sociales, por lo tanto sin intereses antagónicos, sin luchas; al pregonar que no hay por qué continuar hablando de sueños, de utopías, de justicia social.

Con lo religioso debilitado en su fuerza, con la imposibilidad del socialismo que se acabó, con la desaparición de los antagonismos, dice exultante el discurso pragmático, ahora cabe al capitalismo crear una ética en la que se base la producción entre los iguales o casi iguales. La cuestión ya no es política, ni tiene nada que ver con la religión, y menos aún con la ideología. La cuestión es ética, pero de una ética "saludablemente" capitalista.

Por lo tanto, no tenernos por qué seguir hablando y proponiendo una pedagogía del oprimido, develadora de la razón de ser de los hechos, instigadora de los oprimidos para que se asuman como sujetos críticos del conocimiento y de la acción transformadora del mundo. Pedagogía que no dicotomiza la capacitación técnica, indispensable para la formación profesional, de la comprensión en torno a cómo y por qué la sociedad opera de tal o cual manera. Lo que tenemos que hacer ahora, según esta astuta ideología, es unir todos los esfuerzos en favor de la producción, sin preocuparnos para nada por la discusión sobre la producción de qué, a favor de qué, contra quién o con qué objetivos.

Yo no me puedo ver entre los intelectuales, hasta ayer progresistas, que vienen capitulando frente a las mañas y artimañas de esta ideología matrera. No veo cómo ni por qué sentirme tímido, inhibido, sin saber qué hacer con las manos, al afirmarme como un hombre progresista o de izquierda. La izquierda y la derecha están ahí, vivas; pero desde el punto de vista de la derecha es preciso pregonar que ya no existen, lo que significa vigorizar a la derecha.

El error de la izquierda, o de cierta izquierda, que no es ch hoy pero que hoy se hace injustificable e intolerable, es reactivar el autoritarismo del que resulta su falta de gusto por la democ-acia, que le parece incompatible con el socialismo.

El error de la izquierda es perderse en discursos agresivos, dogmáticos, en análisis y propuestas mecanicistas; es perderse en una comprensión fatalista de la historia, en el fondo antihistórica, en

la que el *futuro,* desproblematizado, se vuelve inexorable.

Como educador progresista no puedo, en nombre del deber de evitar mayores sufrimientos a las clases populares, limitar el universo de su curiosidad epistemológica al conocimiento de objetos debidamente despolitizados. En otras palabras, no puedo despolitizar la comprensión del mundo y la intervención en el mundo, ya sea porque debo ser caritativo con las clases populares, evitando que al saber más verdades sufran más por no tener condiciones inmediatas para luchar, o porque me dejé llevar por los "encantos" de la ideología neoliberal en boga. Ideología de la privatización, jamás de los perjuicios, pues éstos deben continuar siendo pagados por las clases populares.

Pero regresemos al Sesi, en el Recife de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta.

Me parece importante destacar que, a pesar de las décadas que nos separan de aquel periodo, la cuestión del derecho de las clases populares a la voz, que implica su movilización, su organización, una educación desocultadora de verdades, es tan actual hoy como fundamental fue en el pasado. En el fondo se trata de la cuestión, tan discutida y debatida ahora, de la ciudadanía; tan negada, hoy como ayer, a las grandes masas populares brasileñas. A los renegados y renegadas, a las vetadas y los vetados, a los que se les prohíbe ser. Los neoliberales que proclaman la inexistencia de las clases sociales, y por lo tanto de la lucha de clases, espuman de rabia cuando alguien no cree en su discurso. Yo no espumo de rabia cuando escucho o leo discursos que niegan la existencia de las clases sociales y de sus conflictos. Es que descanso en la verdad histórica, mucho mayor que el discurso frágil que pretende negarla.

Una de las ventajas que creo tener, frente a los intelectuales intelectualistas, es que este saber al que me vengo refiriendo jamás fue en mí una *adherencia,* algo que viniese desde afuera y me fuese periféricamente sobrespuesto. Al contrario, este saber se ha venido produciendo en mi práctica y en la reflexión crítica sobre ella, así como en el análisis de la práctica de los otros. El pensar sobre mi propia práctica y sobre la práctica de los otros me conducía, por haber sido un pensar crítico, profundamente curioso, a lecturas teóricas que iban explicando o confirmando el acierto o el error cometido en ella a través de la iluminación de la práctica analizada.

La perspectiva progresista en la que me colocaba y me coloco implicaba, o revelaba, por un lado una posición ética, una inclina-

ción casi instintiva a lo justo, un rechazo visceral de la injusticia, la discriminación de raza, de clase, de sexo, de la violencia, de la explotación; y por el otro un saber no libresco, pero no antilibresco, antiteoría. Un saber forjándose, produciéndose, en proceso, en la tensa relación entre la práctica y la teoría.

Yo no era progresista porque la lectura de algunos autores o autoras me dijese que debía serlo. Era progresista porque como persona me sentía ofendido por la perversidad de una realidad injusta y negadora de lo que cada vez más me parecía ser la vocación ontológica del ser humano: la de ser más.*

Yo no era progresista porque estuviese seguro de que el futuro traería inexorablemente el socialismo. Al contrario, yo era progresista porque, rechazando una comprensión mecanicista de la historia, estaba seguro de que el futuro tendría que ser construido por nosotros mismos, mujeres y hombres, en la lucha por la transformación del presente malvado. O construido por nosotros, los progresistas, por la transformación sustantiva del presente, o construido por las fuerzas reaccionarias a través de cambios puramente adverbiales del presente.

Todo esto no sólo demandando sino también generando un saber de la transformación como un saber de la conservación. Saberes de clase. De un lado el saber de los dominados, del otro el saber de los dominantes, uno y otro jamás en estado puro.

La lectura de pensadores revolucionarios, principalmente los no dogmáticos, me ayudaba ofreciéndome bases científicas con las que reforzaba mi opción política y mi posición ética. Por otro lado, siempre entendí que la manera de ser democrática necesariamente formaba parte de la práctica progresista, por eso mismo negada por el autoritarismo. De ahí la necesidad de la coherencia. Es imposible compatibilizar un discurso progresista con una práctica autoritaria.

Hay algo más que no puede subestimarse, menos aún negarse, en la explicación de mi opción político-pedagógica progresista. Algo que nunca han comprendido cristianos ni no cristianos autoritarios, contrarios, aunque iguales entre sí, en su sectarismo y en su condición primitiva: las marcas de mi formación cristiana.

"Diabólico" para algunos, "idealista burgués" para otros, aprendí

* Véase Paulo Freire, *Pedagogía del oprimido,* 44a. ed., México, Siglo XXI, 1970, *y Pedagogía de la esperanza..., op. cit.*

con ellos, con su rabia desmedida hacia los diferentes, cuán fundamental es la virtud de la tolerancia, que siendo auténtica no nos empuja hacia la connivencia.

Nunca pude entender cómo sería posible compatibilizar la camaradería con Cristo con la explotación de los demás, el querer bien a Cristo con la discriminación de raza, de sexo, de clase.

Del mismo modo nunca pude aceptar la conciliación entre el discurso de izquierda y la práctica discriminatoria de sexo, de raza, de clase. ¡Qué contradicción más chocante, ser de izquierda y racista al mismo tiempo!

En los años setenta, conversando con periodistas de Australia les dije, para asombro de algunos, que había ido a los *mocambos* y arroyos de Recife movido por mi *amistad* con Cristo, por mi esperanza en la esperanza que Él representa. Al llegar allá, la realidad trágica de los arroyos, de los *mocambos,* de los inundados, me remitió a Marx. Mi convivencia con Marx jamás me sugirió siquiera el alejamiento de Cristo.

Para quien entiende la historia como una posibilidad, para quien rechaza radicalmente los sectarismos y aprende con las diferencias, para quien democráticamente rechaza las imposiciones, no es difícil entender mi posición. Evidentemente rechazada, tanto ayer como hoy, por los dogmáticos, por los dueños de la verdad que se pierden por exceso de certeza.

Fue así, convencido de que un presente profundamente *ensopado* en las "aguas" histórico-culturales e ideológicas de un pasado agresivamente autoritario estaba exigiendo a educadores y educadoras una práctica educativa que propiciase a quien participara en ella experiencias de participación, como me entregué a mi trabajo en el Sesi. Experiencias de organización, de injerencia, de análisis crítico de los hechos. Experiencias de decisión, que en el fondo no existe fuera de la prueba a la que nos someten los conflictos, de valoración, de comparación, de ruptura, de opción.

Una de nuestras tareas, de los educadores y educadoras progresistas, era, hoy como ayer, trabajar ese pasado que se interna en el presente no sólo como un tiempo de autoritarismo, de silencio impuesto a las masas populares, sino también como un tiempo en el que una *cultura de la resistencia* se fue generando como respuesta a la violencia del poder.

El presente brasileño ha estado avasallado por esas herencias coloniales: la del silencio y la de la resistencia a éste, la de la

búsqueda de la voz, la de la rebeldía que necesita ir haciéndose cada vez más críticamente revolucionaria.*

Éste fue el tema central de la tesis académica que defendí, en 1959, en la entonces Universidad de Recife, hoy Federal de Pernambuco: "Educación y actualidad brasileña", de la que aproveché parte para mi primer libro: *La educación como práctica de la libertad.* Tesis que reflejaba hasta qué punto me estaba marcando la experiencia del Sesi, sometida a una profunda reflexión crítica a la que se unía una no menos crítica y extensa lectura de bibliografía fundamental.

Como se ve, el objetivo que me impulsaba exigía prácticas sustantivamente opuestas a las de una política asistencialista -y no asistencial, en coherencia con el espíritu del Sesi y con los fines para el que fuera creado.

Debo decir que si en aquel entonces estas contradicciones no eran claramente percibidas, sin embargo, yo tampoco era completamente inocente en relación con ellas. Por un lado yo sabía que no podría convertir al Sesi, librarlo de su "pecado original", como decía una asistente social, gran amiga mía, que en aquella época trabajaba en Rio de Janeiro; por el otro estaba seguro de que, leal a mi sueño, no tenía por qué no tratar de hacer lo que pudiese mientras pudiese en favor de él. En última instancia yo me empeñaba en hacer una escuela democrática, estimulando la curiosidad crítica de los educandos; una escuela que, siendo superada, fuese sustituida por otra en la que ya no se recurriese a la memorización mecánica de los *contenidos transferidos,* sino en la que *enseñar y aprender* fuesen partes inseparables de un mismo proceso, el de conocer. De esta forma, al enseñar la educadora reconoce lo ya sabido, mientras el educando comienza a conocer lo que aún no sabía. El educando *aprende* en la medida en que *aprehende* el objeto que la educadora le está enseñando.

En última instancia yo me proponía realizar, con los equipos con los que trabajaba, una administración fundamentalmente democrática. Una gestión abierta lo más posible a la injerencia de los obreros y sus familias en diferentes niveles, con la que ellos fuesen aprendiendo la democracia a través de la práctica de la participación. Aprendiendo democracia a través de la experiencia de la decisión, de la crítica, de la denuncia, del anuncio.

* Véase Paulo Freire, *Pedagogía de la esperanza..., op. cit.*

En esta carta me interesa hablar sobre dos puntos; en el fondo, de dos programas de trabajo en el horizonte político-pedagógico del que he hablado anteriormente. Uno de ellos desarrollado por mí y por mi equipo durante la época en que fui director de la División de Educación y Cultura; el otro, cuando estuve al frente de la organización como superintendente o director general. Programas político-pedagógicos en total consonancia ccn los análisis realizados anteriormente.

Veamos el primero, que se realizó en el ámbito de la División de Educación y Cultura. Creo que para hablar de éste el punto de partida debe ser la propia comprensión que teníamos de la escuela y de la educación que se habría de poner en práctica en ella.

Mi experiencia personal en casa, en la relación con mis padres y mis hermanos, de la que ya he hablado en cartas anteriores, me había marcado profundamente por su carácter democrático. El ambiente en que vivíamos, en el que nuestra libertad, tratada con respeto por la autoridad de nuestros padres, era constantemente desafiada a asumirse responsablemente; el reconocimiento del pasado brasileño como un tiempo densamente autoritario, casi girando en torno del poder exacerbado del amo, de la fortaleza de ese poder y la fragilidad de los subalternos, de su acomodación o de su rebeldía, todo eso me orientaba hacia una escuela democrática, en la que las educadoras y los educandos se entregasen al esfuerzo de reinventar el ambiente tradicionalmente autoritario de nuestra educación.

Las experiencias democráticas en el seno de mi familia, mi pasado personal, en realidad constituían una contradicción al autoritarismo en que se asentaba la sociedad brasileña.

Me parece evidente que entre la severidad despótica de la escuela tradicional y la apertura democrática del movimiento de la Nueva Escuela yo me inclinase hacia el segundo. Así, era natural que yo me familiarizase con el pensamiento europeo, norteamericano y brasileño ligado a aquel movimiento. Por eso mismo nunca me ofendo cuando algunos críticos me consideran *escolanovista.* Lo extraño, sin embargo, es que no siempre perciban que al criticar la relación autoritaria entre educadores y educandos también estoy criticando el autoritarismo, generado en el modo capitalista de producción. Mi crítica de la escuela tradicional, que comienza bajo la influencia de los pensadores de la Nueva Escuela, a la que se sumaban datos de mi experiencia personal, se extiende poco a

poco a la crítica del sistema capitalista propiamente dicho.

Sin embargo, el que política e ideológicamente no me satisfaga tal o cual posición de un Anísio Teixeira, de un Fernando de Azevedo, de un Lourenço Filho, de un Carneiro Leão -para quedarnos apenas en éstos y en el medio brasileño- no me lleva a decir simplemente que ya están superados o que nunca tuvieron ningún valor. El hecho de *soñar* de una forma diferente de la de ellos no es suficiente para que desconozca su contribución al avance de la reflexión pedagógica entre nosotros. De la reflexión y de la práctica.

Al rever hoy, tantos años después, la práctica de aquella época, al repensar los puntos primordiales del programa que nos desafiaba, percibo su actualidad y su vigencia. Lamentablemente, percibir su actualidad hoy no significa que mi equipo y yo hayamos sido unos adelantados. Significa lo poco que hemos avanzado en materia de la democratización de nuestra educación. Democratización a la que nos entregamos por entero. En la División de Educación, la de la *escuela,* la de las diferentes relaciones que en ella se establecen -educadoras, educandos; educadoras, padres, madres; porteros, educadores; escuela, comunidad. Democratización de la escuela en cuanto a su manera de comprender el acto de enseñar. El esfuerzo de superación de la transferencia mecánica de contenidos por una forma crítica de enseñar. El respeto al conocimiento con el que los educandos llegaban a la escuela, el no menos necesario respeto a la identidad cultural de los educandos.

La lucha, tan actual, contra los alarmantes índices de reprobados que genera la *expulsión*[28] de un escandaloso número de niños de nuestras escuelas, fenómeno que la *ingenuidad* o la *malicia* de muchos educadores y educadoras llama *evasión escolar,* dentro de un capítulo del no menos ingenuo y malicioso concepto de fracaso escolar. En el fondo, todos esos conceptos son expresiones de la ideología dominante que lleva a las instancias del poder, incluso antes de cerciorarse de las verdaderas causas del llamado "fracaso escolar", a imputar la culpa de éste a los educandos. Ellos son los responsables por su deficiencia en el aprendizaje. El sistema, ¡jamás! Siempre es así, los pobres son los culpables por su precario estado. Son perezosos, incapaces.

Nuestra comprensión de la "evasión", de la reprobación, era otra. Una escuela democrática tendría que preocuparse por la evaluación rigurosa de la propia evaluación que realiza de sus diferentes actividades.

El aprendizaje de los educandos está relacionado con las dificultades que éstos enfrentan en casa, con las posibilidades de que disponen para comer, para vestir, para dormir, para jugar; con las facilidades y los obstáculos a la experiencia intelectual. Está relacionado con su salud, con su equilibrio emocional.

El aprendizaje de los educandos está relacionado con la docencia de los maestros y de las maestras, con su seriedad, con su competencia científica, con su capacidad de amar, con su humor, con su claridad política, con su coherencia, así como todas estas cualidades están relacionadas con la manera más o menos justa o decente en que son respetados o no.

Por todo esto prestábamos gran atención, por un lado a la capacitación permanente de las educadoras, y por el otro a la formación de las madres y de los padres.

Aprendimos bastante de nuestros errores iniciales, tanto en la experiencia con las maestras como en la que teníamos con las madres y los padres. En ambos casos, definitivamente estábamos en lo correcto en cuanto a los objetivos de la práctica, pero equivocados en cuanto al método utilizado. En última instancia, nos contradecíamos. Pretendíamos una educación con miras a posturas críticas, en favor de la opción, de la decisión, de la evaluación rigurosa de los hechos, pero antes no escuchábamos a las personas con quienes trabajábamos sobre lo que les gustaría discutir, sobre cuáles eran sus motivaciones y expectativas. Nosotros mismos elegíamos los temas, y a continuación disertábamos sobre ellos.*

Insistimos durante mucho tiempo en este error, pero evaluando y pensando la práctica, y así reformulamos el procedimiento, alcanzando la coherencia necesaria entre los objetos de la acción y los caminos para llegar a ésta.

En la búsqueda de la superación de nuestros errores y equivocaciones fue de extraordinaria importancia la crítica amena, incluso cortés, que nos hizo, a mí y a mis compañeras y compañeros de equipo, el padre de un alumno nuestro de uno de los núcleos del Sesi en Recife.

Acababa de hablar sobre el deber que tiene la escuela de respetar el saber con el que el alumno llega a ésta. Sentado en primera fila, frente a nosotros, estaba el aún bastante joven padre que, desinhibido, se levantó y dijo: "Si me preguntan si me ha gustado esta

* Paulo Freire, *Pedagogía de la esperanza..., op. cit.*

reunión, yo no voy a decir que no, porque aprendí algunas cosas de las palabras del doctor. Pero si me preguntan si era eso lo que yo quería oír hoy, yo les digo que no. Lo que yo quería oír hoy era unas palabras de esplicación sobre disciprina, porque yo estoy teniendo en casa, yo y mi mujer, poblema con los niño que no sé cómo resover *[sic]*."

Lo mismo sucedía con los seminarios de capacitación de las maestras. En éstos discutíamos los mismos temas que serían discutidos en los círculos de padres y maestras. De cualquier manera, estos temas no eran elegidos arbitrariamente por mí ni por ninguna otra persona del equipo. Emergían en nuestras visitas a los núcleos sociales del Sesi, a las escuelas, en nuestras conversaciones con las maestras. El hecho, sin embargo, es que por pura coincidencia el tema sobre el que hablábamos formaba parte de las expectativas del auditorio.

Con todo, a partir de aquella noche nos dimos cuenta de que tendríamos que profundizar nuestra experiencia democrática. Pasamos a discutir con los presentes, maestras y familias, la temática fundamental para la siguiente reunión.

Al otro día, en la sede de la División, preparábamos lo que pasamos a llamar Carta Temario, para que la firmasen las maestras de los alumnos y la enviasen a cada padre y a cada madre. Por lo general presentábamos el tema, y en seguida dos o tres preguntas desafiantes sobre éste.

Al final de cada carta sugeríamos a los padres que discutiesen el tema de la próxima reunión con sus compañeros de fábrica, los más íntimos obviamente, con sus parientes, de modo que al venir al Círculo trajesen su opinión y también la de sus amigos.

De esta manera estábamos preparando un paso más -el paso en que la escuela trataría de extender su área de influencia de las familias de sus alumnos a la comunidad en la que se encontraba.

Por otro lado, los seminarios de formación para maestras se hicieron más dinámicos, en la medida en que discutían los temas en cuya organización habían tomado parte.

Por sugerencia, pronto generalizada, de una maestra, todas ellas pasaron a discutir los aspectos más accesibles de la temática de sus seminarios con los alumnos, la misma temática que sería discutida con sus padres, entre los cuales hubo quienes sintieron el vivo interés de sus hijos, motivándolos a no perder las reuniones.

Con la mayor participación de los padres, que sugerían la temática de las reuniones y se preparaban para éstas, con la presencia crítica de las maestras y de los alumnos, la concurrencia a los círculos de padres y maestros alcanzó niveles bastante elevados.

También comenzamos a observar diferencias sensibles en la disciplina escolar y en el aprendizaje.

Escuelas y familias empezaron a comprenderse mejor en la medida en que se iban conociendo más y reduciendo así su mutua desconfianza.

Que yo recuerde ahora, tuvimos que enfrentar dos dificultades grandes. La primera en el campo de la comprensión de la disciplina, referente a nuestras marcas autoritarias, se manifestaba en las reiteradas solicitudes que recibíamos para ser intransigentes, estrictos, en el trato con los educandos, sus hijos. Nos decían, con sonrisa de quien sabe y no de quien pide ayuda inseguro, que: "Lo que hace serio al hombre, de vergüenza, derecho, es el castigo duro, la disciplina severa." La segunda, ya en el campo de la alfabetización, del aprendizaje de la lectura escrita, era que para ellos no existía otro camino que la cartilla del ABC.

Hubo familias que retiraban de nuestras escuelas a sus hijos por esas razones para luego matricularlos en alguna de las innúmeras escuelitas particulares que en aquella época existían desparramadas por todas las áreas populares. Yo mismo me había pasado semanas enteras, cuando acababa de llegar al Sesi, recorriendo las áreas populares de Recife, visitando esas escuelitas y conversando con sus maestras o maestros. En casi todas ellas se aplicaban castigos físicos rigurosos. Sólo en unas pocas no me encontré, sobre la pequeña mesa de la maestra, una pesada palmatoria con la que se infligían los "pasteles"[2]" en las palmas de las frágiles manos de los alumnos. En una de las palmatorias, jamás lo olvidaré, estaba escrito en bajorrelieve: "Calma, corazón".

Cuántos corazones de niños "endiablados" o inhibidos no habrán latido acelerados en sus cuerpos flacos, a pesar de la inscripción burlona que exhibía la palmatoria.

Pronto me di cuenta de que no tendríamos ninguna posibilidad de éxito en el diálogo con los padres si les parecía que estábamos defendiendo algún tipo de libertinaje. Posiciones permisivas en las que, en nombre de la libertad, acabaríamos estando contra ella, por la falta total del papel limitarte de la autoridad. En el fondo, lo que realmente nos preocupaba era la cuestión primordial de los *límites*. De los límites a la libertad, de los límites a la autoridad.

No captaban la tensión dialéctica entre autoridad y libertad, pero como se daban cuenta de que la una no existe sin la otra, la exacerbaban.

Por lo tanto era preciso que estuviésemos bien seguros y serenos en nuestras conversaciones con las familias sesianas. Era necesario defender posiciones, sin permitirnos caer en la tentación de los estilos permisivos. Nuestra crítica del modelo de los padres y nuestro rechazo de éste no significaban la negación de la importancia de la autoridad, pues sin ésta no hay disciplina, sino permisividad; del mismo modo que sin libertad no hay disciplina, sino autoritarismo.

Esta lucha por la formación de una disciplina, forjándose en las relaciones contradictorias y creadoras entre autoridad y libertad, creció con los resultados de una investigación que hicimos y en la que tratábamos de saber cómo era que se daban tales relaciones en las familias de nuestros alumnos. Nos asustó el énfasis en los castigos violentos en Recife, en el *agreste,* el *sertão,* en contradicción con la casi total ausencia de castigos, y no sólo de los violentos, en las zonas costeñas del estado.*

Cualquiera que fuese la temática específica por debatir, no era difícil discutir estas relaciones. Y podíamos hacerlo sin manipular las asambleas de padres y maestros.

En aquel tiempo dediqué parte de mi tiempo a reuniones particulares con parejas de padres que me buscaban para desahogar sus angustias, frente lo que les parecía significar la pérdida de su hijo. "A veces, doctor, pienso que ya no tiene remedio. Parece que nos hemos engañado. Los golpes ya no dan resultado."

A tantos años de esos encuentros, los guardo vivos en la memoria del cuerpo. Si fuese pintor sería capaz de retratar algunas de las caras afligidas que tuve frente a mí, tan fuertes en sus rasgos me vienen a la memoria ahora, cuando escribo.

La segunda dificultad a la que me he referido anteriormente, la exigencia que nos hacían para que sus hijos aprendiesen con la cartilla del ABC,** nos consumió largo tiempo de debate. De vez en cuando uno de ellos volvía con el mismo viejo argumento de siempre: "Mi abuelo aprendió así, mi padre también, yo mismo aprendí de esa manera, ¿por qué mi hijo no puede?"

* Paulo Freire, *Pedagogía de la esperanza...,* *op. cit.*

** *Idem.*

La reivindicación que nos privó de varios alumnos comenzó a perder fuerza cierto día cuando, en una asamblea de padres, yo pregunté de repente: "¿Quién de los presentes ha visto a algún niño que comience a hablar diciendo P, M, F, **R?"**

Nadie, fue la respuesta que nos trajo el silencio. En realidad, nunca nadie comenzó a hablar diciendo letras. Cuando el niño dice "mamá", lo que quiere decir es: "mamá, tengo hambre, estoy mojado".

Si de ese modo todos nosotros, mujeres y hombres, es corno comenzarnos a hablar, ¿cómo es que a la hora de aprender a leer querernos comenzar con las letras? Piensen en esto.

Todo indica que lo pensaron realmente. La reivindicación fue disminuyendo paulatinamente y, como consecuencia, poco a poco fueron enmudeciendo las críticas que nos hacían por no estar utilizando la famosa cartilla del ABC.

Con conocimientos generados a todo lo largo de esta experiencia fue como llegué a la superintendencia del Sesi. Si al frente de la División de Educación y Cultura me entregaba al esfuerzo por democratizar la escuela, ampliando cada vez más la participación de los educandos, de los educadores y educadoras, de los padres y de las madres en los destinos de la escuela, luchando por mejores salarios, aunque no siempre consiguiéndolos, al llegar a la Superintendencia traté de democratizar la propia administración.

Aquí hablaré rápidamente de los proyectos principales a los que nos abocamos mi equipo y yo, equipo dirigido por Heloisa Jaques Bezerra, competente y dedicada asistente social.

El primero de los proyectos trataba de crear, en la sede del departamento, donde se encontraban las direcciones de las divisiones y de los servicios o sectores de la institución, un conocimiento mutuo indispensable. Y es que, si bien desde el punto de vista de las relaciones personales entre los directores y asistentes de las divisiones todos eran amigos, desde el punto de vista del quehacer que realizaban -proyectos, programas- el uno no sabía claramente lo que hacía la división del otro. Por eso de vez en cuando había coincidencias y desaciertos, contradicciones entre la práctica de alguna división y la de otra.

Gastos innecesarios, por ejemplo, de material. A veces salían de tres divisiones, casi al mismo tiempo, automóviles con personal técnico hacia el mismo centro social, cuando que si hubiese habido planificación uno habría bastado, lo que hubiera representado eco-

nomía de combustible y de desgaste de los vehículos.

En realidad también se imponía una visión global del servicio, que facilitaría o predispondría la solidaridad entre los responsables de innúmeros programas que entonces se diseminaban por la ciudad de Recife y por el interior del estado.

En aquella época, las dependencias públicas y las empresas privadas estaban abiertas los sábados hasta el mediodía.

En una primera reunión con los directores de división y sus asistentes discutí el proyecto que preveía el uso de las mañanas de los sábados para nuestras reuniones. El Sesi suspendería la atención al público los sábados, dedicándose al conocimiento de sí mismo. Una vez aceptada la propuesta, hicimos una segunda reunión con todo el personal del departamento, incluyendo a los porteros. Sólo después de la aceptación general comenzamos con el trabajo. Organizamos las cuatro primeras reuniones, eligiendo las divisiones que hablarían sobre su práctica, y a las que se seguiría un debate con participación de todos. Entre paréntesis diré que ahí, en los años cincuenta, están las raíces, que no han sido cortadas, de la práctica de pensar teóricamente en la práctica para practicar mejor.

Para la cuarta reunión eligieron a Francisco, el portero de mayor edad -no el de mayor antigüedad en el trabajo. A él le correspondería hablar sobre un día suyo en el departamento, sobre su vida cotidiana, sobre lo que le parecía positivo o negativo de lo que hacía, sobre cómo se relacionaban con él, en general, los directores y los técnicos, etcétera.

En la medida en que las reuniones avanzaban e iban profundizando el análisis de la práctica se percibía una nítida mejora en la relación entre todos. Esto es, en la medida en que se iba d esocultando la teoría embutida en la práctica.

Muy pronto comprendí, primero, que era preciso traer a aquellas reuniones a los directores de los núcleos sociales, por lo menos los de la capital. Segundo, que con ellos tendríamos que comenzar una práctica idéntica. Esto es, tendríamos que discutir con ellos, como ellos discutirían con las personas que estuvieran a su cargo en los núcleos, de qué manera se estaba llevando a cabo cada uno de los proyectos de las diferentes divisiones bajo su control directo.

Las reuniones tendían a ir convirtiéndose en serios seminarios de formación personal, a condición de que fuésemos capaces de evitar que se convirtiesen en *seminarios academicistas.* Que fueran *académicos,* en sentido literal.

Vale la pena recordar ahora la emoción y la seguridad con que habló Francisco, el portero más viejo, y la sensación que causaron sus palabras.

No tengo mucho que decir sobre un día de trabajo en el **DR.*** Soy un simple portero que realiza sus tareas, que limpia las salas y las mesas, que compra cigarrillos para los doctores, que sirve el café, lleva documentos de una sala a la otra. Desde que supe que hoy iba a hablar frente a tantas personas, de memoria y leyendo, comencé a preguntarme qué es un día mío, de trabajo y de vida.

Es mucha cosa. Primero porque juntando un día con otro yo lleno el mes, y gano con sudor el sustento mío y de mi familia. Segundo porque sin trabajo no sé vivir. Mi día es un día como el de millares de brasileños como yo, y mejor que el día de otros millares, que no tienen ni el poco que yo tengo.

Estoy contento con mis días. Soy humilde. Pero hay ciertas cosas que no entiendo y que hoy debo decir a todos. Por ejemplo, cuando entro con la bandeja del café a la sala de un director y él está en una reunión con otros doctores, nadie me ve ni me responde los buenos días. Sólo van extendiendo las manos y tomando las tazas, y nunca dicen "muchas gracias", ni siquiera una vez para ser diferentes. Hay veces que uno de ellos me llama y me da dinero para que le compre un paquete de cigarrillos. Ahí yo voy, bajo las escaleras si el elevador demora, cruzo la calle, compro los cigarrillos, vuelvo y se los entrego al doctor. Ahí viene otro y me da unas monedas para que le vaya a buscar una caja de cerillos. ¿Por qué no discutieron antes lo que querían para que yo no tenga que ir más que una vez? ¿Por qué subir y bajar, bajar y subir para ir comprando de a poquito? Hay ocasiones en las que yo voy tres o cuatro veces a hacer compritas por el estilo.

Ahora creo que estas reuniones nos van a ayudar a todos a mejorar las cosas. Yo mismo estoy entendiendo mucho más el trabajo de mucha gente que yo no sabía qué hacía.

Espero que quien nunca me dijo buen día o muchas gracias no se haya enojado conmigo, que soy un humilde portero. Conté estas historias porque son parte de cada día, aquí en el **DR.**

Se sentía el silencio en el movimiento inquieto de las sillas, la sensación de incomodidad que había suscitado el discurso de Francisco en quienes nunca le habían dado un "buenos días" o un "muchas gracias".

* Departamento Regional. Ésta era la forma general que utilizábamos para t eferirnos a la sede de la Organización.

Hoy como ayer, cuestiones de clase social. Hay programas de televisión en que en cierto momento el mesero sirve un cafecito al entrevistado y al entrevistador; jamás vi o escuché a uno de ellos decirle al mesero, mirándolo cortésmente a los ojos: "Muchas gracias." A veces se trata de entrevistados progresistas. Es como si el mesero no fuese una persona, sino un robot programado para servir a los demás.

El elitismo que nos empapa no nos permite percibir la incoherencia entre nuestros discursos libertarios y la indiferencia frente a una persona reducida a la condición de casi cosa. Y que no se diga que éste es un problema menor.

El siguiente paso fue organizar y realizar reuniones con los directores de los núcleos sociales y sus asistentes, con el mismo espíritu y con el mismo objetivo. En el fondo, reuniones de evaluación de la práctica realizada en cada núcleo.

Al estilo de los círculos de padres y maestros, cuyos debates se pautaban por un temario organizado sobre la base del diálogo entre padres y maestros, los directores de los núcleos preparaban los puntos de nuestra reunión en otra reunión entre ellos y los técnicos de su núcleo.

Cada núcleo me enviaba por anticipado sus sugerencias, mismas que, estudiadas por mí y por mi secretaria, Eremita de Freitas, y por los directores de la división en cuestión, eran discutidas el día del encuentro.

Los resultados positivos no tardaron en aparecer. Un mejor conocimiento de los núcleos entre sí, la posibilidad concreta de intercambio entre ellos, la ayuda mutua, una mayor eficiencia en el trabajo de las divisiones, de los núcleos. Mayor apertura al diálogo a la vez que mayor comprensión de las limitaciones de cada uno de nosotros.

Ahora faltaba otro paso tan difícil como importante. Trabajar, con métodos semejantes, en la profundización de una práctica democrática con las cúpulas obreras de los llamados clubes sesianos. Cada núcleo tenía su club, con su directiva elegida en libre competencia.

Los clubes sesianos habían nacido de la feliz idea de un joven periodista, José Dias da Silva, graduado en Derecho cuando llegó al Sesi, en el primer equipo que constituyera el ingeniero Cid Sampaio. Su idea original era tener en el club sesiano un espacio en el que sus asociados tuviesen, democráticamente, un mínimo

de voz. Y esto ibi en contra del "pecado original" del Sesi, que lo conformaba cono una institución asistencialista.

En este sentido, hasta la administración del industrial Holanda Cavalcanti, tan abierta como la de su compañero Sampaio y en la que fui conducida a la superintendencia del Sesi, los clubes sesianos recibían todo de **DR.** Presupuesto para sus fiestas, para la conmemoración del primero de mayo, para torneos deportivos. El **DR,** en la persona de su superintendente, determinaba cuánto recibiría cada sesiano pari esto o aquello.

Mi sueño era .r rompiendo con las estructuras autoritarias tan presentes en nuestra educación, ir superando el asistencialismo de la institución, qLe en alguno de mis informes de la época llamé "santaclausismo" ir democratizando nuestra práctica lo máximo posible.

Yo no estaba rL estoy en contra de la asistencia que brindábamos, pero sí en contri del *asistencialismo,* que anestesia la conciencia política de quien recibe la asistencia. La asistencia es buena, necesaria, y en ciertos momentos absolutamente indispensable.

El asistencialismo, que informa la política de asistencia, es la trampa ideológica utilizada por los poderosos para manipular y dominar a las clases populares.

Para el proyecto de encuentros sistemáticos con las cúpulas de los clubes sesianos, tanto en Recife como en el interior del estado, más de una vez canté con la colaboración competente y dedicada de la asistente social Heloisa Bezerra. Heloisa era una muy bien conceptuada ex rlumna de la Escuela de Servicio Social de Pernambuco, más tarde incorporada a la Universidad de Recife, hoy Federal de Pernambuco. Subrayo ahora indiscutibles deudas mías para con algunas de las maestras y ex alumnas de aquella escuela. Maestras y ex alumnas, que trabajaron en el Sesi o no, como Lourdes Moraes, Dolcres Coelho, Hebe Gonçalves, Maria Hermínia, Evany Mendonça, Lília Collier, Deborah Vasconcelos, Glória Duarte, Maria Amália, entre otras. Heloisa era quien actuaba como secretaria en las reuniones y organizaba en forma fidedigna síntesis de las mismas cuya contenido nos posibilitaba reflexiones teóricas con las que nos preparábamos para otras reuniones.

Heloisa y yo visitamos una por una todas las directivas de los clubes sesianos de la capital, con la idea de preparar el terreno para la primera reunión. En nuestras reuniones yo hablaba de la importancia de una creciente participación de los clubes del Sesi

en los destinos de los núcleos sociales, hablaba sobre la necesidad de información y de formación que tenían las cúpulas para poder ir haciéndose eficientes en el proceso democrático de la participación.

En aquella época ya estaba convencido, y la experiencia me lo venía confirmando, de la importancia fundamental que tenía la educación en el proceso de cambio, vale decir del peso que tiene el conocimiento en ese proceso. Era, pues, preciso juntar, a medida que fuese implementada y con miras a la ampliación de la esfera de decisión de los clubes sesianos, una práctica educativa basada en el estímulo y en el desarrollo de la curiosidad epistemológica. Con todo, era necesario que mantuviéramos los ojos bien abiertos para evitar, rigurosamente, cualquier dicotomía entre el hacer y el pensar, entre la práctica y la teoría, entre saber o aprender técnicas y conocer la razón de ser de la propia técnica, entre educación y política, entre información y formación.

En realidad, toda información trae en sí misma la posibilidad de extenderse hacia la formación, siempre que los contenidos que constituyen la información sean dominados por el *informado* y no sólo *deglutidos o* simplemente *sobrepuestos* a él. En este caso la información no *comunica* sino que vehicula *comunicados,* palabras de orden.

La información es comunicante, o genera comunicación, cuando aquel a quien se le informa algo *aprehende* la sustantividad del contenido que está siendo informado; cuando el que recibe la información va más allá del acto de recibir y, recreando la recepción, la va transformando en producción de conocimiento del *comunicado,* va tornándose también en sujeto del proceso de información, que por eso mismo se transforma en *formación.* Por otra parte, la educación no puede darse en la limitación acrítica y asfixiante de las especialidades. Sólo existe educación en la medida en que vamos más allá de un saber puramente utilitario.

Por eso mismo, no estoy formando, en la plenitud de la comprensión del concepto, educadores y educadoras que, embriagados por el discurso pragmático neoliberal, entienden que hoy la cuestión esencial para la educación es, de modo general, la *información* sin formación; de datos a los que se sumará la preparación estrictamente técnico-profesional. Vale decir, una práctica educativa carente de sueños, de denuncia y de anuncio. Una práctica educativa asexuada, neutra.

Es muy cierto, destaquemos, que por otro lado tampoco vale la práctica educativa que se queda en la denuncia y ea el anuncio, en el alumbramiento frente al sueño, y olvida o minimiza la preparación técnica, la instrumentación para el trabajo.

El camino es la información formadora, es el conocimiento crítico que implica tanto el dominio de la técnica cuanto la reflexión política en torno a quién, en favor de quién y de qué, contra quién y contra qué se encuentran tales o cuales procedimientos técnicos.

Uno de los problemas que a veces enfrentamos cuando hacemos un poco de memoria es tratar la práctica de ayer con matices, por lo menos del discurso de cuando escribimos. No escaparía a esto. De cualquier manera, sin embargo, aun cuando al escribir hoy sobre el ayer me reconozca cayendo en esta tentación, también reconozco mi fidelidad a la práctica de ese ayer. Ahora no sólo estoy hablando de lo que hice, sino también de lo que me movía a hacerlo. De los conocimientos que se habían generado y se estaban generando en la práctica realmente rica, sobre la cual, pensando, yo iba creciendo en las intuiciones que me llegaban. Intuiciones que siempre he respetado, que nunca rechacé como *cosas impuras,* pero que jamás seguí como *verdades definitivas.* Siempre sometí mis intuiciones a análisis críticos, a pruebas, a evaluaciones; indagué incesantemente sobre la razón de ser de las propias intuiciones. Sobre qué las habría originado.

Mi curiosidad epistemológica estuvo constantemente pronta para actuar.

Regresemos a la discusión del trabajo con las cúpulas de los clubes sesianos.

Una vez aceptada la propuesta de trabajo por todas las directivas de los clubes de la ciudad de Recife, escribí a cada una su carta informando a los directores de las divisiones y a los directores de los núcleos sociales, e invitándolos a una reunión en nuestra casa, a las ocho de la noche de un viernes. La superintendencia ofrecía transporte para facilitar la realización del encuentro.

En la carta invitación se proponía un pequeño temario con cinco puntos fundamentales:

a] Apertura de la sesión, con una ligera exposición del superintendente sobre el espíritu del proyecto, que ya había sido expuesto en las reuniones preliminares con cada directiva.

b] Exposición del superintendente sobre los objetivos de la nueva administración del Sesi, al frente del cual se encontraba el em-

presario Sebastião de Holanda Cavalcanti.

c] Exposición del director administrativo del Sesi sobre la situación actual de la institución, en cuanto a la recaudación, los ;actos de personal y material. Los déficit del Sesi y las ayudas recibidas por el Departamento Nacional.

d] Posición de las directivas sesianas en cuanto a si aceFtaban continuar con el proyecto o no. En caso positivo, sugerencias para el funcionamiento y las reuniones, los plazos para su realización, etcétera.

e] Clausura, con jugos de frutas y sándwiches.

Al escribir ahora sobre lo sucedido me vienen a la memoria los sentimientos que viví aquella noche. Y éstos regresan de tal manera intensos y reales que me hacen casi experimentarlos otra vez. Eso es lo que se da con la alegría de haber visto realizada la expectativa, de haber escuchado el discurso esperado, de haber visto rnis intenciones puestas en tela de juicio. El ambiente crítico de la reunión, aunque permeado por momentos ingenuos, la constituyó como una de las tantas que me han marcado a lo largo de mi vida. Una centena de otras con aquellas mismas cúpulas que, en el proceso del que participábamos juntos, crecían en saber del mundo y en visión política.

Todos los líderes obreros, directores de clubes sesianos, se inscribieron para hablar. El primero de ellos, franco y articulad), dijo que comenzaría con una constatación y con una inquietud. La constatación de que por primera vez una administración del Sesi se aventuraba en un juego democrático en relación con los :lubes sesianos, discutiendo presupuestos, déficit, con los documentos en la mano. Le surgía una inquietud, que lo llevaba a preguntarse qué habría detrás de la propuesta. En otras palabras, ¿qué pretende realmente esta administración al ofrecernos este espacio? "Cuando la limosna es grande hasta el santo desconfía", dice el pueblo.

Sólo la práctica nos dará la respuesta a mi inquietud. Mi voto es por la continuidad de las reuniones, por la aceptación del proyecto.

Un segundo elogio a la decisión de la administración de escuchar seriamente a las bases, de hablar y discutir con ellas. Se declaró a favor del proyecto, proponiendo que las reuniones entre la superintendencia y las directivas de los clubes sesianos se realizasen mensualmente en cada núcleo social, que se escogería en la parte final de cada sesión.

Después de las dos intervenciones, los demás apoyaron unánimemente, primero el proyecto, que se consideró aprobado, y segundo, que las reuniones fuesen mensuales, en cada núcleo, y que se realizasen los domingos, entre las ocho de la mañana y la una de la tarde.

También concordamos en que el proceso de realizar las reuniones, de vivirlas, nos iría enseñando a perfeccionarlas. De esta manera, lo mejor sería que éstas no tuviesen una forma perfilada definitiva. Del mismo modo que con las formas, cómo se prepararían para ellas las directivas sesianas y el equipo de la superintendencia. La única cosa definida y establecida era el derecho asegurado al *habla,* a la *voz,* el *derecho a la crítica,* resguardando también el derecho de cada uno al respeto de todos los demás.

La primera reunión se clausuró con una satisfacción generalizada.

Quince días después estábamos todos a las ocho de la noche en el Núcleo Presidente Dutra, en el Vasco da Gama, en Casa Amarela.

A partir de la reunión de Vasco da Gama comencé a experimentar con más frecuencia mi coherencia, mi tolerancia, mi paciencia ¡mpaciente,* cualidades indispensables de un educador o una educadora progresista. También a partir de aquella mañana comencé a sumar a mi experiencia política un saber político de naturaleza crítica, saber que se ha venido produciendo en la defensa de las propuestas, en la crítica de los errores, en el respeto a las tesis que, durante los debates, vencían a las proposiciones de la superintendencia.

Una de las tesis que comencé a defender en aquella reunión, con miras a una posición democrática más amplia, más profunda, que sería asumida por los clubes sesiaios, era la superación de la gratuidad de la asistencia prestada por el Sesi, médica, dental, deportiva, recreativa, escolar, jurídica. Yo sabía que encontraríamos oposición entre las cúpulas obreras, pero también entre las patronales. Proponía que comisiones mixtas, formadas por representantes de los clubes sesianos, de las directivas de los núcleos y de las divisiones, estableciesen el costo de las diferentes asistencias ofrecidas, con excepción de la escolar. Por ejemplo, el valor de una entrada al cine, el de una receta médica, el de una radiografía de tórax, el de un examen de orina, el de una obturación, el de

* Paulo Freire, *Cartas a quien pretende enseñar,* México, Siglo XXI, en piensa.

una extracción, etcétera. Costos módicos, por debajo de los que se cobraban normalmente. Precios de las entradas a los bailes, a los espectáculos, etcétera.

La propuesta pretendía que el cincuenta por ciento de lo recaudado por el cobro de la asistencia médica, dental, jurídica, quedase en los clubes, y el otro cincuenta por ciento fuese para el DR para su reinversión en más asistencia. La totalidad de lo que se recaudase en esas fiestas, en los bailes, en los espectáculos, pertenecería a los clubes sesianos. Por otro lado, el DR dejaría definitivamente de programar y asumir obligaciones relativas a las fiestas de los clubes. Los clubes asumirían la responsabilidad de *su vida.* Alcanzarían la mayoría de edad, en cuyo caso podrían, por ejemplo, pedir un préstamo al Departamento Regional.

Asimismo competería a las cúpulas de los clubes y a sus asambleas generales determinar si podrían o no brindar tal o cual tipo de asistencia a sus asociados -asistencia al desempleado, por ejemplo- y qué tipo de asistencia y por cuánto tiempo.

La reunión de Vasco da Gama fue el punto de partida para la discusión que se fue ahondando y se extendió a muchas otras sobre el polémico terna: cobrar o no la asistencia brindada por el Sesi, autonomía o dependencia de los clubes sesianos.

En la primera discusión, un líder de uno de los sesianos dijo que yo estaba al servicio del capital y en contra del trabajo. Que lo que yo proponía representaba no sólo un paso atrás sino muchos en contra de los intereses de los obreros. Irónicamente, pocos días después de la reunión de Vasco da Gama fue a verme un joven industrial miembro del Consejo del Sesi que me dijo, sir medias palabras, que mi política era antipatronal. Que la política correcta, desde el punto de vista empresarial, debía no sólo reforzar la asistencia gratuita sino insistir en proclamar la gratuidad como expresión de la magnanimidad de los patrones.

Atacado por los dos flancos, yo me veía forzado a aprender a argumentar y a continuar defendiendo mis posiciones.

Antes de lo que yo podría haber esperado, las reuniones sesianas se transformaron en disciplinados seminarios, momentos de serio estudio, en los que nadie se apoderaba de un saber pensando imponérselo a los demás. Fue en aquellas reuniones donde aprendí también a responder a las críticas que se me dirigían, y debía hacerlo en el mismo tono de voz y con la misma vehemencia. No tenía por qué ser ameno si me trataban con aspereza, ni grosero si me trataban con cortesía. De lo que estaba bastante seguro era de no tener derecho a mentir, a ser incoherente, a tener miedo de concordar con el oponente si éste me convencía de su acierto. También estaba seguro de que una vez vencido por el voto de la mayoría no podría utilizar mi poder de superintendente para derrotar aquel voto.

Mi propuesta en el sentido de la mayor autonomía de los clubes fue derrotada por unanimidad, pero en el voto que la derrotaba se estableció para cualquier club sesiano la posibilidad de adoptarla individualmente, una vez estudiada la propuesta en sus asambleas y aprobada por éstas.

Cabe decir que la derrota de la propuesta por unanimidad en aquel día no significaba su definitiva imposibilidad. Podría renacer en uno de los clubes y, después de experimentada en la práctica, regresar a la asamblea de los clubes con la fuerza de la experiencia.

Al final de la sesión las cúpulas eligieron el próximo núcleo donde se llevaría a cabo la reunión y la temática que sería debatida.

También se combinó que las directivas de los sesianos deberían reunir a sus compañeros en cada núcleo, darles información sobre lo que se había discutido y debatir el temario de la próxima reunión.

Otro deber de las directivas era convocar asambleas generales, a las que rendirían cuentas de su trabajo.

Raramente hubo un encuentro de los clubes del que no resultase una mejoría en uno u otro aspecto del proceso.

Por ejemplo, aumentó el número de los asesores por el reconocimiento de la necesidad de asesoría, no sólo en cuanto a Heloisa y a mí, por el lado de la superintendencia, sino también entre las directivas de los operarios. Y los asesores participaban en los debates, con derecho a voz y voto.

Una vez terminada la reunión recibí, a la antigua, oficios de casi todos los clubes sesianos solicitando la programación de las fiestas para el próximo periodo y la aprobación de los presupuestos ya solicitados para uno u otro evento. Despaché favorablemente todos los pedidos de presupuesto, pero manifesté mi desacuerdo. Destacar el desacuerdo era un acto político-pedagógico al que jamás podría faltar. Haber negado el dinero a los clubes para castigarlos por el rechazo generalizado a mi propuesta habría sido mucho más que un simple error, habría sido una ignominia.

A partir de la segunda reunión, luego de la primera en nuestra casa, Heloisa, representando a la superintendencia, se encontró

con las directivas de los sesianos, de núcleos y subnúcleos del interior del estado, con quienes discutió el proyecto, ya en marcha en Recife. Nuestro propósito, apoyado por la asamblea de los clubes de Recife, era incorporar a ésta a los sesianos del interior del estado.

Dos reuniones fueron suficientes para juntar aquellas directivas y discutir el programa de trabajo con ellas. Una en Caruara, en la que estuvieron presentes las directivas del *agreste;* y otra en Ribeirão, a la que comparecieron las directivas de la zona de Mata.

La aceptación general trajo así hasta Recife la voz, la crítica, la inquietud, las sugerencias del interior del estado.

Uno de los opositores más fuertes a la idea de cobrar la asistencia, y que había ejercido fuerte liderazgo durante los debates, mantenía una excelente relación con la superintendencia. Se llamaba Severino, y era obrero del sector textil y presidente del Club Sesiano del Núcleo Presidente Dutra, en el Vasco da Gama, en Casa Amarela. Nuestra camaradería había nacido en los primeras debates, en los círculos de padres y maestros que él siempre prestigiara, y no había disminuido por su posición absolutamente contraria a la mía.

Entre los líderes había otro, tan serio como Severino, con menor poder de liderazgo, que desde los primeros momentos de las discusiones sobre el cobro de la asistencia comenzó a revelar fuerte simpatía por el programa. El fue quien propuso el artículo según el cual las asambleas generales podrían decidir individualmente sobre la aplicación de la propuesta de cobro.

En una de las reuniones de los clubes, la sexta o la séptima, él comunicó que su asamblea general había aprobado el cobro de las diferentes asistencias y que su club estaba trabajando armónicamente con la dirección del núcleo para fijar los costos de los diferentes servicios.

Siempre se inscribía para hablar al comienzo de cada reunión, haciendo una minuciosa relación del curso de sus trabajos. Con tres meses de actividades, el club ya tenía una buena cantidad en su cuenta de banco, ya había dejado de pedir al DR recursos para sus fiestas y ya pensaba en discutir las posibilidades de asistencia a sus asociados. Esos resultados comenzaron a minar la resistencia de Severino que, seriamente enfermo, invitó a sus compañeros para una conversación en la que les manifestó su posición radicalmente modificada. "Si aún tuviese fuerzas, yo mismo reafriría la

cuestión del cobro en la próxima reunión y lucharía para implantarlo."

Severino falleció sin poder hablar con sus colegas en la reunión, pero la cuestión del cobro de las asistencias fue reabierta y su tesis finalmente salió victoriosa.

Un año y medio después, todos los sesianos manejaban ya sus recursos, aumentaban su asistencia, *financiaban* la comida a los participantes de sus asambleas, la reunión entre ellos y la superintendencia. Los clubes del interior del estado asumían los gastos de los pasajes y una noche en Recife de sus representantes; todos ellos mejoraban la relación con sus asambleas generales, a las que rendían cuentas de la recaudación y de los gastos.

Hubo clubes que crearon modalidades de asistencia a los desempleados. Suministraban, como préstamos sin intereses, ocho salarios, cuyo total en dinero sería devuelto poco a poco a partir del momento en el que el socio volviese a trabajar.

Obviamente, también hubo resistencias por parte de los funcionarios del Sesi a la presencia crítica de los clubes sesianos que necesariamente ganaban espacio y aumentaban su posibilidad de voz. Para algunos profesionales, aunque no para la mayoría, los asociados del Sesi no podrían ser más que meros *asistidos,* a quienes ellos hacían un cierto favor. Por eso era que cada vez se sentían menos respetados frente a la presencia actuante, ya no dócil y sumisa, de la clientela. Presencia vigilante del horario de los médicos, de los dentistas, de las maestras, etcétera.

Una vez más, en la resistencia de estos profesionales, estaba presente la fuerza de la ideología dominante, autoritaria, antidemocrática, racista, elitista. No fueron pocas las veces en las que esas voces retrógradas llegaron al despacho del presidente Holanda Cavalcanti por puertas y ventanas, pero en todas las ocasiones él se negó a escucharlas.

Al volver hoy la mirada a los tiempos idos me pregunto si las experiencias vividas y los saberes producidos tuvieron sentido para todos los que participaron en ellas. En lo que a mí se refiere, indudablemente lo han tenido. Fueron como una anticipación de las cosas que haría mucho tiempo después, y a la vez un tiempo de aprendizaje indispensable para las prácticas en las que hoy participo.

Trabajando en el Sesi con profesionales tan diferentes de niveles también diferentes, y con obreros, a quienes desafié a ir asuniirzido

cada vez más actitudes de sujetos, a ir aprendiendo democracia, practicándola, acabé haciendo una serie de aprendizajes indispensables para quien se inserta en el proceso de cambio de la realidad.

Aprendizaje, por ejemplo, de la importancia incalculable de la *información* y de la *formación,* vale decir, de la información que, durante el proceso de aprendizaje, se va transformando en formación.

Cosas que ya hacía, ya sea habiendo pensado antes sobre ellas o pensando sobre ellas luego de haberlas hecho, y que posiblemente me tocaron más de lo que tocaron a otros. Por ejemplo, me acuerdo de la vez que el director administrativo llegó hasta mi despacho para comunicarme una de las decisiones que había tomado. La de regularizar el uso de una gorra de visera para todos los porteros del Sesi de Pernambuco. Ya tenía la orden de compra firmada.

Verá usted, mi estimado Travassos -dije yo- si yo estuviera en su caso preferiría reunir a todos los porteros y preguntarles, con una gorra de visera de prueba, qué opinan ellos de la medida. Si quieren usarla o no. Es que la gorra altera la cara de la persona, y nosotros no tenemos derecho a cambiar la cara de nadie sin su autorización. Si se tratara del uso de un casco por causa de condiciones de trabajo peligrosas, entonces, bueno, entonces el casco formaría parte de la indumentaria para proteger al trabajador de los accidentes. Por lo tanto no habría que preguntarles, porque se impondría la explicación.

El director concordó conmigo. Realizó la reunión la semana siguiente. La idea de la gorra de visera fue desechada. Es posible que, ya pasados tantos años, la historia de la gorra de visera haya desaparecido de la memoria de alguno de sus protagonistas, aún vivo, pero *no marcado* en absoluto por lo ocurrido. De mi memoria jamás desapareció, y con alegría oí hablar de ella en este año de 1993, cuando el profesor Paulo Rosas, viejo amigo y compañero de la lucha en Recife, me preguntó si me acordaba del caso.

En mi vida, el caso de la gorra de visera se tornó ejemplar. Cuántas "gorras de visera" nos son impuestas sin que nadie nos haya consultado. Y alegando que es en nombre de nuestro interés y de nuestro bienestar.

Con la tecnología que hoy poseemos, me paso pensando en lo que podríamos haber hecho con el fax, con la video y con las computadoras en la profundización del conocimiento mutuo de los clubes y de los núcleos sociales, en el ritmo de rapidez increíble

con que se distribuirían las informaciones, en la posibilidad de investigación, en el esfuerzo educativo.

Creo importante terminar esta carta repitiendo la afirmación que siempre hago: "La práctica necesita a la teoría, la teoría necesita a la práctica, así como el pez necesita el agua descontaminada."

La práctica aislada, que no se entrega a la reflexión crítica iluminadora, capaz de revelar la teoría embutida en ella, indiscutiblemente no ayuda al sujeto a mejorarla, reflexionando sobre ella. Aun sin someterse a un análisis crítico y riguroso, que le permitiría ir más allá del "sentido común", la práctica le ofrece, no obstante, cierto saber operativo. Pero tampoco le da la razón de ser más profunda de su propio saber.

Buscando la razón de ser del saber que la práctica me daba fue como procedí a lo largo de los años y me experimenté en el Sesi. Por eso es que siempre sometía la práctica en la que participaba, así como la de los demás, a una indagación que no se satisfacía con las primeras respuestas. A un cuestionamiento severo, metódicamente riguroso. A ello se debe que, de las muchas lecturas que hice en aquella época, a muchas fui empujado por la práctica.

Eran lecturas necesarias a las que llegaba con el ansia de comprender mejor lo que estaba haciendo. Lecturas que ora confirmaban el acierto de lo que estaba haciendo, ora me ayudaban a corregirlo. Lecturas que luego me llevaban a otras lecturas. En los campos de las ciencias sociales, de la lingüística, de la filosofía, de la teoría del conocimiento, de la pedagogía, en el campo de la historia, en el de la historia de Brasil, en el del análisis de nuestra formación.

Lecturas de textos que me ofrecían bases para, por un lado, continuar la lectura del contexto, y por el otro intervenir en él.

En mi paso por el Sesi aprendí para siempre cómo trabajar con la tensa relación entre la teoría y la práctica.

DUODECIMA CARTA

> En este sentido, un progresista que actúa y piensa dialécticamente es el blanco de los ataques, por un lado, de quien creyéndose progresista también se sumerge en el racionalismo autoritario, especie de "pecado original" de los mecanicistas, y por el otro de los no menos autoritarios de la derecha.

Siento que no puedo pasar a la segunda parte de estas cartas, en las que examinaré cierto número de problemas o de temas político-pedagógicos, sin considerar todavía algunos momentos de capital importancia que viví en Recife y a partir de Recife, antes del gran desafío del exilio, del que ya he hablado en trabajos anteriores.

El momento del Movimiento de Cultura Popular, MCP, el del Servicio de Extensión Cultural, SEC, de la Universidad Federal de Pernambuco, el de la experiencia de la alfabetización de adultos en Angicos, en Río Grande do Norte.

Desde luego, deseo dejar claro que mi intención de hoy no es hacer una historia de esos momentos. Diciendo algo sobre ellos y sobre mi presencia en ellos estaré, espero, ofreciendo contribuciones para su historia.

También debo decir que mi práctica intensa y extensa en el Sesi, sobre la que ya he ahondado, me permitió un cierto conocimiento que vendría a ser de vital importancia para el desarrollo de mi actuación en el MCP, en el SEC y en la formulación pedagógica de la que la comprensión y la práctica de la alfabetización de los adultos eran una dimensión indiscutible.

El Movimiento de Cultura Popular[30] nació de la voluntad política de Miguel Arraes, en aquel entonces recién elegido alcalde de la ciudad de Recife, a la que se unió la voluntad, igualmente política, de un grupo de líderes obreros, de artistas y de otros intelectuales. Formé parte de ese grupo, al que él invitó para una conversación en su despacho en la que nos habló sobre su sueño. El sueño de hacer posible la existencia de un órgano o un servicio de naturaleza pedagógica, impulsado por el gusto democrático de trabajar *con*

las clases populares, y no *sobre* ellas; de trabajar *con* ellas y *para* ellas.

Nos adelantó que la alcaldía carecía de presupuesto para pagar salarios, pero que tendría la posibilidad de ofrecer algún tipo de ayuda a la organización que llegara a crearse.

Al joven profesor Germano Coelho le tocó presentar en la siguiente reunión, quince días después, un proyecto para la creación de la institución.

Germano había llegado recientemente de París, a donde fuera para realizar estudios de posgrado en la Sorbona. Allí fue donde conoció a Joffre Dumazidier, renombrado sociólogo francés, presidente del entonces movimiento Peuple et Culture, cuyos trabajos lo habían impresionado. Bajo la influencia de Peuple et Culture se constituyó el MCP, aunque siempre manteniendo su perfil radicalmente nordestino y brasileño.

En líneas generales, la propuesta de Germano Coelho, aceptada con alguna que otra observación, se orientaba en el sentido de lanzar la idea de la formación de un movimiento, y no de un instituto o una organización de educación o de cultura popular. La idea de un movimiento sugería más la de un *proceso,* la de *llegar a ser,* la de *cambio,* la de *movilidad.*

Los y las que llegásemos a participar en él seríamos considerados *socios,* compañeros de una misma aventura, de una misma misión, y no simples técnicos o especialistas en esto o aquello.

Aunque el MCP nunca había impuesto a nadie para que formase parte de él, había un cierto *sine qua non* para quien pretendiese continuar siendo socio: soñar con la transformación de la sociedad brasileña y luchar por ese sueño. No era posible permanecer en el MCP sin apostar a la utopía. No a la utopía que se entiende como algo imposible de realizar, sino a la utopía como un sueño posible. Y esto no porque el MCP expulsase a quien no le apostase a la utopía. Más bien el que no participaba en la apuesta no se sentía a gusto en la atmósfera del movimiento. Por otro lado, la propia manera de actuar, a través de proyectos y no de departamentos, hablaba del espíritu no burocrático, pero ordenado y disciplinado, nada espontaneísta ni permisivo del MCP. Así, había tantos proyectos como fuésemos capaces de planear y ejecutar. De ahí que la existencia del proyecto dependiese de su aprobación por parte del consejo, compuesto por socios fundadores al frente de la coordinación de algún proyecto.

También formaba parte de la naturaleza del movimiento cierta comprensión crítica del papel de la cultura en el proceso de la formación política, así como en el de la lucha por los necesarios cambios que precisaba y continúa precisando la sociedad brasileña. De la cultura en general, y en particular de la cultura popular, así como de la educación progresista de los niños, de los jóvenes y de los adultos.

La visión dialéctica del papel de la cultura como superestructura en el proceso histórico situaba al movimiento, o tal vez más exactamente a algunos de nosotros, en una visión antimecanicista, antideterminista, pero no *idealista.*

En la concepción mecanicista de la Historia, en la que el *futuro,* desproblematizado, es algo conocido con anticipación, el papel de la educación es transferir paquetes de conocimientos previamente considerados útiles para la llegada del *futuro* ya *conocido.*

En la concepción dialéctica, y por eso mismo no mecanicista, de la historia, el *futuro* hace eclosión a partir la transformación del *presente* como algo *dado dándose.* De ahí viene el *carácter problemático y no inexorable* del *futuro.** El futuro no es lo que tiene que ser, sino lo que hagamos con y del presente.

La comprensión mecanicista de la Historia genera la concepción mecanicista de la educación y de la cultura, de la que el autoritarismo es connotación fundamental. Necesariamente, cualquier función importante de la conciencia o de la subjetividad se encuentra ausente de esta comprensión de la Historia.

El poder que el subjetivismo ha atribuido erróneamente a la conciencia acaba generando su contrario, tan equivocado como él: la anulación de la subjetividad que hace el mecanicismo determinista.

En este sentido, un progresista que actúa y piensa dialécticamente es el blanco de los ataques, por un lado, de quien creyéndose progresista también se sumerge en el racionalismo autoritario, especie de "pecado original" de los mecanicistas, y por el otro de los no menos autoritarios de la derecha.

En la medida en que la comprensión dialéctica de la Historia como *posibilidad,* superando el determinismo mecanicista, supera

* Véase Erica Sherover Marcuse, *Emancipation and consciousness. Dogmatic and dialectical perspectives in the early Marx,* Nueva York, Basil Blackwell, 1986; y Paulo Freire, *Pedagogía de la esperanza...,* *op. cit.*

también la noción de un futuro inexorable, de lo que resulta su problematización, plantea a mujeres y hombres la cuestión de la *responsabilidad* en la historia. La cuestión de la decisión, de la opción, de la valoración, de la ética, de la estética. Evidentemente, la cuestión de la opción, de la decisión, implica una realidad concreta, histórico-cultural, a la que llegan las generaciones. A partir de esa realidad concreta mujeres y hombres sueñan, escogen, valoran y luchan por sus sueños. Y lo hacen no sólo como objetos, sino como sujetos de la historia. Pero es también en esa realidad donde las grandes mayorías populares son explotadas y silenciadas por las minorías dominantes. Para referirnos únicamente a nosotros, la cuestión central que se plantea es saber hasta qué punto los treinta y dos millones -para no hablar más que de ellos- de hambrientos nacionales aguantarán callados y pacientes -lo que por cierto ya ha dejado de ocurrir, con las manifestaciones, que tienden a crecer, de la "guerra de clases" que experimentamos- la situación que se les viene imponiendo como si fuese *destino* o *sino.*

Con poquísimas excepciones, la clase dominante brasileña aún no se percata del hambre de una parte tan significativa de nuestra población como una *afilada y angulosa pornografía.* Éste sí es un *feo nombre,* y no las que así son llamadas. En su mayoría, las clases dominantes brasileñas ni siquiera tienen la simple sensibilidad que les haga percibir, por lo menos, el peligro al que se exponen y exponen a la nación, ya que como personas no se sienten ofendidas con la miseria de tantos hermanos y hermanas.

Lo que viene haciendo Betinho, *asisten 4a* y no *asistencialismo,* de tal manera que la *asistencia* pueda convertirse en un estímulo o en un desafío capaz de transformar al "asistido" de hoy en el *sujeto* que, tomando mañana a la historia en sus manos, la rehaga plena de justicia, de decencia y de belleza, es un acto de sabiduría y de esperanza. Betinho no es un sul_ jetivista ni tampoco un mecanicista. Sabe que podemos transformar el mundo, pero sabe también que sin la práctica de esa transformación no haremos la *intervención* en éste. La transformación es un proceso del que somos sujetos y objetos, y no algo que se dará inexorablemente.

Mientras que en la comprensión mecanicista y autoritaria, en la que el futuro, desproblematizado, será lo que tenga que ser, lo que ya se sabe que será, la educación se reduce a una transferencia de *recetas,* de *paquetes de contenidos;* en la dialéctica, en la historia como *posibilidad,* para empezar no hay un *futuro único,* sino dife-

rentes hipótesis de futuro. Los hombres y las mujeres son seres *programados, condicionados,* pero no *determinados.* Y porque además de serlo se saben *condicionados,* pueden intervenir en el propio condicionamiento. No habría manera de hablar de liberación si ésta fuese un dato prestablecido. Sólo hay liberación porque, en lugar de ésta, puede prevalecer la dominación. Es por eso por lo que en una perspectiva dialéctica, y por eso mismo no determinista, la educación debe ser cada vez más una experiencia de decisión, de ruptura, de pensar correctamente, de conocimiento crítico. Una experiencia esperanzada y no desesperanzada, ya que el futuro no es un *dato dado,* un *sino,* un *destino.* Por ello también la educación demanda de sus sujetos un alto sentido de la responsabilidad. Al fin y al cabo, no existe el ensayo histórico sin responsabilidad. Vale decir, el cumplimiento de los deberes y de la lucha por la conquista de derechos forma parte de la naturaleza de la experiencia histórica. La educación popular y democrática, tal como hoy la vemos y ayer la anunciamos, rechazando dicotomías distorsionantes, persigue la comprensión de los hechos y de la realidad en la complejidad de sus relaciones.

La formación hacia la que apunta una educación así, crítica, implica necesariamente la información.

En ella no nos interesa sólo la información, ni sólo la formación, sino la relación entre ambas, a fin de alcanzar el momento crítico en que la información se va transformando en formación. Es en ese momento en el que el supuesto paciente se va asumiendo como su sujeto, en relación con el sujeto informante.

Por otro lado, en un proceso comprometido con un *futuro* democrático, la formación no puede reducirse a sí misma. En primer lugar porque la tecnología y la ciencia no pueden escapar de las implicaciones políticas e ideológicas con que son producidas y, en segundo lugar, con que son puestas en práctica. Aún más, ciencia y tecnología no son quehaceres "asexuados" o neutros.

Hoy corno ayer, la formación técnico-científica no podía ni puede reducirse al *entrenamiento* puramente mecánico de técnicas o a la memorización no menos mecánica de principios científicos.

La formación técnico-científica abarca por un lado la capacitación técnica, y por el otro la aprehensión de la razón de ser de la propia técnica. Más aún, la formación técnico-científica no puede prescindir, so pena de multilarse y mutilarnos, de la incesante búsqueda de la creación de un *saber pensar,* de un *pensar acertadamente,* de un *pensar crítico.* Pensares y saberes que, no contentándose con la "fonología" y la "morfología" de la técnica o de la ciencia, se extienden hacia su "sintaxis".

Un tornero será tanto mejor tornero cuanto más competentemente conozca cómo operar su torno y más lúcidamente sepa moverse en el mundo. En otras palabras, dentro de una perspectiva democrática, el tornero será mejor obrero cuando, formado como tal, asuma también su condición de *ciudadano.*

La ciudadanía es una invención social que exige un saber político que se gesta en la práctica de luchar por ella, a la que se suma la práctica de reflexionar sobre ella. La lucha por el ejercicio de la ciudadanía genera un saber indispensable para su *invención,* del que algunas o muchas de sus fundamentaciones pueden y deben ser objeto de la curiosidad epistemológica de quien se capacita para ser tornero.

Lo que quiero decir es lo siguiente: la formación *plena* del tornero no puede ser exclusivamente *técnica* ni exclusivamente *política.* Un tornero no será tornero si no sabe operar su torno; del mismo modo, el tornero eficiente no llega a hacerse *ciudadano* si no se entrega a la lucha por la ciudadanía, que incluye conocimientos críticos de nuestra presencia en el mundo de la producción y de la creación en general. Que abarca una sabiduría política.

Ayer fue la derecha la que, oponiéndose duramente a la práctica educativa progresista, nos acusaba de subversivos e irresponsables porque proponíamos una educación comprometida con la transformación del mundo, con miras a la superación de las injusticias sociales.

Hoy, la resistencia a la pedagogía progresista se manifiesta principalmente a través del discurso neoliberal que habla de una nueva historia, sin clases, sin lucha, sin ideologías, sin izquierda y sin derecha. Y muchos de los que ayer se alineaban en las filas de la *izquierda* aúnan hoy a aquel discurso el suyo propio, en el que hablan y afirman, estupefactos frente a la caída del muro de Berlín, que en los nuevos tiempos nuestra lucha es por la democracia. Si las cosas llegan a cambiar, entonces veremos qué hacemos por el socialismo. Entonces no tenemos que hablar de sueños, de utopías, sino entregarnos pragmáticamente a la capacitación técnico-profesional de las clases populares. Formación para la *producción.*

Cuando, progresistas ayer y pragmáticos hoy, dicen que ahora nuestra lucha es por la *democracia,* continúan contraponiendo .50-

ciclismo y democracia, reproduciendo, por lo tanto, el antiguo error. Error según el cual la democracia es posesión exclusiva de la burguesía.* Revelan una comprensión profundamente mecanicista de la democracia, tan mecanicista que en ella no hay necesidad de indagar sobre el mundo de los valores, sobre las opciones, sobre la libertad, sobre el ser o el no ser.

No sólo rechazo ese discurso sino que afirmo que tendrá muy corta vida. Es posible que no resista una década.

Afirmar que el nuevo tiempo es de democracia significa concebir ésta como un juego táctico. En realidad no soy demócrata hoy sólo porque el socialismo no tiene actualmente oportunidad histórica. Siendo radical y sustantivamente demócrata, soy socialista. No es posible contraponer la una al otro. Éste fue uno de los trágicos errores del llamado socialismo realista.

Por otro lado, "programados para aprender", y por lo tanto para enseñar y en consecuencia para conocer, mujeres y hombres se harán más auténticos cuanto más desarrollen la *curiosidad* que he venido llamando *epistemológica.* En cuanto que somos *ep¿stemológicamente curiosos* es como conocemos, en el sentido de que producimos el conocimiento y no sólo lo *almacenamos mecánicamente* en la memoria.

El ejercicio de tal curiosidad no se realiza en la dicotomía de lo indicotomizable, sino en la comprensión dialéctica de la realidad. En la formación de un tornero no puedo separar, a no ser didácticamente, el saber técnico que éste precisa para ser un buen tornero del saber político, el que trata de nuestra posición en la *polis,* el que discute la cuestión del poder y aclara las relaciones contradictorias entre las clases sociales en la ciudad.

Sueño con el tiempo y la sociedad en que, más coherente con mi naturaleza de ser programado para aprender -epistemológicamente curioso-, no me satisfaga, por ejemplo siendo carpintero, con saber cómo utilizar técnicamente el serrucho; con saber, casi adivinando ayudado por el tacto, la mayor o menor docilidad de la madera con la que hago una puerta, una ventana o una mesa estilizada. Es que, siendo coherente con mi naturaleza, que se constituye social e históricamente, debo ir más allá de las indagaciones fundamentales sobre lo que hago y sobre cómo hago lo que

* Véase Francisco Weffort, *Por que democracia?,* São Paulo, Brasiliense, 1986.

hago, y desafiarme con otras preguntas indispensables: a quién sirvo haciendo lo que hago, contra qué y contra quién, a favor de qué y de quién hago lo que hago.

Éstos eran algunos de los problemas cuyos secretos íbamos conociendo, alguno más que otro, en los diferentes proyectos del MCP. Problemas filosóficos, epistemológicos, estéticos, ideológicos, políticos, metodológicos y pedagógicos. Y es que nuestra opción como militantes progresistas era por la promoción de las clases populares, lo que no se consigue a no ser por la transformación política y económico-social de la sociedad.

Si las clases que dirigen este país continúan huyendo de Lula como el diablo de la cruz; si uno de sus máximos exponentes anunció, en las últimas elecciones presidenciales, el éxodo de los industriales en caso de que Lula triunfase en las elecciones; si se decía con absoluta convicción que la elección de Lula significaría el cierre de todas las escuelas particulares de Brasil; si se anunciaba el fin de la propiedad privada con Lula al frente del ejecutivo; ¡magínense cómo reaccionarían esas mismas clases, en los años sesenta, frente a la política popular del MCP, asociada además con Miguel Arraes, una especie de demonio disfrazado de persona.

Se llegó a decir que luego del golpe de 1964 habían encontrado una cantidad enorme de uniformes de guerrilleros, y también de armas, para la lucha armada que preparábamos en la sede del movimiento. Cuando me fue informalmente planteada esta cuestión en uno de los cuarteles en los que estuve preso, no pude menos que, con un poco de humor, reírme de mí mismo, del profesor Paulo Rosas, del profesor Germano Coelho, de la profesora Anita Paes Barreto, del escultor Abelardo da Hora, de todos nosotros, imaginándonos con uniforme y gorra de comandante, entrenando a los jóvenes guerrilleros. Incluso personas de nuestro círculo de amistades, consideradas serias y saludables, confirmaron esta alucinación, más que falsedad. Y lo hicieron como buenos *alucinados,* absolutamente seguros de la existencia del objeto de su alucinación, de su fantasía, de su insensatez.

Amigos míos, que casi adolescentes trabajaran conmigo en uno de los proyectos que coordiné, me dijeron en París, en el tiempo de mi exilio, que después del golpe de 1964 habían participado en una reunión en Recife en la que cierto intelectual, visto como muy sensato, lleno de rabia afirmó la veracidad de este desvarío. Y con aires de justiciero afirmaba que deberíamos pagar por nuestra

insensatez de un modo u otro: en el exilio, en la cárcel, separados de nuestras actividades académicas...

¡Cómo nos llevan a distorsionar la verdad de los hechos, nos ciegan y nos hacen irracionales las pasiones políticas al servicio de los intereses de clase!

Las únicas armas de las que realmente disponíamos en el MCP eran nuestra certeza de las profundas injusticias de la sociedad brasileña, el empeño con el que nos entregábamos a la lucha democrática en defensa de los derechos humanos, y nuestra confianza en una educación progresista que, no siendo concebida como palanca de las transformaciones sociales, tampoco era entendida como el simple reflejo de éstas. Nuestra comprensión del papel de la cultura en general, y en particular de la cultura popular, en aquellas transformaciones, fue lo que nos llevó, a unos más que a otros, a ser criticados, por mecanicistas fervorosos, de "burgueses idealistas", dentro del seno del MCP y, con más insistencia, en el cuerpo de las izquierdas, fuera del movimiento.

En el fondo, sin saberlo estábamos en la pista de Gramsci y de Amílcar Cabral, en lo que tiene que ver con su comprensión dialéctica de la *cultura,* de su papel en la lucha por la liberación de los oprimidos.

No era casual que palabras como *cultura y popular* apareciesen con tanta frecuencia en el universo del vocabulario del movimiento.

Movimiento de Cultura Popular. Centros de cultura, círculos de cultura, plazas de cultura, teatro popular, educación popular, sabiduría popular, gusto popular, cultura académica, cultura popular, medicina popular, poesía popular, música popular, fiestas populares, movilización popular, organización popular, arte popular, literatura popular.

Uno de los objetivos explícitos del movimiento era la preservación de las tradiciones y de la cultura popular, de las fiestas del pueblo, de los enredos de sus tramas, de sus figuras legendarias, de la humildad de su religiosidad, en cuyo cuerpo encontramos no sólo la expresión acomodada de los oprimidos sino también su resistencia posible.

En los festejos de junio, los *maracatus,* los *bumba-meu-boi,* los *caboclinhos,* el *mamulengo,* el *fandango,* las *carpideiras,* la literatura de *cordel,* la artesanía, la excelente escultura en barro; en todo eso y mucho más, nada pasaba por alto el movimiento.

En el momento en que escribo tengo nítida en la memoria, bajo

la sombra de las copas de los árboles del rancho Trinidad, sede del movimiento, la figura delgada, la mirada fuerte del artista Abelardo da Hora trabajando con jóvenes del pueblo en su estudio improvisado. Una de sus tesis era que dibujar el mundo, retratar las cosas, utilizar otro lenguaje, no era privilegio de unos pocos. Toda persona puede hacer arte, lo que no significa que toda persona pueda ser un artista importante.

Por lo general lo que nos inhibe es la escuela, haciéndonos *copiar* modelos o simplemente ponerle los colores a dibujos que no hemos hecho, cuando, por el contrario, debería desafiarnos a que nos arriesgáramos en experiencias estéticas. Al fin y al cabo la *esteticidad* es parte de la naturaleza de la práctica educativa, vale decir la cualidad de ser *estética,* de no ser ajena a la belleza. El trabajo de Abelardo da Hora en el MCP era un testimonio de confianza en la creatividad y en la capacidad humana de transformar el mundo.

Uno de los errores mecanicistas al pensar en las relaciones entre opresores y oprimidos radica en no percatarse de que no todo lo que resulta de esas relaciones como respuesta de los oprimidos es enajenación de éstos. Que su creación es totalmente la expresión de su alienación, la pura copia del modelo de su opresor. La cosa no es así en absoluto. Si así fuese, el cuadro fenoménico sería demasiado simple y claro. Es verdad que las relaciones entre opresores y oprimidos, cuando estos últimos "introyectan" a los primeros como "sombras" que pasan a "habitar" en ellos, se vuelven ambiguas y duales. Pierden su autenticidad. Son ellos y los opresores en ellos "introyectados". Pero es exactamente la *parte de ellos en ellos* la que, a pesar de su ambigüedad, no permite que sean *reducidos* al opresor. Y es esa marca de ellos, casi tenue, lo que hace de su creación, de su lenguaje, de su cultura, algo más que una simple copia, convirtiéndose en una especie de grito ahogado de su rebeldía, de su resistencia.

En una práctica educativa realmente democrática, nada mecanicista, radicalmente progresista, el educador o la educadora no pueden despreciar esas señales de rebeldía. Al contrario, al enseñar los contenidos indispensables él o ella deben, tomando la rebeldía en la mano, estudiarla como postura que ha de ser superada por otra más crítica, más comprometida, más conscientemente politizada, más metodológicamente rigurosa.

Lo ideal es la promoción de la conciencia rebelde a conciencia revolucionaria. Radical sin llegar a ser sectaria. Astuta sin llegar a

ser cínica. Hábil sin ser oportunista. Ética sin llegar al puritanismo. Promoción que, a pesar de su indiscutible importancia, se encuentra concretamente obstaculizada. La conciencia rebelde de las masas populares urbanas está aterrorizada, verdaderamente disminuida en los morros, en los arroyos, en *lasfavelas,* frente a la virulencia a la que ellas, las masas populares, están expuestas, frente a la maldad de los delincuentes fuera de la ley y de los policías, igualmente fuera de la ley, que se disputan el mando del tráfico de drogas.

El estado se desmorona frente a nuestros ojos. La impunidad es uno de los síntomas y una de las causas del desmoronamiento. Los criminales de origen popular se animan a arriesgarse apcyados en la impunidad de los criminales oriundos de la clase dominante.

Paulo Farias fugitivo, y el estratega de su fuga explicando en entrevistas lo fácil que fue sacarlo del Brasil. Fernando Collor [31] amenazándonos con una posible elección como diputado. Millares de toneladas de alimentos enterradas o quemadas por haberse deteriorado debido a la irresponsabilidad o la incompetencia de los funcionarios que nada pagan por ello. Las multinacionales mandándonos como si fuéramos sus objetos. Jueces involucrados en corrupción. Diputados federales que cambian de partido por dólares. Un gobernador de estado sospechoso de haber mandado asesinar a un senador, que por su parte consta que estaba involucrado con el narcotráfico. Escándalos en el Congreso. Diputados, senadores, ministros, gobernadores, todos involucrados en la corrupción de la distribución de los recursos del presupuesto de la república. Hasta un diputado que hablando tranquilo, casi con aires de santo, nos explicaba que había ganado 200 veces la btería en tan poco tiempo porque era ahijado de Cristo, que lo quiere mucho y no se cansa de ayudarlo.

Promoción de la conciencia rebelde a conciencia revolucionaria, que a pesar de ser difícil continúa siendo no sólo fundamental sino además posible. Comprobadamente posible el proceso de esta promoción. Bastaría con que analizásemos, en todo el país, el avance que realizaron los movimientos populares en la década de los ochenta, adentrándose en la de los noventa, década considerada perdida por mucha gente *bien ubicada.*

Los avances de los "sin tierra", con sus victorias en la conquista de tierras, en la explotación cooperativa de las mismas, en la instalación de los asentamientos. Los avances de los "sin casa", de los

"sin escuela". Las conquistas, al lado de los sacrificios de vidas, de los "pueblos" de la selva. Las escuelas comunitarias.

Hace tres o cuatro años yo mismo tuve la oportunidad de dar la última clase a un grupo de jóvenes, educadores populares, en la sede de una gran hacienda en Río Grande do Sul, recién conquistada por el movimiento de los sin tierra. [32] Al día siguiente los educadores partirían hacia los diferentes asentamientos en los que se dividía la hacienda.

En cierto momento de la solemnidad habló uno de los jóvenes alfabetizadores, militante del movimiento. En su discurso, luego de una ligera pausa como si estuviera organizando su pensamiento, dijo:

> En uno de los primeros momentos de nuestra lucha tuvimos que cortar las cercas de alambre de púas del latifundio con la fuerza que recibimos de nuestra unión. Cortamos y entramos. Pero cuando llegarnos adentro descubrimos que en nosotros mismos *había* otras cercas más difíciles que cortar. La del analfabetismo, la de la ignorancia, la del fatalismo. Nuestra ignorancia es la alegría de los latifundistas, así como nuestra lectura, la mejoría de nuestra memoria y el progreso de nuestra cultura los *hace* temblar de miedo. Por eso tenemos que transformar lo que ayer fue un latifundio en un gran *centro de cultura.*

El discurso del joven líder campesino del sur del país me hizo retroceder casi treinta años a las discusiones sobre la cultura, sobre su importancia en la lucha democrática, sobre el papel de la educación crítica; discusiones animadas, a veces privadas, en mi casa, en la de Argentina y Paulo Rosas, en la de Norma y Germano Coelho, en la de Anita Paes Barreto.

El joven líder campesino hablaba y yo me decía: no hay por qué reeditar el MCP. El MCP está vivo en los movimientos populares de hoy en día, sin ese nombre, sin su organización, pero con el mismo espíritu de lucha. Donde quiera que educadoras o educadores aprendan con los movimientos populares y a ellos enseñen estará vivo el MCP del Recife de los años sesenta. Sin embargo, hay algo hoy que me asusta, y cuanto más me asusta más me empuja a hablarlo, más que hablarlo a gritarlo, al expresar mi preocupación. Me asusta que el desencanto de millones de brasileños y brasileñas, provocado por el cinismo, por la desfachatez, por la democratización entre nosotros de la desvergüenza, por la impunidad que todo esconde, que siempre deja para mañana el castigo necesario que

jamás se realiza, acabe por llevarlos a la defensa de la dic adura que emergería de la democracia *ahogada* en las aguas de la prrupción.

El camino de nuestra reinvención no pasa por la *dictadula,* por la clausura del Congreso, por la negación de las libertades. Es falso e injusto el discurso que iguala a todos los políticos, considerados sapos del mismo pozo. No existe unanimidad en la virtud, ni tampoco en el error.

No será cerrando el Congreso como sanearemos nuestra sociedad, ni tampoco con las restricciones a la libertad de prensa. Tendremos que rehacerla.

Sin embargo, si usted que ahora me lee me pregunta si yo tengo la receta para la solución le diré que no la tengo, que nadie la tiene. Pero igualmente sé y digo una cosa porque la historia nos la ha enseñado, la historia de los otros y la nuestra propia: que el *camino* no es el cierre *antidemocrático* de los regímenes de excepción, de los gobiernos sectarios, intolerantes y mesiánicos de la *¿erecha* o de la *izquierda.* El camino es el de la lucha democrática por el sueño posible de una sociedad más justa, más humana, más decente, más linda, por todo eso.

Llevé conmigo al MCP todo lo que había aprendido de ni rico tiempo en el Sesi, del que hablé en la carta anterior. La última etapa de la práctica de las relaciones entre escuelas y famil as, los círculos de padres y maestros, a la que se sumaba el no menDs rico experimento con las directivas de los clubes sesianos, esti nulándolos a asumirse a sí mismos, desafiándolos a superar el zsistencialismo del Sesi. Prácticas democráticas en las que el proceso de conocimiento era vivido dialógicamente, desde la propia elección de los *objetos cognoscibles* y en la que, por eso mismo, *conocerno* era *recibir conocimiento* sino producirlo.

Preocupado dentro de la práctica educativa informal por el autoritarismo y el mecanicismo de la *escuela tradicional,* pensé en la creación de una institución abierta, viva, curiosa, en la que el educador o la educadora, al enseñar, se estuviese exponiendo al aprender y en la que el educando aprendiese, en la prácica de aprender, que sólo aprende realmente quien *produce* la *comprensión* o la *inteligencia* de lo *enseñado.* Esto es, sólo *aprende* quien *aprehende* y formula la comprensión de lo enseñado. Por eso memorizar mecánicamente el perfil del concepto del objeto no revela ningún conocimiento.

Fue así como nacieron, en el Proyecto de Educación de Adultos que coordiné en el movimiento, por un lado los centros de cultura y por otro los círculos de cultura. Los primeros eran espacios amplios que abrigaban en sí a círculos de cultura, bibliotecas populares, representaciones teatrales, actividades recreativas y deportivas. Los círculos de cultura eran espacios en los que se enseñaba y se aprendía dialógicamente. En los que se conocía, en lugar de hacer transferencia de conocimientos. En los que se producía conocimiento, en lugar de la yuxtaposición o de la superposición de conocimiento por el educador al o sobre el educando. En los que se construían nuevas hipótesis de lectura del mundo.

Los educadores y las educadoras de que disponíamos eran jóvenes universitarios y universitarias que, buscando el movimiento como voluntarios y después de ser informados sobre los diferentes proyectos en curso, elegían aquel o aquellos en los que prestarían su contribución de acuerdo con sus preferencias, inclinaciones o gustos.

Luego de un periodo de formación que no se daba nunca por concluido -en el fondo la formación es permanente-, los candidatos iniciaban sus labores bajo la supervisión del equipo que coordinaba el proyecto.

La primera serie de círculos de cultura se estructuró en áreas populares de la periferia de Recife.

Eran círculos que se formaban en asociaciones de beneficencia, en clubes de fútbol, en sociedades de amigos del barrio, en iglesias. Los educadores se encargaban de preparar el terreno para la creación del círculo, visitaban el club popular o la iglesia parroquial o la sociedad de amigos del barrio y exponían la idea de la posibilidad. de un trabajo pedagógico. Una vez aceptada la propuesta se realizaba una buena divulgación en toda la zona, utilizándose los recursos populares. Se aprovechaba el poder de multiplicación de noticias de los bares y las esquinas, de las peluquerías, del servicio de altoparlantes del club y de la parroquia o de la iglesia evangélica.

Creados dos o tres círculos, los educadores realizaban una encuesta temática entre los participantes, misma que era estudiada por nosotros, reunidos en equipo, en la sede del movimiento. Una vez "tratados" los temas, con ellos se organizaba un programa que luego sería discutido con los participantes del círculo, cuyo número variaba de un círculo a otro, en función de las posibilidades y del interés de sus miembros. Preparábamos los materiales para las

discusiones siempre observando los recursos de que disponíamos. Pizarra, gis, franelógrafo, proyectores de diapositivas, grabadora. Pienso en lo que podríamos hacer hoy con los recursos tecnológicos a nuestra disposición...

Después de algunas encuestas temáticas yo ya tenía una idea de los temas fundamentales que surgirían en las nuevas encuestas.

Nacionalismo, democracia, desarrollo, imperialismo, voto de los analfabetos, reforma agraria, envío de capitales al extranjero, analfabetismo, excluidos de la educación eran, entre otros, los temas que formaban parte del universo de la curiosidad de las zonas populares del Recife de los años sesenta.

Fue precisamente la eficacia de este trabajo, el interés despertado por el mismo, la vivacidad de las discusiones, la curiosidad crítica y la capacidad de conocer que revelaban los grupos populares lo que me hizo pensar en la hipótesis de elaborar algo parecido con miras a la alfabetización de los adultos.

Los resultados de las actividades de los círculos de cultura del MCP repetían aciertos metodológicos de actividades dialógicas realizadas antes en el Sesi.

Cuando comencé a ensayar caminos para la alfabetización de los adultos yo ya estaba convencido de la validez de ciertos principios que sólo tuve que profundizar y comprender mejor a la luz de las prácticas en que participé y de la reflexión teórica a la que siempre me entregué.

Al escribir hoy un poco sobre ese momento no sólo soy el que fui ayer, sino también el que estoy siendo hoy. Hablo de cómo pensaba ayer y de cómo pienso ahora en una continuidad que realmente existe.

Si se piensa en mi periodo en el Sesi, en la práctica político-pedagógica sobre la que jamás faltó la reflexión crítica, que necesariamente implicaba la intensa lectura de una extensa literatura, se puede percibir cómo el MCP, sus principios, sus sueños, coincidían con los míos y se me proponía como excelente campo de actividades. De 'actividades que finalmente eran prolongaciones de otras, vividas en otro tiempo y en otro espacio. El tiempo y el espacio del Sesi. Pero con una diferencia. En el Sesi yo era una contradicción posible. En el MCP yo era una coincidencia agradable.

Veamos por ejemplo alguno de los supuestos de los que partía y sobre los que no me dilataré, precisamente por haberlos tratado de forma a veces exhaustiva en estudios anteriores.

Tal vez la mejor manera de hablar de éstos sea tomar la práctica educativa -una situación educativa cualquiera- como objeto de nuestra curiosidad y tratar, develándola críticamente, de detectar en ella sus elementos necesariamente constitutivos.

Hagamos el ejercicio. María es maestra. Como maestra ella se siente y se sabe *educadora.* Trabaja tres veces por semana con un grupo de treinta alumnas y alumnos a los que enseña historia de Brasil.

El primer punto que hay que observar es que la situación educativa se realiza en un determinado *espacio* al que por lo general no se le da ninguna importancia, o se le da muy poca. Pero en realidad el espacio en el que se vive la situación educativa es tan importante para los educadores y los educandos cuanto es importante para mí el espacio en el que trabajo en mi casa, en donde leo y escribo. El aparente desorden en que se encuentra la mesa en que escribo tal vez se convertiría en un auténtico desorden si alguien que no fuese yo tratase de ordenarla. A fin de cuentas el orden de una sala o de una mesa tiene que ver con lo que hago en ella y para qué, tiene que ver conmigo mismo. Con mi gusto o con mi posible mal gusto sobre el que poco haya yo trabajado para convertirlo en buen gusto. Necesitamos connotar el espacio de trabajo con ciertas cualidades que en última instancia son nuestras prolongaciones. Hacemos el espacio que, si bien no nos rehace totalmente, nos ayuda o no nos ayuda en el cumplimiento de nuestra tarea. En este sentido, lo que hay de adverbial, de circunstancial en el espacio educativo, acaba por volverse tan fundamental como el espacio propiamente dicho. Lo estético, la necesaria belleza, el cuidado con el que se trata el espacio, todo esto tiene que ver con cierto estado de espíritu indispensable al ejercicio de la curiosidad. Tal vez un excelente comienzo para un año lectivo sería una buena conversación entre los educadores y los educandos sobre su espacio. Sobre cómo hacer o ir haciendo de éste un lugar alegre, que genere bienestar. Existe una relación necesaria entre el cuerpo del educador o de la educadora, el cuerpo de los educandos y el espacio en el que trabajan. No existe un cuerpo vivo que no intercambie *experiencias* con su espacio. El cuidado del espacio revela la voluntad de lucha por éste, y, por eso mismo, la comprensión de su importancia. También revela que el o los cuerpos conscientes se resisten a dejarse caer en la indiferencia fatalista para la que ya no hay nada que hacer.

No por casualidad los animales delimitan su espacio, er defensa del cual luchan con bravura. Tampoco es casual que, sentados en el banco de una plaza, reaccionemos automáticamente si un extraño se sienta demasiado próximo de nosotros. Estoy convencido de que el desinterés por el espacio revela cierto "burocratismc mental" frente al quehacer que se realizará en él. No me parece que el gusto por lo que hacemos coincida o conviva con la indiferencia, con el descuido frente al espacio en el que actuamos. Además, revelar cuidado y respeto por el espacio de trabajo es una excelente oportunidad que tiene el educador o la educadora de dar a sus alumnos testimonio de su disciplina y de su reconocimiento de la importancia del espacio y de las cosas que lo componen para el buen curso de su práctica. Lo mismo se puede decir del espacio en el que viven los niños, del espacio en el que juegar. ¿Cómo podrán mañana respetar el salón de clase si hoy no respetan la sala de su casa en nombre de que son libres? ¿Cómo van a respetar el mundo de afuera, con sus árboles, sus animales, sus aguas, si hoy maltratan los muebles de su casa, si maltratan a los animales, si destruyen los arbustos del jardín?

En mis andanzas por las zonas populares de Recife me impresionaba la vanidad sana y legítima con la que las dueñas. de casa realmente pobres exhibían su sala de *suelo batido,*[33] absolutamente limpio, con sus taburetes barnizados y, de vez en cuando, una silla ostentando un pañito artísticamente bordado, "brillando' de blanco. Las paredes, a veces atiborradas de fotos en colores de la familia.

Una casa así no coincidía con la inmovilidad fatalista...

Jonathan Kosol, uno de los más importantes educadDres norteamericanos de hoy, autor de *Muerte a tierna edad,** conocido *best seller,* cuenta su experiencia de maestro en el sistema educativo de Boston y habla sobre cómo la discriminación racial llevaba al más absurdo abandono del espacio pedagógico de los discriminados y los oprimidos.

Muerte a tierna edad, digo yo en el prefacio de la edición brasileña de este libro excepcional -lamentablemente poco leído entre nosotros-, fue uno de los primeros libros con los que me "encontré" en una de mis casi diarias peregrinaciones por las excelentes librerías de Cambridge, a comienzos de 1969. Cuando lo retiré del

* Jonathan Kosol, *Muerte em tenra idade,* São Paulo, Edições Loyola, 1982.

estante y comencé a hojearlo -repitiendo ese gesto universal y bien conocido de quien casi se pierde recorriendo las diferentes "calles" de las diferentes librerías- ya me había sido presentado. Alguien me había hablado del libro con entusiasmo, en Nueva York, unas semanas antes.

Aún en la librería, leí el prefacio de Robert Coles, que me empujó -ésta es la palabra correcta- de regreso a casa para comenzar la lectura, que realicé casi de un solo aliento, de este excelente libro de Jonathan Kosol.

A medida que lo iba leyendo, todo lo del libro me iba calando hondamente, me hacía centrarme en él, sin ninguna intención de dejarlo. El estilo suave, sin ser meloso; enérgico, sin ser arrogante; la palabra adecuada, la aprehensión exacta del sufrimiento de los niños discriminados, la capacidad de convivir con ellos, de sentirlos de cerca sin hacerles favores, y sumando a todo esto el valor de rechazar lo más fácil: acomodarse al juego discriminatorio con aires de quien defiende el derecho igualitario de todos los niños. Entre el silencio de quien pacta con la "muerte a tierna edad" de los niños, y la práctica y el gesto que denuncia esa "muerte", Kosol jamás dudaría. Practicó la denuncia y fue separado de su cargo de maestro suplente de una escuela pública del "tercer mundo" en Boston... No es casual que este libro continúe siendo actual en Estados Unidos, con tirajes que se suceden año a año, habiendo tenido seis reimpresiones en el mes de su lanzamiento.

El título habla muy bien de lo que Kosol dice apasionadamente en su libro. Y siempre escribe así. Kosol no publica libros para atender a una exigencia burocrática cualquiera. Kosol gesta sus libros con pasión y con amor en los combates que libra con y en la realidad en la que se encuentra comprometido.

Un mes después de haber leído y releído *Muerte a tierna edad,* fui coordinador de otro curso en Cuernavaca, México, en el centro que Iván Ilich mantenía dinámico y abierto y al que atraía un sinnúmero de intelectuales latinoamericanos, norteamericanos y europeos.

En la terraza circular llena de helechos de la casa acogedora, Ilich acostumbraba reunir a los intelectuales que, por una u otra razón, se encontraban allí -algunos investigando, recorriendo el riquísimo acervo de documentos del que disponía el centro, otros coordinando cursos, a veces permanentemente, como Francisco Juli5o,[34] que vivió nordestinamente en Cuernavaca.

Ya de regreso, yo a Cambridge y él a Boston, nunca más dejamos de llenar las tardes de los sábados con conversaciones de amigos.

Luego que la ventana se cayera por la fuerza del viento, el portera apareció y la afianzó con clavos, de manera que no volviera a caerse -ni tampoco a abrirse. Pasó un mes antes que consiguieran el vidrio que faltaba. Los niños que estaban cerca de la ventana temblaban. La directora pasaba cerca de nosotros con frecuencia y podría haberlo visto, igual que las supervisoras escolares.*

¿Qué hacer, desde el punto de vista pedagógico y humano, en un espacio a tal punto relegado?

¿Qué hacer en los espacios más que precarios de las escuelas brasileñas de las zonas populares, menospreciadas y discriminadas? Por esta razón la lucha de las educadoras y de los educadores brasileños, que debe partir de la radical exigencia de salarios menos inmorales, con los que se sientan respetados en su dignidad personal y profesional, tiene que extenderse a la lucha por el espacio pedagógico, a la lucha por su formación permanente, a la lucha por un tiempo remunerado para estudiar.

Es necesario llegar al momento en que ninguna mujer u hombre público pueda decirnos: "Los maestros y las maestras están en lo cierto, ganan muy poco, pero yo no cuento con recursos para pagarles lo que me piden."

Es preciso que los gobernantes desarrollen en sí mismos lo que, con raras excepciones, en cierto modo les viene faltando: voluntad política para no sólo proclamar mientras son candidatos que la educación y la salud son primordiales, sino *probar* que lo son, una vez electos.

Para que la educación y la salud sean primordiales es indispensable que dispongan de recursos: la prioridad se traduce concretamente en dinero para el personal, para el material de investigación, para la formación permanente del personal.

Lo que me parece inmoral es la disparatada diferencia entre los niveles salariales. Unos con tanto y otros sin nada, como es el caso de los educadores y de las educadoras.

Por eso mismo es urgente no sólo cobrar los impuestos a quien no los paga, sino reorientar la política de los gastos públicos. Es urgente extirpar gastos innecesarios, así corno moralizar la distribución y la aplicación de los recursos presupuestales. También es preciso que castiguemos con la negación del voto futuro a quien en su práctica de *electo,* negando el discurso del candidato, no hace nada en favor de la educación. En realidad, cuando un gobierno llega al poder hereda quinientos años de descuido de la educación pública. Ya es gran cosa poder decir que durante su mandato ha ofrecido aumentos superiores a la inflación, pero es preciso hacer más: superar la distorsión a que vienen siendo sometidos los educadores y las educadoras. No es posible estar a la altura de nuestro tiempo con escuelas maltratadas, sin equipos, con maestras y maestros poco preparados, y no es posible tener maestros competentes y contentos con los salarios actuales.

* Kosol, *op. cit.,* p. 47.

Es urgente que se realice casi una predicación, a nivel nacional, para despertar la conciencia de la sociedad civil hacia lo que realmente significa la educación. Despertar de la conciencia en el sentido de que, asumiendo el profundo significado (le la práctica educativa, asumamos también ciertos sacrificios necesarios en su favor.

Cuando los maestros y las maestras de una red escolar entran en huelga defendiendo o exigiendo salarios menos inmorales, en realidad están ejerciendo un derecho legítimo, democrático, y ofreciendo a los niños y a los adolescentes el testimonio de que luchan por mejorar la sociedad.

En vez de criticar a los maestros y a las maestras, las familias de los alumnos deberían luchar contra el estado que históricamente viene desatendiendo el cumplimiento de su deber de ofrecer educación en cantidad y en calidad a la población. Y no es con salarios de mentiritas con lo que podernos tener una educación de calidad. La lucha de los maestros y de las maestras es justa, y será tanto más bella cuanto menos hieran la *ética* mientras luchan.

Un segundo supuesto del que yo partía era la existencia de sujetos, educadores y educandos, en la práctica educativa; sin que esto signifique que los unos y los otros sean iguales entre sí. El hecho de que sean sujetos de la práctica no anula la especificidad de cada uno. Uno es sujeto del acto de enseñar, los otros del acto de aprender. Uno aprende al enseñar, los otros enseñan al aprender. Todos son sujetos del proceso de conocer, que abarca el enseñar y el aprender.*

* A lo largo de estas cartas, así como en varios trabajos publicados, me he referido a la riqueza de estos procesos.

Un tercer supuesto es la presencia del contenido o del objeto cognoscible en la práctica educativa; puesto que, por ser cognoscitiva, tal práctica no puede existir sin un *objeto de conocimiento* que, siendo *enseñado* por el *maestro,* debe ser *aprendido* por los alumnos.

Por otro lado, y ahora ya estoy hablando del cuarto supuesto, no hay práctica educativa que no se *dirija* hacia un determinado objetivo, que no guarde en sí cierto sueño, cierta utopía. La *directividad* de la práctica educativa explica su condición política (quinto supuesto), la imposibilidad de un quehacer "asexuado" o neutro.

Sin embargo, el hecho de que la práctica educativa no pueda ser neutra no debe llevar al educador o a la educadora a pretender o a intentar, por caminos subrepticios o no, imponer sus gustos a los educandos, sin importar cuáles sean. Ésa es la dimensión *ética* de la práctica educativa (sexto supuesto). Dimensión que se dilata hasta la cuestión de la belleza, de la estética, y no sólo en relación con el producto de la práctica, sino también con su proceso (séptimo supuesto).

Otro punto de partida fundamental se encuentra en el respeto de la identidad cultural de los educandos, del sesgo de clase que marca tal identidad: vale decir, el respeto por el lenguaje de los educandos, su sintaxis, su prosodia, su semántica, y por los conocimientos de experiencia hechos con que llegan a la escuela.

Por todo esto basaba la práctica de la alfabetización de los adultos, cuyas investigaciones y primeras experiencias (ancladas en la comprensión crítica de la educación que comenzara en el tiempo fundante del Sesi) realicé en el MCP, en los siguientes puntos:

11 La alfabetización es un acto de conocimiento, un acto de creación, y no de memorización mecánica de letras y de sílabas.

2] Los alfabetizandos deben ser desafiados a asumir el papel de sujetos del proceso de aprendizaje de la escritura y de la lectura.

3] El programa debe surgir de la investigación del universo del vocabulario de los alfabetizandos, que al mismo tiempo nos brinda el universo temático del área. Las primeras codificaciones a ser "leídas" -vale decir decodificadas- por los alfabetizandos ofrecen la posibilidad de una discusión sobre el concepto de cultura. La comprensión de la cultura como creación humana, de la cultura como prolongación que mujeres y hombres con su trabajo hacen del mundo que no hicieron, ayuda a la superación de la experiencia políticamente trágica de la inmovilidad provocada por el *fatalismo.*

Si hombres y mujeres pueden con su acción, con la tecnología, incipiente o sofisticada, cambiar el mundo que no hicieron, entonces, ¿por qué no pueden cambiar el mundo de la historia, el mundo *social, económico* y político del que son hacedores?

5] El diálogo como camino de conocimiento debe caracterizar a la práctica de la alfabetización, lo que no invalida la *información* necesaria hecha discursivamente y sin la cual no hay conocimiento.

6] Las palabras generadoras deben ser colocadas en las codificaciones cuya "lectura" posibilita la creación de innúmeras frases con ellas. Sólo después de una larga experiencia haciendo frases, teniendo la palabra generadora en diferentes posiciones y funciones, comienza el trabajo de decodificación de la palabra en sílabas y, más tarde, el de la combinación de las sílabas en nuevas palabras y de éstas en nuevas frases.

7] Es absolutamente necesario no dicotomizar la lectura de la escritura. No existe la una sin la otra, y es fundamental ejercitarlas ambas sistemáticamente. Aún más, el aprendizaje de la escritura y de la lectura debe mejorar la *oralidad,* de ahí la necesidad de su práctica.

8] Que se tenga en consideración lo que significa para un adulto de treinta, de cuarenta años, habituado al peso de su herramienta de trabajo, pasar a manipular el lápiz. Al principio de su experiencia debe haber una desproporción entre la fuerza que emplea y el peso del lápiz. Y es preciso que se reacondicione poco a poco, con la práctica repetida.

9] Además, debemos considerar la inseguridad del adulto iletrado, que se agravará si se siente tratado como niño. Y no hay manera más eficaz de respetarlo que acatar su conocimiento de experiencia hecho con el objeto de ir más allá de él. Trabajar con los educandos con la idea de crear un ambiente de confianza en el que pueda existir la seguridad es definitivamente favorable al proceso de aprendizaje.

Por ejemplo, la discusión sobre la afirmación de que nadie lo sabe todo y nadie lo ignora todo, enriquecida por ejemplos concretos, puede ayudar a que el alfabetizando asuma una postura más crítica, lo que refuerza lo descubierto anteriormente sobre la cultura. *

* Véanse *La educación como práctica de la libertad y Acción cultural para la libertad,* ambos publicados por Siglo XXI Editores, en los que me extiendo en el análisis de estos aspectos, razón por la que ahora me limito.

Considerando ahora los principios político-pedagógicos en que me he basado, así como ciertas razones epistemológicas de las que he hablado en diferentes textos, no tengo por qué negar mis proposiciones. Dentro de una perspectiva progresista, hoy continúan siendo tan válidas como ayer. Sin embargo, desde el punto de vista de la alfabetización en sí es imposible relegar a un segundo plano los estudios actuales de la socio y la psicolingüística, la contribución de Piaget, de Vygotsky, de Luria; la de Emília Ferrero, Madalena Weffort, Magda Soares. Contribuciones que, siendo bien aprovechadas, rectifican y mejoran algunas de las propuestas que yo he hecho.

Si bien mi intención al escribir sobre el MCP era hablar sobre mi experiencia en él, no basta hablar únicamente de los procesos en los que participé. Todo o casi todo lo que se hizo en el corto periodo de existencia del movimiento tiene una importancia especial. Ya he hablado por ejemplo de la valorización de las fiestas populares que llenaban de gente sencilla el Arraial do Bom Jesus o el rancho Trinidad, como también es conocido, para bailar, para cantar, para jugar, para ser. Ya me he referido a las experiencias artísticas de Abelardo da Hora, para quien el gusto por la belleza, que debe ser desafiado, no es, sin embargo, propiedad de unos pocos.

Dentro de esta línea me gustaría hablar de las plazas de la cultura, proyecto coordinado por el profesor Paulo Rosas; la educación popular de niños y adolescentes, bajo la responsabilidad de Anita Paes Barreto, notable psicóloga y no menos notable educadora; el teatro popular, coordinado por Luis Mendonça y por el que pasó Ariano Suassuna.

La cartilla para adultos de Norma Coelho y Josina Godoi, sobre la que Anísio Teixeira, en aquella época al frente del Instituto Nacional de Estudios Pedagógicos, INEP, escribió una página altamente favorable."

El Proyecto de Investigaciones, del que también formé parte pero que tuvo en Paulo Rosas, sus colaboradores y colaboradoras la presencia más destacable, también representó un importante papel en el movimiento.

Ahora, valiéndome apenas de la memoria, recuerdo algunas ocasiones en que Anita Paes Barreto, Paulo Rosas y yo debatimos, con el público que había asistido a alguna pieza de teatro, las implicaciones plurales de la misma.

El proyecto del teatro popular mantenía un circo ambulante que iba de barrio en barrio y en el que ofrecíamos espectáculos de teatro y funciones de cine. La entrada costaba lo mismo que su equivalente en el cine más barato del barrio. Antes de comenzar el espectáculo alguien avisaba que una vez terminada la representación de la pieza vendrían tres educadores hasta el proscenio para discutir con quien quisiese hacerlo. Eran pocos los que se retiraban, tal era entre nosotros el interés por la discusión en los años sesenta. Discusión de cuestiones políticas, sociales, económicas, culturales, históricas. Surgidas del proceso histórico, las clases populares se experimentaban curiosas, como si estuviesen midiendo los límites de sus derechos. El estilo populista de hacer política, ambiguo por naturaleza, posibilitaba por un lado el mayor espacio de participación de las clases populares, y por el otro lo restringía. Éstas venían a los debates, a los encuentros, a veces porque estaban motivadas para saber más e intervenir, y a veces porque precisaban saber hasta qué punto llegaba su derecho de participar, del que tanto se hablaba.

El MCP se inscribía entre los que entendían la práctica educativo-política y la acción político-educativa como prácticas desocultadoras, desalienantes, que buscaban que las clases populares se entregasen con un máximo de conciencia crítica al esfuerzo para la transformación de la sociedad brasileña. De una sociedad injusta, autoritaria, en otra menos perversa, menos injusta, más abierta, más democrática.

Ésta es la utopía necesaria que, siendo hoy tan oportuna y fundamental como ayer, yo opongo al "sueño" del *antisueño* de los *pragmatistas* que decretaron la muerte de la utopía, de las ideologías, de las clases sociales y de sus conflictos como la muerte de la historia.

Hoy existe un *tema generador* que preocupa, no importa que sea de diferente manera, a los poderosos y a los sin poder. Es el tema del conocimiento, de la producción del conocimiento, de su capacidad de instrumentación. Conocimiento que, en términos prácticos, constituye la formación de mujeres y hombres para el proceso de la producción.

La operatividad de los grupos humanos depende cada vez más del saber técnico y científico en diferentes niveles.

La respuesta neoliberal a este desafío reduce *la formación* técnico-científica al puro *entrenamiento,* en cuyo proceso el *entrenado* no

tiene cómo ni por qué preocuparse por la razón de ser de los hechos que demanden explicación más allá de la técnica en el nivel de la pura práctica.

La respuesta progresista, a cuyo ideal ya he hecho varias veces referencia en estas cartas, no distingue la habilidad técnica de la razón filosófica, el uso de las manos del ejercicio de la mente, lo práctico de lo teórico, la producción económica de la producción política.

Finalmente, creo que no estaré faltando a la verdad si digo que éste fue el espíritu que preponderantemente marcó el rumbo del trabajo del Movimiento de Cultura Popular de Recife.

También creo que el MCP continúa a la espera de un trabajo objetivo, que tampoco se realiza con la negación imposible de la subjetividad de quien lo realice, que lo analice históricamente y que, por eso mismo, vaya más allá de ensayos como éste, marcadamente impresionista.

Del MCP al Servicio de Extensión Cultural de la Universidad Federal de Pernambuco

El Servicio de Extensión Cultural de la Universidad, llamada en aquel entonces de Recife, nació de un sueño nuestro, del entonces rector, doctor João Alfredo Gonçalves da Costa Lima, y mío.

Lo conocí cuando él dirigía la división de Salud y yo la de Educación y Cultura, Así, mucho tiempo antes de que fuese rector, cuando aún era vicerrector, solíamos conversar sobre la posibilidad de que la universidad, sobrepasando sus *muros,* extendiese su acción a las áreas no académicas, pero escolarizadas, como la de estudiantes preuniversitarios y la del magisterio público de nivel básico. Y sumar a esa posible clientela la de las zonas populares, trabajando, por ejemplo, a veces con las cúpulas sindicales a las que ofreceríamos cursos de formación, y a veces, ¿por qué no?, enfrentando desafíos como el analfabetismo. La importancia de que una universidad como la Federal de Pernambuco, en el Nordeste brasileño, contribuya a la formación permanente de maestras y maestros de la enseñanza básica y media del estado y, por lo menos, de los municipios de la llamada Gran Recife, así como la de que participe en la formación popular desde la alfabetización misma, era algo que nos parecía ser tarea y deber de la acción

universitaria, sin que esto significase la disminución de su seriedad en el ejercicio de la docencia y la investigación.

En realidad, cuando pensábamos en términos críticos sobre universidad y zonas populares, universidad y pueblo, universidad y clases populares, de ningún modo estábamos admitiendo que la universidad deba ser indiferente a la preocupación rigurosa que debe tener en relación con la investigación y la docencia. La falta de rigor o la incompetencia no forman parte de la naturaleza de su relación o de su compromiso con las clases populares. Al contrario, la universidad que no lucha por un mayor rigor, por una mayor seriedad tanto en el ambiente de la investigación como en el de la docencia, siempre indicotomizables, no podrá aproximarse seriamente a :as clases populares, comprometerse con ellas.

El discurso que subestima la Academia, la Teoría, la Reflexión en favor de la pura *práctica* es falso. Tan falso y perjudicial como el que exalta solamente la reflexión teórica y niega la importancia de la práctica

Como he dicho en trabajos anteriores, pero puedo y debo repetir,* en el fondo la universidad gira en torno a dos preocupaciones fundamentales, de las que se derivan otras y que tienen que ver con el ciclo del conocimiento. Por su lado, éste tiene solamente dos momentos, que se relacionan permanentemente: uno es el momento en el que conocemos el conocimiento existente; el otro, el momento en el que producimos el nuevo conocimiento. Aunque insista en la imposibilidad de separar mecánicamente un momento del otro, aunque haga hincapié en que son momentos de un mismo ciclo, me parece importante destacar que el momento en el que conocemos el conocimiento existente es preponderantemente el de la docencia, el de enseñar y aprender el otro, el de la producción del nuevo conocimiento, es preponderantemente el de la investigación. Pero en verdad toda docencia implica investigación y toda investigación implica docencia. No existe verdadera docencia en cuyo proceso no se encuentre la investigación como pregunta, como indagación, como curiosidad, creatividad, así como no existe investigación en cuyo curso necesariamente no se aprenda porque se conoce.

Lo que me parece trágico es que nuestras universidades casi nunca puedan dedicarse a la investigación en tanto que producción

* Véase Paulo Freire, *Pedagogía de la esperanza..., op. cit.*

de conocimientos, a veces por falta de recursos, a la que se suma la ausencia de cuadros competentes, a veces por ambas razones, y tampoco se afirmen como centros en los que el conocimiento del conocimiento existente, esto es, el acto de enseñar, se dé rigurosa y seriamente. Sólo así, inclusive, sería posible formar personas que luego se comprometiesen en investigaciones de alto nivel. El papel de la universidad, progresista o conservadora, es vivir seriamente los momentos de ese ciclo. Es enseñar, es formar, es investigar. Lo que distingue a una universidad conservadora de una progresista jamás podrá ser el hecho de que una enseñe e investigue y la otra no haga nada. Por eso una vez más insisto en que, en nombre de la democratización de la universidad, no podemos dejar que no sea lo bastante seria en lo que toca a cualquiera de los momentos del *ciclo gnoseológico.* Ningún educador o educadora progresista puede reducir la democratización de la universidad a un tratamiento simplista del saber. No es eso lo que se pretende. Lo que se pretende es disminuir la distancia entre la universidad, o lo que en ella se hace, y las clases populares, pero sin perder la seriedad y el rigor. Sin ser negligentes frente al deber de enseñar y de investigar.

Para que esto comience a suceder primero es preciso que la universidad se vaya tornando en una *creación* de la ciudad, si aún no lo es, extendiendo poco a poco su influencia a la zona en la que se inserta la ciudad.

Una universidad *extraña* a su ciudad, *superpuesta* a ella, es una ficción enajenada y enajenante. No pretendo decir que la universidad deba ser la pura expresión de su medio, pero para que pueda moverlo, y no simplemente reproducirlo, es preciso que se identifique o se vaya identificando con él. De la misma manera en que se impone al educador singular A o B que, para trascender el nivel de saber de sus educandos, parta de ese nivel, es indispensable que la universidad tenga en su contexto original cl punto de partida de su acción. En otras palabras, que la universidad *diga* su contexto para luego poder *desdecirlo.* Decir el contexto es asumirse como expresión suya; desdecirlo es condición para *intervenir* en él, para *promoverlo.* Por eso nadie *desdice* sin antes o simultáneamente *decir.*

La universidad *extraña* a su contexto no lo *dice,* no lo *pronuncia. Dice* contexto distante, ajeno, por eso no puede *desdecir* ni al uno ni al otro.

En este sentido es injusta y ciega la política pedagógica de una

universidad que, atendiendo apenas a la élite de su contexto, le ofrece niveles de excelencia pero no hace nada para mejorar e incrementar las pautas de educación básica del contexto. Y casi siempre lo hace afirmando que la universidad no es una escuela secundaria...

Dentro de una perspectiva democrática y no elitista de la universidad, sabemos que sus exigencias epistemológicas son otras, más profundas, más amplias, pero también sabemos que los estudios universitarios son un momento del proceso de conocer del que formamos parte. Por eso mismo implica la formación necesaria, la preparación indispensable, para que podamos movernos en ellas eficazmente, es decir, con buenos resultados.

Ningún contexto crece globalmente si lo tocamos parcialmente. El desarrollo de una región demanda la formación crítica intelectual de las mayorías y no sólo de una élite egoísta y centrada en sí misma.

La universidad cuyos contextos local y regional resienten la profunda y extensa carencia de educación de base, con un número sorprendente de los llamados profesores mediocres, poco preparados, ultrajados por salarios de hambre, debería tener, en sus centros o facultades de educación, espacios seriamente dedicados a la formación permanente de educadoras y educadores.

Esas universidades deberían multiplicar sus convenios con el estado, con los municipios, con los movimientos populares, cooperativas de producción, clubes recreativos, clubes de amigos de barrio, asociaciones, iglesias, a través de los cuales intensificar su acción formativa.

Desdecir su contexto es *contradecirlo* en tal o cual aspecto para modificarlo. Si se trata de un contexto con altos índices de analfabetismo, de falta de preparación de los maestros del nivel básico de la educación, la universidad no tiene cómo negarse a ofrecer su contribución para mejorar ese cuadro. Ésta es la razón de que, de junio de 1963 a abril de 1964, cuando el golpe de estado, el Servicio de Extensión de la Universidad de Recife participara directamente en los trabajos desarrollados por el Programa Nacional de Alfabetización, PNA, responsabilidad del Ministerio de Educación y Cultura. Por falta de tiempo, en aquella época ni siquiera llegamos a comenzar algún esfuerzo en el campo de la formación permanente del magisterio público fundamental. El SEC tuvo corta vida bajo nuestra dirección, menos de dos años, y las direcciones

que sucedieron a la nuestra no tenían por qué tener los mismos sueños que nosotros ni la misma comprensión del papel de las universidades.

Sin embargo iniciamos varios proyectos que permitían al SEC *decir* su contexto: el convenio con el gobierno del estado de Río Grande do Norte, que hizo viable la experiencia de Angicos; el convenio con el Ministerio de Educación y Cultura según el cual participaba en la formación de equipos responsables del programa de alfabetización en todo el país; cursos de extensión a varios grupos de jóvenes de las secundarias de algunos colegios particulares de Recife; cursos en los que se debatían la educación y la actualidad brasileña con alumnas de escuelas normales de Recife; curso sobre realidad brasileña y educación popular ofrecidos a diferentes grupos comprometidos en programas de educación popular,* comienzo del registro de los profesores y las profesoras de la Universidad de Recife, con la idea de darles conocimiento de la recepción de tal o cual documento que nos llegaba de universidades extranjeras con las que manteníamos relación.

También publicábamos un boletín informativo en el que divulgábamos lo que hacíamos y lo que pensábamos hacer. Además de estos proyectos creamos la Radio Universitaria, con excelente y variada programación. Estábamos en camino de obtener autorización para producir programas radiales dirigidos a África, cuando fuimos violentados por el golpe de 1964. Golpe que también frustró el diálogo que veníamos manteniendo con las cúpulas sindicales con la idea de crear un espacio y un tiempo para crecer juntos en el debate de nuestra realidad.

Preocupado por poder *decir* nuestro contexto para poder *desdecirlo* visité, acompañado por el equipo de la directiva del SEC, cuidadosa y seriamente constituido, las más importantes instituciones del área de Recife, universitarias o no. De investigación, de formación, de intervención en la realidad, con cuyos responsables dialogábamos sobre lo que pretendíamos y nos manifestábamos abiertos a sugerencias que nos enriqueciesen. Fue así corno, además de todas las facultades e institutos de investigación de la universidad, contactamos organismos como la Sudene, dirigido en aquel entonces por el economista Celso Furtado, y el Servicio Social

* Entre los varios grupos a los que ofrecimos este curso se destacó el equipo de la directiva de la Ceplar de Paraiba. [36]

Rural, bajo la dirección del profesor Lauro Borba.

Creo que, además de cumplir con un deber, resultará interesante hacer referencia al excelente equipo con el que me fue posible crear el Servicio de Extensión Cultural de la Universidad de Recife. Equipo que se distribuía en la formulación y en la coordinación de diferentes proyectos. En aquella época todos eran bastante jóvenes, y hoy son intelectuales afirmados en una u otra área. Luiz Costa Lima, José Laurénio de Melo, Juracy Andrade, Sebastião Uchoa Leite, Orlando Aguilar da Costa Ferreira, Jarbas Maciel, Jomard Muniz de Brito, Roberto Cavalcanti de Albuquerque, Francisco Bandeira de Mello, a los que se unió después un buen grupo de educadoras y educadores empeñados en la comprensión y en la práctica de la educación popular.

Además de la contribución fundamental que Luiz Costa Lima daba al SEC, coordinando cursos sobre teoría literaria o sobre literatura brasileña, ofrecidos a jóvenes universitarios o preuniversitarios, también dirigía la *Revista de Cultura da Universidade do Recife. Estudos Universitários,* de la que era secretario ejecutivo.

Otro proyecto al que me refiero aquí, sólo porque casi como si fuese una persona me ha venido insistiendo para que hable de él desde que comencé a organizar los datos sobre la breve pero importante experiencia del SEC, es el referente a una idea nacida en el MCP y a la que pensé sumar los esfuerzos del SEC a través de un convenio SEC-MCP. Me refiero a los círculos de cultura que ya funcionaban en las áreas populares de Recife. El proyecto, igualmente frustrado por el golpe de 1964, preveía ampliarlos y reforzarlos, transformándolos poco a poco en institutos populares de estudios brasileños, IPEB. De esta manera serían versiones populares, pero no populistas, del ISEB. [37] Tanto este proyecto como la propia idea del SEC y del MCP dejaban ver, por un lado, nuestra *apuesta* a la capacidad de movilización, de organización, de asumirse y de saber de las clases populares; y por el otro, no sólo nuestra *apuesta,* porque ésa era nuestra opción, sino nuestra utopía política, y es muy posible que estuviéramos impulsados por un sueño imposible, pero también basados en que una de las condiciones de la vida misma es la de no inmovilizarse jamás. No se diga en el plano de la existencia humana.

El permanente proceso de aprender, y por lo tanto de enseñar, de conocer, hace imposible la *inmovilidad,* y la presencia humana en la ciudad, traducida como práctica social transformadora, pro-

voca más saber, más enseñar, más aprender. Lo que existe en las culturas humanas es la mayor o la menor velocidad en los cambios dentro de la historia.

Las clases populares aprenden y saben a pesar de los obstáculos que les son impuestos. Nuestra tesis político-pedagógica era la de ofrecer a las clases populares ciertas ocasiones en las que, siendo desafiadas, pudiesen comenzar a desocultar, con participación de los educadores, verdades escondidas. Desocultación de \derdades a las que debía sumarse la aprehensión de saberes técnicos y científicos.

Nuestra tesis político-pedagógica tenía así una fundamentación ética y otra científica y filosófica.

Hoy como ayer las fuerzas reaccionarias paralizantes han estado, y continúan estando, en contra de la lucidez de las clases populares.

Ayer la *conscientización* era vista como un instrumento diabólico, y yo era el propio *demonio* amenazando con la perdición el alma sufrida de tantos incautos.

Hoy la concientización, el sueño, la utopía, nada de eso es válido para los *inmovilistas.* Según ellos sólo es válido lo práctico, y sólo la eficacia científica y técnica son prácticas.

Hoy, por las propias condiciones coyunturales, el discurso neoliberal, de naturaleza pragmática, va teniendo menos posibilidad de prender que lo que ayer perduraban, eficaces, los discursos sobre las amenazas del comunismo.

Al contrario, la proclamada excelencia del capitalismo, a la que se contrapone la muerte de la utopía del socialismo, por un lado subraya cada vez más la perversidad del capitalismo, y por el otro la vigencia del sueño socialista, depurando o depurándose a costa de sacrificios y sufrimientos, de la distorsión autoritaria. De ahí que se afirme cada vez más la necesaria coincidencia entre socialismo y democracia frente al fracaso del socialismo autoritario y a la maldad intrínseca del capitalismo, insensible al dolor de las mayorías explotadas. Si el sueño de la burguesía emergente era el capitalismo en el marco de la democracia burguesa, está cada vez más claro que el sueño de las mayorías populares debe ser el del socialismo también dentro del ambiente democrático. La cuestión fundamental no es acabar con la democracia sino perfeccionarla, teniendo como eje central ya no al capitalismo, sino al socialismo. Sin embargo, es preciso que aquellas y aquellos que sueñan este sueño no se entreguen a la visión mecanicista de la historia, tan

criticada ya en estas cartas, de acuerdo con la cual el futuro es un *dato dado,* y no un *dato dándose,* que precisa *ser hecho* por nosotros en la *lucha* por *rehacerlo.* No es válido pensar que a la burguesía le bastó soñar la unidad entre la democracia y el capitalismo para que ésta se realizase. La burguesía tuvo que luchar contra la aristocracia y contra otras fuerzas anticapitalistas para mantener la unidad entre el capitalismo y la democracia.

Forjar la unidad entre el socialismo y la democracia es el desafío que claramente nos instiga en este fin de siglo y comienzo de milenio. *Desafío,* y no destino cierto; *utopía,* pero no *destino o sino. Futuro* como *problema,* como *posibilidad,* y no como *tiempo inexorable.*

El Servicio de Extensión Cultural de la Universidad de Recife y la Experiencia de la A fabetización de Adultos de Angicos, Río Grande do Norte

En una tarde de domingo, ya no recuerdo de qué mes, de 1963, cuando llegaba de regreso a casa de nuestro paseo regular con Elza, hijos e hijas, me encontré a Calazans Fernandes, joven pero ya conocido periodista, en aquel entonces secretario de Educación del estado de RíD Grande do Norte, esperándome en la puerta. Calazans había escrito un excelente reportaje sobre Angola, en el que destacaba la maldad colonialista, y no tenía un espacio para publicarlo. Luiz Costa Lima le ofreció el de la *Revista de Cultura da Universidade do Recife. Estudos Universitários,* con lo que les hizo un bien a los amantes de la libertad y de los ideales de autonomía de los pueblos y que le debe de haber creado algunos problemas diplomáticos y políticos al rector João Alfredo.

Valió la pena.

Calazans había venido desde Natal para conversar conmigo sobre mis búsquedas en torno a los trabajos de alfabetización.

Odilon Ribeiro Coutinho, viejo y fraterno amigo, tuvo conmigo una de las charlas que acostumbrábamos tener y cuya falta siento hoy, prolongada ¡ desdoblándose en diferentes asuntos, los unos llevando hacia los otros, que por su parte se prolongaban en inesperados temas. Uno de los momentos de la plática con Odilon fue exactamente alrededor de las investigaciones sobre la alfabetización. Me acuerde de que le hablé sobre la experiencia que había tenido en el Pop da Panela, en la vieja casa protegida por ley

como parte del Patrimonio Histórico Nacional y que perteneciera a la familia de Olegário Mariano. Le conté a Odilon la emoción que sentí cuando Joaquim, el alfabetizando -éste era su nombre, el mismo de mi padre y de uno de mis hijos-, escribió su primera palabra: NINA, y estalló en una risa nerviosa, difícil de controlar. Y yo, envuelto por la emoción del momento, le pregunté, aunque no precisase escuchar su repuesta: "¿Qué pasa, por qué tanta risa?"

"Nina, Nina", dijo él ya sin reír, como si estuviese seguro de haber reinventado a una persona. "Nina es el nombre de mi mujer. Es mi mujer."

Aquél fue uno de los momentos de rica humanidad que viví intensamente en mi práctica de educador, el de participar de la alegría de alguien que escribía el nombre de su esposa por primera vez.

Le conté a Odilon del asombro casi incrédulo de una alumna de la facultad de filosofía que, acompañándome al Poço da Panela para conocer a Joaquim, le pidió que leyese una página del libro que le había dado. Un libro de Machado de Assis. Joaquim leyó casi sin titubear, y ella no creyó que hasta hacía tan poco tiempo le habría sido imposible hacerlo. Más tarde Odilon contaría estas anécdotas al gobernador, quien a su vez se las trasmitiría a Calazans, pidiéndole que entrase en contacto conmigo.

Era por esos motivos por los que Calazans estaba allí, en mi patio, sentado frente a mí en aquella tarde de domingo de un mes cualquiera de 1963. Quería saber sobre la posibilidad de que prestara yo ayuda al estado de Río Grande do Norte, en el campo de la alfabetización de los adultos.

"¿Qué podemos hacer para que usted nos ayude a enfrentar el analfabetismo en Río Grande do Norte? -me dijo Fernandes-. Disponemos de recursos provenientes de la Alianza para el Progreso, destinados a la educación."

Mi colaboración, le dije yo, depende únicamente de la aceptación por el gobierno del estado de Río Grande do Norte de unas pocas exigencias que tengo, y que son las siguientes:

a] Un convenio entre el gobierno del estado de Río Grande do Norte y la Universidad de Recife.

b] En este convenio se debe establecer que la Secretaría de Educación del estado asume la responsabilidad del transporte y los gastos diarios del equipo que me acompañe cada vez que vaya a Natal, además de una gratificación por estipular.

En lo concerniente a mi persona, el gobierno del estado solamente pagaría los traslados, el hospedaje y las comidas, puesto que la universidad ya me pagaba para trabajar doble horario.

cl El hecho de colaborar con el gobierno del Estado no me impediría colaborar igualmente con el municipio de Natal, cuyo secretario de Educación, Moacir de Gois, era y continúa siendo un amigo fraterno.

Existía una contradicción entre la posición política del intendente Djalma Maranhão, hombre de izquierda, y la del gobernador del estado Aluízio Alves, hombre de centro.

d] La coordinación de los trabajos sería entregada a las cúpulas universitarias, en estrecha relación con el secretario de Educación.

e] Durante los trabajos, el gobernador del Estado debería abstenerse de hacer visitas a los centros o a los círculos de cultura para evitar la explotación política.

Todavía recuerdo que Fernandes, con humor, me planteó la cuestión de la Alianza para el Progreso (que en el Nordeste brasileño era llamada Alianza contra el Progreso) y de si mi relación con ésta no me perjudicaría políticamente.

En primer lugar, respondí, mi relación será con el gobierno de Río Grande do Norte, por mediación de su secretaría; en segundo lugar, lo que me importa es la autonomía que tendremos para decidir, tanto la cúpula universitaria como yo; lo que me importa es su seriedad y el respeto del gobierno a las exigencias que planteo. No me importa de dónde viene el dinero mientras yo pueda trabajar con independencia en favor del sueño político al que me entrego y sirvo. Estoy seguro de que si la Alianza para el Progreso realmente pretende cooptarnos, en poco tiempo desistirá por la imposibilidad de hacerlo.

En 1970, cuando aún estaba en Cambridge, compré el libro *The alliance that lost its way,** en cuya página 291 decía, y permítaseme ahora una larga cita:

El programa de Paulo Freire era naturalmente subversivo en su base técnica de deliberada provocación y en su propósito de desarrollar una conciencia crítica, creando un sentido de capacidad y de responsabilidad moral en el individuo para cambiar su vida y su entorno. En una sociedad

* *The alliance tht lost its way. A critical report on the Alliance for Progress,* Jeroine Levinson y Jur_n de Onís, A Twentieth Centuiy Fund Study, Chicago-Quadrangle Books, 1970, p. 291.

afirmó que los alfabetizandos allí presentes no sólo salían leer la cartilla del ABC "de Brasil, su *Constitución,* sino que tanbién estaban dispuestos a reescribirla", yo recordaba la decisión le la Alianza para el Progreso* de cortar su apoyo al programa tres meses antes del golpe de estado de 1964.

Qué acertado estuve al dar mi contribución al programa. Qué equivocados estuvieron quienes me criticaron por esto

En la ceremonia en que la Cámara Municipal me otorgó el título de ciudadano de honor de Angicos, una joven mujer eltrevistada por Nita dijo haber sido alfabetizada junto con sus pacres, que la traían para que no se quedase sola en la casa. En aquel entonces ella debía tener unos seis años.

Adquirí un gusto tan grande por la lectura y por la escriture que ahora soy maestra. El día que terminó el curso yo me aproximé a presidente João Goulart y le dije que yo también sabía leer y escribir. Riendo, y a modo de chiste, pidió a uno de sus asistentes que le entregase tn periódico para que yo lo leyese. No tuve ningún problema, leí buena parte de las noticias de la primera página. Fue entonces cuando él me preguntó:

- ¿Qué es lo que quieres de regalo?

- Una beca para la escuela -respondí.

- Y si el presidente te preguntase lo mismo el día de loy, ¿qué le responderías? -indagó Nita.

- Hoy pediría respeto a las maestras y a los maestros ce este país, salarios decentes y educación seria para todos los niños braáleños.

** The alliance that lost its way, op. cit.*

DECIMOTERCERA CARTA

Cristina, he llegado al final del primer momento de estas cartas dirigidas a ti. Por ello ésta es una carta de transición entre aquellas en las que, atendiendo a tu solicitud inicial, hablé sobre todo de mí. De mí, niño; de mí, joven; de mí, adulto. O también en torno a mí, a cómo pienso, cómo someto siempre mi práctica a una reflexión teórica, cómo, sin martirizarme ni castigarme, trato constantemente de ser coherente, de disminuir la distancia entre lo que digo y lo que hago. Ésta es una carta de transición entre el primer bloque de cartas, en las que he hablado acerca de las alegrías, los dolores, los sufrimientos, las experiencias personales, y el segundo en el que, aunque siempre diciendo algo sobre mí mismo, hablo de una variedad de temas que me han sido sugeridos en seminarios, en entrevistas, en lecturas de periódicos y revistas, dentro y fuera de Brasil.

Sin embargo, espero que exista cierta armonía, desde el punto de vista del lenguaje o del estilo, entre el primer bloque y el segundo, como me parece que existe entre las cartas mismas. En realidad, son raras las cartas del primer bloque en las que, hablando de mi padre, de mi madre o de mí mismo, no dedico algún tiempo al análisis, a reces minucioso, de algún concepto o de algún tema. En que, discutiendo algún problema, no me detengo en la comprensión de otro o de otros, aunque siempre sin perder de vista el aspecto prLncipal de la discusión. Pero principalmente con el deseo de no desencantar a lectoras y lectores que por ventura hayan encontrado razón o motivo de agrado en la primera parte de estas cartas.

Tío Paulo

DECIMOCUARTA CARTA

> No es posible actuar en favor de la igi.aldad, del respeto a los demás, del derecho a la voz, de la participación, de la reinvención del muido, en un régimen que niegue la libertad de trabíjar, de comer, de hablar, de criticar, de leer, dediscrepar, de ir y venir, la libertad de ser.

Uno de los aspectos negativos de estas cartas posiblemeite acabe por volverse algo positivo por el mayor desafío que r+presenta para mí mismo. Me refiero a mi limitado empeño de hiscar soportes fuera de mi propia reflexión para el análisis que calizo de tal o cual tema en discusión. Tal vez el espíritu ligero de Las cartas me haya conducido a utilizar un lenguaje más simple, a:cesible y personal. Pero se hace menester aclarar que el evitar la angustia de la búsqueda nerviosa de textos y de afirmaciones coi los que dar peso a mis propias afirmaciones de ninguna manera cebe verse como autosuficiencia o arrogancia de quien, "lleno de s] mismo", no tiene por qué ampararse en nadie. Por el contraria no sólo necesito amparo, ayuda, sino que tampoco me siento disminuido al recibirlos.

Por ejemplo, si en el contexto de estas cartas hablo, como ya he hablado y volveré a hablar, sobre educación y democracia, en el estilo en que las escribo me satisface decir de qué minera veo y entiendo el problema.

Al tornar como objeto de mi curiosidad la frase edicación y democracia debo plantear una primera cuestión: ¿Qué meremos decir cuando decimos educación y democracia? ¿A qué meconduce mi primera aproximación a la frase en busca de la inteligencia de la misma? Indiscutiblemente existe en ella la intención dE establecer una relación entre los términos educación y democracia.

Educación para la democracia, educación y experiencia democrática, democracia a través de la educación. Por otro ladi no cabe duda de que la frase sugiere otras indagaciones. ¿Es posibe *enseñar* democracia? ¿Qué significa educar para la democracia? Que haremos si la sociedad en la que trabajamos como edua.dores o

educadoras tiene fuertes tradiciones democráticas? ¿Qué hacer si, por el contrario, no las tienen pero la educadora o el educador, de una manera coherente, tiene opciones progresistas? ¿Qué significa ser una sociedad progresista?

Otro aspecto sobre el que pensar en el momento en que indagamos acerca de la relación entre educación y democracia se centra en las relaciones contradictorias, dialécticas, entre la *autoridad* y la *libertad.* Relaciones que, por otro lado, no pueden ser ajenas a su naturaleza ética.

A lo largo de mi práctica educativa, que jamás se resintió de una reflexión filosófica, he insistido en que, seres mortales, inacabados, hombres y mujeres venimos siendo seres con vocación de *ser más.* Por ello siempre he afirmado que la humanización, como vocación, tiene en la deshumanización su distorsión. De la naturaleza de los seres humanos, naturaleza constituyéndose histórica y socialmente, forma parte esa vocación, tal como su distorsión viene siendo una posibilidad histórica.

Ninguna reflexión sobre educación y democracia puede igualmente ser ajena a la cuestión del poder, a la cuestión económica, a la cuestión de la igualdad, a la cuestión de la justicia y su aplicación y a la cuestión ética.

No dudaría en afirmar que, habiéndose hecho históricamente el *ser más* la vocación ontológica de mujeres y hombres, será la *democrática* la forma de lucha o de búsqueda más adecuada para la realización de la vocación humana de *ser más.* De esta manera, existe una base ontológica e histórica para la lucha política en torno no sólo a la *democracia* sino también a su constante perfeccionamiento. No es posible actuar en favor de la igualdad, del respeto a los demás, del derecho a la voz, de la participación, de la reinvención del mundo, en un régimen que niegue la libertad de trabajar, de comer, de hablar, de criticar, de leer, de discrepar, de ir y venir, la libertad de ser.

La democracia que sea estrictamente política se niega a sí misma. En ella, el derecho que se ofrece a las masas populares es el del voto. Del vote que, en las circunstancias perversas de la miseria en la que aquellas masas sobreviven, se envilece y se degrada. En esas sociedades la democracia asegura a los miserables y a los pobres el derecho a morir de hambre y de dolor. Ése es el caso brasileño: trei:lta y tres millones de Marías, de Josefas, de Pedros y de Antonios muriendo cada día de hambre y de dolor. La demo-

cracia puramente formal hace muy poco, o casi nada, por la liberación de los oprimidos, a no ser a través de la utilización de espacios políticos cuya existencia la misma democracia formal no tiene cómo no admitir. Espacios que deben ser aprovechados por los progresistas en la lucha por la transformación de la sociedad.

Por otro lado, la democracia que se autodenomina económica, de cuyo sueño forma parte la superación de las injusticias perpetradas en el sistema capitalista, pero en la que los ideales de justicia, igualdad y respeto a las personas se encuentran sometidos a los estrechos espacios del marco autoritario, se deteriora y se pervierte.

No creo en ninguna búsqueda ni tampoco en ninguna lucha en favor de la igualdad de derechos, en favor de la superación de las injusticias, que no se base en el profundo respeto a la vocación para la *humanización,* para el *ser más* de mujeres y de hombres.

Como siempre he insistido, esa *vocación* no es la expresión de un sueño idealista, sino una cualidad que los seres humanos han incorporado histórica y socialmente a su naturaleza. En este sentido, las discriminaciones de clase, de sexo y de color, a las que se sume cualquier tipo de disminución y de falta de respeto hacia el ser humano, al negar esa vocación también niegan la democracia.

Ninguna sociedad alcanza la plenitud democrática si no se estructura legalmente para defenderse con vigor frente a tales arremetidas. Más aún, tampoco alcanzará la plenitud si sus leyes contra la discriminación no son puestas en práctica, o lo son de una manera facciosa. Por todo esto no basta con el aparato de las leyes; es indispensable que se hagan efectivas, sin importar quiénes sean las personas a quien deban aplicarse.

Aunque no siempre se consiga un buen resultado con el discurso crítico bien articulado que, apoyado en la naturaleza humana, subraya la contradicción entre la práctica discriminatoria y la vocación de los hombres y de las mujeres para la humanización, es necesario hacerlo. Es necesario insistir para develar o desnudar la farsa de quien, proclamándose *cristiano,* discrimina a otra persona, o de la farsa de quien, diciéndose *progresista,* hace lo mismo. Es absolutamente necesario que el discriminador se perciba como contradictorio, como incoherente, para que así trabaje su propia contradicción.

Es importante no darle tregua a los discriminadores para que ellos o ellas no resuelvan su problema como un juego de ardides entre falsas explicaciones.

El proceso discriminatorio genera en los que discriminan un mecanismo de defensa que casi los petrifica o los "impermeabiliza". A veces hasta parece que se *convencen,* pero no se *convierten. Intelectualmente* aceptan que se contradicen, pero *visceralmente* no se sienten en contradicción. Para ellos no hay *falta de conciliación* entre el discurso cristiano de "ama a tu prójimo como a ti mismo" y la práctica racista. Para el racista, el discriminado o la discriminada no son el *otro,* sino que son *eso.* Es como si la práctica de discriminar, además de *embrutecer* a las personas, las *hechizara.*

En el fondo la discriminación, sin importar en qué se apoye, ataca directamente a la democracia, uno de cuyos requisitos indispensables es la tolerancia. *La virtud que nos enseña a convivir con lo diferente,* a aprender con él. *Convivir* con lo diferente, obviamente sin considerarse superior o inferior a él o a ella, como *persona.*

La tolerancia no es un favor que la "gente superior" le hace a la "gente inferior", o una concesión que las personas bondadosas o altruistas hacen a las "personas carentes". La tolerancia es un deber de todos en nuestra relación con los demás, deber de respetar el derecho de todos de ser diferentes. Sin embargo, la tolerancia no me obliga a concordar con el otro si yo discrepo con él por las razones que sean.

No me obliga, una vez agotados los argumentos que defiendo para no aceptar la posición del otro, a continuar, en nombre del diálogo necesario de la tolerancia, una conversación molesta y repetitiva, ineficaz y desgastante para ambos. Me obliga a respetar el pensamiento contrario al mío y al sujeto que lo piensa. Ser tolerante no significa negar el conflicto o huir de él. Al contrario, el tolerante será tanto más auténtico cuanto mejor defienda su posición, si está convencido de su justeza. Por eso el tolerante no es una figura pálida, amorfa, que pide disculpas cada vez que se arriesga a discrepar. El tolerante sabe que la discrepancia que se apoya en el respeto por aquel y por aquella con quienes se discrepa no sólo es un derecho de todos sino también una forma de crecer y desarrollar la producción del saber.

Pero en la medida en que discrepar tiene tanta importancia en las relaciones sociales, *discrepar* plantea una profunda exigencia ética a quien discrepa y critica: el deber de, al hacerlo, *no mentir.** Finalmente, la tolerancia es una virtud y no un defecto. Sin ella

* Véase Paulo Freire, *Política y educación,* México, Siglo XXI, 1996.

no hay democracia. Enseñar tolerancia, así como enseñar democracia, implica el testimonio coherente de padres y madres, de maestras y maestros. ¿Cómo enseñar tolerancia y democracia a nuestros hijos e hijas, a nuestros alumnos y alumnas, si les negamos el derecho a ser diferentes de nosotros, si nos negamos a discutir con ellos sus posiciones, su lectura del mundo, si no somos capaces de darnos cuenta que su mundo les presenta desafíos y exigencias que el nuestro no podría haber hecho?

¿Cómo enseñar democracia y tolerancia a nuestros hijos e hijas, a nuestros alumnos y alumnas si les decimos, o les enseñamos, que exigir sus derechos, luchar contra una afirmación falsa, recurrir a la ley, son prueba de autoritarismo, como si la democracia fuese permisiva?

Recientemente el alcalde de São Paulo, en una entrevista concedida a un periódico de la capital del estado, refiriénchse a lo que según él era el uso distorsionado de una fotografía suya junto a otro político, declaró no haber acudido a la justicia para demandar al órgano de prensa que había publicado la foto por ser *demócrata y no autoritario.* ¡No! El alcalde no acudió a la justicia por cualquier otra razón, que tiene el derecho de no explicar, pero no por ser *demócrata.* La democracia le garantiza el derecho de luchar para superar jurídicamente el daño que declaró haber sufrido.

Libertad de prensa no es igual a permisividad. Sólo es libre la prensa que no miente, que no tuerce, que no calumnia, que respeta el pensamiento de los entrevistados, en vez de decir que dijeron A cuando dijeron **B.**

Al contrario, creyendo realmente en la libertad de prensa, el verdadero demócrata sabe que parte de la lucha en favor de la prensa libre es la pelea jurídica de la que resulta el aprendizaje ético sin el cual no existe la prensa libre.

Defender nuestros derechos no es prueba de autoritarismo, es prueba de amor a la libertad, a la democracia y a la justicia.

De cualquier manera, es interesante observar cómo nuestras fuertes tradiciones histórico-culturales, de naturaleza autoritaria, casi siempre nos dejan en una posición ambigua, poco clara, frente a las relaciones contradictorias entre la libertad y la autoridad. Relaciones dialécticas, y no mecánicas. A veces utilizamos apenas la autoridad necesaria, limitarte, pero nos juzgamos autoritarios. A veces, temiendo continuar siendo autoritarios, acabarnos por caer en la permisividad.

Ninguna de esas posiciones, la autoritaria o la permisiva, trabaja en favor de la democracia. En este sentido, vivir saludablemente la tensión entre la autoridad y la permisividad, tanto en casa como en la escuela, se convierte en una cuestión de la más alta importancia. Y es que, finalmente, a través de esas relaciones entre autoridad y libertad se van estableciendo los indispensables límites a la autoridad y a la libertad, sin los cuales, deterioradas ambas, se niega la democracia.

Uno de los errores de la autoridad familiar o pedagógica es pensar que la libertad se limita por medio del miedo, de la coacción, de los premios y de los castigos. Experimentándome como sujeto moral es como voy asumiendo los límites necesarios para mi libertad y no porque, presionado, amenazado, tengo miedo de la reacción del poder que, al no respetar mi libertad, tampoco limita su autoridad. Es el autoritario el que no se preocupa por el *sello* moral en el comportamiento del sujeto (libertad) a quien su prescripción se dirige. A él o a ella le basta con la palabra de orden que emite. Poco le importa saber hasta qué punto la obediencia conseguida resulta de una *adhesión* de la libertad que la asume poco a poco, a medida que va reconociendo la validez ética de la norma. También en este sentido el autoritarismo es inmoral. El autoritario o la autoritaria niegan no sólo la libertad de los demás sino también la *suya propia,* al transformarla en el derecho inmoral de aplastar las otras libertades.

No existe un verdadero *límite* sin que el sujeto libremente asuma la razón moral de ser del mismo. Lo *exterior* del límite sólo se autentica cuando se convierte en algo *interior.* La autoridad externa debe ser introyectada, convirtiéndose así en autoridad interna.*

No quiero decir que la autoridad que confronta una situación en que la libertad se niega a asumir su límite necesario deba cruzarse de brazos y dejar que las cosas queden como están. Esa capitulación de la autoridad la hace permisiva y de esa manera, anulándose como autoridad, en nada contribuye para la autenticidad de la libertad. El ejercicio democrático se sacrifica en esa distorsión de la relación entre la autoridad y la libertad.

Así como la libertad necesita asumir sus límites como algo necesario, la autoridad necesita hacerse respetar. La falta de respeto a ambas hace inviable la democracia en la familia, en la escuela,

* Véase Zevedei Barbu, *Democracy and dictatorship.*

así como en la sociedad políticamente organizada.

La libertad que asume sus límites necesarios es la qut lucha aguerridamente contra la hipertrofia de la autoridad. Cual equivocados están los padres que todo se lo permiten a su hijos, muchas cosas a las hijas, a veces porque, según dicen, tuvienn una infancia y una adolescencia difícil, y a veces, según afirman, porque quieren hijos e hijas *libres.* Así, hijos e hijas *descrecen* en ligar de crecer bien; hijas e hijos, sin conciencia de los límites qur jamás experimentaron, tienden a perderse en la irresponsabililad del *todo se vale.*

Creo que un dato fundamental en el ejercicio de la auoridad y en su relación con la libertad es la comprensión clara de que, a partir de cierto nivel de experiencia, ninguna autoridad e exclusivamente autoridad, como ninguna libertad es exclusivamente libertad.

Como padre no sólo soy la autoridad paterna, sino también la libertad filial, así como la libertad de ciudadano. Si por ditrentes razones no puedo ejercer las tareas de padre o tampoco s' cómo actuar como ciudadano, soy una autoridad paterna desaconpasada y una libertad ciudadana incompetente.

La libertad que se "libera" de la autoridad niega la democracia tanto como la autoridad que en su ejercicio asfixia a la ibertad embutida en ella; asfixiando la libertad de los otros, niega igualmente la democracia.

En última instancia, la autoridad es una invención de la ibertad para que ella, la libertad, pueda continuar existiendo. N(fue la autoridad paterna o materna la que creó la libertad de hijose hijas, sino la necesidad de libertad de ellos y ellas la que geleró la autoridad de los padres. Por lo tanto la autoridad no tiene sentido, ni se justifica, si se vacía de su tarea principal: asegura-le a la libertad la posibilidad de ser o de estar siendo. El autorita˙ismo y la permisividad, como expresiones por un lado de la exace-bación y por el otro del vacío real de la autoridad impiden la verdadera democracia.

Por tal motivo, en una práctica educativa progresista habrá que estimular, tanto en educandos como en educadores, el gusto irrestricto por la libertad. Que la juventud cante, grite, que se pinte la cara,[3]" que salga a las calles, llene las plazas, proteste centra la mentira, la impunidad, la desfachatez. Que la juventud, asumiendo los límites indispensables de su libertad -solamente con su libertad

se hace verdadera-, luche contra cualquier abuso de poder. El argumento de que a la juventud le corresponde *estudiar* solamente es una falacia. La defensa de la libertad, la vigilancia en el sentido de detener cualquier traición a ella, son deberes democráticos a los que no podernos renunciar, jóvenes o no. Aún más, protestar contra los desvíos éticos de las autoridades moralmente incompetentes es una forma no sólo de estudiar sino también de producir conocimiento, de profundizar y fortalecer la memoria.

El gusto de la libertad desaparece si escasea su ejercicio, aunque un día regrese en expresiones literarias. Es que el *gusto de la libertad* forma parte de la propia naturaleza de mujeres y de hombres, forma parte de su vocación de *ser más.* Podemos hablar así del sueño de la libertad, de la posibilidad del gusto por ella en situaciones en las que, en la relación *necesidad-libertad,* la primera se ¡mpone a la segunda. Es que la libertad, *sine qua non* de la vocación de *ser más,* no es el punto de llegada, sino siempre un punto de partida.

Por otro lado, la propia vocación para *ser más* está condicionada por la realidad concreta del contexto. Por la realidad histórica, económica, social, político-cultural, etcétera.

Por ejemplo, una cosa es el significado que puede tener la libertad de prensa para las poblaciones hambrientas, miserables, de nuestro país, y otra lo que ésta representa para las clases populares que ya más o menos comen, visten y duermen.

Lo trágico es que la libertad de prensa es absolutamente fundamental, para los que comen y para los que no comen. Sin embargo, es importante subrayar que en las condiciones objetivas de la miseria no todo lo que es *sentido* inmediatamente se convierte en algo percibido en sí mismo. Ya fue o está siendo aprehendido con su conjunto de razones de ser. Muy difícilmente una población hambrienta, iletrada, aunque a veces sea alcanzada por la radio, puede alcanzar, antes de comer, el valor que tiene para ella una prensa libre. La prensa ni siquiera se ve. Por el contrario, si una población en esas condiciones consigue comenzar a comer, en algún momento su comprensión de la libertad cambia, y poco a poco revela finalmente el valor de una prensa libre. Una vez ejercido el derecho básico de comer, la negación del ejercicio de otros derechos se va destacando por sí sola. Éste es uno de los aspectos centrales de la extraordinaria obra del sociólogo Herbert de Souza, a quien fraternalmente prefiero llamar Betinho.

Tal vez alguien se pregunte: ¿Y dónde queda la vocación para *ser más?* Queda donde las mujeres y los hombres la pusieron a lo largo de la historia de sus luchas. Queda en la *naturaleza humana* como tal, históricamente condicionada. Precisamente por eso el *ser más* es una *vocación,* no es un *dato dado,* ni un *sino,* ni un *destino seguro.* Es *vocación* del mismo modo que puede, distorsionándose, convertirse en *deshumanización.* Por eso vivir la vocación implica la lucha por ella, sin la cual no se concreta. En este sentido la libertad no es un regalo que se nos brinde, sino un derecho que conquistamos, que a veces preservamos, a veces mejoramos y a veces perdemos. En la que, pese a ser ontológica, la humanización anunciada en la vocación no es inexorable sino problemática. Tanto puede concretarse como frustrarse. Dependerá de lo que estemos haciendo con nuestro *presente.*

El futuro no es una provincia histórica más allá del hoy y a la espera de que allá lleguemos un día y realicemos la operación de agregar ese *mañana* ya *hecho* al *hoy,* ya viejo y superado. El futuro nace del presente, de las posibilidades en contradicción, del combate trabado por las fuerzas que se oponen dialécticamente. Por eso mismo, como siempre insisto, el futuro no es un *dato dado, y* sí un *dato dándose.* El futuro es *problemático* y no *inexorable.* Sólo dentro de una "dialéctica domesticada" se puede hablar del futuro como algo ya sabido.

Dentro de una perspectiva verdaderamente dialéctica, el *sueño* que nos mueve es una responsabilidad por la que debo luchar para que se realice. Y si para su realización lucho con muchos otros y otras es porque existen fuerzas que, oponiéndose a la razón de ser de nuestra lucha, se baten, por ejemplo, por el mantenimiento de privilegios inconfesables de los que resulta el reinado de alarmantes injusticias -millones de individuos hambrientos, millones de niñas y de niños impedidos de ir a la escuela, otros millones de niños expulsados de la escuela casi inmediatamente después de haber entrado, un número incalculable de personas muriendo por falta de un mínimo de recursos médico-hospitalarios. La falta de respeto a los más básicos derechos de la mayoría de la población por el arbitrio de la minoría en el poder. La desfachatez, la impunidad, la desvergüenza que viene generando la desesperanza de las mayorías que, me temo, está llegando a las vísperas de su límite posible.

Es en el presente concreto, dinámico, contradictorio donde se

traba la lucha de la que emerge el futuro. Sólo el pasado, como tiempo *vivido,* aunque se entrega a nuestro análisis, a nuestra comprensión, no puede ser transformado. Puede ser aceptado, comprendido, pero nunca cambiado. No nos es posible intervenir en él, pero entendiendo sus movimientos contradictorios podemos actuar mejor en el presente. El presente y el futuro son tiempos en construcción, transitando por el pasado.

Uno de lo; mayores errores de la práctica y del pensamiento reaccionarios es pensar que "inmovilizando" el presente pueden transformar el futuro en una pura repetición del presente. Sucede que cuando el mañana del hoy se convierte en el nuevo hoy frente a otro mañana, problemático pero no inexorable, el nuevo hoy jamás es la simple repetición del hoy anterior.

Estoy convencido de que en el hoy en construcción en que vivimos una ce las experiencias que deben ser más destacadas, con miras al mejoramiento o al perfeccionamiento de la democracia entre nosotras, principalmente considerando nuestra fuerte tradición autoritaria, es la de la creación del gusto por la *libertad.* Gusto que no crece y se fortalece en ausencia de responsabilidad. Existe responsabilidad en el ejercicio de la libertad cuando ésta va asumiendo éticamente los límites que la hacen auténtica.

Proponer situaciones concretas a los educandos para que ellos y ellas se maiiifiesten sobre el respeto o la falta de respeto de los derechos y deberes, la negación de la libertad, la falta de ética en el trato de los asuntos públicos y la práctica indispensable para una educación progresista.

Involucrara la juventud en el proceso de lo que viene revelando en el Congreso Nacional la Comisión Parlamentaria de Investigación del Presupuesto, ya sea a través de la lectura de la prensa escrita o a través de la televisión, es una práctica de indiscutible valor.

Aun más importante será si la juventud estudiantil, convocada por sus orgaiismos, sale a las calles y a las plazas, apoyando el esfuerzo de h CPI del Presupuesto, para hacer la merecida crítica de los infieles, exigiendo su castigo.

Cualquiera que sea la edad que tengamos, el color de nuestra piel, el sexo a que pertenezcamos, la comprensión de la sexualidad que tengamo, no podemos dejar que nuestra democracia en aprendizaje se ahogue en un nuevo "mar de fango".

Enseñar democracia es posible. Para ello es preciso dar testimo-

nio de ella. Aun más: dando testimonio de ella, luchar para que sea vivida, puesta en práctica en el plano de la sociedad como un todo. Lo que quiero decir es que la enseñanza de la democracia no se da tan sólo a través del discurso *sobre* la democracia, no pocas veces contradicho por comportamientos autoritarios. La enseñanza de la democracia implica también el discurso sobre ella, pero no abstractamente hecho, sino realizado sobre ella al ser enseñada y experimentada. Discurso crítico, bien fundamentado, que analiza concretamente sus momentos, sus incoherencias. Discurso teórico que surge de la comprensión crítica de la práctica, éticamente basado. No entiendo cómo podremos conciliar la radicalidad democrática por la que luchamos con una comprensión *gris, sosa, fría,* de la práctica educativa, realizándose en salones resguardados del mundo, con educadores y educadoras que sólo *depositan* contenidos en la *cabeza vacía* de sumisos educandos.

Tomando en cuenta la falta de experiencia democrática en la que hemos crecido, la enseñanza de la democracia no puede, de ninguna manera nocional, palabresca, pactar jamás con los "¿Sabe usted con quién está hablando?" y con los "Ya he dicho y no hay nada más que hablar".

En realidad nuestra democracia en proceso de aprendizaje tiene que empeñarse al máximo y en todos niveles en evitar tanto el autoritarismo como la permisividad a la que siempre nos expone nuestra inexperiencia democrática. Ni el maestro inseguro que no consigue afirmar su autoridad ni tampoco el arrogante que la exacerba, sino el maestro que, sin negarse como autoridad, tampoco niega la libertad de los educandos.

Autoritarismo y permisividad no son caminos que lleven a la democracia o que la ayuden a perfeccionarse.

Enseñar democracia es posible, pero no es tarea para quien se desencanta del martes para el miércoles porque las nubes siguen cargadas y amenazadoras.

Enseñar democracia es posible, pero no es tarea para quien piensa que el mundo se rehace en la cabeza de las personas bien intencionadas.

Enseñar democracia es posible, pero no es tarea para quien, sólo paciente, espera tanto que pierde el "tren de la historia", como tampoco es tarea para quien, sólo impaciente, echa a perder su propio sueño.

Enseñar democracia es posible, pero no es tarea para quien

percibe la historia y en ella actúa en forma mecanicista, para los voluntaristas, "dueños" de la Historia.

Comprometerse en experiencias democráticas, fuera de las cuales no existe la enseñanza democrática, es tarea permanente de progresistas que, comprendiendo y viviendo la historia como posibilidad, no se cansan de luchar por ella.

Ésta es la demanda que nos hace a los progresistas la actualidad brasileña, en cuyo ser se encuentran contradictoriamente por un lado las tradiciones antidemocráticas, y por el otro el surgimiento del pueblo en el intento de superación del ciclo de gobiernos militares inaugurado con el golpe de estado del 1 de abril de 1964.

Ésta es la exigencia que nos hace la sociedad brasileña actual, la de no perder tiempo, la de no dejar para mañana lo que podamos hacer hoy, en cuanto al carácter democrático, ético, de nuestra práctica. Cuanto más democráticamente vivamos la contradicción entre la herencia antidemocrática, bien viva, y el gusto reciente por la libertad, tanto más debemos estimular, competente y responsablemente, el gusto nuevo por la libertad.

En Brasil la lucha por la democracia pasa por una serie de posibles ángulos que deben ser tratados política y pedagógicamente --el de la justicia, sin la cual no hay paz, el de los derechos humanos, el del derecho a la vidá, que implica los derechos de nacer, comer, dormir, tener salud, vestir, llorar a los muertos, estudiar, trabajar, ser niño, creer o no, vivir cada uno su sexualidad como le plazca, criticar, discrepar del discurso oficial, leer la palabra, jugar no ¡mporta la edad que se tenga, ser éticamente informado de lo que ocurre en el nivel local, regional, nacional y mundial. El derecho de moverse, de ir y venir. El derecho de no ser discriminado desde el punto de vista del sexo, ni de la clase, ni de la raza ni por ninguna otra razón, como ser demasiado gordo o gorda o demasiado flaco o flaca.

A estos derechos corresponde un deber fundamental: el de empeñarnos en el sentido de hacerlos posibles. En el fondo es el deber de, si reconocemos sin sombra de duda estos derechos, luchar por ellos incansablemente, sin importar cuál sea nuestra ocupación en la sociedad. Ésta es una lucha política a la que indiscutiblemente la práctica educativa críticamente realizada ofrece una indispensable contribución. Si por un lado la práctica educativa no es la clave para las indispensables transformaciones que la sociedad necesita para personificar esos y otros tantos derechos, por

el otro, estas transformaciones no se dan sin ella.

A una mayor claridad en la "lectura del mundo" que realicen las clases populares, proveniente de la acción educativa, puede corresponder una intervención política de la que surja un avance fundamental en el proceso del aprendizaje de la democracia.

Lo que necesitan hacer los educadores y las educadoras progresistas es traer la vida misma hasta el interior del salón de clase. Haciendo una lectura crítica de lo cotidiano, analizar cen los educandos los hechos alarmantes, los contratiempos de nuestra democracia. Presentar a los educandos ejemplos de la discriminación extraídos de los sucesos de cada día, discriminación de raza, de sexo; experiencias de la falta de respeto por los asuntos públicos, de la violencia, de la arbitrariedad. Analizarlos como puntos de la contradicción agresiva de lo que vengo llamando la *vocación de ser más* de hombres y mujeres, que a lo largo de la historia se ha ido constituyendo como su naturaleza. Y también como puntos de contradicción de la autenticidad de la vida democrática. En realidad, una democracia en la que esas discriminaciones y esas faltas de respeto ocurren impunemente todavía tiene mucho que aprender, o mucho que hacer, para depurarse.

No es que yo crea posible la existencia, algún día, de una democracia tan perfecta que esas faltas de respeto ya no existan.

El sueño posible es la democracia en la que se dan las faltas de respeto, pero en la que los que faltan, quienes quiera que sean, son severamente castigados de acuerdo con la ley. El acierto o el valor de la democracia no está en la santificación de mujeres y hombres, sino en el rigor ético con que se tratan las desviaciones éticas de la propia democracia de las que somos capaces como seres históricos, inconclusos, inacabados. Ninguna democracia puede esperar que su práctica tenga fuerza santificadora.

La buena democracia advierte, aclara, enseña, educa, pero también se defiende de las acciones de quien, ofendiendo a la naturaleza humana, la niega y la rebaja.

Y en esta crítica que nos hacemos a nosotros mismos, también es preciso que reconozcamos que la explosión sucesiva de escándalos en torno de la participación directa de la persona del ex presidente de la república en la corrupción, así como de ministros de estado, senadores, diputados, empresarios, magistrados; que la denuncia pública de esos desvíos representa un indiscutible adelanto democrático. Otro adelanto por el que deberemos luchar

será el castigo riguroso de los infieles. Y también es preciso que nos señalemos a nosotros mismos que ni un solo diputado, senador o el presidente llegaron a las cámaras o a la presidencia sin el voto de alguien. La conclusión a la que se llega es que por lo menos necesitamos votar mejor, a la que se suma la certeza de que a la democracia en aprendizaje que vivimos debemos sumarle más democracia, y no sustituirla por gobiernos de excepción. No se aprende ni se perfecciona la democracia con golpes de estado. Es simple ingenuidad acusar a la democracia brasileña por los desmanes y por los desvíos éticos, como si los gobiernos de excepción hubiesen constituido una provincia histórica inmune a la corrupción. Al contrario, es precisamente porque nuestra democracia es mejor, o simplemente se hizo más democracia, por lo que nos estamos enterando de todo esto que nos deja estupefactos.

El pensamiento ingenuo es el que, aprehendiendo mal la razón de ser de los hechos, percibe defecto donde hay virtud. Si no fuese por la democracia que estamos experimentando, a pesar de sus idas y venidas, no nos estaríamos enterando.

Un golpe de estado hoy nos atrasaría tanto o más que el golpe de 1964, y nos dejaría tantas secuelas como nos dejó aquél.

Los regímenes autoritarios son una contradicción en sí, una profunda negación de la naturaleza del ser humano que, indigente, inconcluso, necesita la libertad para ser, como el pájaro necesita el horizonte para volar.

Lejos, muy lejos de nosotros quede la posibilidad de un nuevo golpe, sueño de reaccionarios inveterados, amantes de la muerte y enemigos de la vida.

DECIMOQUINTA CARTA

> Desde un principio, incluso en el tiempo más indeciso, casi nebuloso, en el que visualizaba el proceso de liberación, jamás pude entenderlo como una expresión de la lucha individual de hombres y de mujeres; pero por otro lado siempre rechacé la inteligencia de este proceso corno un fenómeno puramente social en que se diluyese el *individuo,* simple manifestación de clase.

El gusto que tengo por la libertad, que me ha hecho soñar desde la más tierna infancia con la justicia, con la equidad, con la superación de los obstáculos para la realización, jamás absoluta en la historia, de lo que más tarde vendría a llamar la vocación humana para *ser más,* me ha comprometido hasta hoy, a mi manera, en la lucha por la liberación de mujeres y hombres. El gusto por la libertad generándose en el amor a la vida, en el miedo de perderla.

Éste se fue convirtiendo en el tema central, fundamental, que vengo tratando, a veces en forma explícita y a veces no, en todos los textos que he escrito. También ha sido el tema central de la mayoría de los encuentros a los que he asistido, dentro de Brasil o fuera de él.

En *La educación como práctica de la libertad,* en la *Pedagogía del oprimido,* en *Educación y cambio,* en *Acción cultural para la libertad y otros escritos,* en la *Pedagogía de la esperanza,* en *Cartas a quien pretende enseñar,* habré sido más explícito en el tratamiento del tema referido. En algunos más que en otros habré dejado la matriz ontológica de la lucha: la naturaleza humana que social e históricamente se ha convertido en la vocación de *ser más.* Con vocación y no inexorablemente destinada a *ser* más. Por eso es que esta vocación tanto puede realizarse como *frustrarse.*

Desde un principio, incluso en el tiempo más indeciso, casi nebuloso, en el que visualizaba el proceso de liberación, jamás pude entenderlo como una expresión de la lucha individual de hombres y de mujeres; pero por otro lado siempre rechacé la inteligencia de éste como un fenómeno puramente social en el

que se diluyese el *individuo,* simple manifestación de clase.

Por el contrario, complejo y plural, el proceso de liberación se envuelve con cuantas dimensiones marquen fundamentalmente al ser humano: la clase, el sexo, la raza, la cultura.

Del mismo modo como jamás pude aceptar que la lucha por la liberación pudiera reducirse a una simple pelea entre individuos, tampoco acepté que ésta pudiera reducirse a la lucha de las mujeres contra los hombres, de los negros contra los blancos. La lucha es de los seres humanos por *ser más.* Por la superación de los obstáculos para la real humanización de todos. Por la creación de condiciones estructurales que hagan posible el intento de una sociedad más democrática. Como ya he dicho en la carta anterior, y vale la pena repetir, la lucha no es por una sociedad democrática tan perfecta que elimine de una vez por todas el machismo, el racismo, la explotación de clase. La lucha es por la creación de una sociedad capaz de defenderse castigando a los infractores con justicia y rigor, por una sociedad civil capaz de *hablar,* de *protestar,* y siempre dispuesta a luchar por la realización de la justicia. Finalmente, la lucha no es por la santificación de hombres y mujeres, sino por el reconocimiento de ellos y de ellas como gente mortal, inacabada, histórica, y por eso mismo capaz de, negando la *bondad,* hacerse *malvada;* pero, reconociendo la *bondad,* hacerse amorosa y justa.

Es absolutamente cierto que en la lucha por la liberación no es posible olvidar o minimizar aspectos específicos que caracterizan la relación entre hombres y mujeres, entre negros y blancos, entre la clase trabajadora y la clase dirigente. Sin embargo, para mí, el reconocimiento de esas especificidades no es suficiente para que ninguno de los grupos en contradicción se convierta en el *foco* del proceso y agote la importancia de los otros. En el fondo, no puedo reducir la lucha de las mujeres a la lucha de clases, ni tampoco la lucha contra la opresión racial a la lucha de clases; pero por otro lado no puedo prescindir de la comprensión del papel de las clases sociales, aunque sea en una sociedad tan compleja como la norteamericana, para mi comprensión del machismo y del racismo. Para las propias tácticas de mi lucha.

A veces me critican porque dicen que no he prestado atención a situaciones en las que, ambiguos, los individuos se experimentan como oprimidos e inmediatamente después se experimentan como opresores. En primer lugar debo decir que ya me he referido a esa ambigüedad en diferentes textos, incluso con insistencia, cuan-

do examino las *virtudes* de los educadores y las educadoras progresistas. Entre esas virtudes siempre destaco la *coherencia* que, exigiéndonos *humildad,* denota en nuestro comportamiento la contradicción de nuestra opción verbalizada. Hacemos un discurso progresista y tenemos una práctica reaccionaria. Ése es el caso por ejemplo de una maestra que, luchando contra la discriminación machista, al mismo tiempo mantiene una práctica pedagógica opresora. En su tarea académica de orientar a estudiantes de posgrado en la elaboración de sus tesis, se comporta de manera tan autoritaria que les queda muy poco espacio para crear y para aventurarse intelectualmente. Esta maestra hipotética, pero que es muy fácil encontrar, es en un tiempo oprimida y en el otro opresora. Es una incoherente. Su lucha contra la violencia machista pierde toda fuerza y se convierte en pura palabrería inconsecuente. Por la autenticidad de su lucha ella necesita superar la *incoherencia* y así, sobrepasando la palabrería, disminuir la distancia entre lo que dice y lo que hace.

En la medida en que la maestra de nuestro ejemplo reflexione críticamente sobre su práctica le será posible percibir que en última instancia, en la relación entre su autoridad de maestra y la libertad de sus alumnos, ella los oprime, y eso contradice su discurso y su práctica antimachista. De esta manera sólo hay dos posibilidades: o asume cínicamente su autoritarismo y continúa falsamente su lucha feminista o, rechazándolo, revisa su relación con los estudiantes para así poder continuar su lucha antimachista. Es lo mismo que sucede con el hombre que, diciéndose progresista, hace discursos vehementes en defensa de la liberación de la clase trabajadora, pero en la casa es el *propietario* de su esposa.

Por ello yo defiendo la práctica de *exponer* al contradictorio o la contradictoria. La práctica de no dejarla o no dejarlo en paz. Al fin y al cabo, el cinismo no es el arma más indicada para la reconstrucción del mundo.

Pero insistamos en que la incoherencia es una posibilidad y no un dato dado en nuestra existencia. La viabilidad de la incoherencia debe desafiarme para que no me vea enredado en ella. Mi humildad me ayuda en la medida en que me advierte sobre el hecho de que también puedo caer en la incoherencia. Por otro lado, el hecho de reconocer tantas posibilidades de incoherencia cuantos puedan ser los diferentes tipos de relación en los que coexisten en un mismo individuo el papel de dominado y el de dominador, no es

suficiente para obstaculizar el proceso de liberación. En la *Pedagogía del oprimido* me refiero a esto citando a Fanon y a Memmi.*

En el fondo, el oprimido introyecta al opresor, que pasa a vivir en él. De ahí proviene la ambigüedad del oprimido, que es él y el opresor dentro de él.

En lo que Fanon llama "violencia horizontal", en la que el oprimido hiere y maltrata al oprimido como si fuese opresor, en última instancia es el oprimido el que mata al opresor en el oprimido.

Hay otro aspecto que es preciso pensar en la problemática educativa progresista. Es el que tiene que ver con la relación entre maestros/maestras y alumnos.

En realidad, en los estudios posteriores a la *Pedagogía del oprimido* busqué mayor claridad al tratar de analizar la relación entre maestros y alumnos. He insistido, con la idea de dejarlo claro, en que el maestro y el alumno son diferentes, pero si el maestro tiene una opción democrática no puede permitir que su diferencia frente a los alumnos se transforme en antagonismo. Es decir, que su autoridad se exacerbe en autoritarismo. Una vez más estamos frente a la *incoherencia* de la que ya he hablado. El maestro o la maestra haciendo un discurso democrático y teniendo una práctica autoritaria.

Pero de cualquier manera, en la *Pedagogía del oprimido* yo decía:

> El educador se enfrenta a los educandos como su antinomia necesaria. Reconoce la razón de su existencia en la absolutización de la ignorancia de estos últimos. Los educandos, alienados a su vez, a la manera del esclavo, en la dialéctica hegeliana, reconocen en su ignorancia la razón de la existencia del educador, pero no llegan, ni siquiera en la forma del esclavo en la dialéctica mencionada, a descubrirse corno educadores del educador.
>
> En verdad, como discutiremos más adelante, la razón de ser de la educación libertadora radica en su impulso inicial conciliador. La educación debe comenzar por la superación de la contradicción educador-educando. Debe fundarse en la conciliación de sus polos, de tal manera que ambos se hagan, simultáneamente, educadores y educandos.
>
> En la concepción "bancaria" [...] no se verifica, ni puede verificarse, esta superación.

Si la opción del maestro es realmente democrática, al constatar su incoherencia no tiene otro camino que el de disminuir la dis-

* Franz Fanon, *Los condenados de la tierra;* Albert Memmi, *Retrato del colonizador precedido del retrato del colonizado.*

tancia entre lo que dice y lo que hace. Ningún progresista, mujer u hombre, no importa su profesión, escapa de esta posibilidad de contradecirse que encuentra su superación en el ejercicio de la coherencia. Desde el punto de vista de cualquier visión político-pedagógica que tengamos, como quiera que la llamemos: pedagogía feminista, pedagogía radical, pedagogía crítica, pedagogía liberadora, pedagogía constructivista, precisamente por ser progresista, al enfrentar este problema tendremos que buscar, por uno u otro camino, la superación de la contradicción que representa la incoherencia.

¿Cómo puede un maestro racista hablar sobre democracia, a no ser que sea una democracia muy especial que ve en la negritud la razón de su deterioro?

¿Cómo puede un maestro machista hablar sobre democracia, a no ser que sea una democracia inmune a la presencia de la mujer?

¿Cómo puede un maestro elitista hablar sobre democracia, a no ser que sea una democracia que, creciendo sólo *con y para* la aristocracia, se termine con la presencia en ella de las clases populares?

Es indudable que para que el maestro racista, o el maestro machista, o el maestro elitista, que habla sobre la democracia y se dice progresista, pueda comprometerse realmente con la *libertad,* es preciso que viva su "pascua": que "muera" como *machista,* como *racista,* como *elitista,* para "renacer" como verdadero progresista inscrito en la lucha por la reinvención del mundo.

Lo que no es posible es continuar en la ambigüedad que provoca su incoherencia -discurso progresista y práctica reaccionaria. Y como entre lo que se dice y lo que se hace lo que se hace tiene preponderancia sobre lo que se dice, serán vistos y comprendidos como antidemocráticos y reaccionarios. Su lucha por la democracia no tiene vitalidad ética ni eficacia política.

En última instancia no es la autoridad necesaria del maestro o de la maestra la que los convierte en obstáculos para la liberación. La autoridad del maestro, como ya he destacado en la carta anterior, es indispensable para el desarrollo de la libertad del educando. Lo que frustra este proceso es la exacerbación de la autoridad del maestro, que lo vuelve autoritario, o su vacuidad, que genera el clima permisivo.

El saber acumulado del maestro o de la maestra, que obviamente refuerza su autoridad, tampoco es en sí mismo razón para antagonizar los polos de la práctica educativa.

El maestro arrogante que hace ironías sobre la "ignorancia" de los alumnos, que él considera absoluta, es lo que se torna inconciliable con la democracia, con la libertad.

Por lo tanto, no son ni la autoridad del maestro ni su real saber los que trabajan contra la libertad, sino su autoritarismo, su arrogancia, su visión incorrecta de lo que es conocer.

Creo que es importante subrayar este punto porque a veces nos vemos llevados a considerar que la contradicción entre maestros y alumnos es siempre *inconciliable.* La verdad es que no. La *contradicción* original entre maestros y alumnos puede hacerse tanto *inconciliable como conciliable.*

Si mi opción político-ideológica es democrática, liberadora, y yo soy coherente con ella, la contradicción que vivo con la libertad de los alumnos es *conciliable.*

Por eso decía yo en la *Pedagogía del oprimido:*

> En realidad, como más adelante discutiremos, la razón cíe ser de la educación liberadora radica en su impulso conciliador. Sin embargo esto no significa que el educador deje de ser educador y pare de enseñar y que el alumno pare de aprender y deje de ser alumno. Lo que el educador debe hacer, si es real y coherentemente demócrata, es: "cuidando" bien su autoridad, ejercerla. Y la mejor manera que tiene el maestro para cuidar su autoridad es respetar la libertad de los alumnos.

Aun cuando desde "Educación y actualidad brasileña", mi tesis universitaria de 1959,[41] reconozco que la acción de los hombres *y* las mujeres se da en una realidad espaciotemporal en la que también se generan sus ideas, y que no es posible desconocer los condicionamientos históricos, culturales, éticos, raciales y de clase a los que estamos sometidos, tampoco es posible olvidar la razón ontológica de mi decisión de luchar en favor de la liberación de los oprimidos.

El gusto por la libertad, el amor a la vida que me hace temer perderla, el amor a la vida que me coloca en un permanente movimiento de búsqueda, de incesante búsqueda de SER MÁS, como *posibilidad,* y nunca como un *sino* o un• *destino,* constituyen o han venido constituyendo, social e históricamente, la *naturaleza humana.* Una de las cosas que más me agrada de ser una persona, si no es la que más, es saber que la historia que me hace y en cuya hechura participo es un tiempo de posibilidad, y no de determinismo. Responsable frente a la posibilidad de ser y el riesgo de *no*

ser, mi lucha cobra sentido. En la medida en que el futuro es problemático, la *praxis* humana -acción y reflexión- implica decisión, ruptura, elección. Implica ética.

Los condicionamientos concretos de sexo, de raza, de clase, que no puedo minimizar, por otro lado no pueden sobreponerse a la razón ontológica. Aun reconociéndome hombre, brasileño del Nordeste, nacido en determinada clase, en determinada familia, en cierta generación, habiendo recibido determinadas influencias en mi infancia, en mi adolescencia, en mi madurez, mi compromiso cuando lucho por la liberación es fundamentalmente leal a aquel gusto por la libertad, a aquel amor a la vida, a aquel sentido de justicia.

Nuestra lucha, como mujer, como hombre, como negro o negra, como obrera, como brasileño, norteamericana, francés o boliviana, sobre quien pesan los diferentes e importantes condicionamientos de sexo, de color, de clase, de cultura, de la historia que nos marca, es la que, partiendo de lo concreto condicionante, converge en la dirección de SER MÁS, en la dirección de los objetivos universales. Si no, al menos para mí, la lucha no tiene sentido.

Una de las razones, según yo lo entiendo, del fracaso no del socialismo sino de lo que se llamó "socialismo realista", fue su *falta de gusto* por la libertad, su autoritarismo, su "burocratización mental" que reducía la vida a la inmovilidad. Es la concepción mecanicista de la historia la que, negando la historia como *posibilidad,* anula la libertad, la elección, la decisión, la opción, y acaba por negar la vida misma.

DECIMOSEXTA CARTA

> No es posible crear sin una seria disciplina intelectual, así como no es posible crear con un sistema de reglas fijas, rígidas, impuestas por alguien.

Ahora me gustaría hacer algunas consideraciones sobre un problema del que uno y otro aspecto están constantemente presentes en las conversaciones de los pasillos de nuestras universidades.

Me refiero al problema de la orientación de las disertaciones de maestría o de las tesis de doctorado.

Parto del reconocimiento de la necesidad de la tarea de orientación del esfuerzo del orientando para escribir su trabajo académico. Como una práctica auxiliar, la orientación debe ser la ayuda que el orientador ofrece al orientando en el sentido de que éste se ayude.

Por eso mismo, el papel del orientador no puede ser el de programar la `ida intelectual del orientando, estableciendo reglas sobre lo que puede y lo que no puede escribir. El papel del orientador que realmente *orienta,* que acompaña las dudas del orientando a las que siempre suma más dudas, es el de, de manera amigable, abierta, a veces aquietar, a veces inquietar al orientando. Aquietar con la respuesta segura, con la sugerencia oportuna, con la bibliografía necesaria que lo llevarán igualmente a una nueva inquietud. La quietud no puede ser un estado permanente. Sólo en la relación con la inquietud cobra sentido la quietud. La vida, que es constante movimiento de búsqueda, no puede ser inmovilizada en ninguno de sus múltiples momentos, como aquel en el que escribimos disertaciones o tesis. Las relaciones entre el orientador y el orientando, más que estrictamente intelectuales, deben ser afectivas, respetuosas, capaces de generar un ambiente de mutua confianza que en vez de inhibir estimule la producción del orientando.

El papel del orientador es discutir con el orientando todas las veces que sea necesario, dentro de los límites de su tiempo, la marcha de su investigación, el desarrollo de sus ideas, la agudeza de su análisis, la simplicidad y la belleza de su lenguaje o las difi-

cultades que el orientando enfrenta en el trato con su tenla, en la consulta de la bibliografía, en el propio acto de leer o de estudiar. La lealtad con que discute los temas y las personas en lu texto. Obviamente que no será para imponer al orientando su forma personal de estudiar, de analizar, de consultar y de citar dpcumentos, sino para apoyar los procedimientos del orientando o para dejar clara su posición contraria, que igualmente no podrá serle impuesta.

El papel del orientador es valorizar el empeño del orientando o criticar su inoperancia. Callar frente a su esfuerzo, cuando de él está resultando una producción seria, es tan perjudicial como callar frente al descuido de su tarea. En el fondo, si es prcgresista, el orientador no podrá actuar autoritariamente ni tampoco de manera permisiva. No puede callar ni frente al mérito del orientando ni frente a su demérito.

El papel del orientador es viabilizar fuentes de infcrmación variadas sobre la temática del orientando, llamar su atención hacia tal o cual documento más raro, es estimular y mediar encuentros del orientando con otros intelectuales del mismo campo o de un campo interesante para su interés científico. Es ayudar al orientando a que se ayude. Finalmente, lo que centralmente interesa a la Academia, al orientando, al orientador y a la sociecad es la mejor formación científica posible del orientando.

El papel del orientador, obviamente dentro de una perspectiva democrática, no es el de, apropiándose del orientando, escoger por él el tema y el título de su disertación, e incluso imppnerle el estilo, el número de páginas que deberá escribir, la línea político-ideológica del trabajo y la extensión de las citas.

Un punto que me parece universalmente aceptado: tanto el orientador como el orientando tienen derecho a negarse a trabajar en oposición al otro. Tampoco existe ninguna exigencia de plazo para poner fin a la relación entre ambos. En el momento en que, por "mil razones," ocurre en ésta un desfase, la Academia no tiene otra cosa que hacer que aceptar que se establezca una nueva relación.

Lo que el orientador tampoco puede es, luego de haber sido intelectualmente solidario durante el proceso de la orientación, sorprender al orientando el día del examen con un discurso adverso a su tesis. Un orientador que procede de esta manera sólo se siente libre para hacerlo porque jamás realiza una evaluación

de su evaluación. Posiblemente el peor aspecto de tal procedimiento es el testimonio de falta de ética que da a los estudiantes, que, a la vez que hace la vida académica más desagradable, nos disminuye.

Lo que no sólo puede sino que debe hacer es, de una manera comprometida, realmente apasionada, si está convencido de su error, llamarlo a la comprensión de su desvío para que el orientando, asumiéndolo, lo supere.

Sin embargo, existen casos en que no se trata propiamente de un error, sino de una divergencia en la interpretación. No veo por qué el orientador y el orientando deberían coincidir siempre. Lo que el maestrando o el doctorando tiene que demostrar a la Academia no es que piensa corno el orientador, sino que *osa pensar* con independencia, no importa que a veces se equivoque. El error no es pecado sino parte del proceso del conocimiento.

Una disertación puede valer más por lo que posea de curiosidad, de riesgo, de aventura del espíritu por parte de su autor, que otra que, "modosita", revela miedo al riesgo y a la osadía.

Es verdad que no es posible crear sin una seria disciplina intelectual, del mismo modo que no es posible crear con un sistema de reglas fijas, rígidas, impuestas por alguien. Reglas que no pueden ponerse en tela de juicio.

Por eso el buen orientador es el que humildemente tanto está atento a la contribución que debe ofrecer al orientando como reconoce, sin sentirse disminuido o importunado, la importancia de la contribución que el orientando trae a su campo de estudio.

La Academia no puede ni debe ser un contexto inhibidor de la búsqueda, de la capacidad de pensar, de argumentar, de preguntar, de criticar, de dudar, de ir más allá de los esquemas prestablecidos. Por ello, fiel a sus objetivos críticos, no puede aferrarse a un único modelo de pensamiento, corriendo así el riesgo de perderse en la estrechez del pensamiento sectario.

Creo que también debe ser una de las preocupaciones del orientador, al inicio de su actividad con el orientando al que auxilia en su esfuerzo de trabajar su disertación o su tesis, discutir con él sobre lo que significa escribir un texto. Lo que significa escribir un texto necesariamente implica lo que significa leer un texto. Es casi imposible escribir sin superar una de las dificultades que esta tarea nos plantea, sin el ejercicio crítico de la lectura. En primer lugar, yo leo lo que otros escriben, y escribo para que otros lean

lo que escribí. En la medida en que ejerzo mi curiosidad crítica con la lectura de un texto y voy dominando el proceso de producción de su inteligencia, en vez de buscarla hecha, elaborada, reposando en el texto y ahí dejada por su autor, me estoy preparando para escribir. La posibilidad de participar en la creación de la comprensión del texto también me hace capaz de reescribirlo.

Para quien quiere y precisa escribir el mejor camino es leer bien y bastante, a lo que corresponde escribir con respeto por el tema, con elegancia y belleza. Escribir diariamente una nota sobre algún hecho referido en el noticiario de la televisión, una carta aunque no se remita a nadie, un comentario sobre una lectura hecha en un libro o en una revista.

Lo más importante es escribir tornando en cuenta la claridad del texto, la capacidad de decir lo que había que decir, el buen gusto del lenguaje.

En trabajos anteriores he insistido en que no existe antagonismo entre escribir con rigor y escribir bonito. He destacado que la búsqueda de la belleza en la producción del texto no es sólo deber de los artistas de la palabra, sino de todos y de todas los y las que escribimos.*

Por eso siempre me pareció importante sumar a la lectura indispensable para la fundamentación de la tesis, o de la disertación, la lectura de buenos escritores, buenos novelistas, buenos poetas, buenos biógrafos.

Sólo se puede ganar en la convivencia con la sonoridad de las frases, con la claridad en la exposición, con la levedad del estilo. Obviamente la sonoridad de la frase o la levedad del estilo sólo son valiosas cuando están asociadas a la importancia del contenido. De ahí que hable de la sonoridad de las frases, de la levedad del estilo, y no de palabrería. La palabrería hueca, ésa sí, no atiende ni a las justas exigencias de la Academia ni al rigor de las buenas casas editoriales. En este sentido, un texto que no puede ser tesis tampoco puede ser libro. Lo que me parece extraño es que un texto pueda ser un buen libro pero no tener el nivel de una tesis. En este caso, una de las dos está equivocada: o la Academia o la casa editorial.

En cierta oportunidad, coordinando un curso de vacaciones de

* Véase Paulo Freire, *Pedagogía de la esperanza..., op. cit., y Cartas a quien pretende enseñar, op. cit.*

un mes en una universidad extranjera, en la que pasaba dos horas diarias dedicadas a entrevistas con alumnos y con alumnas, tuve una larga conversación con una alumna sobre el proyecto de su tesis. Era un texto bien escrito, que hablaba con claridad sobre los diferentes pasos del trabajo. En cierto momento planteé una cuestión sobre la neutralidad de la educación y manifesté mi discrepancia. Con aire triste ella me respondió que tampoco aceptaba el tratamiento que estaba dando a la educación, pero que así pensaba su orientador.

Estoy completamente convencido de que en casos como éste la posición correcta del orientador sería, discrepando con la orientanda, argumentar sobre su posición contraria y justificarla. Y si, por ejemplo, ella insiste en la no neutralidad de la educación, cabría al orientador, primero, renunciar a su tarea o, segundo, lo que me parece sería prueba de su *tolerancia,* continuar con la orientación reservándose éticamente el derecho de oponerse en el examen a la posición de la orientanda. En el caso que estamos examinando, el orientador autoritariamente impuso su opción político-pedagógica a la orientanda, que se curvó frente a su autoritarismo.

En la Pontificia Universidad Católica de São Paulo participé en una excelente experiencia en el campo de la orientación de disertaciones y de tesis al lado de la maestra Ana Maria Saúl, hasta hace poco vicerrectora de la misma universidad.

Cada quince días nos reuníamos con alumnas y alumnos del posgrado vincu:ados al programa para discutir el relato que cada uno o cada una hacía del proceso de redacción de su disertación o de su tesis.

Eran reuniones de tres horas, con un pequeño intervalo para el café. Primera hablaba uno de los participantes, partiendo de su llegada al programa, de su entrevista inicial, de sus inseguridades, de sus dudas, de la dificultad o no para hacer preguntas de las que podría nacer si tema aún nebuloso y vago. Finalmente hablaba sobre su jornada.. De los diferentes instantes del largo proceso de producción de :u documento académico.

Inmediatamente después sometíamos su diálogo a un debate, casi siempre rica en indagaciones y sugerencias.

Cada uno se veía un poco en la experiencia del otro, en las dificultades pan plasmar en el papel el discurso en proceso de organización como pensamiento. Dificultades para expresarlo en

el lenguaje escrito. El ejercicio oral de exponer y debatir su práctica académica, el de hablar de su tema como lo piensa, o de cómo lee una bibliografía fundamental, o de cómo trabaja con su orientador, acaba por ayudarlos a todos en el esfuerzo de escribir sus disertaciones o sus tesis.

En realidad, *hablar* sobre el proyecto es parte del proceso de escribir la tesis. El momento oral debe preceder al de la escritura, del que debemos regresar al habla, tanto como nos sea posible, sobre lo que estamos escribiendo. Hablar de lo que se pretende escribir, hablar de lo que ya se está escribiendo, nos ayuda a escribir mejor lo aún no escrito o a reescribir lo ya escrito pero no terminado.

En algunas ocasiones comparecía en el seminario el orientador de uno u otro participante, contribuyendo con su crítica o con su comentario al curso de la discusión.

Nunca realizamos una evaluación objetiva de las reuniones, pero, a juzgar por la riqueza de las mismas, por la actuación cada vez más crítica de los participantes y por las declaraciones personales de algunos o de algunas de ellas, no hay duda sobre su eficacia y sobre el acierto de haberlas realizado.

La propia diversidad y pluralidad temática de las reuniones contribuía a ampliar el abanico de los desafíos y de la curiosidad. De esa manera había una posibilidad de enriquecimiento para todos los participantes. No fueron raras las ocasiones en que, por el mismo hecho de estar discutiendo un tema que no era el suyo, uno de los participantes se aventuraba en su análisis, mostrando un aspecto que aún no había sido considerado por quien exponía su trabajo.

Realizadas en grupo, las reuniones en última instancia proporcionaban nuevas visiones sobre ciertos problemas y *revisiones* de nuevas formas de ser. Visiones nuevas y re-visiones provocan la percepción de la percepción anterior, a la que se suma el conocimiento del conocimiento anterior. Percibir cómo percibía, conocer cómo conocía, implican finalmente *re-confirmar* lo antes afirmado, o *afirmar* una nueva forma de percibir o una nueva forma de conocer, indispensable ejercicio para quien hace un posgrado.

Por otra parte, es preciso que el o la estudiante en proceso de orientación asuma responsablemente su papel. En general, escribir es un quehacer placentero pero exigente. Escribir se va tornando un acto placentero en la medida en que, con humildad y con

paciencia, vamos superando una u otra dificultad para plantear en el papel nuestro discurso sobre el objeto.

La alegría que sentimos al escribir es el premio que recibimos por el esfuerzo, por la tenacidad con que nos entregamos a la tarea de registrar nuestra inteligencia o nuestra comprensión del objeto.

Pero por otro lado no es posible escribir sobre lo que no se sabe. Por eso es fundamental que yo sepa sobre qué voy a escribir, esto es, que delimite el campo de mi búsqueda, que tenga clara mi pregunta *y* más o menos clara mi respuesta. Sin trabajar estas exigencias con el orientador o la orientadora, sin el estudio de una bibliografía básica que cerque mi tema, es imposible escribir la tesis.

Sin rigor, sin seriedad, sin disciplina intelectual, el proceso de la orientación, que involucra al orientador y al orientando, se frustra y deja de cumplir la tarea que se espera de éste.

Escribir sobre un tema implica lecturas previas y concomitantes sobre éste, así como la lectura de mi propia escritura. Y nada de eso puede realizarse sin esfuerzo, sin dedicación, sin responsabilidad. Es absurdo que el orientando, sobre todo si es becario, se haga el que estudia o dé la impresión de que trabaja sin abocarse seriamente a su tarea.

Las exigencias éticas del trabajo de orientación no se limitan solamente al trabajo del orientador, sino que necesariamente alcanzan también a los orientandos.

Sin embargo, de cualquier manera tendremos que reconocer y hasta destacar la importancia de la persona del orientador o de la orientadora en el proceso de la orientación. La importancia del estímulo que el orientando recibe del orientador, la repercusión en el orientando de un gesto poco cortés con que el orientador *maltrata* el trabajo del orientando. Por último, el orientando es tan persona como el orientador, persona que siente, que sufre, que sueña, que sabe y puede saber pero que ignora, que precisa estímulos. ¡Es *persona* y no *cosa!*

DECIMOSÉPTIMA CARTA

> Solamente los mecanicistas, que sin saberlo pierden la forma dialéctica de pensar, pueden aceptar un nacimiento de la mujer y del hombre nuevos tan simplista como el de que hablan.

Ahora me gustaría realizar un ejercicio diferente. Me gustaría ensayar una aproximación crítica a algunas de las muchas preguntas que me hacen a veces los participantes en los encuentros que coordino en Brasil o fuera de él, y a veces por carta.

Son preguntas que por lo general giran en torno a ciertos núcleos básicos, a ciertas preocupaciones fundamentales concernientes al tema de la dominación, ya sea de clase, raza o sexo.

No existe ninguna pregunta de la que podamos decir: ésta es la primera. Toda pregunta revela insatisfacción con respuestas anteriores dadas a preguntas también anteriores. Preguntar es asumir la posición curiosa de quien busca. No hay conocimiento fuera de la indagación. Fuera del asombro. Por otro lado, quien pregunta debe comprometerse o estar comprometido ya con el proceso de la respuesta tanto como espera que se comprometa aquel o aquella a quien se pregunta. Vale decir, quien pregunta no puede quedarse satisfecho con esperar la respuesta. Está claro que quien pregunta espera respuesta, pero quien pregunta críticamente no sólo está abierto o dispuesto a lidiar con la respuesta o las respuestas que le den, sino también a intentar su propia respuesta. Aún más, hay preguntas que, trayendo en sí la respuesta de quien las hace, tratan de rectificarla o ratificarla. En última instancia, quien formula este tipo de pregunta busca someter su afirmación ("respuesta") al juicio de aquel o de aquella a quien interroga.

Tengo aquí, en mi mesa de trabajo, cuatro preguntas que me acaban de llegar del norte y que repiten, casi con las mismas palabras, otras tantas que recibo.

11 ¿Cómo explicar los altos índices de fracaso entre los estudiantes de color en las sociedades que se consideran progresistas?

2] ¿Pueden los oprimidos realmente trabajar como auténticos

sujetos, en programas progresistas, con el opresor?

3] ¿Cómo explicar que perduren posiciones discriminatorias de clase, cle sexo, de raza, en una sociedad que se dice progresista?

4] ¿La práctica educativa liberadora puede erradicar manifestaciones del poder discriminante de clase, de raza, de sexo, dentro de una sociedad progresista?

Creo que el punto de partida para responder a estas preguntas, no importa por cuál de ellas comencemos, es la discusión de la dominación y de la liberación como procesos contradictorios y no mecánicos. No existe experiencia de dominación que no produzca en los y en las que dominan y en los y las que son dominados posiciones y actitudes, formas de valorar, de leer el mundo, contrarias unas a las otras. Nadie, persona, clase o grupo dominado hasta ayer, martes, revelando su comportamiento ambiguo y dual, rasa de la noche a la mañana a ser diferente el miércoles. El nuevo hombre y la nueva mujer jamás serán resultado (le una acción mecánica, sino de un proceso histórico y social profundo y complejo. El nuevo hombre nace poco a poco, va haciéndose, no nace hecho.

Solamente los mecanicistas, que sin saberlo pierden la forma dialéctica de pensar, pueden aceptar un nacimiento de la mujer y del hombre nuevos tan simplista corno el de que hablan. Cargarnos con nosotros y en nosotros la inexperiencia democrática, a veces vigorosa, que nos marca desde los tiempos de la colonia, de la que son contradicción las expresiones nuevas o los nuevos impulsos de la democracia. Marcas coloniales que perduran hasta hoy.

En realidad, es preciso insistir en la naturaleza procesal de la historia. Y la práctica progresista, histórica, no sería una excepción. Por otra parte ningún sueño democrático, ni siquiera el socialista, puede alimentar en sí el ideal de santificación de los hombres y de las mujeres. El de *ser más, ése* sí as su vocación histórica. Sin embargo, por lo mismo que es una *vocación* y no un *sino* o un *destino seguro,* tanto puede ir consolidándose en la lucha por la libertad como puede, desorientándose, crear o intensificar la *deshumanización* existente.

Uno de los problemas que enfrentaron todas las revoluciones y que la mente mecanicista jamás podría entender es la permanencia de expresiones de la vieja superestructura en la nueva, en contradicción con la infraestructura en proceso de creación por la revolución. Las formas de ser, de valorar, de pensar tanto ciertas

creencias como ciertos saberes del ayer penetran en el hoy revolucionario. Las nuevas formas de pensar y de valorar no se constituyen del martes para el miércoles, como en un pase de magia. Una cosa es cambiar una mesa de un lugar de la casa a otro; basta con tener fuerza física para hacerlo. Pero cambiar un hábito cultural es otra cosa. Por ejemplo,[41] convencer a los brasileños de que la *feijoada* de soya es sabrosa.

La vieja educación, elitista y autoritaria, que aun antes de la revolución en el poder era vivida como una incoherencia por los educadores y las educadoras revolucionarias, se adentra en el tiempo de la revolución, dificultando la constitución de la *nueva educación.* En cierto sentido, por otra parte, algunos de los aspectos o momentos de la nueva comprensión y de la nueva práctica educativa, en contradicción con la vieja superestructura de la sociedad, comienzan a constituirse en el mismo proceso de la lucha. El tomar parte en el conflicto gesta nuestra conciencia.

A veces las contradicciones se daban, en rigor, entre la permanencia de las viejas marcas en el nuevo tiempo revolucionario y la forma *idealista* de pensar de los revolucionarios. Para ellos, la nueva infraestructura se constituía de la noche a la mañana, y la nueva superestructura al mismo ritmo, mecánicamente.

Una vez realizadas estas primeras consideraciones, tomemos la primera pregunta: ¿Cómo explicar los altos índices de fracaso entre los estudiantes de color en las sociedades que se consideran progresistas? Estas sociedades, a pesar de que se piensan y se proclaman progresistas y de que posiblemente hasta cuentan con un sistema de leyes contra la discriminación, casi nunca aplicado equitativamente, todavía no han sido capaces de "morir" como racistas para "renacer" como democráticas.

En la medida en que la ideología racista sólo es combatida en el papel, en que los discriminados se sienten impotentes o casi impotentes para apelar a la ley, los estudiantes de color continúan en una lucha desigual para garantizar sus pautas de eficacia.

El alto grado de incoherencia que este tipo de sociedades revela en su población trabaja en favor de ese destiempo. Por un lado el discurso democrático, apasionado, de quienes misteriosamente se reconocen maestros de democracia en el mundo, salvaguardas de los derechos humanos; por el otro la práctica racista malvada, agresivamente contradictoria de los reales ideales democráticos. La lucha contra el racismo, contra el sexismo, contra la discriminación de clase es una exigencia inexcusable de la sociedad democrática y de su perfeccionamiento.

No importa en qué espacio escolar trabajen, en la escuela básica, en la enseñanza media, en la universitaria, en la enseñanza profesional o en la educación popular, informal, los educadores y educadoras progresistas no tienen otro camino que el de la coherencia entre el discurso democrático y su práctica igualmente democrática.

No es posible hablar de democracia y al mismo tiempo aceptar sin ninguna reacción el descuido con que se relega el espacio educativo, la propia educación de los niños pobres, proletarios, negros, como si ellos fuesen *eso,* ontológicamente inferiores o inferiores por nacimiento. La connivencia con semejante descuido nos hace solidarios con ella, y eso nos hace menores que aquellos o aquellas que, siendo *pequeños,* actúan como lo hacen por convicción o por opción ideológico-política.

Lo extraño en este tipo de sociedades sería que[42] los estudiantes de color no presentasen altos índices de fracaso.

Pero me parece que se hace menester insistir, hasta con rabia, en dos puntos obvios: primero, el fracaso de los jóvenes estudiantes negros es el éxito del poder racista dominante; segundo, el fracaso de los jóvenes estudiantes negros no es responsabilidad de ellos, sino de la política discriminatoria contra ellos.

La segunda pregunta: ¿Pueden los oprimidos realmente trabajar como auténticos sujetos, en programas progresistas, con el opresor?

No importa si se realiza como una táctica explotadora, violenta, de la clase dominante o es asumida contradictoriamente por quien se presenta como progresista, la práctica opresora es incompatible con el sueño y con la práctica progresistas.

Sin embargo, superar su contradicción es más fácil, o así lo parece, para el opresor que, hombre y blanco, discrimina -una forma de oprimir- a la mujer y al negro, pese a decirse progresista, que para el opresor que lo es en razón de su clase y su poder. El opresor en razón de su clase puede incluso decirse demócrata, pero su ideal democrático tiene horizontes demasiado estrechos, no soporta al hombre de color cerca de él. La democracia que él defiende se siente en peligro, amenazada, si las clases populares llenan las calles y las plazas en defensa de sus derechos y sus intereses. La sustantividad democrática exige mayor radicalidad

ética. No puede hacerse de la vista gorda frente a ninguna forma de discriminación. Desde este punto de vista, para que los progresistas trabajen hombro con hombro con un individuo autoritario, antidemocrático, es menester que los progresistas se vuelvan reaccionarios, y por lo tanto que el proyecto deje de ser progresista, o que el autoritario se convierta a la lucha progresista.

Otra hipótesis que se encuadraría en el espíritu de la pregunta se puede verificar en las situaciones en que una persona democrática, por una cuestión de supervivencia, trabaja en, y no con, un equipo de racistas. Ella sabe entonces cuándo y cómo sanar su malestar.

La tercera pregunta tiene como eje algo que ya he venido diciendo en el tratamiento de las cuestiones anteriores: ¿Cómo explicar que perduren posiciones discriminatorias de clase, de sexo, de raza, en una sociedad que se dice progresista? En primer lugar, una cosa es el discurso oficial de la sociedad sobre sí misma y otra es su *práctica social. Y* lo que realmente perfila a una sociedad es su práctica social, y no el discurso oficial sobre ésta. Sin embargo, el discurso oficial también tiene su valor, histórico por un lado, y por el otro y principalmente, para los progresistas que no sólo podrán sino que deberán usarlo en su lucha. Utilizarlo en el sentido de, mostrando la incoherencia entre éste y la práctica social, demandar la creciente disminución entre lo que se predica en el discurso y lo que se realiza en la práctica.

Con todo, no tengo duda de que una de las razones por las que perduran las prácticas discriminatorias en las sociedades de las que se piensa que en cierto sentido tienen características progresistas es la dificultad que tienen las llamadas minorías de esas sociedades para, superándose a sí mismas, percibirse como *mayorías.* Percibirse y comportarse como mayorías.

Sería mucho menos difícil para las llamadas minorías limar sus asperezas entre sí, en un ejercicio político diario, y luchar unidas, que conseguir sus objetivos luchando cada una por su lado, debilitadas.*

Esto es parte del sueño de la liberación, de la búsqueda permanente de la libertad, de la vida, de la superación procesal de todas las formas de discriminación. La educación crítica, desocultadora, tiene un papel indiscutible en este proceso. Y será tanto más eficaz

* Véase Paulo Freire, *Pedagogía de la esperanza..., op. cit.*

cuanto en la experiencia cotidiana de la sociedad disminuya la fuerza de los procesos discriminatorios. No podemos esperar una práctica educativa de naturaleza liberadora de una educadora o de un educador reaccionario, del mismo modo que la verdadera acción democrática tiene poco efecto si se realiza de manera aislada en un contexto pesadamente racista.

La práctica política de mujeres y hombres maduros, que reconociendo críticamente el papel y la necesidad de la unidad en la diversidad -también en sí una práctica pedagógica-, es indispensable para la lucha contra la dominación.

La lucha por una democracia menos injusta, más éticamente cimentada, también es una obra de arte que nos llama y nos espera.

Es así como una educación liberadora puede ayudar en el proceso de la superación de las manifestaciones del poder discriminatorio. También en la medida en que se preparen agentes políticos para la intervención transformadora de las estructuras políticas y económicas del estado.

DECIMOCTAVA CARTA

> La relación amo-esclavo, que poco importa que se presente con el disfraz más colorido, no deshumaniza sólo al esclavo sino también al amo. Desde el punto de vista ético -y la importancia radical de la ética crece cada vez más- ambos son deshumanizados; el que domina y el dominado.

Ahora, al cerrar este conjunto de cartas, quien haya leído este libro habrá caído en la cuenta de que de éstas surgen algunos temas que a mi modo de ver se vienen planteando como problemas de este fin de siglo, que también es fin de milenio. Problemas entre los cuales algunos han emergido recientemente y otros están presentes en la historia desde hace mucho tiempo, pero ahora ganan nuevos colores al ocupar espacios visibles.

Sé que no es fácil enumerar, en el fin de un siglo tocado y desafiado por guerras mundiales, por guerras locales de carácter casi mundial, por transformaciones radicales de naturaleza social, política, económica, ideológica, ética, por revoluciones er la ciencia, en la tecnología, por la superación de creencias y de mitos, pero también por la reactivación de algunos (como el mito nazi de la raza, de la nación), por el regreso a la duda que pone en tela de juicio a la certeza de la modernidad -sé que no es fácil enumerar todo lo que puede parecernos que hoy es fundamentalmente problemático. Problemático para quien vive la última década del viejo siglo, pero también para quien viva el comienzo del venidero.

Algunos puntos de indiscutible complejidad, que abarcan desde la política hasta la epistemología, pueden ser inventariadDs.

Relaciones *Norte-Sur*

Como centro de poder, el Norte se acostumbró a "perfilai" al Sur. El Norte "portea"* al Sur.

* A propósito de la ideología de "nohear", véase Márcio Campos, (n nota de Ana Maria A. Freire, en *Pedagogía de la esperanza..., op. cit.*

Una de las tareas que el Sur, espero, se impondrá en esa relación, es la de, tratando de superar su dependencia, comenzar a ser también sujeto de su búsqueda; a ser un "ser para sí" y no "para el otro", como ha sido.

Pero mucho más que buscar -aunque fuese fácil- debe cambiar de posición: dejar de ser "norteado" y pasar a "surear". No dudo de que el camino no sería ése sino el de la interdependencia, en el que uno no puede ser si el otro no es. En este caso, al "nortear", el Norte se expondría al "sureamiento" del Sur y viceversa.

¿Sueño imposible? ¡No! Utopía. Posibilidad.

En realidad el desequilibrio entre Norte y Sur, del que resultan la dominación del segundo, la violencia del primero, el poder exacerbado del Norte, la debilidad del Sur, acaba por afectar los intereses del propio Norte y perjudicar el progreso global de la democracia.

La relación amo-esclavo, que poco importa que se presente con el disfraz más colorido, no deshumaniza sólo al esclavo sino también al amo. Desde el punto de vista ético -y la importancia radical de la ética crece cada vez más- ambos son deshumanizados; el que domina y el dominado. Por eso no hay cómo escoger entre ser dominador o ser dominado. Las indiscutibles ventajas materiales de quien domina van mermando frente a la resistencia, cualquiera que ésta sea, de quien, ofendido, lucha por la restauración o por la "inauguración" de la libertad. Entre ser dominador o ser dominado el camino es el de la utopía, el del sueño posible y concreto de la libertad. El camino es el de la lucha sin tregua, bien vivida, astutamente planeada, con la malicia y la sagacidad de la serpiente y no sólo con la candidez del cordero. Cabe destacar, así, que la opción no puede ser la inmolación, el desistimiento, sino la de quien se afirma, en la lucha crítica, en la búsqueda de su autenticidad.

Es obvio que ésta no es una lucha fácil. En primer lugar es una lucha para gente obstinada, persistente, esperanzada, pacientemente impaciente. Gente hábil, curiosa, siempre dispuesta a aprender con lo diferente, a extraer saber de su relación con lo antagónico; gente políticamente competente, que no se aísla, sino que al contrario amplía todo lo que puede el número de compañeros de lucha. Gente tolerante que sabe que no es posible hacer política sin concesiones, pero que también sabe que conceder no es lo mismo que estar en connivencia.

El problema de cómo trabajar la unidad de los dominados para enfrentar al dominador común en favor del objetivo mayor, de cómo superar sus diferencias en cierta fase del proceso, es un obstáculo casi infranqueable. Utilizando una fórmula tan antigua como aún eficaz, el dominador divide entre sí a los dominados, y de esta manera continúa reinando.

La unidad de los diferentes se impone una vez más si éstos pretenden ser eficaces en su justa lucha.

Es interesante observar que en 1968 nadie preveía lo que sucedería en mayo, no sólo en París o en Nueva York sino en el mundo entero, con más fuerza en una sociedad y con menos en otra. Nadie pensaba que una generación entera plantearía exigencias de libertad, de afirmación personal, que harían tambalear los cimientos del poder tradicional y autoritario.

Algunos amigos y compañeros de exilio en Santiago habían llegado a París en abril y habían estado con científicos políticos latinoamericanos y franceses del más alto nivel, y en ningún momento ni siquiera uno de ellos había sospechado la rebelión que estaba a punto de estallar.

Esto se repitió recientemente de manera bastante más profunda con algo que cambió y continúa cambiando la cara del mundo. El desmoronamiento de lo que se llamó el "socialismo realista" y no, a mi entender, del sueño o de la utopía socialista.

Si hace diez años alguien hubiese hablado de lo que sucedería, incluso parcialmente, en el Este de Europa, habría sido tildado de loco y nadie le habría prestado atención. ¿Dónde se ha visto? ¡Que va a caer el Muro de Berlín! Está loco. Pero en realidad no habría sido un "tonto", sino alguien que creía en el gusto por la libertad.

La cuestión del hambre

La cuestión del hambre en el mundo, [43] en cuya estadística los brasileños entramos con treinta y tres millones de brasileños y brasileñas, de un total de 149 236 984, siendo una horrible realidad también es una retumbante pornografía.

Es imposible vivir en paz con las estadísticas que retratan el problema del hambre en el mundo. Del hambre que se va extendiendo a un sinnúmero de trágicas derivaciones, cada una de los cuales constituye en sí misma un desafío inmenso.

Es indiscutiblemente una vergüenza que en Brasil lleguemos a este fin de siglo con esa cantidad alarmante de hermanos y hermanas que mueren por no tener qué comer.

El desafío que el sociólogo Herbert de Souza, Betinho, [44] viene planteando al país con la campaña contra el hambre que dirige, ha provocado repetidas veces la pregunta de si esa campaña es conscientizadora o no.

A pesar de haber escrito ya innúmeras veces sobre el concepto de conscientización, debo correr el riesgo de repetirme. En primer lugar, me parece fundamental distinguir, aunque sea rápidamente, la conscientizacián de lo que se llama la toma de conciencia *-prise de conscience.*

La toma de conciencia se verifica en la posición espontánea que mi cuerpo consciente asume frente al mundo, a lo concreto de los objetos singulares. En última instancia la toma de conciencia es la presentificación en mi conciencia de los objetos que capto en el mundo en el que y con el que me encuentro. Por otro lado, los objetos son presentificados a mi conciencia, no se hallan *dentro* de ella.

Sobre la mesa en que trabajo, escribo y leo, y que me acompaña casi "fraternalmente" desde mi llegada a Ginebra en 1970, en este momento tengo libros, papeles, un aparato de sonido, un teléfono, plumas. De ésto; tomo conciencia. Todos están presentificados a mi conciencia, pero no dentro de ella. La toma de conciencia es el punto de partida. Tomando conciencia del objeto es como primero me doy cuenta de él. Dándose a mi curiosidad, el objeto es conocido por mi. Sin embargo, mi curiosidad frente al mundo, al "no yo", puede ser tanto puramente espontánea, desarmada, ingenua, que aprehende al objeto sin alcanzar la posible razón de ser del mismo, como puede, transformándose en virtud de un proceso en lo que llamo curiosidad epistemológica, aprehender no sólo el objeto en sí, sino la relación entre los objetos, percibiendo la razón de ser de los mismos.

En el primer caso, el de la toma de conciencia, el conocimiento fragmentario se queda en el nivel preponderante de la sensibilidad del objeto o de! fenómeno. En el segundo, aprehendiendo las relaciones entre los objetos y la razón de ser de los mismos, el sujeto cognoscente produce la inteligencia de los objetos, de los hechos, del mundo. El sujeto cognoscente conoce críticamente, sin que esto signifique que no pueda haberse equivocado. Esto es lo que vengo llamando la lectura del mundo, que siempre precede a

la lectura de la palabra. Lectura del contexto, lectura del texto, la una implica a la otra.

Tanto en la toma de conciencia corno en la conscientización, que es una profundización de aquélla, leemos el mundo y podemos leer la palabra. En la simple toma de conciencia nuestra lectura es ingenua, mientras que en la conscientización nos vamos haciendo más críticos.

Por lo mismo es muy normal que las comunidades iletradas, fuertemente castigadas por las injusticias, atribuyan al destino a al hado o a la voluntad de Dios la causa del hambre que las dilacera. Es en función de su experiencia de lucha para sobrevivir como comienzan a superar la percepción ingenua y mágica del fenómeno. La conscientización apunta a ese cambio en la percepción de los hechos y se basa en la comprensión crítica de los mismos.

La persona conscientizada es capaz de percibir claramente, sin dificultades, el hambre como algo más que lo que su organismo siente al no comer; el hambre como expresión de una realidad política, social, de profunda injusticia. Y si la persona conscientizada cree en Dios y hace oraciones, ciertamente las hará para pedirle fuerzas para luchar contra la indignidad a que es sometida. La persona conscientizada pero creyente tiene en Dios una presencia histórica, pero no una presencia que hace la historia sino a los hombres y las mujeres. En realidad es a nosotros a quienes nos corresponde hacer la historia y ser hechos y rehechos por ella. Haciendo la historia de manera diferente es corno acabaremos con el hambre.

La persona conscientizada es capaz de relacionar entre sí los hechos y los problemas, de comprender fácilmente los nexos entre el hambre y la producción de alimentos, entre la producción de alimentos y la reforma agraria, entre la reforma agraria y la reacción contra ésta, entre el hambre y la política económica, entre el hambre y la violencia; entre el hambre y el voto consciente por políticos y partidos progresistas; entre el hambre y la negación del voto a los partidos y a los políticos reaccionarios, a veces con discursos engañosamente progresistas.

La persona conscientizada tiene una comprensión diferente de la historia y de su papel en ella. Se niega a "adaptarse"; se moviliza y se organiza para cambiar el mundo. La persona conscientizada sabe que es posible cambiar el mundo, pero también sabe que es imposible hacerlo sin la unión de los dominados. Sabe muy bien

que la victoria sobre la miseria y el hambre es una lucha política en favor de la profunda transformación de las estructuras de la sociedad. Sabe claramente que la superación del hambre pasa por la existencia de empleos en el campo y en las ciudades, así como que la creación de los mismos una vez más pasa por la reforma agraria.

Una de las condiciones para que un hecho, un fenómeno, un problema sea comprendido en su red de relaciones es que se torne, dialécticamente, un elemento destacado percibido en sí. Primero, que lo comprendamos como algo en sí mismo, para así percibir que su comprensión abarca sus relaciones con otros datos o hechos.

Creo que esto es exactamente lo que viene haciendo la campaña del hambre dirigida por Betinho. Viene haciendo del hambre entre nosotros algo que, a pesar de lo concreto de su situación, antes no era un elemento destacado en sí. Una presencia chocante, incómoda, indignante. No tengo dudas de que Betinho jamás pensó organizar una campaña puramente asistencialista, porque sé que también él distingue perfectamente entre la asistencia y el asistencialismo. La asistencia es necesaria. Es capaz de deflagrar, y en realidad ya lo ha hecho, el proceso de conscientización en la medida en que, subrayando la carencia y comenzando a despertar la curiosidad de los "asistidos", les va posibilitando el asumirse como sujetos históricos a través de su compromiso con la lucha política.

Recientemente he leído una afirmación ejemplar de Betinho que tiene que ver con estas consideraciones: "Nunca supe de ningún hambriento al que le haya llevado un plato de comida que me hiciese un discurso como éste: `Gracias señor, pero no puedo aceptar su gesto porque es asistencialista. "' El discurso del que tiene hambre es su propio acto de comer la comida. Cuando la necesidad que lo acosa disminuye, entonces comienza a hablar. A partir de esa cosa concreta -la comida-, que responde a otra igualmente concreta -el hambre-, el hambriento puede inclusive, comprendiendo mejor o comenzando a comprender la razón de su hambre, prepararse para comprometerse en la necesaria lucha contra la injusticia. Más aún, al comprometerse un sinnúmero de personas que comen, qre visten, que escuchan música y que viven bien, la campaña necesariamente movilizará a muchos, cambiándoles la manera de ver y de pensar el Brasil. La campaña las conscientizará y las "convertirá".

Yo mismo ya escuché de varias personas para quienes la reforma agraria, la educación crítica y la teología de la liberación sugerían

subversión y autoritarismo, que todo eso era falsificación ideológica. Que es urgente que acabemos con el ultraje del hambre, que es urgente luchar por la reinvención de Brasil.

Llegará un momento en que los jóvenes empresarios brasileños, que están descubriendo cuánto están dejando de ganar por la injusticia en la distribución del ingreso en este país, comenzarán también a presionar en favor de la reforma agraria como una de las piedras angulares del juego. En realidad no es posible superar el hambre sin la reforma agraria, sin generar empleos, sin una justa distribución del ingreso.[45] En ese punto están de acuerdo capitalistas y progresistas críticos.

Recientemente un empresario brasileño, gran amigo mío, me comentó una conversación que mantuviera en Nueva York con un colega estadunidense, a quien preguntó cómo veía él nuestra realidad. Luego de algunas referencias positivas a la economía brasileña, el norteamericano le dijo: "Ustedes tienen algunos obstáculos, sin la superación de los cuales no veo cómo puedan avanzar: la pésima distribución del ingreso y la reticencia increíble e insostenible a realizar una reforma agraria seria, de los que resulta la inigualable dificultad para hacer crecer el mercado interno, cuyo potencial es indiscutible, hasta los niveles necesarios."

En realidad, con treinta y tres millones de hambrientos y otros muchos en la faja de la pobreza, con un débil poder adquisitivo, tenemos más *necesidad* que *libertad.*

La campaña contra el hambre ha venido subrayando esta situación límite, lo que caracteriza un momento fundamental de cualquier proceso de conscientización.

Para concluir debo llamar la atención hacia el hecho de que la campaña contra el hambre no se encuentra en absoluto aislada en sí misma, en una "esquina" de la historia. La campaña se está dando en un determinado tiempo histórico sumamente importante y singular de nuestra historia política.

Vetar a un presidente, con todo lo que ello implica, la CPI* del Presupuesto, la posición despierta de la prensa, la inquietud y la presencia reivindicatoria de la sociedad civil, la juventud nuevamente en las calles. Vivimos un clima en el que el optimismo crítico

* Comisión Parlamentaria de Investigación, que descubrió profundas irregularidades en la elaboración del Presupuesto de la República y cuyo informe final, dado a conocer ayer, 21 de enero de 1994, propuso el cese de dieciocho congresistas implicados en los fraudes.

en la vida nacional se enfrenta con el pesimismo y las desilusiones.

Sin embargo, creo que la posición que prevalece es la optimista, así como de modo optimista creo que las elecciones de este año de 1994" presentarán resultados más acordes con la expectativas de los optimistas que de los desesperanzados.

La cuestión de la violencia

La cuestión de la violencia, no sólo la física, directa, sino también la subrepticia, simbólica, violencia y hambre, violencia e intereses económicos de las grandes potencias, violencia y religión, violencia y política, violencia y racismo, violencia y sexismo, violencia y clases sociales.

La lucha por la paz, que no significa lucha por abolir, ni siquiera por negar los conflictos, sino por el enfrentamiento justo y crítico de los mismos y la búsqueda de soluciones correctas para ellos, es una exigencia imperiosa de nuestra época. Sin embargo, la paz no precede a la justicia. Es por eso por lo que la mejor manera de luchar por la paz es haciendo justicia.

Nadie domina a nadie, nadie roba a nadie, nadie discrimina a nadie, nadie maltrata a nadie sin ser legalmente castigado. Ni los individuos, ni los pueblos, ni las culturas, ni las civilizaciones. Nuestra utopía, nuestra sana insanidad, es la creación de un mundo en el que el poder se apoye de tal manera en la ética que, sin ella, se desmembre y no sobreviva.

En un mundo tal, la gran tarea del poder político es garantizar la libertad, los derechos y los deberes, la justicia, y no respaldar el arbitrio de unos pocos contra la debilidad de las mayorías. Así como no podernos aceptar lo que he venido llamando "fatalismo liberador", que implica el futuro desproblematizado, el futuro inexorable, igualmente no podemos aceptar la dominación como una fatalidad. Nadie me puede afirmar categóricamente que un mundo así, hecho de utopías, jamás será construido. Finalmente éste es el sueño sustantivamente democrático al que aspiramos si somos coherentemente progresistas. Pero soñar con este mundo no es suficiente para que se haga realidad. Necesitarnos luchar incesantemente para construirlo.

Sería terrible que tuviésemos la sensibilidad del dolor, del hambre, de la injusticia, de la amenaza, sin ninguna posibilidad de

captar la razón o las razones de la negatividad. Sería terrible que sintiésemos la opresión pero no pudiésemos imaginar un mundo diferente, soñar con él como proyecto y entregarnos a la lucha por su construcción. Nos hicimos hombres y mujeres en el juego de estas tramas. No somos, estamos siendo. La libertad no se recibe de regalo, es un bien que se enriquece en la lucha por él, en la búsqueda permanente, en la medida misma en que no hay vida sin la presencia, por mínima que sea, de la libertad. Pero a pesar de que la vida en sí implica la libertad, esto de ninguna manera significa que la tengamos gratuitamente. Los enemigos de la vida la amenazan constantemente. Por eso necesitamos luchar, a veces para defenderla, a veces para reconquistarla y a veces para ampliarla. De cualquier manera, sin embargo, no creo que el núcleo fundamental de la vida, la libertad y el miedo de perderla, pueda ser suprimido jamás. Amenazado sí. De la vida entendida en la totalidad del concepto y no sólo de la vida humana, vida que, implicando la libertad como movimiento o búsqueda permanente, también implica cuidado o miedo de perderla. Libertad y miedo de perder la vida generándose en un núcleo más profundo, indispenilsable para la vida, el de la comunicación. En este sentido me parece una lamentable contradicción hacer un discurso progresista, revolucionario, y tener una práctica negadora de la vida. Práctica que contamina el aire, el agua, el campo, que devasta las florestas. Destructora de árboles, amenazadora de animales y de aves.

En cierta parte de *El capital,* hablando del trabajo humano en comparación con el del animal, Marx dice que ninguna abeja se compara al más ínfimo "maestro de obras". Y es que el ser humano, incluso antes de producir el objeto, tiene la capacidad de idearlo. Antes de hacer la mesa el obrero la tiene dibujada en la "cabeza".

Esta capacidad inventiva, que implica la comunicativa, existe en todos los niveles de la experiencia vital. Sin embargo, los seres humanos connotan su actividad creadora y comunicante con marcas exclusivamente suyas. La comunicación existe en la vida misma, pero la comunicación humana también se procesa de una forma especial en la existencia, siendo una de las invenciones del ser humano.

De la misma manera en que el obrero tiene en la cabeza el dibujo de lo que va a producir en su taller, nosotros, mujeres y hombres, como tales, obreras o arquitectas, doctoras o ingenieros, físicos o maestros, también tenemos en nuestra cabeza más o menos

el dibujo del mundo en el que nos gustaría vivir. Ésta es la utopía o el sueño que nos instigan a luchar.

El sueño de un mundo mejor nace de las propias entrañas de su contrario. Por eso corremos el riesgo tanto de idealizar un mundo mejor, apartándonos del nuestro concreto, como el de, demasiado "adheridos" al mundo concreto, sumergirnos en el inmovilismo fatalista.

Ambas son posiciones enajenadas. La posición crítica es aquélla en que, tomando distancia epistemológica de la circunstancia en que me encuentro, con lo que la conozco mejor, descubro que la única manera de salir de ella radica en la concreción del sueño, que entonces se convierte en lo concreto nuevo. Por lo mismo, aceptar el sueño del mundo mejor y adherirse a él es aceptar participar en el proceso de su creación. Proceso de lucha profundamente anclado en la ética. De lucha contra cualquier tipo de violencia. De violencia contra la vida de los árboles, de los ríos, de los peces, de las montañas, de las ciudades, de las marcas físicas de memorias culturales e históricas. De violencia contra los débiles, los indefensos, contra las minorías ofendidas. De violencia contra los discriminados, sin que importe la razón de la discriminación. De la lucha contra la impunidad que estimula en estos momentos y entre nosotros el crimen, el abuso, la falta de respeto por los más débiles, la falta de respeto hacia la vida. Vida que, en la desesperada y trágica forma en que cotidianamente la vive cierta faja de la población, si aún fuera un valor, es un valor sin estimación. Es algo con lo que se juega por un tiempo determinado que sólo el azar determina. Se vive apenas, mientras, no estando muerto, se puede provocar la vida.

Lucha contra la falta de respeto en los asuntos públicos, contra la mentira, contra la falta de escrúpulos. Y todo eso con momentos de puro desencanto, pero sin perder la esperanza jamás. No importa en qué sociedad estemos ni a qué sociedad pertenezcamos, urge luchar con esperanza y denuedo.

El renacimiento de la amenaza nazi-fascista

El renacimiento de la amenaza nazi-fascista, en Europa y en todo el mundo, con más o menos énfasis, como si el mundo hubiese perdido la memoria, es un problema más grave de lo que parece.

Violenta y necrofílica, la ideología nazi-fascista odia la vida y la alegría de vivir y rinde culto a la muerte. Por eso es que detesta el movimiento, la duda, el gusto por la indagación. Toda curiosidad que pueda llevar a su sujeto a una búsqueda de la que resulte un mínimo de duda sobre el mito de su certeza es violentamente ahogada y enmudecida. La verdad es la palabra del jefe, cuya validez es sellada por la algarabía de las masas domesticadas.

Esta amenaza puede aumentar en la medida en que, estupefactas, las izquierdas sigan oscilando entre la negación de sí mismas, "creyendo" en el discurso neoliberal que habla de la muerte de las ideologías -y sólo ideológicamente es posible matar a las ideologías-, de la historia, de las clases sociales; que habla de la muerte de las utopías y del sueño, de la inviabilidad del socialismo y la reactivación del stalinismo, por lo tanto de la negación de la experiencia del llamado socialismo realista. De hecho, uno de sus grandes males estuvo en el marco autoritario stalinista, tal como fue impuesto; así corno lo positivo del capitalismo está en el marco democrático en que se mueve y no en sí mismo. En la naturaleza del capitalismo está su maldad, su perversidad sin velo. Humanizarlo es un sueño imposible al que se entregan espíritus angelicales o falsarios inveterados.

En realidad, el camino de las izquierdas no es negarse, alegando que son inoperantes, y sumirse en una culpa o en una desesperación alentadoras de su contrario antagónico, ni tampoco entregarse con los brazos abiertos a la trágica negación de sí mismas que representa el autoritarismo stalinista.

El papel de las izquierdas hoy indiscutiblemente no es el de creer, por un lado, que ya no existen y, por el otro, que deben continuar siendo autoritarias y "religiosas", sino al contrario superar sus errores históricos, filosóficos, políticos, epistemológicos, como por ejemplo el de antagonizar socialismo y democracia.

La cuestión del papel de la subjetividad en la historia

Como problema filosófico, histórico, epistemológico, político, pedagógico, que concierne tanto a la física moderna como a la práctica educativa, a la teoría del conocimiento corno a la democracia, este fin de siglo vuelve a plantear la importancia del papel de la subjetividad. Tema que, finalmente, siempre estuvo presente en

las preocupaciones humanas y que hoy revive superando cierto mecanicismo de origen marxista -pero no de la exclusiva responsabilidad de Marx- que reducía la subjetividad al puro reflejo de la objetividad, evitando al mismo tiempo repetir ingenuidades que absolutizaban esa importancia y de las que resultaba la atribución a la subjetividad, o a la conciencia, del papel de hacedora del mundo. Una de las funestas consecuencias de aquella comprensión mecanicista de la subjetividad era la comprensión igualmente mecanicista de la Historia, de naturaleza determinista, en la que el futuro era visto como inexorable, y por lo tanto virgen de cualquier problemática. Es dentro de la Historia como posibilidad donde la subjetividad asume el papel de sujeto y no sólo de objeto de las transformaciones del mundo.

Entonces el futuro deja de ser inexorable y pasa a ser lo que históricamente siempre ha sido: problemático.

CARTA DE CRISTINA

Tío:

Tus *Cartas a Cristina* me han proporcionado una gran alegría, además de una introspección extremadamente placentera.

"Escuchar" sobre tus idas y venidas, las vivencias familiares, las opciones de vida, la construcción de tu trabajo, de tu forma de creer en las infinitas posibilidades del hombre y de la mujer, fue para mí una confirmación de que es necesario soñar.

Es imprescindible luchar por nuestros sueños para continuar vivos, actuantes y sorprendiéndonos con los destiempos sociales en los que estamos insertos.

Perder la capacidad de soñar y de sorprenderse es perder el derecho a actuar como ciudadanos, como instrumentos de los cambios, sean éstos cuales fueren: sociales, políticos, afectivos, etcétera.

Siempre me acuerdo de algo que me sucedió en mis tiempos en Río de Janeiro, en el año de 1987, con sus camiones de las siete de la mañana siempre llenos, las personas ya desde temprano malhumoradas, desesperanzadas de un buen día; la pobreza y la miseria saltando a nuestros ojos por toda la ciudad. Un señor me comentó cuán difíciles eran los días así:

> Hubo un tiempo en el que no podía iniciar el día más que de ese modo. Algún día, si pudiese, me gustaría que esto cambiara, pero no quiero olvidarlo jamás, para que la realidad no me sea ajena, para no distanciarme de las dificultades que vive este pueblo.

Siento que el ejercicio diario de lidiar con las discrepancias sociales es a veces terriblemente agotador y desgastarte, pero siempre es muy rico en emociones, aprendizajes, agotador... y pienso que es esa riqueza la que tú nunca dejaste escapar de tu comprensión del y en el mundo, y la que, en consecuencia, te estimula para tu trabajo y tu creencia en la capacidad del otro.

Nosotros, profesionales de la salud y de la educación de este país, tenemos que entrar en la lucha por la ciudadanía, por la

humanizaci5n de las relaciones profesionales, respetar al cliente y a su familia como usuarios y como ciudadanos, con derecho a voz activa en la gestión de los servicios públicos ofrecidos, aunque sean tan precarios.

Me siento feliz al sentir y percibir, después de tantas cartas enviadas y recibidas, de tantas nostalgias y curiosidades, a menudo incluso infantiles, tanta sed de conocer el universo, tantas "idas y venidas", cuán importante fue tu presencia, tu trabajo, para mi formación como profesional, mujer y ciudadana, así como tus cuestiones siempre tan bien planteadas y tu hermosa insistencia en luchar por tus sueños.

Con mucho cariño,
Cris

NOTAS

Introducción

Aquí estoy otra vez con los lectores y las lectoras de Paulo Freire, para mí fuerte, profunda y simplemente Paulo, para, a su solicitud y con su apoyo, complementándolo a él y su trabajo, escribir las notas de *Cartas a Cristina.*

Pensé que mi experiencia de "notista" me daría la posibilidad de ser más escueta. Me engañé. Estimulada por la lectura de las cartas y por la realidad misma en que se encuentran inmersas, con la certeza de que al escribir sobre esta realidad estoy haciendo por lo menos un poco de lo que Paulo hace mucho -analizar, reflexionar, denunciar, criticar y escribir; en otras palabras, leer el mundo y escribir la palabra que equivale al mundo del que habla-, escribí mucho.

Al así hacer -Paulo con sus cartas y yo con mis notas-, al leer críticamente los hechos, las situaciones y las personas de nuestra sociedad, intencionalmente tratamos de conscientizar la posibilidad y la necesidad de la transformación de este mundo brasileño tan perverso, corrupto e injusto, en ur nuevo tiempo histórico brasileño en el que sus hombres, mujeres y niños tengan espacios y tiempos de vida más iguales. Con temas tan importantes, no me he contentado (ni me he contenido) con elaborar notas breves, "objetivas", rápidas, pensando en no cansar a los lectores y lectoras de Paulo.

Sin parsimDnia fui construyendo -jamás podría decir que sin el beneplácito del autor del libro- un espacio para las notas que, sin dejar en ningún momento de serlo, fueron adquiriendo también un alma propia, una cierta y necesaria autonomía.

No podría ni debería ser sólo la "notista" que explica en forma neutra, desapareciendo como quien escribe notas que, por ser notas, no deben trasmitir los sentimientos y la razón de quien las escribe. No quise eso.

Negué eso teniendo la seguridad de no haber invadido el texto de Paulo. Así, nuevamente, otra vez paso informaciones detalladas (iy reflexiones mías!) a sus lectores y lectoras, en notas que por varios motivos él prefirió no hacer.

Disfruté de un placer muy especial al hablar sobre las cosas de la cultura nordestina, aunque aún quedo debiendo a los lectores y lectoras el hablar sobre ciertas cosas, tales como el *bumba meu boi* y el *maracatú,* porque el poco tiempo que tuve para escribir estas notas, sumado a la distancia que me separa del lugar donde debería investigarlas, en este caso el Nordeste,

me impidieron hacerlo. Tenía que hablar, que escribir sobre los problemas de la cultura brasileña que, asombrosamente, han cambiado mucho desde los años treinta, cuarenta o cincuenta, pero que contradictoriamente siguen siendo los mismos; su naturaleza sigue siendo la misma hasta hoy.

Es interesante observar que en el mismo momento en el que Paulo sabe y siente que algunos de sus lectores y lectoras le demandan la "sistematización" de su pensamiento teórico, político-pedagógico, se la niega a quienes se la reclaman, por pensar en forma diferente lo que aquéllos y aquéllas entienden por sistematización, esa pretensión o esa exigencia meramente formal.

Niega "poetizando" y niega escribiendo "cartas". Ambas negaciones son, evidentemente, negaciones aparentes. Estas formas de decir de Paulo no impiden ni distorsionan la sistematicidad de su pensamiento teórico-práctico.

Al hacer las reminiscencias de su infancia, en las que se expone en lo más íntimo y en los más sufridos días de ese tiempo, no lo ha hecho simplemente por idealismo o por el romanticismo que evocan esos días. Lo ha hecho porque esos años fueron realmente los que prepararon su pensamiento crítico de adulto.

Como hizo cartas pudo haber hecho ensayos en su forma más tradicional, en que un capítulo sucede al otro, caracterizándose por una sucesión de ideas lógicamente encadenadas que tienen comienzo, desarrollo y conclusión en un mismo capítulo y por la sucesión de éstos en el cuerpo del texto, pero prefirió no hacerlo así. Sí hizo ensayos, pero ensayos en forma de cartas, en los que, sin negar las cualidades de los ensayos tradicionales, optó por esta forma menos habitual por creer que los textos así redactados son más comunicadores. Cada una de las cartas casi llega a tener el punto final.

La vivencia dolorosa de Paulo durante su infancia debe ser dicha y vuelta a decir, escrita y descrita, no corno oportunidad de lamentación, queja o autoflagelación, sino porque no fue una vivencia singular, aislada, del contexto brasileño. Fue una vivencia con radicación histórica. Traduce el momento brasileño de aquel entonces.

En la forma de cartas fue más fácil y profundo ir analizando, uno a uno, los problemas brasileños, bajo la forma de metáforas, con el piano de Lourdes, la corbata de su padre, la ferocidad del maestro Armada, los protectores de paño de los cargadores de pianos, los *calungas* del camión, los militares del "grupo del pañuelo", las grandes bodegas de los ingenios, los embrujados, la esperanza de D. Tudinha de ser secretaria de la secundaria de Jaboatão, la muerte prematura de su padre, la casa de Olegário Mariano, el grito de los y las "carapintada", la *feijoada* de soya, y tantos otros pasajes que, hablando de experiencias y sueños frustrados de las personas, en realidad hablan de las más distintas facetas de la realidad brasileña: la impotencia de la esperanza, la prepotencia del autoritarismo,

la explotación y la dominación, los sueños y lo posible, las estrepitosas diferencias sociales, las deficiencias de la enseñanza y la exigüidad de las escuelas, la powreza y el hambre, el desempleo y el subempleo, en fin, la deshumanización de muchos y la opulencia de pocos.

La estrecha relación de estos ensayos de Paulo con su vida subjetiva no hizo que los textos se volviesen subjetivistas, sino cargados y plenos de subjetividad, porque en realidad traducen el momento real, la objetividad real de uta parte de la historia brasileña. La parte en que él participó corno sujeto o como mero objeto.

Debo decir una cosa más para que quede explícitamente claro a los lectores y lectoras, obviamente a los extranjeros: la presencia en la sociedad brasileña de problemas tan grandes, tan profundos y tan graves como los denunciadhs en este libro no traduce la voluntad de los verdaderos ciudadanos y ciudadanas de que éstos permanezcan o aumenten. Muchos de ellos y ellas ciertamente no saben que deben, que quieren, que necesitan hacer algo pala cambiar nuestra sociedad. Las *Cartas a Cristina* también están dedicadas a ellos y a ellas.

No son sól) las instituciones organizadas de la sociedad civil las que vienen dando claras señales, con acciones efectivas, de que es preciso y posible transformar a Brasil. De que existe esta voluntad política. Hace muy poco tiempo la población de Río de Janeiro, ciertamente la ciudad más violenta del país, dio su testimonio de la clara conciencia que tiene de la emociór sufrida y de la voluntad política de cambiar. Paralizó a la ciudad por cinco minutos.

Casi todos vestidos de blanco, hombres, mujeres y niños pararon de comer, de estudiar, de dar clase, de manejar su carro, su camión o su tren, de vender o de comprar, de cantar o de jugar fútbol en las playas, de gritar los pregones en la bolsa de valores, de caminar y de rezar misas para, tomados de la mano, alrededor de la iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria, en los trenes, en los camiones, en las cesas, en las oficinas, en las tiendas, en las plazas, en las escuelas, en todas partes, allí donde estuvieran en esta ciudad tan bella, hacer de esos cinco minutos de silencio -sólo interrumpido por las campanas :le las iglesias- el tiempo de la reflexión y d^ la fraternidad, de la solidaridad y de la justicia, de la esperanza y de la paz, de una sociedad menos violenta, más justa, más dueña de sí.

Por más que respete a las ciudades y a los pueblos de otros mundos, sólo puedo entender que ese hecho haya sucedido en Brasil. En el país de la impunicad, de la corrupción y de la opresión, pero contradictoriamente el país de la alegría sin tensión, del trabajo arduo y de la creación.

Creación arrojada, abundante y pujante de sonidos y letras, de tejidos y colores, de :orrrias y de lucidez, de cuentistas populares y de novelistas, de carnaval vivido y fútbol bailado, de científicos y filósofos, de universidades y ciudades diseñadas sobre el papel...

Las instituciones organizadas por la sociedad civil brasileña, en actos de valiente indignación, han venido movilizando a amplios sectores de la sociedad en movimientos comunitarios, urbanos y rurales, de educación en general, y de cuestiones políticas en particular; de estudiantes por una mejor enseñanza y ética en la política; en las pastorales de la Iglesia católica de menores, de penitenciarios, de trabajadores y de los "sin tierra"; de educadores y de padres a favor de la escuela pública gratuita, para todos y de calidad; de campañas para la distribución de alimentos y empleos para los más pobres; de los propios niños y niñas de la calle; de la violencia contra la mujer, los indios, los homosexuales, los negros, las prostitutas, y de rechazo a la explotación sexual de las niñas; de prevención y asistencia a los portadores del virus del sida; contra la tortura, la censura y las drogas. Foros de lo más diversos: de educación sexual; de educación en todos los niveles y grados, de alfabetización o de preservación de la selva, de los ríos, de los rasares, de la fauna y de la flora, de la salud pública, de la vivienda, de los transportes, de los sistemas penitenciario y político, de la violencia y exterminio generalizados —en fin, preocupados por los derechos de las personas de cualquier sexo, clase, raza, religión o edad.

Son miles y millones de brasileños los que diariamente piensan, discuten, se organizan para presionar a los poderes públicos y a las clases dominantes en la búsqueda de alternativas viables para mejores condiciones de vida para sí, sus familias y sus comunidades, con resonancias y consecuencias positivas para todo el cuerpo social brasileño.

Brasil es así, contradictorio. Es el país donde los desatinos y los desmanes de pocos han venido golpeando duramente a muchos, pero donde hay un esfuerzo inusitado de muchos, desdichadamente aún no concretado del todo y definitivamente. Hemos tenido avances, pero los retrocesos nos han desanimado. Permanece encendida la llama del deseo, de la lucha y de la persistencia de la gran mayoría de este pueblo oprimido que está, indiscutiblemente, transformando al país con sus luchas cotidianas.

No somos solamente el país irresponsable de las altas tasas de natalidad y de mortalidad infantil, de la mayor concentración del ingreso del planeta, en el que las clases populares sólo se interesan por la samba, el carnaval y el fútbol, corno nos acusan muchos desde el "Norte".

Somos un pueblo pleno de vitalidad que valora y centraliza buena parte de su tiempo en la samba, en el carnaval y el futbol, pero que también ha construido con su trabajo la novena economía del mundo,

Con alegría y convicción, a través de estas notas de denuncia que muestran la cara más fea de Brasil, hago mi profesión de fe en el pueblo brasileño. En que es capaz de establecer la verdadera democracia entre nosotros.

Ana Maria Araújo Freire

1. El presidente en cuestión es el señor Fernando Collor de Mello, a quien, habiendo triunfado en la segunda vuelta de las elecciones de 1989 con 35 millones de votos, se le impidió gobernar a la nación brasileña dos años después de asumir el cargo, el 15 de marzo de 1990.

El entusiasmo inicial de sus propios electores y electoras, independientemente de su clase social, se fue transformando rápidamente en desilusión y en indignación.

Las medidas autoritarias, radicales e irreflexivas del presidente y de su equipo ministerial fueron dejando estupefactos a millones de brasileños y brasileñas.

El bloqueo por 18 meses de todos los valores en moneda nacional depositados en bancos, como cuentas de ahorro y cuentas corrientes, que excediesen los mil dólares, el mismo día que asumió el gobierno, fue recibido por la mayoría de la población como una auténtica confiscación institucional. Estas medidas tuvieron repercusiones dramáticas en la vida cotidiana de los ciudadanos, de las empresas, de las fábricas y de las artes.

El presidente creó una segunda moneda. Despidió o puso a disponibilidad a miles de funcionarios federales que, recibiendo apenas parte de su salario, tenían prohibido trabajar; también vendió irresponsablemente las casas construidas para residencia de los ministros cuando se creó Brasilia, para beneficiar a sus paniaguados; y persiguió a los "marajás" (nombre con que el presidente designaba, desde su época de gobernador de Alagoas, pero principalmente durante su campaña para jefe de la nación, a los que usufructuaban, muchas veces por iniciativa propia, como funcionarios del gobierno, de los cofres públicos) -todas medidas demagógicas, pero proclamadas como salvadoras de las arcas y la moral públicas.

Se inició un proceso de privatización de empresas estatales de infraestructura sin es:rúpulos de favorecer a grandes empresarios, brasileños o extranjeros, "chatarreándolas", como se usaba decir, en perjuicio de la nación.

Su política económica inicial -el Plan de Estabilización Económica- era en realidad de carácter intencionalmente recesivo e inflacionario, aunque Collor y el equipo ministerial de su gobierno lo negasen.

Junto a la imagen de austeridad que quería imponer, ayudado principalmente por 'in poderoso canal de televisión brasileño que lo produjo, el presidente que gobernaba a la nación dentro de los parámetros de la modernidad liberalizadora aparecía en nuestra casa todos los viernes bajando la rampa del Palácio do Planalto -sede del gobierno en la capital federal- con grupos de invitados inocentes o cómplices venidos de los más diferentes rincones del país para reforzar su intención de parecer un estadista popular, aunque en realidad no hacía más que vaciar los cofres públicos.

Collor completaba esa imagen piloteando aviones supersónicos de la Fuerza Aérea brasileña o embarcando hacia el fondo del mar en subma-

rinos de la marina brasileña, corriendo automóviles, en bicicleta o a pie, o incluso navegando en poderosas motos acuáticas en las aguas de playas concurridas.

Así creía estar promoviendo su imagen de presidente joven, fuerte, atlético, inteligente, deportista, arrojado, moderno, valiente, decidido, emprendedor, liberal, flexible y popular -se refería a la población, con énfasis en el pueblo, a los "descamisados", como "mi gente".

Había optado por vivir en la residencia de su familia en vez de hacerlo en la residencia presidencial proyectada por Oscar Niemeyer cuando concibió Brasilia. En la "Casa da Dinda", como se llamaba esta residencia de propiedad de su madre, gastó dinero público sin que el contribuyente se enterase, evidentemente para poder atender mejor sus incontrolables y majestuosos deseos. Mejoró la construcción, construyó una pista de aterrizaje para los helicópteros que utilizaba para su transporte diario con piedras brasileñas de gran valor pecuniario y mandó construir jardines en toda el área externa del inmenso terreno, donde no faltaron una cascada y peces traídos de Japón.

Luego de su primer año de gestión las decepciones con la política de gobierno se fueron sumando a las de su propia persona -surgían sospechas cada vez más frecuentes y generalizadas sobre su falta de decoro en el desempeño de la función pública.

Las historias de corrupción comienzan a aparecer en las primeras páginas de los periódicos y revistas, así como en las noticias de la televisión y la radio. Crece la movilización de los partidos de oposición y los periodistas se empeñan más y más en revelar lo no lícito, lo no ético de la cotidianeidad del presidente en sus artículos para la prensa escrita, hablada y televisada.

Su imagen, producida en agencias de *marketing* y de televisión, de hombre público joven y lúcido, capaz de modernizar a la nación, estaba en franca caída. De nada valieron los millones gastados en propaganda para mantenerla.

Una crisis instaurada en el seno de la familia Collor la divide. Pedro Collor de Mello, sintiéndose moral y económicamente perjudicado por sus propios familiares, denuncia la red de extorsión encabezada por el ex tesorero de la campaña electoral de su hermano para la presidencia -Paulo César Cavalcanti Farias-, quien continuaba sacando provecho para sí, para el presidente y para el pequeño grupo de los paniaguados de éste.

A los "sobrantes de la campaña" electoral, provenientes de las donaciones millonarias de grandes y medianas empresas nacionales y multinacionales aterradas ante la posibilidad de la victoria del candidato del Partido de los Trabajadores, donaciones que eran ilegales según el Código Electoral Brasileño, sumábanse las nuevas fortunas en dinero provenientes de las más diversas formas de corrupción de los detentadores del capital.

La denuncia era contundente y venia de fuente segura. De quien conocía la vida pública y privada de los denunciados. Pedro Collor no escatimó acusaciones que reafirmaran las sospechas de graves infracciones de P.C. Farías, en connivencia con los intereses del hermano presidente. La caída del presidente Collor ya parecía inminente desde la entrevista concedida a aria de las principales revistas de noticias del país en mayo de 1992.

El presidente hizo uso de su derecho de hablar en cadena de televisión y, airado, "pidió disculpas" al pueblo brasileño por los inconvenientes causados por las "acusaciones infundadas de su insano hermano Pedro".

La verdad es que las acusaciones directas de Pedro Collor al tesorero de su hermano presidente no sólo querían alcanzar al primero sino principalmente a su propio hermano, que cada día se hundía más en las contradicciones e inconsistencias de sus defensas.

La CPI de PC -Comisión Parlamentaria de Investigación sobre la actuación y el origen del patrimonio de las empresas de Paulo César C. Farias- instaurada por el Congreso Nacional para aclarar esas denuncias escandalizó a la sociedad brasileña.

De nada sirvieron las defensas interesadas y mentirosas de la "Tropa de Choque" vinculada al presidente, ni las de él mismo, que reiteradamente proclamaba que no le dejaban el derecho de defenderse, ni las del encargado de extorsionar dinero de las empresas brasileñas y multinacionales con inverosímiles simulacros.

Muchos testigos vencieron el miedo y probaron la existencia de la red de corrupción, desde los más simples servidores del gobierno hasta la secretaria de algún empresario poco escrupuloso que había montado una farsa tratando de salvar al presidente.

El 29 de septiembre de 1992 la Cámara de Diputados autorizó que se iniciase el proceso que impediría al presidente Collor el ejercicio de sus funciones.

Collor fue citado el dos de octubre del mismo año. Sus abogados prepararon su defensa, obviamente con artimañas jurídicas ya que era imposible sostener su inocencia; entre otras, el propio abandono del caso por los defensores del presidente, la víspera del juicio; pero el proceso fue irreversible. De nada sirvieron los obstáculos jurídicos, la nación clamaba por el alejamiento político del presidente que todos sabían que no estaba siendo capaz, política y éticamente hablando, de gobernar al país.

El 29 de diciembre de 1992, tras la deliberación conjunta del Poder Legislativo y de un juez del Supremo Tribunal Federal, el castigo esperado y soñado por la población cayó sobre Collor. En esa asamblea, como medida estratégica, el abogado putativo (el que había sido nombrado por el Poder Judicial debido a la ausencia de los dos abogados originales nombrados por el reo) leyó la carta de renuncia de Fernando Collor de Mello pocos minutos antes de que se le impusiera la renuncia compulsiva.

Sin embargo, todos los brasileños y brasileñas sabemos que no renun-

ció. Nuestra verdad es que nosotros lo vetamos por el camino jurídico democrático, dentro de los cauces legales, por la presión organizada de millones de hombres, mujeres y niños, en las calles y en las plazas, en marchas y manifestaciones (véase la nota 39) para que no continuase (des)gobernando irresponsablemente a la nación brasileña, dilapidándola y vilipendiándola.

2. La era Collor dejó más que sospechas de que la corrupción se había infiltrado, como nunca antes en la historia brasileña, en varios. segmentos de nuestra sociedad política.

En octubre de 1993 el economista José Carlos Alves dos Santos, ex director por muchos años del sector de Presupuesto de la Unión, acorralado entre varios millones de dólares, algunos de ellos falsos, escondidos en su casa, y la sospecha de haber asesinado a su propia esposa, denunció un esquema de corrupción en la nominación, distribución y mo de sumas públicas federales, ciertamente como táctica para esquivar sus crímenes, que en pocos días quedaron expuestos a la nación.

Inmediatamente el senador del Partido de los Trabajadores por el estado de São Paulo, Eduardo Suplicy, pidió al Congreso Nacional que utilizase su competencia para nombrar una comisión parlamentaria de investigación que, no teniendo poder de castigar, tuvo sin embargo amplios poderes para investigar a los diputados, senadores, ministros y hasta gobernadores de estados en ejercicio denunciados por el economista.

Noventa y cuatro días de arduos trabajos arrojaron un informe de 558 páginas, leídas por su relator, el diputado pernambucano del PFL (Partido del Frente Liberal) Roberto Magalhães, desde las 9:30 de la mañana hasta las 17:45 del 21 de enero de 1994.

El economista recorría con familiaridad números, valores, gastos y presupuestos, tráfico de influencias con grandes empresas, principalmente constructoras (grandes firmas de ingeniería que construyen obras públicas de gran tamaño, tales como centrales eléctricas, vías férreas, etc.), todas con valores inflados en las obras realizadas, en connivencia con el propio desvío del dinero público por políticos corruptos para sus cuentas bancarias particulares, las de sus paniaguados y las de aquellos que, dirigiendo entidades "filantrópicas", en realidad las usurpaban.

Alves dos Santos no mentía cuando acusaba hasta a diputados respetados por la población brasileña por sus virtudes éticas. Mentía cuando decía no haber participado y no haber sido el instigador del bárbaro asesinato de su propia mujer.

La nación acompañó espeluznada la trasmisión en vivo por la televisión de los interrogatorios a que eran sometidos los acusados -que no podían explicar el origen de su patrimonio-, o leía en los órganos de la prensa escrita y escuchaba por radio las respuestas absurdas e inconsistentes. Su pueblo trabajador y creador ha manifestado la voluntad política de que

los denunciadas no queden impunes por sus crímenes contra él mismo y contra la naciCn por el desvío del dinero público.

La CPI del rresupuesto, impecablemente presidida por el senador del PSD (Partido Social Democrático) Jarbas Passarinho, en sus poco más de tres meses de trabajo serio y profundo, investigó documentos, notas, nóminas, vida bancaria y patrimonial de cuarenta y tres personas acusadas por el economsta.

De esos cuarenta y tres, en dieciocho casos se recomendó a la Cámara el cese de sus actividades parlamentarias, catorce continuaron teniendo sus cuentas bancarias vigiladas por la Mesa de la Cámara, por la Policía Federal y por '1 Ministerio Público, y once fueron absueltos.

Las investigaciones continúan en sus diversas áreas por los órganos competentes indicados, mientras la población espera decisiones efectivas para poner fin a la impunidad que viene caracterizando a los crímenes cometidos ya sea por la élite política o por la élite económica de Brasil. Como ciudadaios queremos el fin de los corruptos y de los corruptores.

El Congresc Nacional, con esta "antropofagia", manifiesta no sólo la intención de linpiar de sus cuadros a los corruptos, mostrando que los intereses de lanación deben sobreponerse a los de su propio corporativismo, sino tanbién que es posible y necesario -incluso con las presiones de los grupos ae interés para que esto no suceda- limpiar la vida pública brasileña de su hombres y mujeres nefastos.

Desdichadamente, dentro de la sociedad civil hay muchos que piensan que "todo esto es fruto del régimen democrático que permite el funcionamiento de l s cámaras legislativas; de ahí que las palabras de Freire subrayen la necesidad de éstas como condición del perfeccionamiento de nuestra democacia.

Al contraria lo que hay que denunciar es que fue precisamente la falta de libertad lo cale favoreció la corrupción, entendiendo que lo que favoreció y respald, implícitamente este tipo de comportamiento fue el silencio impuesto pr varios periodos dictatoriales de nuestra historia y no el abierto y tranparente funcionamiento del Congreso Nacional, de las asambleas legi1ativas estatales y de las cámaras de representantes.

En realidad estoy segura de que las personas de nuestro pueblo ya saben lo que qiieren, lo que necesitan, cómo y por qué son explotadas, y lo que sueñas para sí, para sus hijos y para la nación; sin embargo, aún falta que recorDzcan quiénes son los que pueden realizar sus legítimos intereses y los eijan como auténticos representantes suyos en el Congreso Nacional.

Así no se deepcionarán y sus votos no serán ultrajados.

3. Frente a esá exhortación de Freire no podría dejar de hablar, por medio de una rjta, de una investigación-denuncia igualmente vehemente de algunos braileños que también proclamaron el mismo "nunca más".

Partiendo del principio de que "la tortura es el más cruel y bárbaro crimen contra la persona humana" (p. 17) y relacionando la tortura de los presos políticos con la formación histórica de Brasil, que creció con el colonialismo y la esclavitud, un grupo de brasileños trabajó de agosto de 1979 a marzo de 1985 haciendo el posible mapa de la represién ejercida por el régimen militar en Brasil durante el periodo que va del 1 de abril de 1964 al 15 de marzo de 1985.

Este estudio, hecho a partir de "707 procesos completos y decenas de autos incompletos" (p. 22), elaborado evidentemente en la clandestinidad, dio como resultado el libro *Brasil: nunca mais,* publicado con el auspicio del Consejo Mundial de Iglesias, con sede en Ginebra, Suiza, y de la Arquidiócesis de São Paulo en la persona de don Paulo Evaristo Arns, por la Editora Vozes, de Petrópolis. Todas las citas de esta obra han sido tomadas de la cuarta edición, de 1985.

El objetivo de este grupo pionero fue, entre otros, el mismo por el cual claman Freire y todos aquellos y aquellas que han sufrido por la tortura infligida por los torturadores: que "nunca más se repitan las violencias, las ignominias, las injusticias, las persecuciones practicadas en Brasil en el pasado reciente" (p. 26).

A partir de la gestión del gobierno populista del presidente João Goulart, luchar para uno mismo o para otros u otras por condiciones más humanas, por la integración de la población miserable a la ciudadanía, era considerado por los sectores dominantes civiles y militares -impregnados y comprometidos con la ideología de la Seguridad Nacional, originada en Estados Unidos, así como con sus complementos, entre otros la "guerra fría" entre los bloques "occidental y cristiano" y "oriental ateo"- como acto subversivo pasible de enérgico castigo (véanse las notas 4, 5, 7 y 19).

El golpe militar del 1 de abril de 1964, teniendo como objetivo proclamado el combate a la inflación, la corrupción y la subversión, instauró en nombre de esa lucha la tortura a los presos políticos, a los llamados subversivos del orden, como castigo y como método de extracción de información. A los que conscientemente luchaban contra la situación secularmente vivida en Brasil por las clases populares -la de la injusticia social, política, económica y cultural.

Muchos y muchas de los que soñaron y no quisieron o no pudieron, así como algunos miles de exiliados -seguramente muy pocos siguieron el camino de fray Tito, que destruido física y psicológicamente por las torturas se suicidó en 1974 en París- conocieron lo que fue huir, vivir en la clandestinidad, en las condiciones de vida más precarias, ser apresado, ser torturado, sobrevivir viendo las sombras de sus perseguidores o morir en las prisiones o en los cuarteles bajo tortura, a aun "atropellados" en las banquetas, "ahogados" en las playas o fusilados cuando trataban de "huir" de los cercos político-militar-policiacos.

Muchas familias recibieron de agentes de la justicia y de oficiales militares explicaciones como éstas cuando buscaban a sus "desaparecidos". Y otras tantas veces recibieron el consejo de no buscarlos más y de guardar silencio, o de ir a buscarlos "forajidos" en las guerrillas de los países vecinos.

Los cementerios clandestinos descubiertos recientemente han devuelto cuerpos antes vivos y amados de maridos y mujeres, de hijos e hijas, de hermanos y hermanas, de padres y madres que, muertos de las más diferentes y viles formas de matar, aún permanecían, como permanecen muchos, a la espera de los y las que al investigar los "archivos del horror" encontraron fotografías de los suyos, muertos por la tortura, para sólo entonces ser sepultados como los hombres y las mujeres que fueron.

En el periodo en cuestión la obra citada, gracias al estudio de los 695 procesos a los que tuvieron acceso, estableció que "7,367 personas fueron llevadas al banquillo de los acusados en procesos políticos formados en la justicia militar', algunos con más de un proceso. Fueron denunciados 284 marinos y fusileros navales. Aproximadamente 88% de los reos eran del sexo masculino, y apenas 12% del femenino. De ese total, 38.9% -2 868 casos- tenían hasta 25 años de edad, y 91 eran menores de 18 años. De 4 476 reos cuyo nivel de escolaridad constaba en los procesos, 2 491 tenían un título universitario y apenas 91 se declararon analfabetos (en la época Brasil contaba con 20 millones de analfabetos y analfabetas). El Ejército Nacional fue responsable directo de 1 043 aprehensiones y de 884 más efectuadas por los DOI-CODI -Destacamento de Operaciones de Información-Centro de Operaciones de la Defensa Interna- desparramados por el país, también comandados por oficiales de esa arma y organizados, en 1970, con la cooperación financiera de empresarios nacionales y extranjeros. En 3 754 casos (51%) no se menciona, en los procesos correspondientes, el órgano que efectuó la detención (pp. 85-86).

El informe denuncia además que 1 997 aprehensiones fueron efectuadas antes de la apertura del proceso indagatorio. 3 572 reos habían nacido en el interior y 1 833 en las capitales de los estados, mientras que 4 077 residían en las capitales y apenas 1 894 en el interior. El mayor número de los reos residía en Río de Janeiro (1 872) en el momento del proceso, y 1 517 en São Paulo, lo que permite caracterizar el enfrentamiento con el régimen militar como urbano y a sus miembros como de clase media (p. 86).

Además, según el mismo trabajo, las acusaciones se refirieron a: militancia en organización partidaria, 4 935 casos; participación en acción violenta o armada, 1 464 casos; participación en diferentes puestos del gobierno depuesto en 1964, o simple identificación política con éste, 484 casos; manifestación de ideas a través de la prensa, clases, sermones, etc., 145 casos, y a través del medio artístico, 18 personas (pp. 85-87).

En cuanto a la comunicación al juez sobre las aprehensiones efectuadas:

no consta ninguna comunicación, 6 256 casos (84%)"; "comunicación realizada dentro del plazo legal, 295 casos (4%)"; "comunicación realizada fuera del plazo legal, 816 casos (12%)" (p. 87).

De otros 10 034 nombres involucrados apenas en la fase de investigaciones, 6 385 respondieron como acusados en las investigaciones, pero no formaron parte de la lista de los acusados en denuncia judicial, y los "3 649 restantes aparecían en la fase de investigaciones como testigos o declarantes, no pudiendo ser excluidos de la condición de afectados, toda vez que se han registrado innúmeros episodios en los que también éstos eran detenidos durante las investigaciones, llegando algunos a ser torturados" (p. 88).

Los sectores sociales más afectados por el régimen militar durante su represión fueron: los miembros de la Marina, del Ejército, de la Aeronáutica y de la Brigada Militar de Río Grande do Sul, en un "esfuerzo sistemático por expurgar de las corporaciones militares a todos los elementos identificados con el gobierno depuesto y su proyecto nacionalista", con 38 procesos; el medio sindical, con 36 procesos; los estudiantes, con 53 procesos; políticos en ejercicio del mandato parlamentario, ya fuese en puestos ejecutivos o disputando elecciones, con 22 procesos; profesionales de la prensa, con 15 procesos, y miembros de la Iglesia católica también con 15 procesos (pp. 117-119).

Brasil: nunca mais denuncia asimismo el asesinato de 11 brasileños a través del "testimonio de personas que en las cárceles brasileñas presenciaron la muerte de otros presos políticos bajo tortura" (p. 247), y el hecho de que la detención arbitraria o el secuestro favorecieron la desaparición de víctimas que, contadas una por una con sus nombres, suman un total de 125 desaparecidos políticos (pp. 291-293).

Hoy, treinta años después del golpe militar, sabemos que éste prendió a cerca de 50 000 personas, entre hombres y mujeres, brasileños y extranjeros, inmolando a gran parte de esos y esas idealistas.

También sabemos que la mayoría de los casos de tortura con muerte y desaparición de presos políticos se dio durante el periodo presidencial del general Emilio Garrastazu Médici (del 30 de octubre de 1969 al 10 de marzo de 1974), mientras -es importante reflexionar sobre esto- la mayoría de los brasileños y brasileñas se entretenía con canciones que incesantemente repetían "Yo te amo, mi Brasil", con la consagración del fútbol brasileño que recibía la copa Jules Rimet por el tricampeonato en México, y orgullosa anunciaba al mundo su "milagro económico" proclamando "¡Adelante, Brasil!".

Así, entusiasmados por el "gran destino brasileño" que por fin se estaba realizando, dormían en paz todos los y las que nada sabían o que no creían que en los sótanos de los órganos de la represión, en las calles, en las carreteras, en la selva amazónica, muchas veces bajo el comando de oficiales de las Fuerzas Armadas, creadas para dar seguridad a la nación

frente al enemigo externo, morían o eran mutilados muchos de los y las que habían cometido el crimen de soñar y de luchar por un Brasil del que todos pudiésemos enorgullecernos por la vigencia real de su democracia.

"BBrasil: 1964 nunca más!", es lo que debemos gritar, no sólo en nombre de los torturados y muertos y sus familiares y amigos, sino también en nombre de los que perdieron la conciencia histórica enajenándose y de los que perversamente quedaron mucho más pobres. Quedaron en la miseria.

4. Al golpe militar de 1964 siguieron los actos institucionales que dictatorialmente normaron la vida tanto de la sociedad civil como de la sociedad política, en una persecución sin precedentes en nuestra historia contra todo lo que a los ojos de los nuevos dueños del poder fuese o pudiese llegar a ser subversión.

El Acto Institucional núm. 5 (AI-5), (lel 13 de diciembre cíe 1968, firmado por el segundo presidente militar después del golpe del 1 de abril de 1964, el general Artur da Costa e Silva (15 de marzo de 1967 a 31 de agosto ele 1969), es sin duda alguna el más duro y arbitrario de esos actos y ciertamente el que tuvo consecuencias más nefastas para la población en toda su historia republicana.

En nombre de asegurar el "auténtico orden democrático, basado en la libertad, en el respeto a la dignidad de la persona humana, en el combate a la subversión y a las ideologías contrarias a las tradiciones de nuestro pueblo, en la lucha contra la corrupción", el presidente iluminado por el Consejo de Seguridad Nacional se otorgó el derecho de decretar el receso del Congreso Nacional, de las asambleas legislativas y las cámaras de representantes; la-intervención en los estados y municipios en el sentido de nombrar gobernadores e intendentes; de "suspender los derechos políticos de cualquier ciudadano por un plazo de diez años y anular mandatos electivos federales, estatales y municipales", en cuyo caso, entre otras limitaciones, los destituidos podrían, como medida de seguridad, ver "vigilada su libertad, con prohibición (le frecuentar determinados lugares y domicilios determinados" (la suspensión de los derechos políticos podría extenderse a restricciones o prohibiciones "al ejercicio de cualquier otro derecho público o privado"); de "despedir, reasignar, jubilar o poner a disponibilidad" a hombres públicos electos o empleados (le autarquías, empresas públicas o sociedades mixtas, y (le "despedir, transferir a la reserva o retirar a militares o miembros cíe las policías militares" bajo el estado (le sitio; confiscar bienes "de todos los que se hayan enriquecido ilícitamente", previa investigación: cíe suspender "la garantía de *habeas corpus* en los casos de crímenes políticos, contra la seguridad nacional o el orden económico y social y contra la economía popular".

En realidad ese "derecho" de exacerbar el arbitrio, la centralización y

el autoritarismo no quedó en la letra de la ley. Aquel mismo 13 de diciembre el Acto Complementario núm. 38, con base en el AI-5, cerró las puertas del Congreso Nacional.

Siguieron años de persecución y terror, incluso después de la reapertura del Congreso Nacional; los agentes de la "contrasubversión" cumplían minuciosamente aquel código cruel y perverso que proclamaba haber venido para implantar el "auténtico orden democrático basado en la libertad, en el respeto a la dignidad de la persona humana..."

Inauguró la tortura "posmoderna" que no dejaba marcas ni pruebas. Separó familias. Propició un nuevo y mayor éxodo de científiccs e intelectuales hacia el extranjero. Censuró letras de canciones populares así como las diferentes modalidades de la prensa. Despidió y destituyó. Construyó cementerios clandestinos.

Permitió que nacieran una corrupción y una falta de ética sin precedentes en la historia del país, debido a la falta de transparencia de la sociedad política y a que la sociedad civil estaba imposibilitada para participar y hasta saber lo que sucedía en la esfera del poder.

El 31 de diciembre de 1978, al término del gobierno del general Ernesto Geisel (15 de marzo de 1974 a 15 de marzo de 1979), Brasil pudo con alivio conmemorar el fin del AI-5 y comenzar, como resultado de las luchas de su pueblo, a tener su nueva voz.

5. Los estudios realizados por el grupo que editó el ya citado libro *Brasil: nunca mais* (véase la nota 3) afirman que dos tercios de los procesos estudiados se refieren a organizaciones que ya estaban prohibidas por la legislación brasileña antes del golpe militar de 1964.

Esos casi cincuenta movimientos clandestinos que fueron blanco de la represión, muchos de los cuales tenían orientación marxista, nacidos del Partido Comunista de Brasil (PcB), fundado en marzo de 1922, tenían un punto en común: la búsqueda de una sociedad socialista con la conquista del poder por los trabajadores, pero divergían en las tácticas para conquistar ese poder. Entre otras, la principal divergencia era sobre el uso o no uso de la violencia.

Algunos de esos movimientos clandestinos tuvieron como objetivo la movilización de sectores rurales, pero la mayoría trataba de alcanzar y sensibilizar a los mayores centros urbanos del país. Sus filas estaban formadas por jóvenes estudiantes, intelectuales -principalmente profesores universitarios-, militares de las tres armas -desde soldados e infantes de marina hasta mayores y capitanes-, sindicalistas, obreros y campesinos.

Las disidencias internas, con subdivisiones y nuevas aglutinaciones, evidenciaban la inviabilidad de esos movimientos como fuerzas capaces para tomar el poder, incluso antes de la represión del golpe militar.

Sobre estos movimientos pesó negativamente tanto su carácter violento corno el pequeño número de sus militantes en relación con la población

ole las fuerzas armadas y policiales y la falta de respaldo de la sociedad civil.

La "Marcha ce la Familia con Dios por la Libertad", una manifestación organizada por mujeres de São Paulo que llevó a la cale a miles de personas pidiendo (da quién?) el fin del "gobierno comunista" del presidente João GoLlart (7 de septiembre de 1961 a 1 de abril de 1964) ya había demostrado a principios de marzo de 1964 que la clase media se había adherido a los deseos, y por consiguiente a los intereses, de las clases dominantes.

Así, estoy convencida de que esos movimientos clandestinos se caracterizaron por 12 ingenuidad casi suicida de sus militantes, que casi sólo con el idealismc de sus sueños trataban de enfrentar a las fuerzas armadas y policiales organizadas, con armas, actos institucionales, soldados, oficiales y civiles entrenados para capturar y torturar a los "subversivos", para cuyo fin sus instituciones recibían generosas porciones del presupuesto de la nación y del capital nacional y extranjero.

Los principales movimientos clandestinos, revolucionarios, desmovilizados por la represión, cuyos líderes tuvieron casi siempre muertes violentas, fueron:

- Acción Liberadora Nacional (ALN), dirigida por el ex diputado Carlos Marighella y ci_yo lema era "La acción hace la vanguardia", trataba de derrotar al rég:rnen militar a través de la lucha de su "Ejército de Liberación Nacional". La ALN, que actuó entre 1968 y 1973 en cooperación con otro moviriiento, el MR-8, en 1969 secuestró al embajador norteamericano en Brasil como táctica para exigir la liberación de 15 presos políticos. Su líder fue muerto en noviembre de 1969 en una emboscada armada y comandada por el jefe de la policía, el temido torturador Sérgio Paranhos Fleury, en una calle de un elegante barrio de São Paulo. El sucesor de Marighella, Job Cámara Ferreira, fue secuestrado y muerto bajo tortura en octubre de 1970 por las manos del mismo Fleury en una granja utilizada para esos fines en el estado de São Paulo.

- La Vanguardia Popular Revolucionaria (vPR) se formó en 1969 cuando el entonces capitán del ejército, Carlos Lamarca, estacionado en el cuartel de Quitaúna, Csasco, São Paulo, resolvió robar de ese cuartel una cantidad ¡mportante de rrmas y encabezar un movimiento armado, junto con otros militares, conta el régimen establecido en 1964. Hasta 1971 el grupo realizó algunasacciones importantes para la lucha revolucionaria. En 1970 la VPR enfrenté a las fuerzas del ejército y de la policía militar que habían rodeado su ár(a de entrenamiento de guerrillas en la región más pobre del estado de ião Paulo, el Vale ola Ribeira. En aquel mismo año de 1970 el movimiento se responsabilizó por el secuestro de tres diplomáticos que actuaban en Brasil: un japonés, un alemán y un suizo. La VPR fue aniquilada en 1973 cuando el cabo Anselmo, agente policial infiltrado en el movimiento, llevó a sus "compañeros" al exterminio cuando `juntos" trataban

de reorganizar la VPR en Recife. En realidad la VPR estaba desintegrada desde que su mayor líder, Carlos Lamarca, fuera muerto en el *sertão* de Bahía en septiembre de 1971, ya corroído por el hambre, por el cansancio, por la soledad y por la falta de apoyo de la población del *sertão,* que asustada por la prédica ideológica e intimidada por las arreas del pcder lo había abandonado a su propia suerte.

- El Movimiento Revolucionario 8 de Octubre (MR-8), nombre que pretendía inmortalizar al Che Guevara con la fecha de su muerte (1 de octubre de 1967), tuvo su origen en 1966 en el medio universitario. En 1969 comenzó a ser perseguido luego de haber participado, junto con la ALN, en el secuestro del embajador de Estados Unidos en Brasil. En 1971 albergó a los militantes de la VPR e incluso a su dirigente más importante, Carlos Lamarca, que en realidad murió siendo militante del MR-8. En 1972 casi todos los militantes del MR-8 perseguidos en Brasil se refugiaron en Chile, derivando de esto la desactivación del mismo.

- La Acción Popular (AP) fue inicialmente un movimiento político inspirado en las ideas de pensadores franceses -que por lo demás vienen teniendo influencia entre nosotros desde la época colonial-: de jacques Maritain, Mounier, Theilhard de Chardin y el padre Lebret, cuando en 1962 muchos estudiantes se agruparon en la Juventud Universitaria Católica (juc), uno de los sectores de la Acción Católica brasileña, también originada en sus congéneres de Francia. La AP controlaba las direcciones de la Unión Nacional de Estudiantes (uNE) y muchos de sus miembros trabajaron como voluntarios en uno de los mayores y más importantes movimientos de educación popular de comienzos cíe los años sesenta en Brasil, el Movimiento de Educación de Base (MEB) organizado por los obispos católicos a través de su órgano máximo, la Conferencia Nacional de Obispos cíe Brasil (CNBB). Entre 1965 y 1967 la AP fue adoptando cada vez más posiciones marxistas, hasta "caracterizarse como una organización maoísta típica, que adopta una línea política bastante similar a la del PC do B" (facción que en 1962 se separó del PCB, el cual había iniciado pus actividades en 1922, adoptando el nombre de Partido Comunista do Brasil; hoy tiene la sigla PPs), ortodoxo y de tendencia stalinista, aunque en la práctica nunca participó en acciones guerrilleras. La identificación de la AP y el PC do B se completó alrededor de 19724973. A continuación dos de los principales dirigentes de la AP -Paulo Wright y Honestino Guimarães- fueron apresados y muertos por el DOI-CODI, lo que condujo a la desaparición del movimiento alrededor de 1974.

- El Partido Comunista do Brasil (PC do B) organizó un movimiento guerrillero en la región amazónica, en el sur del estado de Pará, que duró de 1966 a 1975. Sus militantes, sobreviviendo en aquella inhóspita región, tuvieron que enfrentar a cerca de 200 mil soldados del Ejército Nacional. En esos combates murieron cerca de 61 miembros de las "Fuerzas Guerrilleras del Araguaia", después que las fuerzas legales reprimieron brutalmente a la población local para descubrirlos.

Mencionaré tan sólo algunas más de las siglas mencionadas en *Brasil: nunca .miais;* el lector podrá encontrar detalles de todos los movimientos aquí citados entre las páginas 89 y 113 de dicha obra. Son: Mopilo, TL, TLNE, PCBR, Corrente, FALN, PCR, MRT, MRM, OP-COR, PRT, POLOP, Colina, OLAS, VAR-Palmares, POC, PORT, FBI, OSI, MIM, MAR, FAP, CSR y MEL.

6. El Acto Institucional núm. 2 (AI-2), del 27 de octubre de 1965, firmado por el primer presidente del gobierno militar, mariscal Humberto de Alencar Castelo Branco (del 15 de abril de 1964 al 15 de marzo de 1967), dice lacónicamente en su artículo 18: "Quedan extinguidos los actuales partidos políticos y cancelados sus respectivos registros." Párrafo único: "Para la organización de los nuevos partidos se mantienen los requisitos de la Ley núm. 4.740 del 15 de julio de 1965, y sus modificaciones."

El Acto Complementario núm. 4, del 20 de noviembre de 1965, con base en el AI-2 y en los requisitos de la citada Ley núm. 4.740, fijó las reglas para la creación de los dos nuevos partidos políticos. Los parlamentarios, por lo tanto, tuvieron que hacer su elección y vincularse a una de las dos agrupaciones posibles: la Alianza Renovadora Nacional (Arena) o el Movimiento Democrático Brasileño (MDB), oficialmente oposicionista.

Por el Programa de Acción en el Plano Político del MDB, elaborado posteriormente en los años setenta, el partido "posicionista" fue explícitamente abriendo espacio para las acciones que forzaron la apertura política a través de normas que repudiaban la dictadura. Así se volvió una verdadera oposición.

| . Implantación de la normalidad democrática y la consiguiente condena: *a]* de todos los tipos de dictadura; b] de la institucionalización (le regímenes de excepción; *c]* del continuismo [...] vi - El Movimiento Democrático Brasileño continuará en su lucha: a) por la revocación del Ai-5; [...1 por la revocación del decreto-ley núni. 477, que somete a la juventud estudiantil y a sus profesores [...1: *d]* revisión de las leyes cíe prensa y de seguridad para depurarlas cie normas draconianas y eliminar las penas cíe muerte, de prisión perpetua y de destierro; *e]* amnistía amplia y total en favor de todos los civiles y militares afectados por los actos de excepción y arbitrio practicados desde el 1 de abril de 1964; vii - Libertad de organización partidaria... *[Documentação e atualidade política,* núm. 9, octubre-diciembre (le 1978, Brasilia, 1979, pp. 73-81.]

A fines de 1979, durante la última gestión del gobierno militar, la del general João Batista Figueiredo (15 de marzo de 1979 a 15 de marzo de 1985), la sociedad brasileña clamaba por "amnistía amplia, total e irrestricta". Arena y el MDB fueron extinguidos. —

Así, el MDB se convirtió en PMDB -Partido del Movimiento Democrático Brasileño- pasando oficialmente, aunque por pocos años, a tomar efectivamente el estandarte de la lucha por la verdadera democratización de Brasil.

Los brasileños y las brasileñas deben mucho al diputado Ulysses Guimarães, militante del MDB-PMDB y en realidad su mayor dirigente, quien luchó valerosamente por la democracia política y social en Brasil. Ulysses fue realmente uno de los estadistas más lúcidos, críticos y serios de toda nuestra historia. Con humor, paciencia y sabiduría, este político paulista supo como pocos conocer el momento de hablar y el de callar, el de amar y el de odiar. Salvó vidas de las iras de la represión y con el apoyo de parte de las sociedades civil y política estuvo a la cabeza del restablecimiento de las instituciones democráticas brasileñas, habiendo seguido con gran atención todo el proceso desde el golpe de estado de 1964 hasta el impedimento del presidente Collor. Brasil siente su falta.

7. Sobre la tortura, uno de los mayores psicoanalistas brasileños -Hélio Peregrino- escribió el texto que transcribo en parte, con el objeto de que el lector y la lectora puedan entender mejor el relato que Freire hace de su amiga que continuaba torturándose mentalmente, perseguida por la tortura física que sufriera en Brasil; y también para que puedan percibir con mayor claridad la inhumanidad de la tortura:

... la tortura busca, por medio del sufrimiento físico insoportable, introducir una cuña que lleva a la escisión entre el cuerpo y la mente. Y más que eso: busca, a todo precio, sembrar la discordia y la guerra entre el cuerpo y la mente. A través de la tortura el cuerpo se vuelve nuestro enemigo y nos persigue. Ése es el modelo básico en que se apoya la acción de cualquier torturador [...] En la tortura el cuerpo se vuelve contra nosotros, exigiendo que hablemos. De la más íntima espesura de nuestra propia carne se levanta una voz que nos niega, en 13 medida en que pretende arrancarnos un discurso que lios produce horror, ya que es la negación de nuestra libertad. El problema de la enajenación alcanza aquí su punto crucial. La tortura nos impone la enajenación total de nuestro propio cuerpo, haciéndolo extraño a nosotros y nuestro enemigo mortal [...] El proyecto de la tortura implica la negación total -y totalitaria- de la persona, en cuanto ser encarnado. El centro de la persona humana es la libertad. Ésta, a su vez, es la invención que el sujeto hace de sí mismo a través de la palabra que lo expresa. El discurso que el torturador quiere arrancar al torturado por medio de la tortura es la negación absoluta y radical de su condición de sujeto libre. La tortura apunta a lo contrario de la libertad. En esa medida el discurso que busca, a través de la intimidación y de la violencia, es la palabra envilecida de un sujeto que, *en* manos del torturador, se transforma en objeto. ["La tortura política", publicado en el diario *Folha de São Paulo,* 5 de junio de 1982, p. 3, y reproducido en el libro *Brasil: nunca mais,* pp. 281-282.]

Las técnicas de tortura más utilizadas por el régimen militar brasileño están descritas en el libro citado, sección 2: "Modos e instrumentos de tortura". Fueron el *pau-de-arara,* el choque eléctrico, la *pimentinha* y dobladores de tensión, el ahogamiento, la "silla del dragón" (en dos versiones, una de Río de Janeiro y otra de São Paulo), el refrigerador, insectos y animales y productos químicos.

La tortura a que fue sometida la amiga con quien Paulo Freire dialoga a través de su silencio de solidaridad en esta parte de su texto, el *pau-de-arara,* común ea las cárceles y delegaciones de Brasil desde hace mucho tiempo hasta hoy, ha sido descrita así por otras dos víctimas de la represión:

... El *pau-de-arara* consiste en una barra de hierro que se atraviesa entre los puños amarrados y el pliegue de la rodilla, para colgar el `conjunto' entre dos mesas, de modo que el cuerpo del torturado queda colgado a cerca de 20 o 30 centímetros del suelo. Este método casi nunca se utiliza aisladamente; bus "complementos" normales son choques eléctricos, la palmatoria y el ahogamiento... (Augusto César Salles Galvão, estudiante, 21 años, Belo Horizonte, carta de su puño y letra, 1970).

...que *el pau-de-arara* era una estructura metálica, desmontable [...] constituida por dos triángulos de tubo galvanizado que en uno de los vértices tenían dos medias lunas en las que se apoyaban, y que a su vez se introducía bajo sus rodillas y entre sus ruanos amarradas y colocadas entre las rodillas... (José Milton Ferreira de Almeida, 31 años, ingeniero, Río de Janeiro; auto de calificzción e interrogatorio, 1976). [Declaraciones citadas en el libro *Brasil: nunca mais,* p. 34.]

En esa época -del régimen militar- la tortura adquirió formas sofisticadas de hacer sufrir y de degradar física y psicológicamente a las víctimas. Aplicada con "métodos científicos" jamás conocidos antes en los órganos de represión nacional, y con la connivencia de algunos médicos legistas, no dejaba señales ni marcas en tantos cuerpos como envileció. No escaparon ni sacerdotes ni mujeres embarazadas ni niños. La tortura no discriminaba clase social, raza, edad, sexo ni religión.

Además de las tecnologías industriales, consumismo, concepciones económicas y financieras, métodos, libros, organización y estructura educacional, también importamos del país que nos "ayudó" a unirnos al bloque "occidental y cristiano" la tortura posmoderna, para con ella exorcizar a las brujas que el macartismo colocaba en los cuerpos y en las almas de nuestros jóvenes, entrenando con mendigos para mayor eficiencia en la extirpación del "marxismo dialéctico".

...La enseñanza de este método para arrancar confesiones e informaciones no era meramente teórico. Era práctico; realmente se torturaba a personas que servían de conejillos de Indias en ese macabro aprendizaje. Se sabe que uno de los primeros en introducir esas prácticas en Brasil fue el policía estadunidense Dan Mitrione, que posteriormente se trasladó a Montevideo donde terminó por ser secuestrado y muerto. Cuando era instructor en Belo Horizonte, en los primeros años del régimen militar, se valió de mendigos recogidos en las calles para adiestrar a la policía local. Aquellos pobres hombres torturados en salones de clase permitían que los alumnos aprendiesen los diversos modos de crear en el preso la suprema

contradicción entre el cuerpo y el espíritu, alcanzándolo en los puntos vulnerables. [A. J. Langreti, A *face oculta do terror,* Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1979; reproducido en *Brasil: nunca mais,* p. 32.]

Esa "escuela" implantada aquí dejó un saber que civiles, policías y militares brasileños, muchos con cursos posteriores de "especialización" en diversos países del Norte, utilizaron en forma tan eficiente que dejó, vale la pena repetirlo, a muchas familias brasileñas en luto eterno por sus jóvenes idealistas que lo único que hacían era soñar con un país más serio y más justo, que no se sometiera a órdenes e intereses externos.

8. El *mocambo* es la vivienda típica del litoral del Nordeste brasileño. Son las casas cie las poblaciones más pobres de las grandes ciudades, en las zonas de pantanos o en los cerros.

Construido casi por entero con materiales hallados en el propio lugar donde se ha de edificar o en sus alrededores, es simple, y si no fuera por su precariedad en términos de higiene sanitaria posiblemente sería, con orientación competente de técnicos de la salud, una solución ecológica alternativa adecuada para el clima tropical de una región muy pobre de un país del tercer mundo.

Básicamente, para construir un *mocambo* hacen falta hojas de palma, varas, tablas, trabes y barro. Las hojas ele palma se ponen a secar al sol, evidentemente para aumentar su durabilidad como material de construcción; se llaman entonces pajas de palma.

Sobre un suelo sin revestimiento, "suelo batido" (véase la nota 33), se levantan las paredes con pajas de palma amarradas a las varas verticales clavadas en el suelo. Después se recubre todo con el barro blando y húmedo. Una vez que el barro se seca las paredes así hechas son razonablemente resistentes.

A veces con divisiones internas, con pocas ventanas y apenas dos puertas, cada una de ellas de dos partes, a fin de que la parte de arriba permanezca abierta dejando entrar el aire como si fuera otra ventana y la parte inferior permanezca cerrada impidiendo la entrada de animales. El *mocambo* tiene siempre forma rectangular, con las ventanas abiertas en los dos lados mayores y las dos puertas en los lados menores, que son el frente y el fondo de la casa. No falta el fogón de barro para cocinar, pero casi nunca hay baño.

Los *mocambos* se cubren también con pajas de palma, que antes de ponerse a secar al sol se doblan por la mitad en el sentido de su largo. Para facilitar ese doblez se les hace un corte con cuchillo sobre el eje central. Sobre las paredes ya secas se arman las trabes y sobre éstas se colocan las pajas dobladas bien juntas, casi superpuestas, bien amarradas entre ellas y a las trabes, para que el interior del *mocambo* quede protegido del sol quemante en el verano y de las lluvias torrenciales en el invierno.

Tradicionalmente, los habitantes de los *mocambos* que viven en los manfilares, sobre todo los niños, buscan cangrejos para alimento de la familia y para la venta, anudando así a la subsistencia familiar.

9. Arrancar un racimo de plátanos, o cualquier otra fruta, "en vez" o "de vez" significa en el Nordeste brasileño arrancar la fruta cuando está suficientemente desarrollada en cuanto al tamaño, pero todavía no lista para comerse. Esto se hace para que los animales, sobre todo las aves, no se anticipen y las saboreen antes que nosotros.

Así arrancadas "en vez" se acostumbra "abogarlas" entre hojas secas de la misma planta o entre periódicos viejos, abrigándolas, como dice Freire, para que maduren, lo que se conoce, en la mayoría de los varios tipos de plátanos que tenernos en el Nordeste de Brasil, por el color amarillo oro de la cáscara.

10. Volar cometa, actividad que tiene una gran variedad de denominaciones locales, ha sido y sigue siendo uno de los juegos más populares y difundidos de los niños brasileños de todos los tiempos.

Es fácil para el niño construir su propio cometa, y así se siente desafiado en su ingenio credor, escoge tamaño, colores y forma para su cometa entre los que le din más satisfacción y alegría y cíe preferencia para que se distinga del de sus compañeros. El corneta no requiere, aparte de esa imaginación y ese gusto que da tenerlo, más que un poco de papel de seda, unas cuanta; varitas, cola y unos metros de hilo fino y resistente.

Es un juego típi:arnente masculino porque para volar y alcanzar grandes alturas, causando deslumbramiento y la delicia de su dueño, el cometa necesita del cielo abierto y del amplio espacio que sólo las calles y las plazas pueden ofrecer y que en las sociedades machistas estaban hasta hace poco prohibidas a las niñas.

Una experiencil muy reciente y localizada -en la ciudad de Campinas- en torno al cometa fue su uso como material didáctico para enseñar a los niños varios elementos básicos de las ciencias físicas y matemáticas.

Un pequeño grupo de maestros de esas ciencias de la Universidad Estadual de Campnas -Unicamp- experimentó la enseñanza de medirlas, aritmética y geometría confeccionando y volando cometas con los niños de la *favela* de Sar Marcos en esa ciudad. La alegría y el placer de todos los que participaren en ese acto de enseñanza-aprendizaje no hizo menos sistemático o científico el conocimiento adquirido por los niños.

Posteriormente el mismo grupo -los profesores Eduardo Sebastiani, Ubiratan D'Ambrcsio, Carlos y Zoraide Arguello-, al que se unieron Adriano Nogueira -filósofo preocupado también por la educación de las clases populares- y cero de veinte alumnos de las carreras de matemáticas, física e ingeniería, creó el Museo Dinámico de Ciencias.

El museo, que funciona hasta el día de hoy en el parque Portugal, en el barrio Taquaral de Campinas, invitaba a todos los niños interesados

en la experiencia a fin de que ésta se socializara lo más posible. Entre 1985 y 1990, todos los meses de agosto, cuando los vientos soplan con mayor generosidad sobre casi todo el territorio brasileño, el museo auspiciaba la "Fiesta de los Cometas".

En esas ocasiones, un grupo enseñaba a los niños cómo construir científicamente el aparato, como medio de aprender con alegría y de apropiarse de conocimientos básicos de física y matemáticas por el método más fácil, adecuado y eficiente -el de la unidad de teoría y práctica vivida y entendida en forma placentera.

Hoy, al hablarme de esa experiencia, uno de sus profesores revivió la alegría de los tiempos en que niños y niñas -allí se iniciaron- llenaban los cielos de papeles de colores y líneas que iban enseñándoles altura y distancia, catetos e hipotenusas, tensión y presión atmosférica, espacio y tiempo, catenarias y líneas, infinito y finito, vientos y corrientes de aire en un espectáculo que unía manos, cabeza y alma de personas de diferentes grados de conocimiento, de distintas clases sociales, sexos y religiones en un mismo objetivo -el acto de conocer con placer y sin competencia.

La "clase" al aire libre no estaba interesada en saber quién había hecho el cometa más bonito, o el rabo más largo y con más colores, o el que subía más alto. Clase de aerodinámica a cielo abierto y cíe gusto abierto a los actos de crear, de observarse, de entender y de apropiarse del conocimiento científico sin la imposición del profesor que deposita casi siempre en los alumnos las fórmulas, las ecuaciones y las reglas que éstos deben aprender de memoria después que han sido escritas en los pizarrones de salones cerrados y tristes.

Freire, que tanto ha valorizado el inundo como fuente y origen del saber de sentido común orientado hacia el saber del conocimiento científico, sistematizado -ese grupo partió de las premisas freireanas-, no pudo tener en el cometa sus primeras clases de ciencias, sino sólo tuvo el placer de volarlo.

11. A fines del siglo pasado y principios de éste, cuando los esclavos recién liberados se fueron estableciendo en las mayores y más importantes ciudades brasileñas, obviamente ocuparon las áreas entonces despreciadas por las capas medias y las élites locales.

Les sobraban los espacios espurios, como arroyos y cerros.

Los arroyos no eran -y muchos continúan siendo- otra cosa que pequeños valles a cielo abierto por los que corrían, gordas y sucias, aguas verdosas e impuras, por donde -debido al exceso de basura allí arrojado, incluyendo aguas negras- ya no pasaban las aguas limpias de las lluvias, y donde niños incautos se divertían nadando, antes que esas aguas cayeran al mar y a los ríos. En sus márgenes fétidas, en zonas siempre expuestas a inundaciones, las poblaciones más pobres construían sus casas y continúan haciéndolo.

Las viviendas de los cerros no tienen más comodidades que esas instaladas a la vera de los arroyos. Sus habitantes tienen que subir y bajar a pie, y si sus casa; no están expuestas a las inundaciones, el viento fuerte o las lluvias torrenciales de la zona tropical pueden destruirlas con facilidad. Los *'mocambos* soportan los estragos de la intemperie mejor que las viviendas hechas con distintos tipos de chatarra.

Las casas de los arroyos y de los cerros no tienen agua corriente, electricidad, desagües ni recolección de basura.

Así, cuando Freire habla del "mundo de los niños y las niñas de los arroyos, de los *mocambos,* de los cerros" está hablando de niños excluidos. De los y las excluidos de la posibilidad no sólo cíe comer, sino también de asistir a la escaela, de vestirse y dormir bien, de bañarse en agua limpia y de esperar días mejores (sobre los *mocambos* véase la nota 8).

12. Sobre el significado de *maña* véase el libro de Freire *Pedagogía de la esperanza,* nota 29, redactada por mí.

13. "Ladrón de gallinas" era la denominación que dábamos en el Nordeste brasileño, cuando la violencia de los asaltantes todavía no había tomado las ciudades, a los que realizaban pequeños hurtos para sobrevivir sin el trabajo que la sociedad, económicamente poco dinámica, no les podía ofrecer.

El término inilicaba al ladrón que robaba fortuitamente, casi siempre lo que encontraba en los jardines de las casas más acomodadas: ropas, objetos, frutas e incluso algunas gallinas.

"Gentuza" *(gevitinha)* es como la arrogancia de la clases medias y altas brasileñas designa hasta hoy a los desprovistos de bienes materiales.

Este término, además de ser clasista y discriminatorio, pretende herir al otro quitándole, según la intención de quien lo emplea, toda dignidad.

Es como si el que es muy pobre o mísero fuera un ser nefasto y no pudiera de ninguna manera poseer cualidades morales o éticas porque no tiene una posición social privilegiada.

Así, se considera que la "gentuza", hombre o mujer, es un individuo inferior al que no se debe ninguna consideración o aprecio.

Es por eso por lo que el término, altamente peyorativo, es utilizado por Freire entre comillas.

14. En el Pernarxbuco de años pasados llamábamos *"calungas* de camión" a los hombres, generalmente negros -porque siendo uno de los trabajos manuales más pesados de la época "naturalmente" recaía en ellos-, que efectuaban la caga y descarga de mercancía de los camiones.

Como el servicio de transporte de mercaderías dependía de la fuerza humana, los canciones llevaban consigo los hombres necesarios, cerca de cinco o seis, que durante el trayecto iban de pie, firmes y erguidos, aga-

rrados a la carrocería del vehículo para su mínima seguridad. Detrás de la cabina y encubiertos también por los laterales de madera de la carrocería, esos hombres fuertes parecían, a los ojos de las élites, "muñequitos" o "personas de escasa estatura", lectura de menosprecio de las sociedades discriminadoras y autoritarias.

Probablemente el término *"calunga* de camión" tiene relación con las divinidades del culto bantú llamadas *calungas,* pues como ya se ha dicho los hombres así llamados eran generalmente negros.

Los bantúes vinieron como esclavos a Brasil entre los siglos xvi y XIx, siendo llamados aquí *angolas, cabindas, benguelas, congos y inozambiques.*

15. El Nordeste brasileño tiene la tradición de festejar, más que otras fechas de origen religioso católico, como la Navidad y la Pascua, los días o más bien la noche de la víspera del día de San Juan -24 de junio- y San Pedro -29 de junio-, sus santos riiás queridos y venerados. Hasta hoy, las "fiestas juninas" sensibilizan a todas las capas sociales.

Fuegos artificiales, "traques" (paquetitos de papel de seda con una cantidad diminuta de pólvora que estallan al chocar con el suelo); "estrellitas" que lloran en las manos de los niños con gotas de fuego (le colores; *"rojões"* (pistolas de pólvora que estallan con un ruido enorme a gran altura, como si fueran truenos); "buscapiés" (un "fuego" que aprovecha el camino abierto por el asustado que corre para "perseguirlo" y estallar entre sus pies), entre otros cohetes, junto con las grandes fogatas de leña y los hilos llenos de banderitas de papel de seda de colores, hacen cíe la fiesta religiosa una fiesta pagana que, llena de barullo y alegría, se prolonga hasta las madrugadas nordestinas.

Las danzas de los niños con las niñas o de las jóvenes con los muchachos vestidos como campesinos -la cuadrilla es una imitación (le las danzas de las cortes nobles europeas, animada por las órdenes del *"puxador"* y por las músicas típicas, sobre todo el *baião,* el *xaxado,* el *xote,* la ranchera y la mazurca—, que se repiten entre "casamientos" de muchachas "embarazadas" y novios que intentan huir, celebrados por delegados de policía protectores de las familias y padres preocupados por el "pecado". Ambas simulaciones -las cuadrillas y los "casamientos"- alegran y eternizan actos sociales muy valorados, dando vida especial a las fiestas de junio en el clima auténticamente nordestino del *forró.*

Es la época en que las jovencitas piden casamiento de verdad a San Juan o a San Antonio (su día es el 12 de junio, pero tradicionalmente se conmemora en esas fiestas de finales del mes); en que ven en las sombras el destino registrado en el agua de una palangana de aluminio, de preferencia viendo el rostro del amado con quien en breve se casarán; en que las gentes andan sobre las brasas cubiertas de ceniza que las fogatas dejaron en el suelo por la madrugada, y no se queman los pies porque ésa es la señal de que no morirán antes de las próximas fiestas juninas.

Las comidas son parte esencial de esas fiestas. Los camotes y elotes asados en las brasas de las fogatas se suman a las *pamonhas y* la *canjica.*

La *pamonha* se c^^cina dentro de un recipiente hecho con las hojas del mismo elote que produjo la crema, que se obtiene rallando el elote y después pasándolo por la *peneira* [tamiz de fibra vegetal]; a continuación se le agrega azúcar y leche de coco y se pone a cocer bien tapado, durante horas, en enormes ollas con agua. Debe servirse tan caliente que la mantequilla que se le pDne encima se derrita, llenándonos la boca de agua.

La *canjica* de que habla Freire se prepara de manera parecida a la *pamonha,* pero se (:ocina directamente en los tachos de cobre durante horas y horas, hasta que alcanza la consistencia de un flan suave, aromático y de color amarillo claro. Cuando la *canjica* está en ese punto se derrama en los platones y se espolvorea con canela en polvo, formando dibujos y creando ramilletes ele sabores que se mezclan con el sabor incomparablemente delicado de [a *canjica,* que se sirve fría.

Así, en el Nordeste brasileño junio es el mes de las creencias populares, de la fe católica verdadera mezclada con los sueños de nobleza y dinero, con músicas, ruidos, danzas y "casamientos", de las comidas típicas, de las ropas de colores vivos, del fuego que explicita la pasión por su tierra cíe ese pueblo tan sifrido y, sobre todo en el *sertão,* de rezar y esperar la dádiva de las lluvias. que hace que de un día para otro la vegetación reseca florezca en un verde exuberante. Tan exuberante y tan fuerte como su pueblo y sus fiestas

16. Al hablar cíe "IYiinos" de inaíz Freire recuerda y perpetúa una medida ya en desuso en Brasil, que indicaba la cantidad de elotes. En Pernambuco una mano tenía cincuenta elotes, en Alagoas veinticinco, en São Paulo sesenta y en Río Grande do Sul sesenta y cuatro.

17. Desde que el gerieral Dantas Barreto, ministro de la Guerra del presidente Hernies da Ionseca (15 de noviembre de 1910 a 15 de noviembre de 1914), fue presentado como candidato al gobierno de Pernambuco por Pinheiro Macha_lo, que mandaba abiertamente al jefe supremo de la nación, el general s« consideró gobernador electo.

Fue elegido de lecho por la intervención del gobierno federal en Pernambuco a travé! del Comando de Armas local -hoy 7a. Región Militar del Ministerio del Ejército- por el "voto de punta de pluma", es decir, por el fraude electoral que, entre otros vicios, registraba en los libros de tonteo de los votos 'l nombre de quien las fuerzas en el poder quisieran (véase la nota 46). DE;pués de asumir el gobierno, Dantas Barreto implantó el terror. Su misión consistía en sustituir a la oligarquía de Rosa e Silva y establecer un gobierno piás fuerte, de carácter militar, atemorizando a los periodistas y a ks "coroneles" más audaces.

Para eso, Dantas Barreto creó la "Banda clel Pañuelo" de que habla

Freire, que se llamaba así porque con un pañuelo se cubrían el rostro durante sus "acciones ejemplares" los pocos oficiales y soldados de la Policía Militar de Pernambuco que se prestaban a eso, comandados por el coronel Francisco Melo, de pasado comprometido en por lo menos un acto de cobarde masacre. Había sido él quien comandara el fusilamiento de marineros ya amnistiados de la "Revuelta del Látigo", encabezada por el temerario marinero João Cándido, para que dejara de ser normal castigar a los marineros con azotes dentro del propio barco.

La "Banda del Pañuelo" mostró su excelencia en su trabajo golpeando al importante y respetado periodista Mario Mello y expulsando del estado al periodista Assis Chateaubriand -quien se fue a Río de Janeiro y fundó los Diarios Asociados que hasta hoy son una red de periódicos importante-, entre otras acciones de terror institucionalizado.

El famoso periodista asesinado, cuya muerte Freire lamenta, es Trajano Chacon, que a los 34 años de edad, en la plenitud de su carrera profesional, fue la mayor víctima (le la perversidad de la "Banda del Pañuelo" cuando, el 11 de agosto de 1913, fue golpeado hasta morir cuando salía de una conmemoración de la creación de los cursos jurídicos en Brasil.

Los que asistieron a la escena, en verdad más indignados que amedrentados, guardaron silencio ante el bárbaro crimen porque nada podían hacer y porque entendían que la "pena ejemplar" que el general-gobernador y su "Banda del Pañuelo" estaban ejecutando públicamente, a oscuras porque la iluminación pública estaba tácticamente apagada, no iba destinada sólo a los que estaban allí paralizados sino a todos los pernambucanos y las pernambucanas adversarios políticos del gobernador, a los periodistas críticos.

La muerte vil de Trajano Chacon fue en venganza por dos editoriales supuestamente redactados por él -en realidad no eran suyos- criticando las actuaciones cobardes del gobernador, publicados en el periódico O *Pernambuco* de propiedad de Henrique Milet, profesor de la facultad de Derecho de Recife, amigo de Trajano y de toda la familia Chacon.

Milet, conmovido por la muerte inútil de su amigo y colaborador, concluyó su discurso en el entierro del periodista, cuyo cuerpo fue llevado hasta el cementerio por una multitud, con una frase que, por toda su apariencia fatídica, no era sino una expresión anticipada de lo que hizo la propia historia, como lo hace tantas veces con los que no son sino verdugos de su pueblo: "¡Trajano Chacon está siendo enterrado muerto, el general Dantas Barreto está siendo enterrado vivo!"

En realidad el gobernador no consiguió elegir a su sucesor, corno era común en la época. A pesar de todo el terror político y policial del gobierno de Dantas Barreto, enfrentándose al terror y a los que lo hacían, el pueblo eligió para sucederlo al líder de la oposición, Manuel Borba.

Según las informaciones del sobrino de Trajano (sin las cuales no podría haber escrito esta nota puesto que mis búsquedas en los libros de historia fueron infructuosas), el profesor Vamireh Chacon, de la escuela de Ciencias Políticas de la Universidad de Brasilia, quien me respondió prontamente con la pasión y el interés de quien es uno de los mayores estudiosos de la historia de las ideas en Brasil y no sólo por afinidad afectiva con el periodista asesinado, esa truculencia para con su tío fue la gota de agua que acabó con la carrera política de Dantas Barreto, quien falleció en Río de Janeiro en total oscuridad.

La secular historia de la impunidad de los opresores en Brasil tuvo allí un buen y triste ejemplo. Llevados los asesinos a un tribunal, fueron declarados inocentes porque el gobernador destituyó, uno tras otro, a los procuradores encargados del proceso por la muerte de Chacon: Francisco Barreto Campelo, João de Deus y Mena Barreto de Barros Falcão (sin parentesco con Dantas, a pesar de tener el mismo apellido), ya que incluso con la "Banda del Pañuelo" apostada a las puertas de los periódicos no había conseguido intimidar a los procuradores, que cumplían su obligación de denunciar a los asesinos, y no protegerlos. Sustituidos esos dos procuradores, Dantas encontró otro que, defendiendo el crimen ejecutado por los policías, los absolvió a todos con la connivencia de un jurado elegido a dedo, formado por funcionarios públicos, a pesar de que los reos habían confesado con detalle cómo habían matado a Trajano.

Ruy Barbosa, notable jurista y uno de los hombres públicos de bien de este país, lúcido, valeroso y crítico, colocándose como siempre lo hacía del lado de la justicia y de las víctimas de la injusticia, pronunció en el Senado federal un discurso fúnebre en honor del periodista pernambucano asesinado, expresando su repudio al gobierno pernambucano y sus crímenes y solidarizándose con la familia del amigo muerto.

Trajano Chacon, que supo honrar su ciudadanía luchando siempre por su país -muy joven empuñó las armas, al lado de Plácido de Castro, para luchar por la anexión a Brasil del actual estado del Acre-, es, por su trabajo en pro del periodismo crítico y consciente, el patrono de la Asociación de la Prensa de Pernambuco.

18. El movimiento de que habla Freire es conocido en Brasil como la Revolución de 1930.

Desde pocos años después de la proclamación de la República (1889) Brasil venía siendo gobernado por la aristocracia agraria ligada al cultivo del café.

Dos estados de la federación -Minas Gerais y São Paulo-, que eran los mayores productores de la principal riqueza nacional de entonces, indicaban y "elegían" al presidente de la República alternándose en el poder público que, como si fuera privado, protegía y servía únicamente a los suyos.

Desde los años diez y veinte venían surgiendo movimientos de descontento contra esa política de monocultivo exportador y agrario que exponía

a gran parte de la población a la miseria -las clases populares- o la supervivencia -las clases medias-; al clientelismo del estado que abarrotaba de funcionarios, necesarios o no, las oficinas públicas, o a lidiar por los pocos empleos creados en las tres instancias de las actividades productivas por la iniciativa privada, o bien a improvisar pequeños yprecarios trabajos dando origen a una economía paralela de bajo nivel que, cada vez más hinchada, persiste hasta hoy como única posibilidad de ingreso, sobre todo para las capas populares.

El movimiento armado estalló en octubre de 1930 contra ese estado de cosas, encabezado por Getúlio Vargas, ex ministro de Hacienda del propio presidente Washington Luiz, todavía en ejercicio, y ex presidente de la provincia de Río Grande do Sul (así se llamaban hasta 1930 los actuales gobernadores de los estados de hoy), que había perdidh las elecciones de marzo de 1930, realizadas de acuerdo con las normas legales y los vicios prácticos del poder establecido.

El asesinato en julio de 1930, siendo presidente de la provincia de Paraíba, de João Pessoa, que había acompañado a Vargas en la lista de los derrotados como candidato a vicepresidente, fue la mecha que encendió el movimiento armado, a pesar de que en realidad el crimen no tenía relación con la crisis provocada por el continuismo determinado mediante fraudes electorales ni con la crisis económica que afectaba a todos. La desgracia tenía que dar dividendos políticos y las "fuerzas revolucionarias" supieron catalizar el clima de derrota y se proclamaron indignadas con el "asesinato político" de Pessoa.

El 3 de noviembre de 1930 el "gobierno revolucionario", que había depuesto a Washington Luiz pocos días antes de la fecha en que éste debía pasar el poder a los victoriosos candidatos gobiernistas -encabezados, hay que decirlo, por un paulista más-, indicó a través de la Junta Pacificadora que su máximo jefe Getúlio Vargas era quien ocuparía el máximo cargo de la nación.

Después de dificultades y conflictos, en 1933 se elige por voto directo una Asamblea Constituyente. La nueva Constitución fue proclamada en 1934 y rezaba que el presidente debía ser elegido por el Congreso Nacional para una gestión de cuatro años. Señal evidente de las maniobras varguistas que le permitieron continuar en el poder. Cuando el país, tres años después, se preparaba para nuevas elecciones, Vargas dio un golpe de estado, el 10 de noviembre de 1937, y desde entonces gobernó Brasil en dictadura declarada hasta ser depuesto, el 29 de octubre de 1945.

Su caída se debió sobre todo a las contradicciones que se evidenciaron entre su forma de gobernar y el deseo de la necesaria libertad creado por el clima de la segunda guerra mundial que se generalizó no sólo en Europa y Estados Unidos, sino también en Brasil.

Con innegable vocación caudillesca y autoritaria, y además siguiendo la propia tradición brasileña, pero con una alta capacidad de gobernar,

Vargas fue ciertamente el mandatario que más revolucionó la historia política y económica del país.

Por eso volvió en 1951, elegido por el pueblo, para una nueva gestión que debía durar cinco años pero fue bruscamente interrumpida por su suicidio, el 24 de agosto de 1954, como respuesta a sus enemigos que lo acusaban de corrupción, a él y a sus familiares.

1930 fue realmente un despertar al desarrollo. Fue un hito entre el Brasil arcaico y retrógrado y la constitución de un estado moderno con la creación del aparato burocrático de estado; con el surgimiento de una clase media más consistente y numerosa; con la preocupación por los problemas social°s -fue Vargas quien creó, en 1930, el Ministerio del Trabajo y el de Educación y Salud Pública-; con el respeto a la clase trabajadora a través de las nuevas leyes laborales, aunque es cierto que en parte con valcr proclamado típico de los gobiernos populistas; con la creación de la infraestructura política, económica y legal necesaria para la industrialización.

Los historiadores brasileños difieren en su interpretación de la "Revolución de 1930". ¿Habrá sido promovida por la burguesía, que quería y habría obtenido el poder, hasta entonces secularmente detentado por los latifundistas, o habrá sido un movimiento de las capas medias, civiles y militares, con el objeto de establecer la justicia social y política en Brasil?

No quiero dejar de señalar el perfil y el carácter sin par de Vargas, así como su voluntad política de comandar la construcción de un país mejor, más serio y más susto, realmente dinámico en todos los aspectos.

Hombre de pequeña estatura, fumador de puros, gordo, de mirada profunda y comunicativa, que gustaba de recibir, de leer y de guardar en sus bolsillos las notas que le llegaban del pueblo en las raras ocasiones en que aparecía en público; risueño y afable; de gran poder de persuasión, pero sereno y jovial cuando le convenía; de vida regular y reservada; agnóstico, pero cercano al clero católico; carismático y de risa fácil; caudillesco, conciliador y estadista al mismo tiempo; hombre de clemencia, pero implacable con sus mayores enemigos, político lúcido y ágil; austero con los deberes sagaz y sensible con los problemas nacionales, fue sin duda el mayor representante del populismo brasileño.

Así, ayudando y valorizando al proletariado, permitió que se consagraran sus reivindicaciones, le dio leyes proteccionistas y le impuso coerciones al mismo tiempo que quemaba los excedentes para proteger a los cafeticultores y beneficiaba a la burguesía con medidas industrialistas que realmente desarrollaron el país, aunque tampoco dejaron de enriquecer enormemente a esa nueva facción dominante.

Vargas, sobre todo en su primera gestión de quince años ininterrumpidos, dinamizó a la nación brasileña en todos sus niveles, ángulos y aspectos, aunque desdichadamemnte no en lo que se refiere a la conscientización política.

Tenía un proyecto utópico y luchó por él valerosamente, pero sin distanciarse del nacionalismo y del populismo. Dictó e impuso, pero también transformó y construyó, con su idealismo muy poco democrático y su sensibilidad patriótica, las posibilidades de un país que el pueblo brasileño aún no ha logrado concretar, en parte por su modo despótico de gobernar por tantos años nuestra república naciente, frágil y democráticamente inexperiente.

19. Wladirnir Herzog era un respetado periodista brasileño cuando, a los 38 años de edad, fue intimado a declarar por los órganos de represión del gobierno militar.

Se presentó en la mañana del 25 de octubre de 1975 y en la tarde de ese mismo día murió en las dependencias del DOI-CODI -Destacamento de Operaciones de Informaciones, Centro de Operaciones de Defensa Interna-, en esa época órgano de seguridad de las Fuerzas Armadas, centralizado en el ejército y creado en 1970 durante el gobierno del general Médici (30 de octubre de 1969 a 15 de marzo de 1974). El periodista había sido bárbaramente torturado.

El comandante del II Ejército, con sede en São Paulo, responsable del hecho, distribuyó a la prensa al día siguiente una nota informando del suicidio de Herzog.

El cuerpo del periodista fue ultrajado también después de muerto, al ser utilizado para la farsa de ser fotografiado como si se hubiese ahorcado. La silla colocada frente a su cuerpo inerte, como "prueba" de que se había subido a ella para arrojarse, no escondía, por el contrario, el hecho de que sus pies llegaban al suelo, y su cintura a nivel de la silla baja deja ver las rodillas flexionadas y las piernas paralelas al piso.

La familia y la sociedad se movilizaron y el 25 de octubre de 1978 el juez Marcio José de Morais declaró en su sentencia que era la Unión la responsable por la prisión, tortura y muerte de Wladienir Herzog.

Rubens Beirodt Paiva fue apresado en su casa, en Río de Janeiro, el día 20 de enero de 1971, después de una llamada telefónica que, con el pretexto de entregar correspondencia llegada de Chile, pedía su dirección.

Inmediatamente seis personas con ropas civiles invadieron su casa, todos armados, y sin identificarse se llevaron al diputado federal, sin que pudiera apelar a ningún derecho político, a las dependencias del cuartel de la Policía del Ejército, donde operaba el DOI-CODI del I Ejército.

Esa división del Ejército negó, a pesar de las pruebas, que Rubens Paiva estuviera detenido allí. Allí había sido visto por otros presos políticos, y su familia había firmado un recibo cuando les devolvieron el auto de su propiedad que el diputado había conducido personalmente hasta el cuartel.

Rubens Paiva había estado vinculado desde su juventud con las causas nacionalistas, corno la lucha por la creación de la Petrobrás, cuyo lema era "el petróleo es nuestro". Siendo diputado había sido miembro de la

CPI-IBAD (Comisi¿n Parlamentaria de Investigación del Instituto Brasileño de Acción Democrática), "que comprobó que los generales comprometidos con el golpe militar habían recibido abultadas sumas en dólares provenientes del gobierno de Estados Unidos en 1963" *(Brasil: nunca mais,* pp. 269-270).

Ese hecho, comprometedor tanto para los corruptores -gobernantes de la nación que cree y propala a los cuatro vientos ser la creadora y maestra de la democracia- como para los corrompidos -los generales que hicieron la "revolución" en nombre, entre otras cosas, de la lucha contra la corrupción-, cayó sobre Paiva por haber sido uno de los denunciantes. El Acto Institucianal núm. 1, del 9 de abril de 1964, anuló su mandato parlamentario.

Una vez presa), acusado del "crimen" de mantener correspondencia con exiliados políticos brasileños residentes en Chile, las "averiguaciones" fueron torturas que su cuerpo no resistió.

"Desaparecido", su muerte sólo fue reconocida diez años después de su secuestro y muerte. Sus restos mortales jamás fueron entregados a su familia y a quieres lo admiraron como uno de los grandes hombres públicos de Brasil.

Miriam Verbena creció junto a los *hijos* de Freire como si fuera en verdad una prinna. Nacida en Belém do Pará, en una familia amiga de Esther Monteiro, una de las tías de Freire que en los días de Jaboatão casi hizo las veas de madre, Miriam fue a vivir en Recife a los siete años de edad, acogidi por la generosidad de Esther, y se crió al lado de los hijos de ésta, Dcsa y João, como una hermana anás.

En esa época sólo una pared, en la que se abrió una puerta que no se cerraba nunca, separaba la casa de Paulo de la ole su tía Esther. Era una gran familia que soñaba con un nuevo Brasil.

En los años setenta Miriam, como un sinnúmero de jóvenes de su generación, se ardió a uno de los movimientos revolucionarios clandestinos que luchaban por establecer aquí una sociedad menos malvada, como suele decir Freire, más justa y más humana. Por eso fue asesinada por las fuerzas de la represión, junto con su compañero, cuando viajaba en automóvil por una carretera de Pernambuco.

Como en los otros casos, el poder no se responsabilizó del hecho. El discurso oficial declaró que se trataba de un mero accidente automovilístico como tanto;.

Hoy, 1 de abril de 1994, al escribir esta nota, Brasil recuerda con pesar el golpe militar. "i64 nunca más!" -gritan muchos.

Nunca más nuertes y torturas contra Herzogs, Rubens y Miriams. ¡Nunca más! -debemos gritar todos.

20. Hoy en Brasil llamamos PC [Paulo César] colloridos, y Freire agrega descolloridos, a todos los y las que permanecen leales o que dejaron de

creer en Paulo César Farías y Fernando Collor de Mello, o que a semejanza de los dos vienen enriqueciéndose deshonestamente, ya sea porque dilapidan dineros y bienes públicos -desviando sumas hacia sus bolsillos o mediante obras públicas de valores muy recargados y otras distorsiones- o porque estafan a la sociedad con negocios ilícitos, ilegales o "fantasmas", sobre todo cuando explotan a la clase trabajadora, sin que importe la pobreza provocada en ésta por la plusvalía exagerada, por los precios abusivos de los artículos de consumo, o incluso porque ven en las acciones corruptas e inconfesables de Farías y Collor prácticas naturales y válidas.

Obviamente en esta parte de su trabajo Freire se refiere a la falta de respeto a la población que constituyen las diferentes formas de comportamiento ético-político-social que hemos conocido en las élites políticas y económicas que vienen vilipendiando a toda la población brasileña al modo de PC y de Collor, protegidos por la impunidad casi total y generalizada que impera en Brasil desde la invasión de sus tierras por Portugal en el año 1500 (véanse notas 1, 2 y 3).

21. La historiografía brasileña venía registrando el carácter del pueblo brasileño como de hombres y mujeres dóciles. Esta interpretación ideológica no ha tenido confirmación, sobre todo en los últimos años de nuestra historia.

Las grandes contradicciones generadas por las míseras condiciones de vida de muchos de los oprimidos, por un lado, y por el otro la tradición arrogante, autoritaria y discriminatoria de los opresores que, hay que decirlo, secularmente ha generado las terribles diferencias entre las clases sociales, vienen transformándose en episodios de lamentables y vergonzosas violencias de los segundos contra los primeros, con hechos que dejan a la población en un clima de inseguridad insoportable.

Me refiero en particular a los acontecimientos de los que los oprimidos no tienen cómo defenderse o responder. Hablo del exterminio sistemático de aquellos a quienes poco o ningún valor social se atribuye por los poderes constituidos en Brasil, o por los que, siendo parte de ellos, se arrogan funciones de justicieros en sus días u horas libres del trabajo en los órganos policiales estaduales, o por miembros de grupos alternativos autodenominados "justicieros".

La polémica de la autoridad del Estado brasileño y de los gobiernos constituidos viene favoreciendo esa práctica del bandolerismo por parte de los malos policías y de otros grupos que se consideran dotados del derecho de "hacer justicia con sus propias manos", los `justicieros" constituyen, en verdad, un poder armado paralelo al del Estado.

Así, en las grandes metrópolis brasileñas está ocurriendo lo que los estudiosos del tema denominan *mando dual,* uno derivado del *alto mando* policial y otro proveniente del *medio social.*

Los comandantes de los cuarteles, como representantes legítimos del aparato represiva del estado, recomiendan todos los días a sus policías que traten con rigor a los "marginales", en un discurso velado que en realidad predica la violencia para con las clases populares.

La población en general, ignorante de los verdaderos motivos de la delincuencia, cansada de ser víctima de ésta y deseosa, sobre todo las personas de las cìpas populares, en cuanto trabajadores, demostrar que "no somos de esa .aya", incitan, y los pequeños comerciantes y prestadores de servicios exigai, acciones de exterminio por parte de quienes, entrenados en las policías, en misiones oficiales u oficiosas, o por alguno de esos grupos de justicieros", siempre con acceso y experiencia en armas mortíferas, las usan para "limpiar" la ciudad de los indeseables, "borrándolos" para siempre.

No abogo por la protección indiscriminada de los delincuentes, lejos de ello, ni por el ilvido de la responsabilidad de los delincuentes por sus acciones antisociales. Los crímenes cometidos hoy en Brasil contra la sociedad corno un todo por hombres, mujeres y niños marginados del proceso político-(Conómico-social infunden temor y aun pánico en la población porque son realmente crímenes bárbaros, hediondos. Es indudable que ellos y el as merecen castigo por sus actos, aunque sepamos que ellos y ellas son p-oducto de nuestra sociedad, y que ésta es terriblemente injusta con ellos ellas. Pero también es cierto que la sociedad brasileña no puede seguir .xpuesta a cualquier tipo de masacre impuesto públicamente a sus miembros. Ellos y ellas deben ser juzgados y castigados como personas por un Poder Judicial legalmente constituido para eso, y no como cosas por cualquiera de los grupos que se creen `justicieros".

La policía es la única institución del aparato de estado que puede emplear la fuerzz con respaldo legal en nombre de la seguridad interna del país, pero en verdad abusa de ese poder y lo distorsiona, fortaleciéndose e imponién:lose por el uso indiscriminado de la fuerza física, golpeando, maltratando, infringiendo derechos, prendiendo, humillando, torturando y matando, en sus funciones "legales" o en las legitimadas por quienes, sin conciencia política ni sentimientos humanitarios, prefieren castigar a las víctimas de los problemas político-económico-éticos de la nación en lugar de luchar contra los opresores, que son en última instancia y verdaderamente los verdugos de casi todos nosotros y de la nación brasileña.

Entre los exterminios sistemáticos de menores -práctica siniestra que viene generalizánlose en los más variados rincones de Brasil en los últimos años-, ese poder paralelo y altamente arbitrario fusiló el 23 de julio de 1993 a ocho "nifos de la calle" que dormían, envueltos hasta la cabeza en cobertores de trapos, en las banquetas de la iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria uno de los símbolos de Río de Janeiro. Policías con ropas civiles los ametrallaron sin tener siquiera la certeza de a quién mataban, simplenente porque sus cuerpos olían mal, no comían, no eran

acogidos por sus familias y así, desdichadamente, para sobrevivir tenían que vender droga y robar.

Brasil en sus verdaderos ciudadanos lloró, se avergonzó y se puso de guardia y de luto.

Impune y autoritaria, la Policía Militar de Río invadió a fines de ese mismo año de 1993 una favela, la Vigário Geral, y en el silencio de la noche algunos de sus hombres, vestidos de civil y encapuchados, ejecutaron su venganza contra los traficantes de drogas que viven en los *morros,* que no estaban dándoles el monto prometido como su propina ilegal e ilícita. Mataron uno a uno a varias mujeres y hombres, todos inocentes, algunos que estaban tornando cerveza y conversando tranquilamente en un bar, otros y otras que dormían en las pocas horas que les quedaban entre las muchas horas ele trabajo pesado de cada día.

En el bar cayeron siete cuerpos. Invadieron una casa y fusilaron a ocho personas de una misma familia trabajadora, evangélicos que hacían de la fe el impulso de su existencia, dejando con vida tan sólo a un niño. Después de lavar la sangre, la tenacidad de esa comunidad transformó esa casa en un centro de cultura y de resistencia.

En las calles los policías cobraron otras seis víctimas, incluso algunos que clamaron por su vida y gritaron desesperadamente que eran trabajadores y no vagabundos. Todos vieron y oyeron, pero nada pudieron hacer salvo desesperarse.

Veintiún inocentes pagaron por los días vividos en los *MITOS* de la miseria, de la injusticia y del dinero de la corrupción no recibido.

Sus familias y la sociedad continúan clamando por una justicia y una paz que aún no han llegado. Los *morros* de Río continúan siendo fustigados diariamente por la policía, por los "justicieros", por los traficantes de drogas que hacen allí sus "cuarteles generales", y por la miseria.

Un año antes un episodio igualmente aterrador ocurrió en la ciudad de São Paulo, con el agravante de que la violencia recayó sobre hombres presos bajo la tutela y responsabilidad del estado. Del estado más progresista del país, São Paulo.

Asesinados por las fuerzas en el poder, los presos del Pabellón 9 de la Casa de Detención del Complejo Penitenciario de Carandiru fueron blanco de esa tiranía desenfrenada de los que se creen hacedores de la justicia y del orden.

La masacre ocurrió el 2 de octubre de 1992, pero sólo se hizo pública a la tarde del día siguiente porque "era preciso" esconder el hecho para que las elecciones para alcalde de la capital transcurrieran de acuerdo con los intereses de los dueños del poder.

En ocasión de una pelea entre los presos ele ese pabellón, porque uno de ellos, "pasador de drogas", había recibido el dinero pero no había distribuido la droga -práctica común en los presidios, patrocinada por los propios policías corruptos-, funcionarios "diligentes" proclamaron

que lo que estaba ocurriendo era una rebelión.

Los guardias de los muros, pese a no tener competencia para hacerlo, llamaron por teléfono al Comando de la Policía Metroplitana. Inmediatamente llegó el comandante y con él las tropas de cholue célebres por su violencia: R)TA -Rondas Ostensivas Tobias de Aguiar-, COE -Comando de Operações Especiais- y GATE -Grupamento de Açoes Táticas Especiais. Cuando llegaron también el secretario adjunto para Asuntos Penitenciarios y jueces de la Sala de Ejecuciones Criminales, todos se reunieron en la dirección del presidio. Telefonearon al secretario de Seguridad Pública de entonces y éste ordenó al director de la Casa de Detención que pasara el mando al coronel Ubiratán, comandante del Comando de la Policía Metropolitaw.

Con esa orden el secretario renunciaba a su poder civil y político en el área de la seguridad pública, entregando, indebidamente en ese caso, la población presa a la masacre de la policía militar.

El coronel, dotado de amplios poderes, no quiso a ningún civil en su "operación de guerra", dejando fuera de "su" campo de acción hasta la voz de los jueces que ya se encontraban en el presidio, en una acción militar en un área civil sin precedentes en la historia carcelaria de Brasil.

Las barricadas apresuradamente montadas por los presos no impidieron que esas :ropas, célebres por su violencia, entraran en el Pabellón 9 y fueran ejecutando a todos sus ocupantes, celda tras celda, en pocos minutos.

Puertas ele celda herrumbradas que no se abrieron detuvieron, a veces por pocos minutos, a los hombres que en la prisa por matar no podían esperar a abrirlas con un poco más de esfuerzo que una patada. Eran 300 policías armados hasta los dientes contra cerca de mil hombres indefensos.

Los que scbrevivieron, heridos y aterrorizad c' fueron reunidos en el patio central del mismo pabellón, totalmente desnudos, sentados con la cabeza inclinada sobre las rodillas, y obedecían todas las órdenes porque, evidentemente, ya estaban rendidos. Los se movían eran mordidos por perros entrenados para matar. Otros, -después de ser interrogados acerca del crimen que habían cometido antes de ser apresados, eran retirados del patio y desaparecían. Irónicamente, el causante de la pelea se salvó porque estaba en la enfermería siendo atendido.

Esa práctica común en todos los presidios del mundo, de dejar a los presos desnudos después de rebeliones o tumultos, a veces por muchos días, y que no por ser común deja de ser launillante, degradante y reprobable, indica evidentemente, en este como en otros casos, que los presos va se habían rendido.

Éste ha sido uno de los argumentos de los criminalistas paulistas que protestan contra la ofensa, las torturas infligidas y la muerte ele los presos, y defienden [a causa de las familias de esos ciento once muertos. Esas familias exigen una indemnización del estado alegando que sus parientes

no estaban tratando de huir, no respondieron, y que la masacre fue pura barbarie intencional para eliminar a algunos de los "elementos" allí detenidos, según la interpretación de esos criminalistas. El principio es obvio: hombres desnudos no atacan ni huyen; sólo obedecen y se someten incluso como estrategia para tratar de sobrevivir. Exterminar a presos indefensos es un crimen contra los derechos humanos.

A las primeras noticias de la "rebelión", todavía al anochecer del viernes 2 de octubre, dos miembros de la Comisión de Derechos Humanos de la Orden de los Abogados de Brasil -la OAB ha sido en los últimos años una de las instituciones más atentas y preocupadas por todo lo referente a las cuestiones político-jurídico-éticas de la sociedad brasileña- se dirigieron a Carandirú, pero no se les permitió entrar. El director les dijo que el presidio estaba bajo el mando de la Policía Militar, que no autorizaba la entrada de nadie. Eran los licenciados Flavio Straus y Margarida Helena de Paula.

El sábado, 3 de octubre, con las primeras filtraciones del "secreto cíe estado", otros dos miembros de la OAB fueron al presidio, consiguiendo entonces entrar y recoger más información acerca de las dimensiones de la tragedia. Regresaron y movilizaron a la sociedad civil. Eran João Benedito de Azevedo Marques y Ricardo Carrara.

La OAB, a través de su Comisión de Derechos Humanos, y otras organizaciones vigilantes ante las injusticias político-sociales que vienen sufriendo los segmentos oprimidos de Brasil, convocaron entonces a la prensa nacional y extranjera para que semejante ignominia no quedara en el silencio de la conciencia y de la impunidad de los opresores.

El lunes, 5 de octubre, un jurista de clara y explícita opción política en favor de los oprimidos, miembro de los más activos de la OAB de São Paulo, el criminalista Jairo Fonseca, quien me proporcionó detalles para la redacción de esta nota, consiguió entrar y conversar con los sobrevivientes del Pabellón 9, en compañía de la prensa. En esa ocasión, los sobrevivientes afirmaron que se encontraban en sus celdas, que no estaban intentando huir como alegaban sus agresores, que algunos compañeros a los que habían visto en el patio habían desaparecido del presidio y otros detalles degradantes de aquella tarde de horror.

La mayoría de los presos del Pabellón 9 eran reos primarios que estaban esperando su juicio; unos pocos cumplían penas y otros ya las habían cumplido y estaban allí debido a la retrógrada, lenta e injusta maquinaria judicial de Brasil.

La movilización de varias entidades nacionales organizadas, a las que se sumaron America's Watch, que mandó inmediatamente una representante, y Amnistía Internacional, exigió una investigación de los hechos para castigar a los culpables. Desdichadamente el autoritarismo brasileño, después de meses de indagaciones e interrogatorios, resolvió que no había pruebas suficientes para incriminar a la cúpula político-policial del estado.

Se abrió sumario a los policías que habían actuado siguiendo "ordenes superiores". Todos, evicenternente, encubiertos por la impunidad institucionalizada por los opresores, puesto que hasta hoy ni siquiera han terminado sus interrogatorios en la justicia militar.

El Instituto Médico Legal de São Paulo en sus dictámenes señaló como *causa 'mortis* de los 111 presos las heridas causadas en sus cuerpos por cuchillos, bayonetas, revólveres y mordidas de perros. La ROTA hizo honor a su fama, puesto que era responsabe por el tercer piso del Pabellón 9 y allí se encontraron ochenta cadáveres, sobre un total de 111 muertos.

En el momento de la masare, los presos tenían consigo muchas armas blancas: barras de hierro y estiletes que ellos mismos fabrican dentro del presido afilando láminas de acero para su protección personal contra otros presos y los agentes carcelarios. Oficialmente tenían en sus manos 13 revólveres, uno de ellos, inexplicablemente, perteneciente al Ejército Nacional, pero todos con herrumbre *y* otros indicios de que no estaban en uso, según fue comprobado por el peritaje técnico del Instituto de Criminalística de São Paulo.

Otro hecho sumamente comprometedor para los invasores de Carandiru es que todas las armas fueron guardadas la misma noche de la "rebelión", con el Pabellón a oscuras, lleno de destrozos y de agua, debido a llaves abiertas y caños perforados, lo que hizo que once cuerpos de presos sólo fueran encontrados a la mañana siguiente. Para tener una idea del fraude de los policías, en los últimos doce años sólo se habían recogido cinco armas de fuego entre todos los detenidos del presidio. Evidentemente fue la "eficiencia" policial la que plantó esas armas después de la matanza, como buenos represores que son.

Es importante destacar que ningún policía fue herido por los detenidos, mucho menos muerto, en ese triste episodio. Como se había cortado la luz en el presidio en aquel anochecer lluvioso, la oscuridad hizo que tropezaran con paredes ásperas y obstáculos en el camino, por lo que algunos policías, entre ellos el jefe, presentaban raspones y excoriaciones.

Vale la pena subrayar que la naturaleza y el grado de las heridas en los cuerpos de los policías y en los de los detenidos eran concretamente, y siguen siendo por principio ético, cualitativa y cuantitativamente diferentes. Unos son de opresores que todo lo pueden, otros de oprimidos que no son nada delante de los primeros.

Las filas (le familiares que se formaron frente a la Casa de Detención de Carandiru, en el centro de la ciudad más importante del país, desde que se dio a conocer la masacre, eran señal de la impotencia y la indignación de los y las que ni siquiera podían saber el destino -avivo o muerto?- de sus maridos, padres, hijos o hermanos, en los largos días y noches de espera. Se enteraron de la dimisión del director del presidio y del secretario de Seguridad Pública entre lágrimas de desesperación y de dolor, de desesperanza y de rabia frente a los cuerpos desnudos de sus

familiares, expuestos uno al lado del otro en cajones abiertos, mostrados al mundo sin dignidad alguna.

22. Los "barracones", hoy prácticamente inexistentes, eran las "tiendas" construidas cerca de la casa del señor del ingenio y de su propiedad, donde el campesino que labraba la tierra del amo se abastecía de lo necesario para su supervivencia.

En el barracón el labrador, el "morador de ingenio" y su familia podían comprar "fiado", es decir que podían comprar sin desembolsar el dinero en el momento, llevando para su humilde y poco confortable casa todo lo que precisaban para cada día. Apenas algunos alimentos básicos, frijoles, harina de mandioca, el propio azúcar fabricado en el ingenio, carne seca, café, aceite, pan, coco seco y posiblemente algo más que la familia sumaba a su propia y parca producción de *jerimum,* camotes y yuca, más la cría de puercos y gallinas. El barracón los proveía además de petróleo para los quinqués, velas para los candeleros, fósforos, jabón, cuerdas, escobas, sábanas, la "cama de lona" y algunas otras cosas, que utilizaban para "ir llevando la vida", es decir, lo mínimo para sobrevivir y tener fuerzas para el trabajo de sol a sol que les rajaba la piel y les envejecía el cuerpo.

El barracón tenía una función política de igual magnitud o mayor que su función de proveedor de artículos de consumo, nunca expresada y que ciertamente muchos de sus usuarios no percibieron jamás durante los siglos de su existencia.

Al final del mes el consumo del labrador en el barracón generalmente era mayor que su salario mensual. Así, por más que tratara de economizar para pagar las cuentas que se acumulaban mes a mes, año a año, el "morador" iba quedando amarrado a las labores de siembra, limpieza y corte de la caña y a la molienda y purga en el ingenio propiamente dicho, servil y agradecido al señor que "generosamente" le adelantaba comida y lo necesario para su vida cotidiana. Eran los rasgos de la esclavitud que perduraban en muchas de sus maneras perversas aún después de la "emancipación".

Las facilidades de transporte -que permitieron a los trabajadores movilizarse con relativa facilidad--, la conscientización de los trabajadores rurales (véanse las notas 32 y 34) y el propio trabajo nómada de ingenio en ingenio, o de hacienda en hacienda, como *bóia fria* ["rancho frío"] (nombre derivado del modo como se alimentan hombres, mujeres y niños hasta hoy, llevando a los campos la comida que comen ahí mismo fría, usando la marmita como plato), al cine fueron condenados por los mismos señores que antes les impedían salir y que los despidieron cuando la legislación laboral protegió al trabajador rural en 1963, provocaron la bancarrota de los barracones de los dueños de los ingenios.

23. El Aluizio citado por Freire es Aluizio Pessoa de Araújo. Sobre él, véase la nota 4 del libro *Pedagogía de la esperanza.* Sobre el Colegio Oswaldo Cruz, véase *ibid.,* nota 2.

24. La cuestión de la contaminación de las aguas en Brasil es muy seria, tanto las del mar como las de los ríos.

A ellas se arman desperdicios de toda índole, incluyendo heces y desechos industriales. Las *caldas* de los ingenios de azúcar de que habla Freire en esta parle del libro, denunciando la insensatez de quienes lo hacían, son uno entre innumerables desechos arrojados a las aguas, contaminadas desde hace mucho tiempo, cíe una infinidad de nuestros ríos.

La producción del alcohol a partir de la caña de azúcar, práctica común en las regiones Nordeste y Sudeste de Brasil, para ser utilizado entre otras cosas como combustible para automóviles, y por lo tanto industrializado en gran escala, es uno de los mayores generadores de la contaminación de muchos ríos del país.

Después de la molienda de la caña se obtiene el "calcio de caña", y mediante su cocción y depuración se produce el jarabe o "miel de ingenio". A continuación se introducen ciertos microorganismos que hacen que la miel fermente produciendo alcohol, al que después se retiran los excedentes como el agua y las propias células vivas introducidas.

Sin embargo, hzy un residuo que hasta ahora no se aprovecha, llamado *calda, vinhoto* o *tibcrna,* y es ese residuo putrescible el que, al ser arrojado irresponsablemente a los ríos, los desvitaliza.

Este proceso, que aquí he descrito en forma simplificada, pero que ilustra bien el desprecio de empresarios y gobernantes por la vicia en nombre del desarriDllo, ha hecho que ríos antes bellos y de aguas límpidas se transformen en ríos inmóviles que exhiben, tristemente, un sinnúmero de flores, plantas, algas y peces muertos. Y es que la *calda,* siendo un material orgánico, necesita oxígeno, y lo "roba" de las aguas de los ríos, provocando la muerte de sus verdaderos habitantes microscópicos y macroscópicos, animales y vegetales, por la falta del oxígeno que antes era natural, original y totalmente suyo.

25. Sabemos que en muchas partes del mundo son populares las historias de aparecidos, sombras de difuntos y difuntas que vagan por casas y palacios, de preferencia en las noches oscuras o iluminadas tan sólo por la luna llena.

Sin embargo, croo que en el Nordeste brasileño hay un gusto especial, provocado por el miedo mismo, más bien casi terror que paraliza, por hablar y dar vida a esos muertos o muertas que no tienen espacio, insepultos, así como para descubrir cuentos que hagan historia.

En mi infancia conocí mil y una historias de ésas, que oía de María, mi "mamá negra", v de su viejo y negro padre, de Rosinha, de don Cándido

-fieles y queridos servidores por décadas ininterrumpidas- y de Corina, amiga querida, que vivía con mi familia. Viví también esas historias, experimentándolas, cuando residí en una enorme casa que mi padre pudo comprar porque sus propietarios la habían abandonado, evidentemente debido a que por sus innumerables habitaciones rondaban y se escondían "almas en pena", aparecidos.

Mi padre la adquirió en remate público por el precio mínimo, no tanto por el trabajo y los gastos que exigía su tamaño sino porque en aquellos idos años cuarenta en Recife fue el único candidato a la compra de un enorme espacio donde vagaba el alma de un ama de llaves alemana, muerta por los soldados de la "Revolución de 1930" (véase la nota 18), que además del acto vil habían alcanzado con sus tiros también un gran espejo, que, dicen los creyentes, atraen aparecidos. Yo, niña, al mirarme en él tenía miedo de ver el rostro de ella y no el mío, y de toparme con las almas de otros muertos de aquella casa, hijos e hijas que las enfermedades se habían llevado temprano al "otro mundo".

Recientemente, en visita al gobernador de Pernambuco, departiendo amigablemente sobre arquitectura francesa y el lugar escogido por Maurício de Nassau, una finca parecida a la que tenía en La Haya, para edificar aquel palacio de gobierno en que nos hallábamos, él, yo, Paulo, el secretario de Educación y Paulo Rosas, la plática derivó hacia las tan saboreadas historias de aparecidos, tan del gusto, repito, del pueblo pernambucano.

El gobernador narró entonces, con humor y risa respetuosa, las diferentes versiones que funcionarios y visitantes, declaradamente creyentes o no, han repetido por décadas, sobre los aparecidos de la casa de gobierno.

Una de ellas se refiere a Agamenón Magalhães, que fue interventor del estado durante muchos años, que aparece con mucha frecuencia, desde las ocho de la noche, vagando por las salas y habitaciones donde vivió. A veces aparece de cuerpo entero, otras sin cabeza, corriendo detrás de las personas o superponiendo su rostro de rasgos chinos a los rostros de los retratos al óleo de otros gobernadores colgados en la galería de los mandatarios del estado, como sugiriendo el vacío de poder entre sus sucesores. Se dice que Agamenón, pernambucano y estadista de veras, aparece casi siempre gimiendo o gritando, casi siempre pidiendo rezos y misas, pero siempre demostrando su preocupación por el pueblo al que dedicó tanto de su atención cuando era gobernador.

Creo que esas imágenes aterrorizadoras de Agamenón nacieron por instigación de sus enemigos políticos, que deseaban destruir su imagen de hombre público, y por la capacidad creativa de su pueblo.

Las gentes del pueblo creen, por un lado, que esa "alma en pena", como tantas otras, tiene que volver al mundo para sufrir por el miedo que provoca a los vivos y así purgar los pecados cometidos siendo mandatario público (no le faltó a Agamenón esa faceta condenable); pero por

el otro cree en ella para no olvidarlo, para perpetuarlo como el gobernante que fue, preocupado por los problemas sociales y económicos de las clases populares.

Esas historias míticas son la verbalización, creo, del inconsciente popular, para dar cuerpc en una sola persona a los aspectos diferentes, casi antagónicos, que todos llevamos dentro, del bien y el mal.

Así, esas historias de aparecidos que todavía aterrorizan tanto a niños y adultos nos hacen comprender, como le ocurrió a Freire, la unidad del bien y el mal, de lo real y lo imaginario, en esa dicotomía que la vida misma exige en la construcción histórica.

26. Bacinica del cielo, como dice Freire, es el término popular que, indicando el alto índice pluviométrico de un área determinada, demuestra la irritación de quienes 7iven en esos espacios cuando las lluvias, cayendo en áreas urbanas, son vistas únicamente por las molestias que causan a los habitantes. De ahí el término poco respetuoso y nada refinado, que obviamente no utilizar, los hombres y las mujeres del campo que necesitan de la lluvia.

Bacinica *(pinico)* del cielo es lo mismo que bacinica del mundo, término ya explicado por mí en la nota 23 de la *Pedagogía de la esperanza* de Paulo Freire.

27. En esa época, y corno resultado de esas ruedas de intelectuales curiosos en torno a los cajones de libros importados, que traían ideas de "otros mundos", Freire comenzó a formar su biblioteca.

En su libro de regstro de las obras adquiridas, que ahora consulto (que comienza en 1942 y continúa, anotando pacientemente autor, título, valor pagado u "oferta." y número de volúmenes de cada obra, año tras año, hasta 1955), encuentro catalogadas obras de autores nacionales y de autores extranjeros, editados estos últimos en el "Sur" de Brasil, o en mucho mayor númerc en editoriales de España, Argentina y México; de Francia o de Inglaterra y Estados Unidos, e incluso de Portugal. Los brasileños eran siembre editados en Río de Janeiro o en São Paulo e "importados" por las librerías de Recife.

En este registro, dh puño y letra de Freire, de 572 libros podemos observar que comenzó a leer obras en español en 1943; en francés en 1944 y en inglés en 19L7, si suponemos que después de comprar los libros los leía.

Cito, entre otros, estos autores extranjeros, que constan en ese libro de registro suyo: Aguayo, Claparède, Dewey, Lasky, Ingenieros, Maritain, Balmes, Taine, Sforza, Snedden, Duquit, Kant, Ortega y Gasset, Trancovich, Mourrais, Max &er, Durkheim, Chesterton, Aldous Huxley, Burckhardt, Raymond Aron, Croce, Vaissière, Gerald Walsh, Macnab, Labriola, Platón, Schopenhauer Haechel, Berdiaeff, Campanella, André Cresson,

Gustavo Le Boun, Horne, Aristóteles, Messer, Elizondo, Charlotte Burkler, Bastide, Adler, Toynbee, Weigert, Enrique Pita, Brunner, Vico, Spengler, Shakespeare, Nordeaux, Reinach, Rousseau, Bally, Backhauser, Vossler, Maeterlinck, Saussure, Douzat, Bernanos, Montavani, Leite de Vasconcelos, Tomás de Aquino, Sarmiento, Renan, Gurvitch, Nietzsche, Lucien Febvre, Dante, Laski, Jean de Léry, Piaget, Fritz Tiahn, Fouillé, Scheller, San Agustín, Mallart, Bergson, Werner Jaeger, Ballesteros, Willielm Dilthey, Richard Wickert, Lorenzo Luzuriaga, Paul Monroe, Espasandier, H. Marrou, Riboulet, René Hubert, Richard Lewis, Wilcken, Virgil Gheorghiu, Martin Grabunann, De Havre, Lewis Mumford, Peter Petersan, Bühler, Gregovius, Winn, Dottrans, José Forgione, Luella Cole, Adolf Meyer, Charles Norris Cochrane, Butts, P. Barth, Hobbes, Klineberg, Juan Gomes, Arnold Rose, L.C. Dunn, Michael Leiris, Homero, Louis Halphen, Charles Bernout, Roger Doucet, Erwin Rohde, Kilpatrick, Zaniewski, Pierson, Erich Kahler, Lowie, Spencer, Roger Ginot, W.A. Lay, Ernesto Neumann, Frank Freeinan, Hermann Nahl, Spranger, Margaret Mead, Huizinga, Castiglioni, Kaufmann, Radice, Vanquelin, Eça de Queiroz, Gentile, Olsen, Fernandez Ruiz, Ponce, Bode, Perkins, Skinner, Kronemberg, Charrnat, Zulliger, Richepin, Ebagné, Nicholas Hans, Maugier, O'Shea, Gonzague de Reynold, Roger Cousinet, Nelly Wolffneur, James Conant, Charlotte Wolff, Nicholas Hans, Ernest Schneider, Kieffer, Findlay, Julius Koch, Karl Roth, Herbert Read, Andre Beley, Geronimo de Moragas, Stekel, Schumpeter, Krieck, Baudonnin, Elmer von Karman, Comenius, Bodino, De Havre, Dostoievski, Frederick Eby, Ernest Green, J. B. Bury, M. A. Block, Slavson, Emile Callot, Labrousse, James Campbell, Bertrand Russell, Sidney Hook, Berenice Baxter, Rose Marie Mossé-Bastides, Pierce, John Wynne, Volpicelli, John Scott, Pitirim Sorokin y Harry Brandy.

Entre los autores nacionales que parecen en la lista de Freire citaría, entre otros: Tristão de Atayde, Gilberto Freyre, Joaquim Ribeiro, Artur Ramos, M. Querino, Leonel Franca, Pedro Calmon, Otávio de Freitas Júnior, Anísio Teixeira, Hermes Lima, Otto Maria Carpeaux, Oswald de Andrade, José Veríssimo, Oliveira Viana, Antonio Candido, Florestan Fernandes, Alfranio Peixoto, Adonias Filho, Murilo Mendes, Plínio Salgado, Valdemar Valente, Carneiro Ribeiro, Euclides da Cunha, Pinto Ferreira, Silvio Romero, Amaro Quintas, Joaquim Nabuco, Sergio Buarque de Holanda, Silvio Rabelo, Viriato Corrêa, Fernando de Azevedo, Pascoal Leme, Carneiro Leão, Graciliano Ramos, Olívio Montenegro, Machado de Assis, Carlos Drummond de Andrade, Manuel Bandeira, Vinicius de Moraes, Mauro Mota y Ruy Barbosa.

Es importante destacar que sobre los temas de su interés -antropología, lingüística, filosofía, literatura, gramática, historia y educación- Freire leyó más autores extranjeros que autores brasileños. Eso no significa una elección deliberada de las obras extranjeras, más bien muestra lo reducida que era la producción nacional en esas áreas del saber (y por lo demás en todas) en el Brasil de los años cuarenta y cincuenta.

Es importante percibir esto y destacarlo. Así, antes de la farmación de su pensamiento genuinamente brasileño, preocupado por la realidad nacional, Freire se ocupó y se preocupó con más de un centenar de autores europeos, estadunidenses y latinoamericanos, al mismo tiempo que escogía los maestros dd pensamiento y del bien hablar *y* escribí:, interesado en el lenguaje estéticamente bello y correcto tanto como por la "lectura del mundo" de los pocos teóricos entonces existentes de la educación en general, y de la educación brasileña en particular.

Vivió, por lo tanto, la contradicción entre las ideas de tantos lúcidos pensadores extranjeros para "dar a luz" sus experiencias educativas, y de esas ideas, aunadas tanto a las de los pensadores nacionales como a sus vivencias y experiencias de la infancia -como lo ha afirmado en su obra-, su manera muy pe:uliar de pensar a Brasil y a los brasileñcs. Partiendo de todas esas influencias devolvió al inundo sus "lecturas" y sus vivencias reelaboradas críticamente.

Es una lástima que Freire no haya continuado con ese registro, porque con él podríamos acompañar paso a paso sus lecturas, con su comprensión y expresión acerca de las mismas, su reinvención de los textos leídos, su producción intelec.ual que, partiendo de lo socialmente divulgado, llega a ser individual y peculiarmente suya para volver a socializarse entre sus lectores y lectoras.

Las anotaciones hasta 1955, con todo, no son suficientes para explicar por entero la reno ación del pensamiento pedagógico brasileño por Freire, ni en su actuación en el II Congreso Nacional de Educación de Adultos, en 1958, ni en la elaboración de su tesis de Doctorado y Libre Docencia, en 1959 (véanse, respectivamente, la nota 46 de la *Pedagogía de la esperanza* y la 40 de esta obra, mucho menos explicar las obras que escribió a partir de la *Pedagogía del oprimido.*

Faltó agregar a Marx, Merleau-Ponty, Alvaro Vieira Pinto, Gramsci, Memmi, Fanon, Barbu, entre otros que tanto influyeron en él a partir de los años sesenta.

28. La cuestión de la repetición escolar en Brasil es grave, lo que indica una vez más que la sociedad brasileña es una sociedad elitista, autoritaria y discriminadora, que cierra sus espacios privilegiados, en este caso la escuela, a los segmentos más desvalorizados socialmente.

El Censo Educativo de 1988, elaborado conjuntamente por el Ministerio de Educación, la Secretaría de Administración General, la Coordinación de Planeamiento Sectorial, la Coordinación de Informaciones para el Planeamiento, apunta en su "Sinopsis estadística: enseñanza regular primaria" que el total de matrículas de alumnos repetidores de la enseñanza básica o primaria, destinada oficialmente a los alumnos y alumnas de 7 a 14 años de edad, en el año de 1988 fue de 4 933 863 alumnos

(p. 73), de un total de 26 754 501 alumnos de "menos de 7 años" a "más de 14 años" matriculados en los ocho grados de la enseñanza regular de primaria (p. 37).

El cuadro no indica cuántas veces el alumno se ha venido matriculando como repetidor, y sabemos que esa distorsión es común dentro de la escuela, sobre todo en el primer año de primaria. En los estados en que el alumno tiene "promoción automática" la repetición se desplaza al segundo año, porque su tentativa de recuperarse casi siempre se frustra. Esos puntos de estrangulamiento al comienzo mismo de la escolarización son terriblemente injustos y crueles porque los niños se alejan de la escuela para no volver nunca, casi siempre sin haberse siquiera alfabetizado.

Otro punto de estrangulamiento se da en el quinto año de la primaria, mostrando que el elitismo persiste aún después de superadas las primeras barreras de la escolarización. Entendemos mejor este hecho si comparamos las dos estructuras educacionales brasileñas, la anterior y la posterior a 1971, fecha en que los cursos primarios y secundarios fueron unificados en un programa de ocho años, proclamados continuos en la letra de la ley. El alto índice de repeticiones en el quinto año demuestra ese elitismo que separaba a los que podían pasar a la enseñanza secundaria de los que no podían, porque el quinto año equivale al primer año de secundaria y viene repitiendo el papel selectivo que éste desempeñaba.

Las repeticiones que inciden en las capas populares, ya sean únicas o varias sucesivas, llevan inexorablemente al abandono de la escuela o, como dicen los técnicos que Freire tanto repudia, a la "deserción escolar".

En la misma sinopsis citada podemos leer que 3 212 734 alumnos quedaron "alejados por abandono" de la enseñanza primaria en el año de 1987 (p. 79).

Otro dato expresa bien el desprecio por la escuela pública, la escuela frecuentada por las clases populares, puesto que el 61.8% de los alumnos "alejados por abandono" asistía a escuelas mantenidas por las administraciones estaduales; 32.3% a escuelas mantenidas por las administraciones municipales; 0.4% a escuelas mantenidas por la administración federal (pocas en el país, generalmente de formación profesional, aunque también administran cultura general), contra apenas un 5.5% de alumnos "alejados por abandono" de escuelas particulares, sin duda de familias acomodadas, puesto que podían asistir a tales instituciones y cuya enseñanza es seguramente de mejor calidad que la de casi todas las escuelas primarias públicas de hoy (Sinopsis, p. 82).

Lamentablemente éstos son los datos oficiales más recientes. Sabemos que en los últimos cinco años la situación no ha mejorado.

29. Sobre la palmatoria y los "pasteles", el lector y la lectora pueden consultar la nota 12 de *Pedagogía de la esperanza.*

30. El Movimiento de Cultura Popular -MCP-, dicho sea en justicia, fue el primero de una serie de movimientos político-educaticos que surgieron en los años sesenta en Brasil, que intentó, rescatando la cultura popular, con el pueblo orientado por intelectuales, llevar a la praxis revolucionaria para la transformación del país.

El MCP nació oficialmente en Recife el 13 de mayo de 1960 Sus estatutos fueron publicados en el *Diario Oficial* del estado de Pernambuco el 23 de agosto y el 12 de septiembre de 1961, siendo registrado conto persona jurídica el 19 de septiembre del mismo año en la Oficina del 2o. Oficio del Bachiller Emilio T.R. dos Anjos, de Recife.

Según sus estatutos, la finalidad del MCP era educativa y cultural, y sus objetivos eran:

1] Promover e incentivar, con la ayuda de particulares y de los poderes públicos, la educación de niños y adultos; 2] atender al objetivo fundamental de la educación que es el de desarrollar plenamente todas las potencialidades del ser humano, a través de la educación integral de base comunitaria, que asegure también, de acuerdo con la Constitución, la enseñanza religiosa facultativa; 3] proporcionar la elevación del nivel cultural del pueblo preparándolo para la vida y el trabajo; 4] colaborar para el mejoramiento del nivel material del pueblo a través de la educación especializada; 5] formar cuadros destinados a interpretar, sistematizar y trasmitir los múltiples aspectos de la cultura popular. *[Memorial do MCP,* Colección Recife, vol. XLIX, Recife, Fundação de Cultura do Recife, 1986, pp. 56 y 57.]

31. Fernando Collor de Mello, al pretender volver a la escena política brasileña, dejó a la nación espantada y atemorizada por el hecho en sí y por la actualidad de una legislación casuística y obsoleta que permite aberraciones de tamaña ignominia, decretadas evidentemente por la clase dominante para preservarse como tal y poder así go ?ar de todas las ventajas y privilegios derivados de su posición (véanse i ,lotas 1, 2 y 20).

El ex presidente depuesto tenía intención dt establecerse en la ciudad de São Paulo, abandonando su estado natal ce Alagoas, para poder lanzarse como candidato a diputado federal en Ls elecciones del 3 de octubre de 1994, como representante del pueblo 1)2 alista que, magnánimamente, le dio muchos votos cuando fue elegido presidente en 1989.

El proceso de castigo que los brasileños y las brasileñas en su casi totalidad están esperando desde que fuera vetado aún no ha terminado.

Al escribir esta nota, en febrero de 1994, ya tenemos la certeza de que sólo en el próximo milenio podrá presentarse nuevamente como candidato a cargos electivos. Por decisión del Poder Judicial, que ratificó la decisión del Congreso Nacional durante el proceso en el que fue vetado, Collor perdió sus derechos políticos por ocho años.

Paulo César Cavalcanti Farías tampoco está ya fugitivo. Después que la justicia brasileña decretó su procesamiento, escapó de Alagoas por Pernambuco y de ahí pasó, a través de Paraguay y Argentina, a Europa.

Atrapado en Bangkok, el 29 de noviembre de 1993, por veinte policías tailandeses, PC llegó de vuelta a Brasil después de 156 días de fuga, y hoy se encuentra detenido en la Policía Militar del DF, en Brasilia, donde espera juicio y sentencia del Supremo Tribunal Federal.

Sobre el empresario alagoano pesan treinta y nueve cargos, por: fraude, emisión de documentos sin fondos, formación de bandas, falsedad ideológica, uso de documentos falsos, concusión, corrupción pasiva, explotación de prestigio, corrupción activa y corrupción de testigos.

Así, Fernando Collor de Mello y Paulo César Cavalcanti Farías son hoy en Brasil los símbolos de la corrupción, del cinismo y de la falta de civismo y de ética que la mayor parte de la población brasileña repudia y, más aún, quiere ver extirpada del país, con el comienzo del fin de la impunidad de las élites que parece estar surgiendo en la sociedad brasileña.

32. Llegar a ese asentamiento fue, ante todo, un acto de valor. Salimos Paulo, fray Sergio y yo de Pelotas a Bagé, una mañana de sábado de 1991, en un carro bastante usado y viejo, el mismo en que la noche anterior habíamos viajado de Porto Alegre a Pelotas.

En el punto en que terminaba el asfalto nos aguardaban, en una casa semidestruida y pobre, los educadores y las educadoras que querían unirse a nosotros para llegar en caravana al asentamiento "Conquista da Fronteira", en Río Grande do Sul.

Conquista sí, de los Sin Tierra. Frontera también, la de Brasil con Uruguay.

En el frío húmedo e irritante del invierno fueron necesarios un carro mejor y un "piloto" -en verdad un simple chofer no podía cumplir esa misión- para cubrir, con grandes peligros, los casi 60 kilómetros de lodazal que separaban a la "civilización" del asentamiento. Pocos carros más nos acompañaron -los conductores de los ómnibus fletados se negaron a emprender la aventura-, cuyos colores al final del viaje era imposible saber, pues quedaron completamente cubiertos del lodo oscuro y resbaladizo de la región.

Supimos entonces que los esfuerzos de los asentados ante los poderes públicos locales en el sentido de que por lo menos cubrieran aquel camino de cascajo y grava venían siendo infructuosos. A cada periodo prolongado de lluvias correspondía una zafra de alimentos perdidos, sufridamente soportada por quien los plantara.

La "concesión" de la donación de tierras a los Sin Tierra no incluía el éxito de una hacienda autoadministrada por aquellas familias, muchas de ellas analfabetas, que trabajaban allí en forma comunitaria y en paz. Desde el punto de vista del opresor, era preciso que la experiencia fracasara. A pesar del lodo, de la falta de camino asfaltado y del analfabetismo, la obstinación de la gente en la superación de dichas situaciones adversas estaba teniendo éxito.

33. Llamamos sala de *suelo batido,* o cuarto o incluso casa de suelo batido, al espacio o la casa cuyo suelo no está revestido de madera o cerámica ni de concreto o siquiera de ladrillo.

El suelo batido, muy común en las viviendas de las poblaciones más pobres del Nordeste, tanto en los *mocambos* como en otros asentamientos (véanse las notas 8 y 11), es un suelo de tierra preparado para no ceder o levantar polvo cuando se anda sobre él, obtenido por técnicas rudimentarias para la compactación de la tierra.

34. Francisco Julião salió de Brasil para vivir "nordestinamente en Cuernavaca", como dice Freire, después del golpe militar de 1964, que lo perseguía por causa de su lucha política al lado de los campesinos y campesinas del Nordeste.

La explotación de los trabajadores de la región cañera ha sido, desde la época colonial, de las más terribles y crueles: esclavitud hasta fines del siglo xix, falta de garantías en el trabajo, salarios ínfimos, al lado de otras explotaciones financieras (véase la nota 22), asesinatos de dirigentes y de los que simplemente reclamaban sus salarios atrasados, acumulados a veces por días y meses, era y sigue siendo el cotidiano acontecer del hombre de los cañaverales brasileños.

Las primeras expresiones de rebeldía y negación de la vida de miseria que hasta hoy viven ocurrieron en 1955 cuando los trabajadores del ingenio Galilea, en Pernambuco, fundaron la Sociedad Agrícola y Pecuaria de los Trabajadores de Pernambuco. Esa primera "liga campesina" tenía como objetivo luchar por la posesión de tierras y la reforma agraria.

Los cantores y *violeiros* de las ferias y plazas del interior del Nordeste se encargaron de difundir la "liga" entre los labradores. Una de las funciones de esos "hombres de letras" ha sido, históricamente, la de perpetuar el viejo saber y trasmitir y divulgar las creaciones e ideas nuevas a los que no saben leer.

Cantando versos suyos, generalmente improvisados en el momento, o los de otros poetas publicados en la "literatura de cordel" (folletos impresos en forma casi artesanal que se venden en los lugares frecuentados por las capas populares, que tratan desde asuntos políticos hasta escándalos sexuales, se exhiben, para lucir sus xilograbados, colgados de cordeles tendidos de un árbol a otro, de un poste a otro), la verdad es que la idea de la "liga" arraigó porque traducía sueños antiguos y profundos.

Así, esa población analfabeta estaba consiguiendo organizarse en torno de una asociación propia para reivindicar mejores días para los trabajadores y sus familias.

Julião, abogado, diputado estadual y después federal, socialista, estimulaba la formación de otras ligas, y éstas proliferaron bajo su dirección y la de otros. Se calcula que en 1963 ya existían 218 ligas distribuidas por todo el país, con 64 sólo en Pernambuco.

En 1961, el movimiento campesino había adquirido carácter nacional y en ese mismo año las ligas realizaron el I Congreso Nacional de Campesinos y Trabajadores Agrícolas, cuyas reivindicaciones incluían: reforma agraria, libertad de organización de los campesinos y extensión a los trabajadores rurales de los derechos de los trabajadores urbanos.

Los otros que orientaban la organización de esas ligar, además de Julião, eran curas católicos, en el Norte y Nordeste del país, y comunistas de varias orientaciones, por ejemplo la ULTAB -União dos Lavradores e Trabalhadores Agrícolas do Brasil-, que actuó en el Centro y Sur del país.*

La conciencia política y la organización de esos movimientos provocaron en los latifundistas, y sobre todo en los todopoderosos propietarios de fábricas de azúcar, el temor de perder siquiera unos pocos de sus privilegios.

La situación se fue haciendo cada vez más insoportable para los dominadores cuando la voz del campesinado se tradujo en un decreto del gobierno federal estableciendo sus derechos laborales, en 1963, y el gobernador de Pernambuco Miguel Arraes, elegido en 1962 por una coalición que incluía a socialistas y comunistas, apoyaba abierta y claramente las luchas campesinas.

La élite nordestina ligada a la industria azucarera, que hasta hoy se da aires de aristocracia poderosa, se hizo entonces aliada de todos los que conspiraban contra el poder establecido, el del gobierno populista del presidente João Goulart y de los gobernadores sensibles a las aspiraciones y las necesidades de las capas populares.

Las *ligas camponezas,* divididas, fueron aniquiladas con facilidad por el régimen militar. Su dirigente principal, Francisco Julião, se asiló en México.

Pero los campesinos guardaron la simiente y desde la apertura política de 1979 están haciéndola germinar. El movimiento de los "Sin Tierra" es fuerte (véase la nota 32), aun cuando muchos de sus dirigentes están siendo injusta y cruelmente silenciados para siempre.

35. Según declaración del propio Paulo Rosas, entonces coordinador de investigaciones del MCP, sólo se llegó a publicar un pequeño artículo: "Dos flashes do carnaval pernambucano".

* El tono coloquial de esta obra y en especial de las notas anima a esta traductora a intervenir en el asunto. En enero de 1978 tuve ocasión de visitar la muy nordestina casa de Julião en Cuernavaca, en compañía de dos pastores protestantes brasileños. A lo largo de una prolongada y fascinante plática, el *doutor* Julião (que había escogido Cuernavaca para vivir, según dijo, a la sombra de Zapata) recordó emocionado la ayuda que recibió de ministros de las iglesias protestantes del Nordeste, afirmando que éstos habían sido los primeros aliados del movimiento campesino, y evocando las primeras reuniones de formación del movimiento de las *ligas camponezas,* que según dijo se realizaron todas en casas de pastores. [T.]

Otras investigaciones que no llegaron a concluirse y cuyo material recolectado no pudo ser localizado son: "Um século de carnaval: 1861-1961", cuyo objetivo era "no estudiar el carnaval en sí, sino tomar el carnaval como referencia para analizar los cambios ocurridos en el comportamiento y en los valores sociales en el periodo indicado". Los "Libros de la suerte", con el mismo objetivo, y "El índice de espíritu crítico del pueblo".

En una declaración corta pero importante que hizo para mí el psicólogo y respetado educador brasileño Paulo Rosas, siempre generoso en ayudas verdaderas, dijo: "Un documental sobre publicaciones periódicas para niños y adolescentes (que yo elaboré para el MCP) fue remitido formalmente por el MCP y por la entonces Universidad de Recife a la Presidencia de la República [Jânio Quadros], corno denuncia y pedido de que se tomaran medidas..."

Sobre el mencionado primer trabajo elaborado por el MCP a través de un pequeño grupo de investigadores dirigido por Maria Isabel Araújo (Lins) podemos, sucintamente, decir algo.

Después de una pequeña introducción a la primera parte o "Primer flash: formación del carnaval pernambucano (1860 a 1890)", analiza el carnaval callejero -*Cavalhada, Entrudo,* La Música y las Máscaras, *Maracatu,* Fandango, *Bumba-meu-boi* y Pastoril- y el carnaval de salón: Música, Salones de Baile y Decoración.

El "Segundo flash: tres días de libertades amplias (1910 a 1920)" analiza el carnaval callejero -Desfiles, Agrupaciones Desfilantes, Decoraciones, Música y Corso- así como el de salón.

36. Según *Sudene dez anos,* editado por el propio organismo y publicado por el Ministerio del Interior en 1969: "La Superintendencia del Desarrollo del Nordeste (Sudene) fue creada el 15 de diciembre de 1959, por la Ley núm. 3 692, con el objetivo principal de ejecutar una nueva política de desarrollo del Nordeste. Su creación, resultante de la afirmación de una nueva mentalidad, presuponía la introducción de nuevos métodos administrativos y modificaciones del esquema operativo del gobierno en la región, en vista de lo cual la ley le asignó las siguientes finalidades:

a] estudiar y proponer directivas para el desarrollo del Nordeste;

b] supervisar, cordinar y controlar la elaboración y ejecución de proyectos a cargo de organismos federales en la región y relacionados específicarnente con su desarrollo;

c] ejecutar, directamente o mediante convenio, acuerdo o contrato, los proyectos relativos al desarrollo del Nordeste que por ley le correspondan;

d] coordinar los programas de asistencia técnica, nacional o extranjera, al Nordeste.

Como instrumento de trabajo para la ejecución por la Sudene de las directivas de la nueva política, se establecería por ley un Plano Rector

plurienal, en el que los diferentes sectores discriminarían los proyectos y trabajos destinados al desarrollo específico de la región. Además la Sudene, con la cooperación de todos los organismos activos en el Nordeste, debía elaborar un plan de emergencia para enfrentar los efectos de las sequías y socorrer a las poblaciones afectadas, en caso de producirse.

En función de la estrategia de desarrollo establecida, el área del Nordeste fue redefinida, incluyendo los estados de Maranhão, Piauí, Ceará, Río Grande del Norte, Paraíba, Pernambuco, Alagoas, Sergipe y Bahía, el territorio de Fernando de Noronha y la parte del estado de Minas Gerais comprendida en el Polígono de las Sequías.

Previendo las resistencias con que se enfrentaría un organismo de finalidad tan innovadora, y de carácter eminentemente técnico, la ley procuró estructurar la Sudene de modo que su autoridad de *organismo de planeamiento* se beneficiase del respaldo de las representaciones políticas regionales, haciendo miembros de su consejo directivo a los gobiernos de los nueve estados que integran la redefinida área del Nordeste. La cohesión de la actuación federal sería asegurada a su vez por la participación en el consejo deliberante del director del Departamento Nacional de Obras contra las Sequías (DNOCS), el superintendente de la Comisión del Valle del Río San Francisco (cvsF), un representante del estado mayor de las fuerzas armadas, representantes de los organismos financieros gubernamentales (Banco do Nordeste, Banco do Brasil y Banco Nacional de Desenvolvimento Económico) y un representante de cada uno de los ministerios civiles (p. 29).

La Sudene, creada durante el gobierno del presidente desarrollista Juscelino Kubitschek, con el esfuerzo competente del economista Celso Furtado, quien fue su primer superintendente, partía de las necesidades reales de la región y a ella se destinaba, con el objeto de atenuar las contradicciones internas generadas por las diferentes etapas de desarrollo económico y las diferentes condiciones de vida de las poblaciones nordestinas respecto a las del Centro, Sur y Sudeste del país.

Hace diez años el Nordeste destacaba por su subdesarrollo entre las áreas del territorio brasileño marginadas por el desarrollo desencadenado en el Centro-Sur. La gran disparidad de los niveles de crecimiento económico alcanzados por esas dos importantes regiones del país, además de constituir un grave problema para la continuidad del desarrollo brasileño, daba lugar al surgimiento de amenazas de disgregación de la unidad nacional, amenazas que tenían su origen en posiciones divergentes acerca de las soluciones que había que adoptar para la corrección de esa disparidad.

La creación de la Superintendencia del Desarrollo del Nordeste -Sudene- en 1959 constituyó una respuesta de la nación brasileña a esos desafíos y a los del propio desarrollo nordestino. Tocó a la Sudene, gracias a objetivos explícitamente definidos en un *plan de desarrollo regional,* orientar y conducir los esfuerzos que desarrollaron con miras a la solución de los problemas de una región donde vive un tercio de la población nacional. *[Sudene dez anos,* p. 11.]

37. El ISEB -Instituto Superior de Estudios Brasileños- fue, cmo su nombre lo indica, un centro de altos estudios de nuestros problemas político-económico-socio-culturales cuyas preocupaciones se centraban en el nacionalismo desarrollista.

Nació de un grupo de intelectuales interesados en debatir la problemática brasileña, no como un simple ejercicio académico sino con la intención de formular un proyecto para el desarrollo nacional, pues estaban preocupados por el subdesarrollo del país y el contingente cada vez mayor de personas en la miseria. La segunda guerra mundial había agudizado las contradicciones brasileñas, y el clima de libertades y aspiración a mejores condiciones de vida que se creó con el fin de la guerra y de la dictadura de Vargas (1930-1945) era propicio para los debates intelectuales y los sueños de igualdad y paz.

De ese grupo, que se reunió en el Parque Nacional de Itatiaia en 1952, surgió oficialmente el ISEB, el 14 de julio de 1955, por decreto del presidente a la sazón, Café Filho, que había sustituido a Vargas después del suicidio de éste en 1954, completando el mandato presidencial para el que habían sido elegidos por el voto popular en 1950.

Los isebianos elaboraron una filosofia o ideología del desarrollo con la que soñaban influir en las acciones de gobiernos, intelectuales, estudiantes, sindicalistas y militares, que de ese modo podrían transformar conscientemente a Brasil en un país desarrollado y justo, sin concentración del ingreso y con reforma agraria, entre otras medidas necesarias.

Los principales temas de discusión y divulgación (también tenían cursos de formación) eran: industrialización o no; permanecer como país "esencialmente agrícola" o no; si el estado debía participar en el proyecto desarrollista o sólo planificar; si el estado habría de intervenir en la iniciativa privada o se optaría por la libre ley del mercado; si aceptar capital extranjero o no aceptarlo, o aceptarlo asociándolo al capital nacional; nacionalismo o "entreguisrno" (entregarse al capitalismo internacional), modelos económico-financieros capaces de llevar al desarrollo; autonomía o dependencia; cambios cualitativos o cuantitativos del proceso de producción; educación de las masas y valorización de la cultura nacional, enajenación y niveles de conciencia del pueblo brasileño, etcétera.

En la tesis de doctorado de Freire (véase la nota 40) es innegable la influencia de Álvaro Vieira Pinto, uno de los isebianos históricos, cuando adopta las categorías de "conciencia ingenua" y "conciencia crítica".

Juscelino Kubitschek y João Goulart, presidentes de la república en el periodo áureo del ISEB, tuvieron estrecha relación con ese instituto, absorbiendo elementos de las elaboraciones ya desarrolladas para acciones efectivas de sus gobiernos y asimismo valiéndose de las ideologías ya creadas para posiciones políticas de gran alcance.

El ISEB fue otra de las instituciones brasileñas que cerraron sus puertas después del golpe militar de 1964.

38. Una de las ex profesoras presentes en ese encuentro recordó la historia de un hombre que, tras conseguir la dirección de ella en la ciudad de Natal donde vivía, pidió ayuda financiera a los otros alfabetizandos y viajó precariamente de Angicos a la capital del estado.

La localizó y "golpeó" -término que utilizamos en el Nordeste para indicar que alguien llama a la puerta de nuestra casa golpeando las manos- en su residencia, porque quería tener una conversación con ella. Una sola pregunta: el porqué de la "misteriosa desaparición" de ella y de todos los demás profesores y profesoras de Angicos, que acabó de repente con aquella cosa tan sabrosa que era enseñar-aprender a leer.

Aterrada, en el portón de su casa, sin siquiera invitarlo a la sombra de la terraza, como es común en el Nordeste, le dijo nerviosamente: "¡Vuélvase a su casa! ¡Vuelva a Angicos! ¡Yo tampoco sé por qué dejamos de alfabetizar! ¡No sé! ¡ No sé!! iiiNo sé!!!"

Después que el hombre se fue -rememoraba-, "supuse que algún día él comprendería lo que pasaba, por qué no pude invitarlo a entrar en mi casa, por qué no pude darle información sobre la interrupción de nuestro trabajo", mientras miraba hacia todos lados en la calle para asegurarse de que no había habido testigos. Luego se metió de prisa y, en pleno terror, trancó todo para reponerse.

Más tarde juntó todo su "material subversivo" y rápidamente se ocupó de enterrarlo en el fondo de su casa. Pero no enterró tan sólo un material de alfabetización, sino la posibilidad de continuar de inmediato el proceso, ya bastante adelantado, de alfabetizar a aquella gente mísera, conscientizando y politizando no sólo a aquel hombre que viajó de Angicos a Natal y a sus compañeros que habían financiado el viaje en busca de la reanudación del proceso de leer y escribir.

Regresó sin entender, sin comprender claramente que en la búsqueda de alfabetizarse estaba escondida su esperanza y su sueño de ser más. Pero la simiente de la conscientización ya se había echado y la historia mostró que ese proceso era irreversible.

Ella sabía claramente, en aquellos días de terror de 1964, por qué no podía volver a Angicos; había entendido y sentido en carne propia lo que estaba ocurriendo en Brasil contra su población oprimida.

Ése era el clima impuesto no sólo a ella sino también a millones de brasileños por el régimen militar nacido en abril de 1964, y es bueno que no lo olvidemos.

En agosto de 1993, cuando me relató estos hechos, no sólo ella sino todos nosotros tuvimos la certeza de que la interrupción de la lectura de la palabra no había impedido, sino que contradictoriamente había aguzado, la lectura del mundo de los oprimidos de Brasil. Del mundo de la interdicción y la opresión de aquellos a quienes, en distintos lugares del país, se les había prohibido alfabetizarse, leer la palabra y el mundo.

39. La juventud estudiantil empezó a organizarse independientemente en Brasil desde 1937, pero sólo alcanzó su forma política más auténtica cuando terminaba la segunda guerra mundial, y en el país luchábamos contra la dictadura de Vargas.

De ese clima de búsqueda de libertad surgieron la UNE -Unión Nacional de los Estudiantes--, que aglutinaba a los universitarios; la UME -Unión Metropolitana de lcs Estudiantes--, y la UEE, Unión Estadual de los Estudiantes-, esta última bajo la dirección de la UNE.

La más importante de esas agrupaciones, la UNE, fue puesta en la ilegalidad en abril de 1964, pero aun así continuaba reuniéndose y actuando políticamente en la clandestinidad.

Uno de esos encuentros clandestinos se produjo en octubre de 1968 en Ibiúna, en el interior del estado de São Paulo, cuando entre lluvias y denuncias de los residentes 800 estudiantes fueron detenidos para investigación. Muchos de ellos permanecieron encerrados, algunos por varios años.

La UNE resurgió con la apertura política en 1979, pero sólo en 1992 comenzó a actuar en forma más significativa, políticamente hablando.

Fue cuando la UNE convocó a los estudiantes, universitarios y "secundaristas", para que, unidos por millares, en manifestaciones por las calles o en mitines, en las principales ciudades de Brasil, con las "caras pintadas", generalmente de verde y amarillo, para dar la señal de la guerra contra la falta de ética en la política y contra el gobierno y la persona del presidente del momento, Collor (véanse las notas 1, 2, 20 y 31).

Al lado de los miembros de las instituciones más progresistas de Brasil, la OAB (Orden de los Abogados de Brasil), la ABI (Asociación Brasileña de Prensa) y partidos políticos de orientación ideológica de izquierda e incluso algunos de centro, de los líderes sindicales y de diferentes iglesias, esos jóvenes "cara pintada" gritaron a coro: "¡Fuera Collor!" "¡Abajo la corrupción!" "i Ética en la política!"

Entre risas y lágrimas, canciones e himnos, dirigentes históricos de la OAB, de la ABI y de los sindicatos, discursos de repudio y banderas agitándose en plazas y calles, los estudiantes de caras pintadas mostraron a la nación que los años de represión, la enseñanza de nuestra historia distorsionada u "olvidada" por las escuelas, el miedo que silenció a sus padres y tíos, estaban estallando, contradictoriamente, en la vitalidad de su juventud.

Estallando en el repudio a la corrupción y en la esperanza de construir un Brasil mejor, más serio y más justo, demostraban que habían tomado para sí la fuerza política que habían tenido en los años cincuenta y sesenta.

Los adolescentes, pintándose la cara a la manera de nuestros indios, que se pintan el cuerpo para anunciar que están en guerra, estaban en realidad declarando la guerra a la deshonestidad, a la irresponsabilidad y a la corrupción.

40. Las ideas centrales de esta tesis de Freire fueron elaboradas en un lenguaje nuevo, dando origen a su libro *La educación como práctica de la libertad* (México, Siglo XXI, 1969), primer libro publicado por él cuando, ya exiliado, residía en Chile.

La tesis en cuestión -"La educación y la actualidad brasileña"- fue escrita para concursar por el cargo de profesor catedrático en la Escuela de Bellas Artes de la entonces Universidad de Recife.

Cuando fue aprobada en ese concurso público, que entre otras condiciones exigía la preparación y aprobación de una tesis, obtuvo Freire el título de doctor en historia y filosofía de la educación e inmediatamente después, conforme a la legislación vigente en la época, el de libre docente.

41. A comienzos de los años treinta Getúlio Vargas (véase la nota 18), preocupado por el estado de subnutrición de la gran mayoría de la población brasileña, quiso introducir en la dieta general el uso de la soya, puesto que ya se sabía que ese grano tiene más proteínas que el frijol, que es tradicionalmente y hasta hoy el elemento diario y principal de nuestras comidas.

Sin embargo, el paladar, que es una de las manifestaciones culturales de un pueblo, habló más alto, y en parte debido a falta de comprensión real del asunto, pero segura y preponderantemente por su sabor, poco agradable para nosotros brasileños y brasileñas, la soya fue rechazada. Como "leche" y como "carne vegetal", pero sobre todo como sustituto del frijol.

La *feijoada* es el plato más típico y más apreciado por el pueblo brasileño. Se compone de carne de puerco de diferentes partes, saladas, ahumadas y embutidas, que se dejan cocer durante horas junto con los frijoles negros y la carne bovina seca, agregando a todo un buen picadillo de ajo, cebolla, *cheiros verdes* (hierbas frescas) y unas hojas secas de laurel, y es realmente un plato de sabor incomparable. Fuerte, suculento y generoso como el propio pueblo brasileño, es un plato que se sirve con naranja, harina de mandioca, una buena cerveza bien helada y un vasito de aguardiente de caña.

Saboreada tradicionalmente el miércoles o el sábado, en mesas con muchas personas, mientras se conversa sobre el sabor de la propia feijoada y otros asuntos nacionales como el fútbol y la samba, ese plato no podía, como tampoco y mucho menos puede hoy, hacerse con soya.

Hoy Brasil es el mayor productor de soya del mundo y tiene en ella una de sus mayores fuentes de ingresos. La producción se dedica a la fabricación de aceites comestibles y margarinas y también entra en diversas raciones para animales, tanto para consumo interno como para la exportación.

Pero es imposible pensar en comer, mucho menos saborear, una *feijoada* de soya.

42. Si el "fracaso escolar" de las capas populares en general, en Brasil, es algo aterrador (véase la nota 28) dentro de los preceptos de lo que vengo llamando ideología de la interdicción del cuerpo (véase la nota 39 de la *Pedagogía de la esberanza)* que nace de la misma sociedad autoritaria, discriminadora y elitista que también contribuye a perpetuar, cuando se estudia ese fenómeno entre la población negra los hechos y sus resultados numéricos se agudizan.

En Brasil casi la totalidad de la población negra pertenece a las capas populares, como uno de los legados de la esclavocracia que heredamos del elitismo disc-iminador e interdictor. Por eso entre les negros y las negras, que padecen las interdicciones de raza y de clase, los datos de "fracasos escolares" son más resonantes.

Según datos dhl *Anuário estatístico do Brasil - 1992,* del IBGE, el promedio de años de estucio de las personas de 10 años de edad o más, según su color, era en 1990 de 5.7 años para las de "color blanco", de 3.4 para las de "color negro" y de 3.7 para las de "color pardo" (p. 370).

Hoy los negros y las negras conscientes de su negritud ya no están admitiendo esos matices de color, de modo que en realidad en 1990 unos y otros tendrían aproximadamente 3.6 años de estudios, es decir 2.1 años menos que los cue tuvieron oportunidad de asistir a la escuela de los hombres y las m ajeres de "color blanco".

Esta discriminación, junto con otras, se traduce en fríos datos estadísticos de "fracaso escolar."

Llamo la aten:ión también hacia el hecho de que 5.7 o 3.7 o 3.4 años de estudios no significan necesariamente el mismo tiempo de escolarización, porque el fenómeno de la repetición es muy elevado en Brasil (véase la nota 28).

Otros datos qie demuestran la tendencia a la exclusión de los negros y las negras de 12 esfera del conocimiento, a su aislamiento cultural, son los referentes al ,analfabetismo. Ese fenómeno es, la mayoría de las veces, anterior al "fracaso escolar", porque en esa mayoría de las veces la población negra ni siquiera llegó a entrar a la escuela. Fue excluida de ella antes de conocerla.

El mismo anuario de 1992 indica que en 1990 el 80.4% de la población brasileña estaba alfabetizada, de modo que la tasa de analfabetismo era de 19.6 por ciento.

Los datos de alfabetizados y analfabetos eran, respectivamente, de 87.9 y 12.1% entre la 3oblación "blanca" (por encima del promedio), mientras que entre la poklación "negra" los porcentajes eran de 69.9 y 30.1%, y los de la población "parda" eran de 70.7 y 29.3%, indicando una vez más que el mestizaje legro-blanca o negra-blanco da cierta "superioridad" en relación con el negro y la negra, que tienen las tasas de analfabetismo más altas y las tasas de alfabetización más bajas en Brasil.

43. Es imposible hablar del hambre en el Inundo sin permitir que JOSUÉ DE CASTRO, médico, sociólogo, antropólogo, escritor, ensayista, profesor universitario y geógrafo nacido en Pernambuco, Brasil, en 1908, ocupe el lugar que su trabajo y su persona merecen y están más que nunca reclamando.

Su primer trabajo publicado sobre el tema, 0 *problema da alimentação no Brasil,* data de 1933. Lo siguieron muchos otros, entre los cuales los más famosos son *Geografía del hambre,* de 1946, y *Geopolítica del hambre,* de 1952. Fue fundador y miembro de varias organizaciones internacionales relacionadas con el problema del hambre. Fue presidente de la FAO, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, de 1952 a 1956. Científico perspicaz y alma generosa, preocupado por aquellos a los que el alimento les está vedado en el mundo, en 1964, siendo embajador de Brasil ante los organismos de la ONU, se vio despojado de sus derechos políticos, que fueron anulados por el gobierno militar. Falleció en 1973, hallándose exiliado en Francia, cuando ejercía la docencia en la Universidad de París, respetado por todo el mundo pero imposibilitado de entrar en su propio país.

En la Conferencia Mundial sobre Medio Ambiente Humano de Estocolmo, en 1972, con plena conciencia científica y política de ciudadano del mundo, coherente con el trabajo al que dedicó casi toda su vida y con su opción de conscientizador y luchador contra el hambre en el mundo, dijo:

Es preciso considerar la degradación de la economía de los países subdesarrollados como una contaminación de su ambiente humano, causada por los abusos económicos de las zonas de dominio de la economía mundial; el hambre, la miseria, los altos índices de frecuencia de enfermedades incompatibles con un mínimo de higiene, la brevedad de la duración inedia de la vida, todo eso es producto de la acción destructiva de la explotación del inundo según el modelo de la economía dominante.

...se dice que en las regiones subdesarrolladas no existe preocupación por los aspectos cualitativos de la vida, sino sólo por la posibilidad de sobrevivir, es decir por la lucha contra el hambre, contra las epidemias y contra la ignorancia generalizada. Esta posición olvida que ésos son tan sólo los síntomas de una grave enfermedad social: el subdesarrollo corno producto del desarrollo. [Cf. las citas en la revista *Polis,* edición especial "Alternativas contra a fome", p. 31, Gobierno de São Paulo, sin fecha.]

Josué de Castro, reconocido como el mayor estudioso del problema del hambre en el mundo, que aflige a dos terceras partes de la población mundial, comprendía la dificultad política de la situación:

Cuando en 1943 los delegados de las Naciones Uniidas, reunidos en Hot Springs para tratar los problemas de alimentación y nutrición, firmaron un protocolo comprometiéndose a promover la elevación de los niveles de vida y de nutrición de sus pueblos, quizás estaban lejos de evaluar el alcance y al mismo tiempo la complejidad del compromiso que asumían. Sólo con el correr del tiempo se verificó la dificultad para estructurar una política para la rno, es decir, pala el organismo encargado de enfrentar el problema en su expresión universal. *[Geopolítica da Tome,* 4a. ed., Brasiliense, vol. li, p. 411.]

La agudeza de] pensamiento de Josué de Castro, junto con su concepción política, científica y humanística de la vida, lo llevaron a publicar, antes de cumplir 10 años, el libro *Geografía del hambre,* en que aborda en forma clara y lúcida el tema del hambre, quebrantando tabúes arraigados y comprendiendo el fenómeno de la totalidad de la vida humana y su ambiente. Ciertamente hablaba, se preocupaba y relacionaba el hambre y su solución, por primera vez en Brasil, con la cuestión de la armonía y el equilibrio ecológicos. Del cuidado del ser humano y del medio ambiente para la supervivencia digna de ambos.

No queremos decir con eso que nuestro trabajo es estrictamente una monografía geográfica del hambre, en su sentido más restringido, dejando al margen los aspectos biológicos, médicos e higiénicos del problema; sino que al encarar esos diferentes aspectos [o haremos siempre orientados por los principios fundamentales de la ciencia geográfica, cuyo objetivo básico es localizar con precisión, delimitar y correlacionar los fenómenos naturales y culturales que ocurren en la superficie de la tieira. Es entre esos principios geográficos, de localización, de extensión, de causalidad, de correlación y de unidad terrestre, donde nos proponernos encarar el fenómeno del hambre. En otras palabras, procuraremos realizar un sondeo de naturaleza ecológica dentro de ese concepto tan fecundo de "ecología", es decir, del estudio de las acciones y reacciones de los seres vivos ante las influencias del medio. *[Ibid.,* p. 18.]

Fue a raíz del hambre en Brasil, que entendió como consecuencia de la forma en que venía dándose el proceso político-económico del país:

El hambre en Brasil es consecuencia, ante todo, de su pasado histórico, siempre en lucha y casi nunca en armonía con los cuadros naturales. Lucha provocada en algunos casos y por lo tanto por culpa de la agresividad del medio, que inició abiertamente las hostilidades, pero casi siempre por inhabilidad del elemento colonizador, indiferente a todo lo que no significase una ventaja directa e inmediata para sus planes de aventura mercantil. Aventura desdoblada en ciclos sucesivos de economía destructiva o por lo menos desequilibradora de la salud económica de la nación: el del palo brasil, el de la caña de azúcar, el de la caza de indios, el de la minería, el del "cultivo nómada" del café, el de la extracción de caucho y finalmene el de la industrialización artificial basada en la ficción de las barreras aduaneras y en el régimen de inflación.

[...]

En último análisis, esta situación de desajuste económico y social fue consecuencia de la ineptitud del estado político para funcionar como poder equilibrador entre los intereses privados y el interés colectivo. Incapacidad del poder político para dirigir, en moldes sensatos, la aventura de la colonización y de la organización

social de la nacionalidad, al principio por su tenuidad y debilidad potencial frente a la fortaleza e independencia de los dueños de las tierras, los "mandamás" en sus dominios de portones trancados, indiferentes a los reglamentos y a las órdenes del gobierno que pudieran contrariar sus intereses; y últimamente, en contrastante exageración en sentido contri .rio, por el exceso centralizador del poder, que quita a las unidades regionales todos sus ingresos y todos sus derechos para depositarlos en los brazos, un tanto cortos para distribuir los beneficios, del poder central. Siempre, por lo tanto, el gobierno actuando con una concepción inadecuada del uso de la fuerza política para llevar a buen término la empresa de administrar tan extenso territorio. *[Ibid.,* pp. 216-218.]

Con sus estudios traspuso los límites de Brasil, sobre todo al escribir *Geopolítica del hambre,* en 1952, sobre las más diversas facetas del hambre en el mundo. La obra ha sido traducida a 25 idiomas y sirvió para establecer en gran parte la política oficial de la FAO, aunque modestamente afirmaba en ella:

Este libro es una pequeña contribución individual al indispensable trabajo colectivo tendiente a apresurar la maduración de esta idea -la urgente necesidad de iniciar una batalla mundial por el exterminio del hambre. *[Geopolítica da fome,* 8a. ed., Brasiliense, vol. 1, p. 69.]

Y agrega:

El primero de nuestros objetivos es demostrar que *el hambre, a pesar de que constituye un fenómeno universal, no traduce una imposición de la naturaleza.* Estudiando el hambre en diferentes regiones de la Tierra pondremos en evidencia el hecho de que, casi siempre, no son las condiciones naturales las que colocan a los grupos humanos en situación de hambre, sino ciertos factores culturales, producto de errores y defectos graves de las *organizaciones sociales* en juego. El hambre determinada por la inclemencia de la naturaleza constituye un accidente excepcional, mientras que *el hambre como plaga creada por el hombre* constituye una condición habitual en las más diferentes regiones de la Tierra; toda tierra ocupada por el hombre ha sido transformada por él en tierra de hambre. *[Ibid.,* p. 72; cursivas mías.]

Por encima de todo, de los partidos políticos, de las razas, del color, del sexo, sin negar jamás su ideología, vio el problema del hambre como el humanista político que fue, sin prejuicios *a priori.*

...encararemos la realidad del hambre sin prejuicios políticos, sin una idea preconcebida de cuál será la ideología política apta para resolver el problema. Abordaremos el estudio del hambre como problema humano, *como el problema más agudo de toda la humanidad,* y por lo tanto de todos los partidos. *[Ibid.,* p. 71; cursivas mías.]

Su más polémica afirmación hizo tambalear la creencia elitista de Malthus y sus seguidores, cuando estudió a la luz de la ciencia de entonces

las afirmaciones del filósofo y demógrafo T. Doubleday, de 1853, sobre la relación entre hambre y mayor reproducción humana *(ibid.,* p. 238):

...punto crucial de nuestro ensayo, que es aquel en que intentaremos demostrar que no es la superpoblación lo que crea y mantiene el hambre en ciertas áreas del mundo, sino que es el hambre lo que origina la superpoblación. Esta afirmación es sin duda paradójica en apariencia, puesto que, siendo el hambre causa de muerte y de degradación, parece poco propicia para provocar el crecimiento demográfico excesivo... *[Ibid., vol. t,* p. 73.]

Optimista y ller.o de confianza en los mismos hombres que crearon el hambre, afirmaba:

Para combatir las teorías neomalthusianas que preconizan el control de la natalidad como única salvaciót posible para un inundo en supuesta bancarrota, echaremos mano de los actuales conocimientos de las ciencias geográficas y sociales, que ya no pueden aceptar ringún determinismo rígido de la naturaleza, en ninguna de sus formas. Admitir que la Tierra determina un límite fijo, insuperable, para el contingente humano es volver a las viejas teorías del determinismo geográfico de los tiempos de Ratze., según las cuales el medio natural hace y deshace, mientras que el hombre no paca de ser una simple pieza pasiva en el juego de la naturaleza, sin fuerza creadora, sin voluntad, sin posibilidades de escapar y de reaccionnar frente a las abrumadoras imposiciones de las fuerzas naturales. Pero eso está lo más lejos que se puece estar de la verdad de los hechos. El hombre, con su técnica creadora y su inventiva, consigue escapar de la coerción y de los límites impuestos por la naturaleza, librándose de los determinismos geográficos, que transforma en posibilismos sociales. *[Ibid.,* vol. I, p. 73.]

Insistiendo en que el hambre es un problema político-social-económico, afirmó:

Mediante el estudio del mapa mundial del hambre y el análisis de los factores que condicionan su distrbución regional quedó demostrado, en forma evidente, que *el hambre colectiva es* zn *fenómeno de categoría social,* provocado generalmente por el aprovechamiento inadecuado de las posibilidades y los recursos naturaes *o por la mala distribución dé los bienes de consumo obtenidos.* Frente a la evidencia de los hechos presentados y2 no es posible admitir que el hambre es un fenómeno natural, puesto que es *condicionada mucho más por factores de naturaleza económica que por los de naturaleza geográfica. La verdad difícil de ocultar es que el mundo dispone de recursos suficientes para permitir el uso de tipos adecuados de alimentación por parte de todas las colectividades.* Y si hasta hoy muchos de los huéspedes de la Tierra continúan sin participar en el banqsete es porque todas las civilizaciones, incluso la nuestra, se han estructurado y mantenido con base en una extrema desigualdad económica. *[Ibid.,* vol. II, p. 383; cursivas mías.]

Hizo estimaciones y cálculos que quizá hayan perdido actualidad, pero sus principios siguen siendo verdaderos.

Para la lucha contra el hambre presentó soluciones técnicas y políticas:

El primer objetivo que habrá que conquistar es, sin duda alguna, *un aumento ;onsiderable de la producción mundial de alimentos.* Para eso es necesario *ampliar las íreas cultivadas,* a través de *su uso adecuado, y elevar la productividad per cápita y por enidad de área.* La ampliación del área de cultivo mundial es una aspiración legítima lue podrá ser lograda principalmente mediante la *incorporación a la agricultura de 'xtensas zonas tropicales de suelos y de zonas subtropicales de podzols.* Según Robert ;alter, esos tipos de suelos recubren cerca del 28% de la superficie de la Tierra, V sin embargo la agricultura no utiliza actualmente más del 1% del total...

La verdad es que no basta con producir alimentos echando mano a todas las técnicas disponibles; es *preciso que esos alimentos puedan ser adquiridos y consumidos bor los grupos humanos que los necesiten,* porque si no se procede a la adecuada distribución y expansión de los correspondientes niveles de consumo, *pronto se Formarán excedentes agrícolas, creándose el grave problema de la superproducción al lado del subconsumo.* De ahí la necesidad de que la *política de alimentación* se ocupe tanto de la producción como de la distribución adecuada de los productos alimenticios, y de ahí la *necesidad de que esa política sea planeada en escala mundial. [Ibid.,* vol. II, p. 408; cursivas mías.]

...los nuevos conceptos de fertilidad, que muestran las posibilidades de renovación de los suelos, y las más recientes adquisiciones en el campo de la física nuclear y la química, que han permitido obtener la síntesis artificial de alimentos, han venido a dar la victoria a nuestra causa contra los neomalthusianos y sus profecías macabras... [Prefacio del autor a la 4a. ed., vol. 1, p. 39.]

Seguro de que el problema del hambre podía resolverse con la voluntad política de los hombres, de los gobiernos y de los organismos mundiales dedicados a ese fin, anticipó lo que hoy es claro: el colapso del Norte destrozado por el hambre del "Sur":

La lucha contra el hambre y su posible eliminación de la faz de la Tierra no constituye por lo tanto una utopía, ni el sueño fantástico de un inundo de hadas, sino un objetivo perfectamente realizable dentro de los límites de la capacidad de los hombres y de las posibilidades de la Tierra. Lo que es necesario es proceder a un mejor ajuste de los hombres a las tierras ocupadas por ellos y una mejor distribución de los beneficios que la tierra suele brindar al hombre. En el momento actual, esa batalla contra el hambre no constituye ya una tarea de idealismo quijotesco, sino una necesidad que surge del análisis frío y realista de la actual situación política y económica del inundo.

Del resultado de esa batalla depende incluso la supervivencia de nuestra civilización, puesto que sólo mediante la eliminación de los focos de miseria que gangrenan nuestro inundo será posible la economía masiva, a la que nos lanzamos con tanta avidez sin tomar en cuenta que no estábamos socialmente preparados para esa aventura económica.

Sin una elevación de los niveles de vida de las poblaciones más pobres, que constituyen dos tercios de la humanidad, es imposible mantener los niveles de civilización en que vive el tercio restante. Y esto porque la civilización se basa en los altos niveles de producción, que exigen la constante ampliación de los mercados, la cual sólo es posible mediante la incorporación a la economía mundial de los dos tercios que hoy viven al margen de ella. Así, *sólo ampliando el poder adquisitivo y la capacidad de consumo de esos grupos marginales podrá nuestra civilización sobrevivir y prospera , dentro de su actual estructura económica y social. [Ibid., vol. II,* p. 384; cursivas mías.]

Insiste Josué de Castro en el desacierto del desequilibrio económico mundial:

Hay ciertos tipos de explotación económica que imponen, invariablemente, niveles de productividad infrahumanos -de productividad mucho menor que las necesidades mínimas de la sida-; mientras imperen esos tipos de explotación económica, el hambre continuará desafiando a nuestra civilización. La llamada economía colonial, con base en la cual prosperaron las potencias industrializadas, obteniendo de las colonias materias primas a bajo precio, constituye uno de esos tipos de explotación económica incompatibles con el equilibrio económico del mundo. *[Ibid.,* vol. ir, p. 409.]

Es preciso ante todo procurar *extirpar del pensamiento político contemporáneo esa errada concepción de le economía como un juego* en el que siempre debe haber unos que pierden todo para que otros ganen todo. *[Ibid.,* vol. tt, p. 385.]

Afirmando que "el hambre y la guerra no obedecen a ninguna ley natural, sino que en realidad son creaciones humanas" *[ibid.,* vol. I, p. 59), Josué de Castro nos invita a la reflexión y a la humanización. Así, nos propone:

El camino de la supervivencia está en la decisión de enfrentar valerosamente la realidad social y superar las dificultades naturales, sin temores injustificados. *[Ibid.,* vol. ti, p. 419.]

Indicando para la concreción de esa utopía el camino democrático del derecho a comer

...para mantener en el inundo principios democráticos que dignifiquen la condición humana, el mundo tendrá, antes que cualquier otra cosa, que eliminar por completo el degradante estigma del hambre. *[Ibid.,* vol. II, p. 418.]

Josué de Castro sabía que las élites del mundo reaccionaban contra sus teorías y sus acciones, pero en ningún momento de su vida disminuyó su entusiasmo de luchador y su esperanza de una nueva sociedad en la que todos pudiesen comer. Luchó infatigablemente por un mundo sin hambrientos, un mundo realmente democrático.

Es inconcebible que una obra tan importante como la de Josué de Castro esté agotada, y que en el momento en que el mundo vuelve los ojos hacia Biafra y Somalia y Brasil está emprendiendo la mayor campaña contra el hambre de toda su historia, el pensamiento teórico (aunque ya no sea del todo actual) y las soluciones (éstas sí todavía actuales) señaladas por ese notable hombre brasileño sean poco conocidas y no estén expues-

tas en las librerías para que todos podamos tomarlas con orgullo, pero sobre todo con confianza, para la necesaria conscientización de todos sobre el terrible problema del hambre.

No podemos olvidar que fue ese brasileño quien, sin temor alguno, desmitificó tabúes y creencias elitistas y dio categoría de conocimiento científico al problema del hambre. Fue pioriēro cuando puso énfasis en que ese nuevo campo de investigación fuera considerado desde el punto de vista político, económico, social y ecológico. También fue pionero al presentar soluciones viables -aunque no deseadas por los dominadores- para el problema del hambre. Por todo eso debemos y necesitamos conocer el pensamiento de Josué de Castro.

Otro brasileño también preocupado por el problema del hambre es Melhem Adas, quien publicó sobre el tema un libro importante que nos interesa y nos hace reflexionar desde su título, igual que lo hacía su maestro: A *forre: crise ou escándalo?*

Afirmando que la FAO ha concluido desde 1974 (pero Josué de Castro lo afirmaba desde 1950) que "la cantidad de alimentos disponible es suficiente para proporcionar a todo el mundo una dieta adecuada", subraya nuevamente la certeza de que la cuestión del hambre todavía no se "discute de frente, es escamoteada [...] los factores políticos, sociales, económicos y culturales son subestimados e ignorados", y que son esos factores y no el exceso de población los responsables del hambre en el mundo (Adas, *op. cit.,* 14a. ed., 1988, p. 33), continuando y reafirmando el pensamiento pionero de Josué de Castro sobre ese problema en el mundo. Didácticamente, Adas enumera los verdaderos determinantes del hambre en la actualidad:

- el contraste en la concentración del ingreso y de la tierra en el inundo subdesarrollado;
- el subaprovechamiento del espacio rural por las actividades agropastoriles, mientras millones de seres humanos pasan hambre y no tienen tierras para cultivar;
- la utilización de la tierra para una agricultura comercial de exportación, en detrimento de la agricultura de productos alimenticios, resultado de la división internacional de la producción realizada por las antiguas metrópolis colonialistas y mantenida hasta hoy, a través de un orden económico mundial injusto;
- la injusta y antidemocrática estructura de tenencia de la tierra, marcada por la concentración de la propiedad en manos de unos pocos;
- lo dificultoso del acceso a los medios de producción para los trabajadores rurales, los sin tierra y la población en general;
- el avance del capitalismo en el campo, que provoca la proletarización de los trabajadores rurales;
- la influencia de las transnacionales de alimentos en la producción agrícola y en los hábitos alimenticios de las poblaciones del tercer inundo;
- la utilización del "agropoder" o de la "diplomacia de alimentos" como arma en las relaciones entre los países;
- la canalización de grandes recursos financieros y humanos hacia la producción de material bélico, :nientras millones de seres humanos viven desnutridos o mueren por inanición;
- el gran consumo de cereales en la alimentación de animases en los países desarrollados (60.6%), en contraste con la falta de alimentos en los países subdesarrollados;
- la relación entre la deuda externa del tercer inundo y el deterioro cada vez mayor de su nivel alimentario;
- la relación entre cultura y alimentación. [Adas, *ibid.,* pp. 33-34.]

El hambre como consecuencia de la pobreza lleva no sólo a la falta de alimentos, sino también, obviamente, a un cuadro de carencias que perpetúa, dialécticamente, el hambre y la pobreza.

Podemos comprobar esta afirmación por medio del cuadro 28, "Salud y nutrición", del *Informe sobre el desarrollo mundial - 1990. La pobreza,* del que he tomado algunos datos entre los de mayor valor en la actualidad para medir el hambre y sus consecuencias funestas.

- Suecia y Estados Unidos, dos de los países de "altos ingresos", tienen respectivamente 390 y 470 habitantes por médico (en 1984) y 100 y 70 habitantes por enfermero (en 1984); 100 y 100% de los partos atendidos por equipo médico (en 1985) y 4 y 7% de recién nacidos de bajo peso (en 1985); 6 por mil y 10 por mil casos de mortalidad infantil (en 1988), y sus poblaciones tienen la oportunidad de consumir 3 064 y 3 645 calorías par cápita (en 1986).

- Para Uruguay y Argentina, dos de los países de "ingreso medio alto", los datos son: 520 y 370 habitantes por médico (en 1984); sin información y 980 habitantes por enfermero (en 1984); sin información sobre los partos atendidos por equipo médico (en 1985); 8 y 6% de recién nacidos de bajo peso (en 1985); la tasa de mortalidad infantil es de 23 y 31 por cada mil nacidos vivos (en 1988), y 2 648 y 3 210 calorías ingeridas por día por persona (en 1986).

- Brasil y Angola, los dos países destacados por mí como ejemplo de los de "ingreso medio bajo", presentan los siguientes datos: 1 080 y 17 790 habitantes por médico (en 1984); 1 210 y 1 020 habitantes por enfermero (en 1984); 28 y 58% de los partos atendidos por equipo médico (en 1985); 8 y 17% de recién nacidos de bajo peso (en 1985); la tasa de mortalidad infantil es de 63 y 135 por cada mil nacidos vivos (en 1988), y 2 656 y 1 880 calorías diarias por persona (en 1986).

- Al mismo tiempo Mozambique y Etiopía, los dos primeros países en la lista de los de "ingreso bajo", tienen respectivamente: 37 960 y 78 970 habitantes por médico (en 1984); 5 760 y 5 400 habitantes por enfermero (en 1984); 28 y 58% de los partos atendidos por equipo médico (en 1985); 15% y sin información sobre los recién nacidos de bajo peso (en 1985); 139 y 135 las tasas de mortalidad infantil por cada mil nacidos vivos (en 1988), y 1 595 y 1 749 calorías diarias por persona (en 1986).

Está comprobado que la concentración de la riqueza en unos pocos

países con promedios sumamente generosos en la relación de médico y enfermero por habitante y los alimentos ingeridos por día corresponde a las altas tasas de mortalidad infantil y las cantidades insuficientes de alimentos ingeridos por día, en promedio, por los habitantes de casi todos los países excluidos del primer grupo, los de "ingresos altos", los del "Norte", los "dueños del mundo". Comprobado, desdichadamente, lo que Josué de Castro denunciaba hace cincuenta años.

Así, mientras que de la lista de las economías de "ingresos altos" sólo Japón con 2 864, Singapur con 2 840 y Hong Kong con 2 859 calorías diarias por persona ingieren menos de las 3 000 calorías diarias por persona que se consideran ideales, todas las economías clasificadas como de "ingresos bajos" tienen índices de ingestión de calorías que oscilan entre 2 630 (China) y 1 595 (Mozambique). ¡Y eso es hambre! ¡Y es creación de la maldad humana! No de los que no comen, sino de los que hacen que dos tercios de la humanidad pasen hambre.

Sobre esa concentración o polarización del ingreso, estrechamente vinculada con el hambre, dice el economista brasileño Ladislau Dowbor:

...la polarización entre ricos y pobres alcanza en este fin de siglo una profundidad y un ritmo desconocidos en eras anteriores. Los datos del *Informe sobre el desarrollo mundial* de 1992, del Banco Mundial, indican que en 1990 somos 5 300 millones de habitantes, para un PIB mundial de 22 trillones de dólares, lo que significa 4 200 dólares por habitante: el planeta ya produce ampliamente lo suficiente para todos los ciudadanos. Sin embargo, 16 trillones de esos recursos, es decir el 72%, pertenecen a 800 millones de habitantes, de los países del "Norte", que representan el 15% de la población mundial. El efecto práctico es que nuestro planeta tiene 3 000 millones de personas con un ingreso medio de 350 dólares por año por persona, menos de la mitad del salario mínimo en Brasil. El ciudadano del "Norte" dispone en promedio de 60 veces más recursos que los 3 000 millones de pobres del planeta, aunque seguramente no tiene 60 veces más hijos que educar. Es fácil comprender que esa diferencia, ya de por sí catastrófica, se ahonda; en 1990, por ejemplo, el ingreso per cápita de los pobres aumentó un 2.4%, es decir 8 dólares, mientras que el de los ricos aumentó 1.6%, correspondiente a 338 dólares. La población de los ricos aumenta 4 millones por año, mientras que la de los pobres aumenta 59 millones de habitantes por año. [Cf. "O espaço do conhecimento", en *IPSO, a revolução tecnológica e os novos paradigmas da sociedade,* Belo Horizonte, Oficina de Livros, 1994, pp. 116-1171

Dice además el economista, y continúo citando porque este fragmento muestra y destaca la relación de la concentración del ingreso con la miseria/hambre, medida ahora por la categoría educación (relación ya denunciada en esta nota y tesis de Freire):

El impacto de esta realidad económica en el inundo de la educación es inmediato. Los gastos mundiales en educación en 1988 fueron de 1 024 000 millones de dólares, cerca de 5.5% del producto mundial. De esos recursos, los países desarrollados gastaron 898 000 millones, mientras que los subdesarrollados se limitaron

a 126 000 millones. Como la población de los países subdesarrollados supera los 4 000 millones de habitantes, el resultado práctico es que en 1988 el gasto promedio anual por alumno fue de 2 888 dólares por alumno en los países ricos, y de 129 dólares en los países subdesarrollados, es decir 22 veces menos. [Cf. Dowbor, *op. cit.,* p. 117. Datos tomados por él del informe: UNESCO, *Informe mundial sobre la educación - 1991,* París, 1992.]

Sobre la concentración de la tierra el mismo Melhem Adas rios informa sobre datos de América Latina, entre países que el Banco Mundial incluye entre los de economías de "ingreso medio bajo" e "ingreso medio alto", pues ningún país latinoamericano figura en la lista que prueba que esa concentración es la mayor responsable del hambre (cf. el cuadro 28, *ibid.,* pp. 238-239):

Según datos de la CEPAL, la estructura de tenencia de la tierra de América Latina al término de la década de 1970 presentaba contrastes violentos: la minoría de los propietarios rurales (1.2%) era dueña de la mayor parte del área ocupada por establecimientos rurales (70.6%), mientras que la mayoría de los propietarios (74.4%) poseía la menor parte del área ocupada (2.9%). En el caso de Guatemala, tierra de los mayas, la distribución de la tierra llegaba a ser aún más desigual: 0.1% de los propietarios detentaba el 40.8% de las tierras ocupadas, al tiempo que 88.4% de los propietarios tenían apenas 14.3% de las tierras (véase el cuadro 7).

CUADRO 7
ESTRUCTURA DE TENENCIA DE LA TIERRA DE AMÉRICA LATINA - 1975

Dimensiones de las propiedades	*Porcentaje de establecimientos o de propietarios*	*Porcentaje del total del área ocupada por los establecimientos*
de 1 a 20 ha	74.4	2.9
de 21 a 100 ha	18.0	6.8
de 101 a 1 000 ha	6.4	19.7
más de 1 000 ha	1.2	70.6

FUENTE: CEPAL.

Esta situación no sólo subsiste hoy, sino que ha alcanzado nuevas proporciones, contribuyendo aún más a mantener y extender el estado de pobreza, miseria y hambre de las poblaciones del tercer mundo. *"Las contradicciones entre la estructura de tenencia de la tierra y el hambre van haciéndose más profundas"* (Adas, *op. cit.,* pp. 58-59; cursivas mías).

Podemos concluir fácilmente que en el circuito del hambre y la miseria estaría en relación dialéctica con él la concentración del ingreso y de la tierra que determina, por parte de los segmentos dominantes, la falta de políticas públicas para viviendas dignas, así como de médicos, hospitales y sanidad básico; de la división de la tierra por la reforma agraria, para

la producción y distribución más equitativa de alimentos; de empleos y salarios compatibles con el nivel mínimo de vida saludable; por último, en el circuito del hambre y la miseria están presentes la enfermedad y la inanición, el analfabetismo y las explicaciones míticas o místicas para todos los fenómenos humanos; la baja expectativa de vida y los niños nacidos muertos o con bajo peso; las altas tasas de natalidad y la mortalidad infantil; el desempleo y la apatía; el vivir sin rumbo deambulando por las ciudades o esperar la dádiva divina o las mercedes del señor en el campo, que la injusticia social viene distribuyendo, sin parsimonia, repito, por la alta concentración del ingreso y de la tierra, derivada, obviamente, de la explotación económica de los países del tercer mundo por los del primero, y dentro de los países del tercer mundo, de la mayor parte de la población por la clase dominante.

No podemos continuar evadiéndonos de la realidad. Los países del "Norte", antiguos colonialistas, hoy casi siempre imperialistas, no pueden seguir culpando a los explotados y oprimidos del "Sur", ni tampoco a las élites de éstos, la elevada tasa de natalidad y la pereza o la indolencia o la inferioridad intrínseca de los africanos o sudamericanos o asiáticos de ser la causa primera de su hambre.

Está claramente denunciado que ésas son interpretaciones ideológicas de las élites -países ricos y personas- ricas que en realidad están castigando despiadadamente a los pobres y a los países del tercer mundo por las heridas de las desigualdades económico-sociales, éstas sí determinantes del hambre en el mundo. Y esto es realmente un escándalo.

44. La "Campaña de Betinho" surgió en y del ambiente que acabaría por derrocar al entonces presidente Collor, cuando el "Movimiento por la Ética" se transformó en el "Movimiento Acción de la Ciudadanía contra el Hambre y la Miseria y por la. Vida", demostrando una vez más que el pregonado escepticismo brasileño no era real.

Esta campaña suprapartidaria comenzó en abril de 1993, debiendo terminar cuando "sea erradicada el hambre y la miseria de 32 millones de personas y no antes", según declaró el propio Betinho -Herbert José de Souza- en una entrevista al periódico *Muito Mais* (año III. núm. 15, marzo de 1994, p. 12).

Optimista y crítico, en esta reciente entrevista el sociólogo dice que en 1993

> la miseria brasileña consiguió tener nombre, rostro, dirección. El hambre nacional, producto de una sociedad pródiga en excluir a muchos y privilegiar a pocos, invadió el horario AAA de la televisión, exhibió su cara fea incluso a los que se negaban a mirarla, se inscribió en la agenda nacional y ganó el estatus de emergencia [p. 12].

La campaña viene conscientizando a la población sobre el hambre y la miseria como un problema de toda la sociedad y no sólo

> como una cuestión que ha de ser resuelta por los que tienen hambre y quienes son gobierno, poder, estado [...] La campaña siempre ha discutido la diferencia entre las acciones de emergencia y las acciones estructurales, la necesidad de tratar con las dos dimensiones y de ir profundizando las acciones, a ma:iera de atacar las causas estructurales del hambre y de la miseria [p. 12).

Para tener una idea de la campaña podremos decir que ésta posee comités en 22 de los 27 estados brasileños con la "participación de todas las entidades de la sociedad civil; como sindicatos, empresas, universidades e iglesias, así como con la colaboración de las diferentes esferas del gobierno".

En pocas palabras, de abril a diciembre de 1993 la campaña había distribuido, en la gran São Paulo, mil toneladas de alimentos a través de sus comités, y en la "Navidad sin hambre" (23 y 24 de diciembre) repartió 30 520 canastas conteniendo varios alimentos; en Brasilia, D.F., 50 000 familias recibieron 30 toneladas de alimento; en la ciudad de Londrina en el estado de Paraná, ciudad progresista de la zona oeste, región conocida por sus tierras fértiles que exporta productos agrícolas, 13 431 familias miserables recibieron 470 toneladas de alimentos; la Arquidiócesis de Belén, en el estado de Pará, distribuyó 117 toneladas de alimentos en 20 municipios, 19 000 pares de zapatos y 18 toneladas de ropa; familias de Salvador, en el estado de Bahía, recibieron 100 toneladas de alimentos, las de Recife, en el estado de Pernambuco, recibieron 200 toneladas; las de Santos, en el estado de São Paulo, recibieron 70 toneladas, además de regalos de Navidad y canastas básicas de alimentos; el estado de Río de Janeiro distribuyó 5 000 canastas de alimentos hí;icos.

La distribución de los alimentos se realiza pul casi todo el territorio brasileño a través de los comités propios de la Campaña y de otros segmentos de la sociedad civil organizada e inc liso a través de los soldados del ejército.

El diez de marzo de 1994 la "Acción de a Ciudadanía contra el Hambre y la Miseria y por la Vida" entró en su segunda fase, la de la creación de nuevos empleos.

La meta perseguida era humilde en lo que concierne al valor de los salarios de los empleos que se crearían: el salario mínimo brasileño, que hoy equivale aproximadamente a 65 dólares, pero la pretensión cuantitativa era audaz: 9 millones de empleos a través de una "acción conjunta entre el poder público y la sociedad, particularmente en las 4 500 intendencias del país, puede ser el camino concreto para realizar este objetivo. Pensar las obras públicas y todos los gastos públicos bajo la perspectiva del empleo, decidir que por lo menos durante un año todo el país se movilizará para colocar a 9 millones de personas en actividad. Sólo así

será posible detener este proceso malsano de destruir personas a través de la exclusión social más brutal de la que hayamos tenido noticia", declaró Betinho (p. 12).

Realmente los datos estadísticos de Brasil siempre apuntan hacia una dura realidad: somos una sociedad productora de excluidos.

A pedido del propio Herbert de Souza, Betinho, el IBGE elaboró el "Mapa del mercado de trabajo en Brasil" para subsidiar los trabajos de la campaña (publicado en la *Folha de São Paulo,* el 11 de marzo de 1994).

Algunos datos publicados son:

- 5.2 millones de personas trabajan y no son remuneradas; 2.4 millones de personas se encuentran desempleadas; 12.3 millones de personas reciben menos de un salario mínimo por mes (aproximadamente 65 dólares); 15 millones reciben entre uno y dos salarios mínimos por mes, y 5 millones ganan más de diez salarios mínimos por mes (pp. 1-15).

- 64.5 millones de personas son la población económicamente activa, siendo que 62 millones tienen algún tipo de ocupación; de éstas, 31 millones no contribuyen (pp. 1-15), según lo prevé la legislación brasileña, a la Seguridad Social, y de este modo no gozan de sus beneficios, ni ahora ni luego de su jubilación.

- El promedio salarial es de 4.1 salarios mínimos. Los estados que pagan menos, todos del Nordeste, son: Piauí, 1.6 S.M./mes; Maranhão, 1.7 S.M./mes, y Caerá, 1.9 S.M./mes. Los que más pagan son São Paulo, 6.1 S.M./mes; Río de Janeiro, 4.8 S.M./mes, y Brasilia, capital federal, 8.0 S.M./mes (pp. 1-15).

- 64.5% de la población trabajadora tiene por lo menos cuatro años de estudios (no necesariamente cuatro años de escolaridad); 16.4% ninguna instrucción o menos de un año de estudios; 19.1% de 1 a 3 años de estudio; 32.9% de 4 a 7 años de estudio; 12.2% de 8 a 10 años de estudio, y 19.4% tienen 11 o más años de estudio (pp. 1-16).

- Trabajadores no remunerados que reciben casa y espacio para plantar y a veces pequeños beneficios. Estados con mayores índices: Piauí, 23.3%, Paraná, 14.9%, y Santa Catarina, 19.5%. Estados con los menores índices: Brasilia (D.F.), 1.6%, Río de Janeiro, 1.2%, y São Paulo, 2.6%. Regiones metropolitanas: con mayor índice Curitiba, 3.8%, y con menor índice São Paulo, 1.1 por ciento.

- Los 31 millones que no contribuyen a la Seguridad Social representan el 49.9% de las personas que tienen alguna ocupación. Catorce millones, 34.7%, trabajan sin contrato laboral válido, lo que es una situación ilegal.

- El 14.2% de los niños entre 10 y 13 años de edad, vale decir 1.9 millones, ya se han incorporado a la fuerza de trabajo (la Constitución prohibe el trabajo de menores de 14 años). En esa edad de los 10 a los 13 años, en Piauí, 28.4%, en Maranhão, 24.8%, y en Paraná, 20.1% de sus niños ya están trabajando. Los estados con menor concentración de niños trabajadores son: Distrito Federal, 4.2%, Río de Janeiro, 5.6%, y São Paulo, 7.3%.

- Diferencias salariales medidas en la renta promedio mensual de salarios mínimos: hombres 4.6% y mujeres 2.6%, siendo que los hombres blancos reciben el 6.3% y los hombres negros o mulatos reciben el 2.9%, y las mujeres blancas el 3.6% y las mujeres negras o mulatas el 1.7% del salario mínimo al mes (pp. 1-17).

En la misma neta del periódico paulista el periodista Gilberto Dimenstein, que ya escribió algunos trabajos sobre la explotación de los menores en Brasil, señaló:

> La prostitución no aparece en el mapa del IBGE como un empleo, pero es una de las principales ocupaciones de la menor carenciada. Datos oficiales revelan que serían cerca de 500 000 las prostitutas menores de edad, la mayoría de ellas sin ningún tipo de atención pública o privada. Una parte de ellas vive en régimen de esclavitud, prisioneras en los prostíbulos del Norte y del Nordeste, con la connivencia o hasta con la participación de la policía. En las ciudades de playa se constata la industria del sexc para turistas, utilizando moteles y un esquema policial [pp. 1-171.

De estos turistas, gran parte son extranjeros llegados del primer mundo, del "Norte" -Alemania, Italia y Francia-, que llenan la región del litoral del Nordeste brasileño y entran en contacto con estas jóvenes que se venden con la esperanza de días mejores, durante todo el año.

Si queremos construir una sociedad realmente democrática tendremos que ir matando las discriminaciones y las consecuentes discrepancias entre las clases sociales, las razas, los sexos, y entre las propias regiones brasileñas, tan visibles en estos pocos datos presentados, si no queremos verlo con nuestros propios ojos en este Brasil.

Entre las tareas urgentes de la construcción de la democracia brasileña están, como lo ha priorizado la campaña de Betinho, el combate al hambre y al desempleo.

45. La distribución de la renta en Brasil es terriblemente injusta, denunciando la sociedad elitista, discriminadora y autoritaria, en fin, que excluye a la gran mayoría de la población que secularmente constituye a la sociedad brasileña.

Para comprobar esta información sumaré a los tristes y duros datos, ya expuestos en diversas notas anteriores, otros tomados de investigaciones en los textos y en las tablas del máximo órgano de estudio para las estadísticas brasilerias, el IBGE.

El *Anuário estatístico do Brasil* de 1992 publicó, en la sección 2, p. 235, la "Distribución de las familias residentes en domicilios particulares, por grupos de rendimiento familiar, según el número de componentes y personas ocupadas - 1989-1990", cuyos resultados para 1990 fueron: en un total de 38 002 4^2 familias ocupadas, 11.3% de éstas tenían un rendimiento mensual familiar de hasta un salario mínimo, 15.3% entre uno y

dos salarios mínimos, 29.4% entre dos y cinco salarios mínimos, 20.1% entre cinco y diez salarios mínimos, 12.4% entre diez y viente salarios mínimos, 8.1% más de veinte salarios mínimos, 2.2% sin rendimiento, y 1.2% sin declaración.

Pues bien, si el salario mínimo de Brasil en los últimos 20 años ha venido oscilando entre el equivalente en moneda nacional de 50 y 80 dólares mensuales, podemos deducir que estando el grupo de asalariados más privilegiado compuesto por el 8.1% de esta población computada, éstos tenían como rendimiento familiar (de familias que van desde una hasta siete o más personas en su integración) promedio entre 1 000 y 1 600 dólares mensuales, precisando del trabajo de tres o más personas para obtener este rendimiento.

Por la misma tabla podremos constatar la enorme pobreza a la que están sujetas las familias que obtienen hasta un salario mínimo. De estas familias, el 21.5% estaban integradas por una y dos personas, siendo que 17.3% de éstas tenían apenas un integrante en actividad, y 5.1% tenían dos integrantes ocupados; 9.6% eran familias formadas por tres miembros cuya renta era obtenida por una sola persona (11.3%), por dos personas (3.9%) y por tres personas (4.0%); 6.7% eran familias de cuatro miembros cuya renta de hasta un salario mínimo era obtenida por una persona en actividad (9.0%), por dos personas (3.2%) y por tres o más personas (3.3%); 6.5% eran familias de cinco o seis miembros cuya renta era obtenida por una persona en actividad (10.3%), por dos personas (4.1%) y por tres o más personas (3.1%), y por último las familias de siete o más miembros con renta de hasta un salario mínimo, que era obtenida apenas por una persona (19.3%), por dos personas (8.7%) y por tres o más (5.0%).

De esta manera, la faja trabajadora más bajamente remunerada -hasta un salario mínimo- tiene en su núcleo familiar el índice de 19.3% de jefes de familia -pudiendo ser el hombre o la mujer adultos, y a veces menores de 18 años- sustentando familias de siete o más personas *(Anuário estatístico do Brasil - 1992,* sec. 2).

Otros datos, también del IBGE, que refuerzan claramente la presencia de la concentración de la renta en Brasil son los que indican la participación en la renta nacional, en 1990. El 50% más pobre de la sociedad tiene el 12% de dicha renta, mientras que el 1% más rico posee una porción mayor, el 13.9% de la renta nacional. En 1990 el 10% más pobre de la población brasileña hacía usufructo de apenas el 0.8% de la renta nacional, mientras que igual número de brasileños y de brasileñas, es decir el 10% más rico, gozaban del 48.1% de la misma renta nacional (IBGE, PNAD, datos elaborados por el DIEESE). El Banco Mundial, en su informe de 1993, presenta la renta del 10% más rico de la sociedad brasileña como del 51.3 por ciento.

Todos estos datos hacen patente la extrema pobreza de la mitad de la población brasileña, mientras que apenas uno de cada cien de los "ciudadanos" brasileños posee y hace usufructo de todos los bienes materiales, y consecuentemente bienes culturales, construidos para toda la sociedad brasileña, colocándonos como el país que detenta la más perversa concentración de renta de todo el mundo.

46. Brasil tiene un sistema democrático muy frágil. Las elecciones ya realizadas en toda su historia son una prueba irrefutable. En la "Primera República" (1889-1930) las elecciones se caracterizaron por los fraudes, por los votos inducidos, por los votos comprados, por los vetos declarados en voz alta y anotados por el funcionario, por la impugnación de los candidatos electos mal vistos por el poder, y por toda clase de trampas.

De 1930 a 1945 tuvimos a Getúlio Vargas otorgándose el poder por la fuerza de las armas (en 1930) o electo por el Congreso que él manipulaba (1934) o continuando en el poder por un golpe de estado (en 1937 y hasta 1945) (véase la nota 18.)

Tuvimos elecciones libres, pero no totalmente libres, en 1945, 1950, 1955 y 1960, cuando resultaron electos el general Gaspar Dutra, Vargas, Juscelino Kubitschek y Jánio Quadros, respectivamente.

Dutra gobernó durante todo el periodo para el que fue electo (del 31 de enero de 1946 al 31 de enero de 1951). Vargas asumió su primer mandato electo por el pueblo el 31 de enero de 1951, pero corno se suicidó el 24 de agosto de 1954 no lo pudo concluir, para desesperación del pueblo. Para completar este mandato le sucedieron el vicepresidente Café Filho, el presidente de la Cámara de Diputados y el presidente del Senado, historia sin precedentes de intentos de golpe de la derecha y contragolpes de los legalistas, aquéllos tratando de impedir y éstos tratando de garantizar la toma de posesión del recién electo Juscelino Kubitschek. Éste gobernó del 3 de enero cíe 1956 al 31 de enero de 1961, haciendo uno de los gobiernos más dinámicos y democráticos que hayamos conocido. Construyó Brasilia y transfirió la capital federal de Río de Janeiro al Brasil Central el 21 de abril de 1960. Su gobierno no hizo ningún preso político y la prensa fue libre.

Jânio Quadros, quien le sucedió en el cargo, considerado un fenómeno político, de vocación dictatorial, si no es que autoritaria, renunció al máximo cargo de la nación luego de siete meses en el poder (31 de enero de 1961 a 25 de agosto de 1961). Asumió el vicepresidente electo João Goulart, ya marcado para ser destituido del poder por las fuerzas imperialistas internacionales y por los golpes militares. Gobernó del 7 de noviembre de 1961 hasta el golpe del 1 de abril de 1964.

Los gobiernos militares se sucedieron, evidentemente sin elecciones amplias y libres, hasta que, gracias a la apertura política posible, Tancredo Neves y José Sarney fueron electos por el Congreso Nacional el 15 de enero de 1985. Tancredo cayó gravemente enfermo en la madrugada del día que debía asumir el cargo. Así, quien asumió el cargo de presidente

de la república fue el vicepresidente electo, según determinaba el restringido código electoral (no obstante la gran movilización popular que había llevado multitudes a las calles exigiendo "Directas ya", esto es, elecciones directas en 1985), quien luego de la muerte de Tancredo Neves, el 21 de abril de 1985, se convirtió efectivamente en presidente para todo el periodo para el que habían sido indirectamente electos (15 de marzo de 1985 a 15 de marzo de 1990).

En 1989, al conmemorar un siglo de la república, la inexperiencia democrática de los brasileños y de las brasileñas (que habían votado y sido votadas por primera vez en mayo de 1933) eligió presidente de la república a Fernando Collor de Mello, que asumió el cargo el 15 de marzo de 1990 y al que se impidió continuar gobernando el 29 de septiembre de 1992 (véanse las notas 1, 2, 20 y 31).

Una vez más estamos siendo gobernados por un vicepresidente, electo por el pueblo al mismo tiempo que el presidente depuesto, y que deberá entregar la banda presidencial al nuevo electo el 1 de enero de 1995.

El sueño de las elecciones presidenciales del 3 de octubre de 1994, en una primera ronda, y en una segunda ronda el 15 de noviembre de 1994 si el candidato con más votos no alcanza el 50%®, ya moviliza a gran parte de la sociedad civil, como parte necesaria para el ejercicio y la constitución de un verdadero estado democrático.

Las primeras elecciones también abarcarán la elección de los gobernadores de los estados, de los intendentes, de los diputados federales y estatales, de los ediles y de los senadores.

El candidato del Partido de los Trabajadores (PT) para el cargo de presidente de la república, el metalúrgico Luiz Inácio "Lula" da Silva, está al frente de las encuestas con un 40% de las intenciones de voto del electorado. Así, los demás partidos ya se movilizan para presentar sus candidatos y también planean organizar un frente de todos los partidos de derecha y de centro para enfrentar la candidatura de Lula, el mismo que, habiendo perdido en la segunda ronda las elecciones de 1989 y contando con la decepción de la mayoría de los 35 millones de electores de Collor más sus verdaderos electores, es el nombre más cotizado para gobernar a Brasil por un periodo de cuatro años, según determina la Constitución luego de la revisión que ahora se lleva a cabo.

HECHO EN MEXICO

impreso en litográfica tauro, s.a.
andrés molina enríquez núm. 4428
col. viaducto piedad
cp 08200 – méxico, d.f.
enero de 2008